
En el Bosque Durleston

MICHAEL GRAEME



COLECCIÓN INDIE GRATIS III

Créditos

En el Bosque Durleston (versión gratuita en español, revisión 2.
Prohibida su venta)

Obra Original: **In Durleston Wood**

Copyright © 2010 de **Michael Graeme**. Todos los derechos reservados. michaelgraeme.wordpress.com

Publicada gratuitamente por Smashwords Editons el 16 de octubre de 2013.

ISBN-13 978 1 30 198435 0.

Traducción y Edición: Artifacts, septiembre 2020.

artifacts.webcindario.com

Diseño de Portada: Artifacts. Imágenes tomadas de Max Pixel bajo licencia CC0.

Licencia Creative Commons

Muchísimas gracias a **Michael Graeme** por autorizar la traducción al español de su libro y por compartir con el mundo **En el Bosque Durleston** bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA

Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia. Usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento:** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial:** No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
- **Compartir Igual:** Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales:** No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Dedicatoria

Esta historia está dedicada a la memoria de Durlleston Wood, a los fantasmas que allí moran y que me han hecho compañía a lo largo de los años.

Colección Indie Gratis

Números anteriores

- II. [El Camino Desde Langholm Avenue](#) de Michael Graeme (The Road From Langholm Avenue)



Una historia de amor no correspondido, de amor inesperado, de amor perdido y reencontrado.

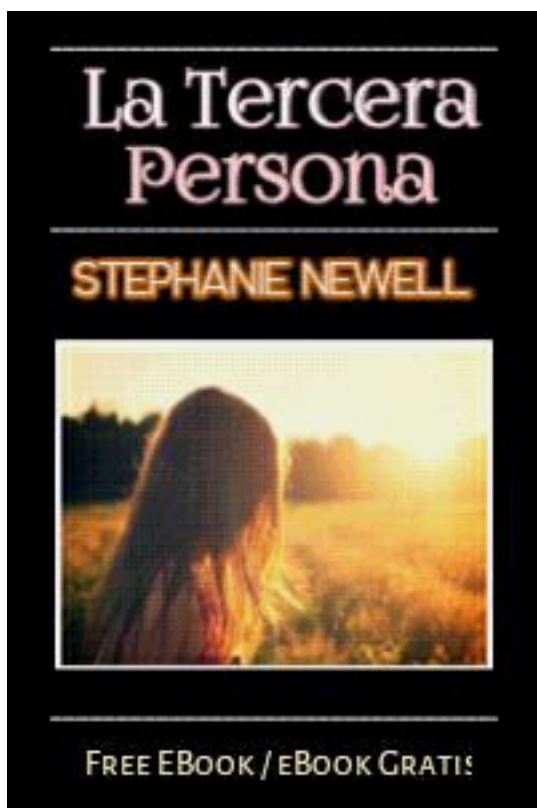
Con el divorcio a la vista, nuestro héroe Tom Norton se enfrenta a la madurez de sus cuarenta años con la sensación de haber hecho un giro equivocado en algún lugar de su pasado. Comienzan entonces a perseguirle los recuerdos de Rachel, una chica de la que

él estaba enamorado en la escuela.

Con las emociones emergiendo a la superficie, Tom percibe que el viejo asunto con Rachel nunca ha quedado olvidado y que; antes de poder encontrar un camino para superar la crisis, tendrá que viajar en busca de su pasado más profundo.

Tom se propone así encontrarla y hacer lo único que no se atrevió a hacer un cuarto de siglo atrás: invitarla a una cita.

- **I. [La Tercera Persona](#) de Stephanie Newell (The Third Person)**



Novela brutal, trágica y de humor oscuro sobre el crecimiento, la rivalidad entre hermanas y la familia disfuncional definitiva. En una serie de anotaciones de diario, Lizzie, de catorce años, comparte sus secretos sobre cómo aceptar la ruptura de sus padres, luchar con su

hermana menor y su obsesión con el hombre con el que está destinada a casarse.

En el Bosque Durlleston

por

Michael Graeme

Capítulo 1

El arma yace apoyada en las raíces del haya como yació antaño en mi niñez: la barnizada nuez de la culata camuflada como hierba seca con el fondo. El viejo cañón azulado y la mira telescópica parecen desaparecer de la existencia como si se disolvieran en la suave luz. Llevo sentado aquí desde el amanecer y no he visto ni escuchado a otro ser humano. El dosel de ramas está lleno con el canto de pájaros invisibles. Invisibles también son las criaturas que busco. Es como si olieran el arma, como si la sintieran como una perturbación en la armonía de las cosas.

Hay un camino de conejos al otro lado del río, no más que una mancha entre la maleza, pero en uso regular. Calculo que está a veinticinco metros de distancia. Desde mi posición elevada, tengo comando sobre él, incluso con un viejo rifle de aire comprimido. Pero hoy la vida salvaje del bosque de Durlleston permanece oculta. Ahora es media mañana y la hora de caza ha pasado, pero aún así espero, espero a que este antiguo lugar me acepte de regreso, se cierre sobre mí y las problemáticas ondas de mi pasado y mi presencia se desvanezcan, y la superficie de las cosas se tornen claras y tranquilas... para que el futuro se revele a sí mismo.

Espero mucho tiempo.

Sin moverme.

Desde mi posición de ventaja, espalda apoyada contra el árbol, puedo ver el río Rye correr despacio por debajo. El dosel se agita somnoliento, vistiendo el profundo verde del pleno verano, en toda su tórpida densidad, mientras el aire del suelo del bosque se mantiene denso, aturdido hasta la quietud por el calor, el peso y la humedad.

Podría haber tenido cuarenta y cinco esa mañana o cualquier edad desde los ocho años, desde la primera vez que vine por aquí con mi padre. La memoria de mi infancia de estar sentado en ese mismo lugar, entre las raíces del árbol de haya, son un recuerdo perfecto de las vistas, los sonidos y los aromas de todo lo que me rodea

ahora, por tanto puedo vislumbrar más fácilmente tal vez la insignificancia del tiempo.

Soy un chico, un adolescente, soy de mediana edad y viejo. Soy un momento que abarca la fresca viveza de la juventud todo el camino a través de la confusión de mi vida, hasta la fragilidad y decrepitud de aquel que acepta su propia muerte. Todo esto es lo mismo, tal como este árbol ha caído ya mientras que, al mismo tiempo, no es más que un árbol joven recién levantado en días antiguos a orillas del río Rye.

Ahora llega un balanceo antinatural de la hierba, una sombra se desliza entre la maleza y, finalmente, una forma gris se materializa en la mira. Brinca con cautela, deteniéndose ahora para erguirse sobre las patas traseras y oler el aire. El arma llega fácilmente hasta mi hombro, el gastado hilo de algodón de la chaqueta encerada a prueba de espinos no emite un susurro. La placa para la mejilla está fría, mientras que el aroma de décadas de viejo barniz y aceite para armas libera memorias de otros tiempos como este, otras largas esperas oteando y escuchando las sencillas vidas que fluyen y refluyen bajo los árboles del bosque de Durlleston.

Es un conejo; joven, cojo, descuidado por el hambre y el tormento de su herida. La Naturaleza lo tomará de nuevo pronto hasta su ensangrentado seno: un zorro, un perro doméstico, incluso un gato o un hombre con una arma. Yo fijo la cruz en el pelaje de su cráneo. El rifle es un Webley, un arma poderosa en su día, con la inusual facilidad de cañones intercambiables. Tengo puesto el de calibre .177 esta mañana, pero en realidad necesitas el .22 para matar. El .177 es para tiro al blanco, un perdigón más ligero y más probable de amputarlo todo, salvo a las cosas vivas más pequeñas, a menos que puedas conseguir un disparo a la cabeza, justo entre los ojos o detrás de las orejas. Todas estas cosas las recuerdo, aún cuando durante los últimos treinta años de mi vida no me han sido de uso en absoluto.

¿Qué más recuerdo? Mejor no demorarse, simplemente ve con el flujo de las cosas.

El conejo se acomoda para mordisquear la hierba. Ahora está al descubierto, orejas atentas a la más mínima perturbación en el sutil

fluir del bosque. Yo respiro lentamente, ajustando mi puntería para que la mira se pose fiable y repetidamente sobre la marca cuando suelto el aire. Exhalo una última vez, luego hago una pausa como me enseñó mi padre. La mira se cierra sobre el conejo y yo aprieto el gatillo, ligero como una pluma.

Un buen tiro.

Limpio.

Tomo aire y dejo el arma atravesada sobre el regazo, apoyando la espalda una vez más en el árbol, en profunda meditación ahora. El dosel se balancea y se agita con un aire diferente y siento un hormigueo cuando una parte vital de mí se libera, se desliza a través de las grietas en el tiempo. El conejo se aleja brincando. No hubo sonido del arma, no hubo tensión en el muelle, ni siquiera un perdigón en la recámara.

Un zorro se llevará al conejo. Que así sea. Hubo un tiempo en el que tal muerte habría agraciado la mesa de la cocina, pero esos días se han ido hace mucho tiempo. No he matado nada desde mi niñez, y sólo entonces porque era el camino que me enseñó mi padre. No tengo intención de empezar todo eso ahora otra vez.

Es otra cosa con lo que necesito reconectar aquí, en el bosque de Durlleston, otra cosa distinta a simplemente derramar la sangre de sus criaturas. Es más bien un modo de pensar, un modo de sentir, un instinto de vida, un modo de vivir, un modo de ver.

¡Ojalá pudiera recordarlo!

La mañana se sigue dibujando y el cielo se torna de un gris más profundo mientras el aire que se mueve bajando por el valle se vuelve más frío y no tan húmedo. ¡Se acerca un cambio! Las hojas de sicomoro en las profundidades del bosque comienzan a mostrar sus anversos, su follaje más pálido presta un contraste a la sombra y huelo siglos de vida alzándose, siglos de decadencia y renovación.

Habrà lluvia.

Me alejo moviéndome con pasos laterales, con una quietud que aún

surge con facilidad, por la orilla hasta una estrecha cornisa junto al río, por la que discurre el esbozo de un sendero. Lo sigo río abajo, husmeando a través de ramas bajas hasta un recodo escondido, medio recordado, y hasta una amplia plataforma donde yace allí un anillo de piedras lavadas y los restos de un fuego reciente. Me sorprende verlo. Construí este anillo siendo niño, aquí sobre esta orilla seca, sin nada combustible cerca, nada con riesgo a que un fuego se vaya de las manos.

He pensado en este lugar de vez en cuando a lo largo de los años. Mientras tanto, alguna otra alma ha encontrado el lugar y lo ha adoptado: un alma empática también, pues no hay basura ni cáscaras de naranja ni envoltorios de chocolate que perturben la armonía del bosque. Solo el aroma de esos siglos y el siempre presente ondular del Rye.

Recojo hierbas y ramitas secas, luego las pongo en las cenizas contenidas por el anillo y las enciendo con una cerilla. Añado más combustible a las llamas y, mientras el fuego crece, saco un destornillador y comienzo a dismantelar el arma. La culata sale fácilmente y la dejo frente al fuego. Esta humea un rato, como escéptica, luego se oscurece de pronto y comienza a arder. Antes de quitar el cañón, levanto el muelle para asegurarme de que el tiempo lo arruine. Luego quito el telescopio y destornillo la lente de enfoque para exponer la delicada grátícula y su ajuste.

El río corre más lento aquí, hinchándose hasta treinta metros o más, y decelerando hasta un ponderoso deslizamiento cuando toma la curva, de modo que hacia la orilla opuesta hay un casi estancado estanque con profundo fondo de limo. Lanzo el telescopio en medio del estanque, luego el mecanismo del muelle y el cilindro. El cañón lo coloco entre dos rocas y lo golpeo con una piedra pesada, doblándolo. Luego sigue al resto del arma dentro de la cenagosa poza... y desaparece.

Es una lástima. Recuerdo el rifle como un arma precisa. Pero más que eso, el arma representa para mí ahora el conocimiento del bosque. Pertenece a una época más allá del alcance de los chicos de hoy. Pero los días de las armas en el bosque de Durlleston han terminado y es mejor que esta encuentre su fin aquí que ser vendida — tal vez para caer en manos de un misantrópico adolescente—que

corromperse como un rompeventanas y una asesina de gatos. Las armas significan algo completamente diferente estos días.

Es en parte este sentimiento lo que me ha traído de vuelta al bosque, pero hay algo más, algo en el ritual que no entiendo de inmediato. Es un sacrificio, por supuesto, una ofrenda. Es un dejar ir, el envío de una onda de regreso al pasado para que el pasado pueda ofrecerme a mí algo a cambio.

Luego, al levantar la vista de las llamas, ¡noto que estoy siendo observado! Es una mujer, de piel oscura, demacrada, de cuclillas perfectamente inmóvil junto al bálsamo de la orilla opuesta. Encuentro esto impactante, pues me pensaba solo. Aunque de pronto estoy mirando a través de las aguas cenagosas del Rye hacia un par de ojos oscuros, observándome. ¿Cuánto tiempo ha estado ella ahí? ¿Qué debe de estar pensando de mi extraño ritual?

La llamo: "¿Hola?"

Pero ella se asusta de inmediato y se ha ido en un arrebato, cual animal sobresaltado, hacia la sombra del bosque. Y por un momento, por encima del espeso sonido del paso del río, se oye el sonido de una cadena siendo arrastrada.

Capítulo 2

Dicen que una vez que has dejado el lugar donde naciste, nunca deberías regresar. Que regresar es de alguna manera haber fracasado. Dicen que nuestros pasos deberían conducirse siempre en espiral hacia afuera, que regresar a casa va en contra de la forma de las cosas, que regresar a casa es no haber estado en ninguna parte en absoluto. Pero a veces estamos obligados a regresar, y por no mayor razón que nuestro camino nos conduce allí, que después de décadas de salir en espiral, este la cruza justo de vuelta al centro.

Las razones son muchas y misteriosas, pero permanecer en libertad en el mundo en un momento así sería ignorar la marea vital de la vida, sería ignorar el hecho de que en algún lugar de nuestro pasado podría haber algo que hemos pasado por alto. Que un regreso a nuestra infancia, o más a un sentido de lo que nos cimenta en la realidad, es lo mejor que podemos hacer cuando todo lo demás parece haber caído.

Dejé este lugar hace veinte años, dejé el viejo pueblo de Marsden, en el gris norte inglés, lo cambié por el sol de California, me bronceé y crié hijos en las playas de la costa del Pacífico. Construí una vida con una mujer de cabello rubio y piernas largas que, después de todo nuestro tiempo juntos, decidió que deberíamos dar por terminado el día y, aparentemente, por ninguna otra razón que la de que yo la aburría. Así, he vuelto a casa ahora. Hasta mi padre.

Él no se ve mal hoy. Está sentado erguido con una chaqueta tweed. Ahora está raída, pero los cuidadores saben que a él le gusta mucho. Y le han atado muy bien una corbata. Hay un tablero de ajedrez entre nosotros, aunque han pasado meses desde que él tuvo la energía para apuntarse a una partida, pero los cuidadores me han explicado que hay algo en la forma en que están dispuestas las piezas que le agrada, que aunque rara vez habla ahora y que su temperamento puede hacerle difícil de manejar, la simple disposición de una partida de ajedrez le calma. Es como si él recordara un fragmento de su antiguo yo en ella igual que yo recuerdo un fragmento de mi antiguo yo en Durlleston.

Las piezas no están en fila en sus posiciones iniciales; siempre hay una partida en juego. Una de los cuidadores la ha creado copiando posiciones de un librito de partidas clásicos que encontró en una tienda benéfica. Cualquier intento de ordenar las piezas al azar; algo que podría resultar en el fallo lógico de dos alfiles de un mismo color en escaques blancos, por ejemplo; es suficiente para hacer que mi padre se queje. Incluso en su vejez y su confusión, no puede ser apaciguado por la pretensión.

Todavía está lúcido a veces, y es sensato, pero incluso en esas preciadas ocasiones no hablamos de ciertas cosas. Creo que sabe que su casa se ha ido. La vendí para pagar su cuidado, pero nosotros no mencionamos esto. La casa todavía existe en su mente, y también en mis sueños, como un lugar al que él volverá en cuanto comience a sentirse un poco más brillante en sí mismo. Fue el lugar al que llevó a su esposa hace cincuenta años, el lugar donde crió a su hijo, el lugar donde le hubiera gustado dejar a su hijo cuando por fin se marchase arrastrando los pies, pero como he dicho: nosotros no la mencionamos.

Está bastante hablador hoy, recordando un paseo por el Rye cuando yo tenía doce años. Mi recuerdo de este evento es lo bastante claro como para saber que no es una ilusión por su parte, pero lo está recordando con tanto detalle que me pregunto si el pasado puede ser embellecido de esta manera. Hay tanto brillo en sus recuerdos, mientras que los míos son opacos, empañados por la abrasiva escoria de todo lo que ha llenado mi vida desde entonces. Pero me gusta su retrato de las cosas, así que lo tomo prestado de una mente que puede estar manufacturando detalles con adornos de fantasía, y yo lo acepto todo resueltamente como la verdad, por la única razón de que hay cierto brillo en ella, cuando todo lo demás en el mundo de estos días me parece insoportablemente opaco.

Él habla del camino por la herradura del Rye y de la temporada en que los ajos de oso, las campanillas y las anémonas del bosque florecen juntos para crear una alfombra imposiblemente hermosa bajo las arqueadas ramas de hayas, robles y sicomoros.

Tenemos el arma y estamos cazando ratas a lo largo de las orillas del Rye cercadas por la casa Willet, la curiosa y solitaria casa vieja del Durlleston Wood. Estoy libre de escuela, una misteriosa

enfermedad del espíritu que me ha deprimido y que, de alguna manera, se alivia ahora con la cálida oscuridad de Durlleston y el olor a turba del Rye.

Las ratas no son ratas, sino topillos de agua, las Ratitas de Cuentos de Sr. Sapo y Tejón, y el hogareño Topo [1]... topillos inofensivos, considerados por ignorancia como portadores de la peste y muertos a tiros hasta casi la extinción. Y cuando él habla de las cabezas estrelladas de los ajos de oso, yo estoy con él, el aroma a ajo de estos me abrumba en calientes oleadas mientras yacemos pronos boca abajo durante horas, con el arma apuntando a un agujero de aspecto probable en la orilla arenosa del Rye.

Los abejorros zumban, saliendo y entrando en la sombra de nuestros sombreros, pero los soportamos con paciencia, y cuando mi padre menciona esto, me sorprende que pueda haber recordado la escena tan vívidamente, y quedo atraído por ella, no solo por las imágenes y el olor, sino por la "sensación" de tener el vientre sobre la tierra blanda y que me calma el miedo, que calma la sensación de ese niño de doce años que está entrando en una vida para la que seguramente no estaba hecho.

¿Te he dicho que el nombre de mi esposa es Faye? Han pasado tres años desde la última vez que la vi, pero nosotros murimos mucho antes de eso. Lo sé porque me digo a mí mismo que pienso muy poco en ella y que, cuando lo hago, no hay odio ni cariño en ello. No es como la primera chica de la que me enamoré, en la que todavía pienso con una ternura nostálgica, la chica cuyo amor me recuerda la historia de mi padre sobre ese paseo, cuyo amor yo ya había traicionado mientras yacía allí ese día con el arma. Su nombre era Lillian.

Lillian y yo estamos arrodillados en el pasillo en la Escuela Primaria Iglesia de Inglaterra de Marsden. Tengo once años, ella está en la cúspide de su décimo cumpleaños y hay algo en su rostro, algo en sus ojos y en la forma en que la luz cae sobre su largo cabello rubio que me agrada, aunque en cierto modo no entiendo. Y mientras la miro, gozando de esto que no entiendo, noto que ella ha levantado la vista, me está mirando, y al ver o sentir mi placer, me sonrío, sonrío porque mi placer le da placer. Y cuanto más placer somos conscientes de inspirar al otro, mayor se vuelve nuestro placer, por

lo que la sensación es como un florecimiento, como una hinchazón de dicha espiritual. Y florecemos en la inesperada iluminación del primer amor.

Pero el amor humano trae también la locura humana, y en los días venideros Lillian me preguntará si pasaré al frente de la asamblea escolar para tirarle del pelo cuando sea su cumpleaños, diez tirones, como es la tradición, uno por cada año de su vida. Por supuesto que habrá alboroto entre nuestros amigos. Las suyas estarán celosas de que yo no haya escogido amarlas, mientras que los míos serán despiadados en sus bromas por que alguna vez me pudiera gustar una chica.

Me quedo despierto durante días, temiendo tanto este evento, que en la temida mañana me invento un dolor de barriga, y cuando Lillian se levanta orgullosa en el escenario de la escuela para proclamar su amor gritando mi nombre, yo no estoy allí. Entonces se siente avergonzada, decepcionada por el amor, y rápidamente elige a uno de sus engreídos compañeros de la escuela, y los dos se burlan de mí a mi regreso, rechazando como ridículas mis historias de dolor de estómago, y Lillian, con su corazón sangrando, me devuelve mi amor lanzándomelo a la cara.

Mi padre está callado ahora, su relato suspedido a mitad de frase, atenuado por el calor del salón, aquí en Marsden Hall, y por el enigma de la congelada partida de ajedrez. Sin embargo, el recuerdo de Lillian permanece como una astilla en mi cerebro. Es extraño. No he pensado en esto desde hace mucho tiempo, no he pensado en mi traición a su amor en términos tan vívidos antes. Tengo cuarenta y cinco años y me encuentro rebosante de culpa por algo que hice cuando era niño y no puedo expíar.

¿Qué me está diciendo esto, esta cosa, esta serendípica serpiente de las capas más oscuras de mi inconsciente? Me está recordando, creo, cuántas veces me ha seducido la idea y la hermosura del amor, pero cuando el amor exige una prueba, no estoy dispuesto a dejarme transformar por él... a confiar en la seguridad de su dirección.

Que tal vez, entonces, yo nunca haya estado enamorado de verdad.

Capítulo 3

Mi regreso a Marsden después de veinte años no ha despertado mucho interés entre sus actuales habitantes. Todas las antiguas familias que recuerdo se han ido y en su lugar parece haber crecido una generación de adoradores de mercancías baratas que maldicen delante de sus hijos y se burlan de cualquiera que mire o actúe de una manera incluso vagamente intelectual. Vienen y escupen en la calle. "No soy civilizado," parecen decir, "y tú tampoco deberías serlo. Esos días han pasado. Marsden se ha vuelto feo. Aquí ya no hay lugar para la dignidad, para el orden."

Hay políticos en la televisión que dicen que a mi país le falta algo que ellos llaman cohesión social, otros dicen que siempre ha sido así. Pero algo ha cambiado. Yo puedo sentirlo después de haber estado tanto tiempo en el extranjero. ¿Es quizá una pérdida de inocencia? Rompimos el velo de la respetabilidad de la autoridad corrupta hace décadas, pero a falta de algo que lo reemplace, lo dejamos en paz, felices de burlarnos de él, y con nuestro cinismo burlón hemos corrompido algo en nosotros también: la sensación de que las cosas podrían alguna vez ser mejor que esto.

Al regresar de California, viví durante un tiempo en el foso negro que es la capital de mi nación, resistiendo la llamada de Marsden. Allí me formé como maestro, no porque fuese algo que yo quisiera hacer, sino más bien algo que yo sentía que podía hacer para ganarme la vida dignamente y en un entorno más estable que el tira y afloja de una empresa de software «hoy aquí y extinta mañana». También existía la ventaja de que incluso un mediocre espécimen de hombre—y uno claramente más allá de su fecha de caducidad—podía superar a una joven brillante—para quien la enseñanza era una vocación—simplemente porque era un hombre y hoy en día había muy pocos hombres interesados en ser profesores de Educación Primaria. Pero al finalizar mi formación, de las vacantes que exploré todas fueron callejones sin salida hasta ver el puesto de profesor anunciado en la Escuela Primaria Iglesia de Inglaterra de Marsden, mi antigua escuela. Parecía que el destino me llamaba y supe entonces con certeza que mi camino me llevaría a casa.

No es sin ironía que haya regresado a la Escuela Primaria I. de I. de Marsden.. Hay un significado peculiar en esto—uno que todavía tengo que desentrañar. Es de esperar que nos resulte más claro a los dos a medida que esta narrativa se desarrolle. Es un edificio de escuela victoriano y todavía inmediatamente reconocible como el lugar donde pasé gran parte de mi infancia.

El olor, el sonido, la sensación, todo esto despierta en mí imágenes que he pasado toda mi edad adulta en la ignorancia de haber retenido. Los recuerdos de eventos, rostros y conversaciones resuenan en las paredes en momentos extraños, a veces haciéndome parar a mitad de la oración, por lo que los niños que ahora están a mi cargo piensan que soy extraño y comienzan a dar risitas.

Sin embargo, estos no son buenos tiempos para la profesión. En mi infancia siempre había algunos niños en una escuela a los que uno podía imaginarse en los años venideros acabando en la cárcel como resultado de algún acto inefablemente vil. Pero ahora, los niños insolentes y físicamente violentos son una característica monótona de todas las aulas de la EP I. de I. de Marsden, de modo que mis colegas y yo pasamos nuestros días simplemente manteniendo el orden en lo que a veces puede parecer un lugar invadido por emocionados primates armados con lápices afilados. Mientras tanto, los niños decentes pasan completamente desapercibidos.

No se puede tocar a los niños desagradables, por supuesto, y el único medio de desalentar el mal comportamiento es una especie de guerra psicológica en la que se recompensa el buen comportamiento de unos pocos con la esperanza de que sirva de ejemplo para los dementes que vengan después. Esa es una buena idea; humana, ilustrada, supongo, y tampoco está en mi naturaleza dar castigos corporales de todos modos, pero encuentro todo este alboroto tedioso y degradante.

Hay poco personal aquí, todas ellas mujeres jóvenes, supervisadas por una belleza rubia de directora, mayor y fría, llamada Davinia Barkwell. Por lo que puedo averiguar por los chismorreos entre las chicas, Davinia tiene tanta aptitud natural para enseñar como yo—que no es mucha, me temo. Pero ella ambiciona una Consejería en la Junta del Condado, y me sorprende que una líder moderna requiera estos días poco en forma de enseñar habilidades, por lo

que esto no debería ser una desventaja para ella. Que yo sepa, el líder moderno es un hombre de negocios, un promotor de imagen, un escritor de declaraciones de misión, un controlador de presupuestos y, a veces, también una dominatriz.

Y creo que estoy enamorado de ella.

Esto es una negligencia por mi parte, lo sé. Debería haberte mencionado esto antes. De todos modos, esto es en lo que estoy pensando mientras Davinia reprende a Felicity, una chica ligeramente joven que ha tenido la temeridad de llevar esmalte de uñas en la escuela. Felicity no es una niña, tiene veintiséis años y es la líder nominal de los infantes primates. Ella está sonrojada, sumisa y tan cerca como yo puedo entender de la mejor maestra de la escuela. Sin embargo, Davinia tiene un estricto código de vestimenta, tanto para el personal como para los niños, que prohíbe adornos como esmalte de uñas y joyas. Para mí esto no es un problema, por supuesto, mi propia humillación es solo que debo usar una infantil corbata de broche con el logo de la escuela en la parte inferior. Creo que la razón es que el nudo es siempre elegante y recto, nunca se cae hacia abajo perezosamente y proporciona, por supuesto, un vínculo de compañerismo con los niños y niñas pequeños que usan versiones en miniatura de las suyas. Sin embargo, me siento incómodo cuando la llevo en presencia de Davinia, en caso de que ella vea la corbata como un símbolo de su propiedad. No he dicho que no me gustara, solo que me hacía sentir incómodo.

Son las cinco y cuarto ahora, y estas chicas tienen hogares a los que ir, otras vidas que vivir, maridos e hijos propios con los que estar. Sin embargo, aquí están en la oficina de Davinia, con la mirada baja por si alguna expresión inadvertida la anima a continuar más de lo que ya nos está hablando. Mientras tanto, yo la observo. Ella viste un impecable traje gris, una impecable blusa blanca, reloj Cartier, tacones altos negros, sin medias. Tiene ojos azul claro, ligeramente de glotón [2]. Ella es hermosa, pero paradójicamente asexual y pálida, como algo que no fuese del todo de este mundo y pudiera ser fría como el hielo al tacto.

La reprimenda de Felicity ha terminado y ahora Davinia se dirige a todos nosotros. Nuestros planes de enseñanza son descuidados y

cada vez más retrasados. Nos está diciendo que nuestro fin de semana es nulo, que nuestros planes deben estar en su bandeja de entrada a primera hora del lunes por la mañana. Los míos están listos para enviarlos ahora, pero no tiene sentido anunciarlo. Estoy enamorado de ella, desesperado por una mirada de aprobación, pero no soy estúpido.

Actualmente estoy de alquiler en una casa en Mill Lane y, cuando por fin salgo de la reunión de Davinia, camino a casa directamente, salvo que eso nunca me hace sentir bien. Cuando era niño caminaba de la escuela a nuestra casa en Marsh Avenue, y la mitad de mi viaje ahora me lleva por esa misma ruta, pero tenía que desviarme hacia Mill Lane. Ahora hay extraños viviendo en nuestra casa y me siento como si me hubiesen desplazado. Estoy infantilmente resentido por ello.

Mientras camino pienso que este amor que creo que siento por Davinia es interesante, pero también bastante deprimente. Empecé a amarla antes de descubrir qué tipo de mujer era, cuán ambiciosa, decidida y aparentemente incapaz de amar era, posiblemente incapaz incluso de cualquier lujuria. Pero yo estaba indefenso, el sentimiento saltó fuera de mí antes de que yo pudiera hacer algo al respecto.

Si mi ingenio me acompaña, generalmente puedo eludir estas cosas. ¡Sé que no es real! Sé que en realidad no amo a Davinia. Soy más bien esclavo de una parte de mí mismo que he proyectado sobre ella. Es la señal de un desequilibrio y una de las cosas que debo superar. Nunca tendré a Davinia, de hecho sospecho que en realidad no la quiero, pero por ahora la parte dañada de mí dice que la amo y se ve impulsada por el deseo de que ella me ame.

Un Jaguar pasa lentamente, negro y pulido. Se detiene y me espera. Davinia. Mis pensamientos la han conjurado, al parecer. A veces ella me lleva a casa, pero solo, pienso yo, para burlarse de mí. Yo no me he declarado, Dios no lo quiera, pero me pregunto si ella lo presiente. Quizá ella sea un poco joven para mí, aunque me pregunto si la idea le parecerá halagadora, un hombre mayor al borde de la ruina por ella.

El poder que ella ejerce sobre las chicas se basa en el temor de que

pueda interferir seriamente en sus vidas, hacerlas llegar tarde a la hora de estar en casa, enviarlas de cualquier manera a cursos de capacitación en partes desconocidas del condado y que eso las haga llegar tarde a sus hogares. Yo soy diferente, mayor, no me asusto tan fácilmente, y aunque ella me despidiera, podría buscarme otro trabajo. Ella debe de saber esto, pero aún así me encuentra silenciosamente sumiso. ¿Qué otra razón podría haber aparte de que estoy enamorado de ella?

La puerta del pasajero se abre. La oferta de llevarme se da por sentada, también mi aquiescencia. No se necesitan palabras.

El Jaguar tiene un olor caro que disfruto: asientos de cuero y aroma a Davinia. Supongo que ella no tiene nada más en lo que gastar el dinero salvo en coches y ropa de calidad. La última vez que monté con ella recogí un mechón rubio suelto en la parte de atrás de mi abrigo. Lo he enrollado y lo he puesto en un antiguo relicario de plata que encontré una vez en el barro de uno de los caminos que atraviesan Durlleston. Lo guardo en el bolsillo como amuleto.

"Muy amable de tu parte, Davinia, gracias."

No hay respuesta, solo una tensa sonrisilla. En realidad preferiría caminar esta noche. El cielo está plomizo y hay una fina llovizna. El aire está quieto de anticipación y cambio, y yo había pensado leerlo por la sensación de la noche en mi rostro.

"Sabes conducir, ¿no, Richard?"

¿Qué quiere decir con eso? ¿Hay un viaje, una reunión, un curso de formación fuera del horario laboral al que planea enviarme? Espero que no, quiero sentarme regular y confiablemente en el barro de Durlleston durante un tiempo, revolcarme en él, volver a olerlo. No he vuelto aquí para ser un profesional ambicioso, ni siquiera interesado. Esos días pasaron. Pero ella pensará que soy patético si le digo que ni siquiera sé conducir.

"Em... sí. Sé"

"¿Solo que no tienes coche?"

"Así es. Rara vez salgo del pueblo estos días. En realidad no lo necesito."

"Aunque viajaste mucho una vez, ¿no? ¿No te sientes encerrado aquí? Es un lugar bastante pequeño."

"Yo nací aquí."

"¿Sí? ¿En serio?"

"Si."

Uno pensaría que la he sorprendido, pero yo estoy seguro de haberlo mencionado antes. Entonces, ¿qué está insinuando? Con Davinia siempre hay una corriente oculta.

Su falda se eleva un poco por encima de su rodilla cuando trabaja el embrague. Sus piernas son suaves hasta un grado que seguramente delata una vanidad secreta y aplicaciones regulares de cera caliente. Ella hace cumplir reglas muy estrictas contra los adornos femeninos, sin embargo, su largo cabello rubio está suelto, no envuelto de manera represiva ni recortado.

¿Qué dice esto de ella? Oh... basta Richard.

Está lloviendo más fuerte ahora y los neumáticos emiten un siseo desde la carretera mojada. Yo observo sus manos en el volante: están pálidas, delgadas y sin anillos, y me pregunto si mi jornada me ha dejado sudoroso, me pregunto si ella puede olerme, si le parezco repugnante: rancio, sucio y viejo frente a su fresca joven, helada... y sus piernas suaves.

Ah, aquí estamos; ¡qué pronto!

"Gracias de nuevo, Davinia. Nos vemos el lunes."

"¿No estarás en la Iglesia?"

"¿Iglesia? Sí, por supuesto."

"Entonces te veré el domingo."

"Sí, el domingo."

¿He mencionado que voy a la iglesia todos los domingos? Me siento en silencio en la parte de atrás, mientras que ella se sienta delante, al parecer pendiente de cada palabra del vicario. Ni por un momento había yo pensado que ella sabía que yo estaba allí.

"Buenas noches, Richard. Que tengas un agradable fin de semana."

"Gracias, Davinia. Tú también."

Me duele el corazón cuando la veo irse. Hay una dulce miseria en ello y, aunque claramente es desesperada, en cierto modo perverso me siento empoderado por esta. Es autoindulgente, por supuesto, pero todo hombre debe tener una causa noble, y las causas perdidas son las más nobles de todas.

Capítulo 4

Mi padre está recordando el truco mediante el cual duplicamos el alcance del arma haciendo gotear aceite dentro de la recámara y luego disparándola en seco antes de pasar un perdigón. Y mientras habla, tejiendo sobre mí una vez más el hechizo de sueños pasados, huelo el aceite, siento su untuosidad entre los dedos, veo mis huellas dactilares en el metal azulado del cañón, huelo la linaza que he frotado en el percutor. Huelo el cuero de la correa, siento el impacto del muelle cuando se suelta el perdigón, oigo el impacto contra el árbol y el aleteo de un pájaro indignado.

"¿Sabes quién alquila la casa Willet estos días, papá?"

No hay respuesta. Estas anécdotas tienen impulso propio. Puede que me haya oído. Puede que me responda mañana o la semana que viene mediante alguna otra historia, aparentemente no relacionada, que dé la información que busco. Pero por ahora, con el final de su historia, sus ojos descansan una vez más en la congelada partida de ajedrez.

Me pregunto, durante estas visitas, si debería mover una pieza, pero no quiero alterar su patrón ni lo que, en su abstracción, este pudiese significar para él. Y mi conocimiento de ajedrez estos días, como la mayoría de las otras cosas que una vez pensé que entendía, ahora es obtuso y vagamente comprendido—cualquier habilidad que poseyese se ve obstaculizada por la lenta confusión de mis pensamientos.

Estamos en el salón de la residencia, como lo estamos casi todas las noches, una audiencia de otros rostros, todos vacíos, nos rodea. Y en estos largos silencios, cuando mi padre parece haber vuelto a su inconsciente, trato de asimilar qué más veo de este lugar. Los ancianos apoyados erguidos, algunos sobre andadores Zimmer, los menos afortunados con mellados y abollados cilindros de oxígeno, y estoy pensando si no podrían evitarse la humillación de algo tan obviamente viejo y usado, pero parece un montón de trabajo pintar los cilindros como nuevos—¿y se darían cuenta las pobres almas?

Al contrario del cliché popular, los cuidadores aquí cuidan. Vagan con sus baberos verde pálido, trayendo té y hablando con los viejos paisanos, y siempre sonríen. No hay nada en ellos pesado, apresurado ni demasiado ocupado en absoluto. La chica que parece haberse enamorado de mi padre se llama Chelsea. Tiene la misma edad que la nieta de mi padre, una mujer que no le conoce y nunca ha tenido interés en hacerlo a cuenta de la pobreza material de este y la improbabilidad de que alguna vez haya algo de esta pobreza para ella. A diferencia de mi hija, delgada como un palo, Chelsea es una chica bastante regordeta. También es fragante, delicada en sus modales y posee un cabello rubio tan voluminoso y fino que ella debe de estar relacionada con las hadas—porque nada tan hermoso podría existir en este mundano planeta sin la ayuda de la magia.

En nuestras breves charlas hasta ahora ella me ha contado cómo obtuvo lamentablemente pocos GCSE y pasó todo su tiempo en la Escuela Beacon de Middleton—ahora una Facultad Especialista en Ciencia—simplemente sobreviviendo a la incompetencia de esta y la aparente incapacidad de la misma para protegerla del acoso de otras chicas más delgadas. Aunque ella me parece inteligente y mucho más empática que esa enfermera altiva que a veces veo patrullando imperiosamente, como una hermana de asilo del almidonado apogeo del Servicio Nacional de Salud. Fue Chelsea quien intuyó el amor de mi padre por el ajedrez, y aunque ella misma no distingue un alfil de una torre, le prepara estas impresionantes instantáneas de las partidas de los grandes maestros.

"Ha estado un poco cansado hoy, ¿no es así, Sr. Hunter?"

Chelsea se deja caer casualmente de rodillas junto a la silla de mi padre y le pone una mano gentil en la espalda. Yo no sé qué le dice a ella esto, pero para mí es la pista de que me estoy desviando hacia la hora de dormir.

"Te veré mañana papá," le digo, y luego le vocalizo a ella un «gracias», enfatizado con un asentimiento.

Ella las recibe con una abierta inocencia y nada afectada, y con una sonrisa. Gracias, por hacer por mi padre lo que no me atrevo a hacer yo. Ella debe de amar su trabajo, estoy pensando, o no podría soportarlo, no podría cuidar de estos viejos paisanos ni adoptar a

estos extraños con sus inconvenientes necesidades como su propia carga. ¿Cuántos exámenes de amor desinteresado aprueba ella en el transcurso de un solo día?

Ella me acompaña a la puerta. Eso es amable de su parte porque estoy seguro de no formar parte de la descripción de su trabajo. Es una casa bastante bonita, Marsden Hall, antaño el hogar de la familia Christie, magnates del carbón y el algodón, pero ahora conservada como el último puerto de escala para muchos de los repudiados veteranos de Marsden. Y sintiendo quizá mi confusión interior—y leyéndola como una angustia causada específicamente por el estado de mi padre—ella sonrío y me dice que él estará bien. Le devuelvo la sonrisa y le digo con un peculiar toque de humor negro que mi padre se está muriendo. Ella mantiene la sonrisa, la amplía incluso, y me dice que si bien eso puede ser cierto, aún así él estará bien.

Capítulo 5

Me digo a mí mismo que no recuerdo mucho de mi esposa ni de mis hijos, aunque esta es una barricada muy endeble. Dolorosos proyectiles llueven sobre ella. Permíteme resumirlos hasta ahora, con la esperanza de que parezcan menos espinosos, si es que puedo plasmarlos sobre el papel:

Mi hijo tiene diecinueve años y con su acento californiano ha llamado a su padre perdedor y gilipollas. Mi hija tiene dieciocho años, lleva tomando la píldora desde los catorce, pero ha conseguido quedarse embarazada dos veces, abortó las dos, y todo ello dando sus vanos pasos de palillo fino. Ambos me parecen extraños, vagas almas que una vez acuné con mi amor, ahora succionadas por este monstruo creciente de mundo del que nada sé. Cuando me permito pensar en ellos, me duele que tengan que abrirse camino en un lugar así, sin la menor preparación moral. Pero cada generación tiene asegurada su propia superioridad y, en un mundo amoral, un sentido de moralidad y delicadeza, un sentido de dignidad, sólo puede ser un estorbo.

¿Y mi esposa?

No...

Más tarde.

Así que, por ahora echo sobre mí el sombreado dosel de Durlleston, bajo la mirada hacia el camino y sigo adelante. Descanso con la seguridad de que ellos nunca han oído hablar de este lugar, de que estoy a salvo aquí.

Zonas de antigua foresta como Durlleston aún sobreviven por la misma razón por la que los primeros agricultores no las despejaron: porque ocupan los incómodos barrancos y huecos y los valles de los ríos, lugares demasiado empinados para arar o hundir cimientos a una profundidad reglamentaria. Las únicas viviendas que se encuentran en estos bosques son los solitarios supervivientes de una época en la que la mayor parte de la tierra era así, una tierra de

árboles centenarios hilados por senderos frondosos. Pequeñas propiedades, cabañas de tejedores preindustriales y antiguos edificios mineros. Pocas quedan ahora: sin desagües, sin electricidad y largos senderos turbios que hacen que su acceso sea agotador para una generación ablandada por las tecnologías de conveniencia.

La casa Willet, por destino o por algo más oscuro, ha logrado resistir. Es una casa solitaria de dos plantas, la cabaña de un tejedor en días antiguos, bastante humilde, construida con fuertes vigas y ladrillos, todo densamente revestido con hormigón pintado de blanco y decorado con piedras. Tiene pequeñas ventanas desde donde, por la tarde, incluso en los tiempos modernos, todavía se puede ver el ambarino resplandor de una lámpara de aceite o una vela. Hay electricidad, pero esta proviene de un generador diésel. En cuanto a los desagües, no me atrevo a adivinar, pero durante mucho tiempo he sospechado que hay espacios en la tierra o alguna otra desagradable antigüedad.

Nunca fue un idilio: siempre parecía demasiada descuidada para un nido romántico, y era más fácil imaginarla como el refugio de una bruja o de un viejo loco. Mi ansiedad en su vecindad no se ve aliviada por el hecho de que fue realmente, durante toda mi infancia, el refugio de un viejo loco: el viejo Willet, quien se pudrió lentamente allí en ebria decrepitud. El viejo Willet, cuya reacción instintiva cada vez que veía alguno de los niños del pueblo robando espacio de sus dominios, era enfurecerse en un lenguaje demente y correr hacia ellos con un martillo.

Aún ahora dudo cuando doy una vuelta por el antiguo lugar, aunque ahora veo que es una vía pública que pasa por delante de su puerta y no, como creíamos en la infancia, una intrusión atrevida y suicida. Pero a pesar de la cercanía de este sendero poco frecuentado, la casa Willet—o más propiamente la Cabaña de Durlleston—parece retirarse encogida y arrastrando sus descuidados terrenos a su alrededor como un velo decadente, evitando el escrutinio para que yo apenas pueda encontrar su mirada, en caso de que se me piense demasiado atrevido e irrespetuoso con su soledad y su perpetuo luto por alguna tragedia pasada.

Mi padre me dice que una vez tuvo un césped que descendía hasta el Rye, y parterres de flores y cuidados muros de ladrillo, pero

ahora están en ruinas, atravesados y convertidos en polvo por las raíces de los oportunistas árboles jóvenes. Y en la sobrecrecida hierba y las matas yacen los oxidados restos de coches viejos, algunos de ellos incluso anteriores a los días de Willet. La ruta que lleva a este lugar son dos millas de pista llena de baches, demasiado para un camión con volquete, supongo, pero ¿de qué otra manera deshacerse de toda esa basura? Willet lleva mucho tiempo muerto y aún así me parece que no se ha levantado un dedo desde su fallecimiento.

¡Pero alguien está viviendo aquí!

He visto el revoloteo de una sombra entre el caos de maleza del jardín, como algo ágil y veloz corriendo hacia el terreno. Y ahí está ese sonido de nuevo, el tintineo de una cadena. Por improbable que parezca entonces, la evidencia de mi imaginación sugiere que hay una mujer encadenada en las ruinas de la Cabaña de Durleston, aquí en la más profunda y oscura parte de mí.

¿Estoy fantaseando? No soy masoquista. Una mujer encadenada no supone atractivo para mí, pero el simbolismo no se puede ignorar. Una cadena habla de encarcelamiento, esclavitud, servidumbre. Y en la mitología de mi pasado, ella ha estado aquí todo el tiempo, esta pobre infeliz. Mi miedo al viejo Willet me había cegado ante la presencia de ella, porque si lo hubiese sabido, seguramente lo habría arriesgado todo para liberarla. Salvo que no estoy interesado en ella. Es Davinia quien atrae mis pensamientos, Davinia la diosa de todo lo que es desesperado.

Capítulo 6

De acuerdo, hemos estado volando un poco alto. Al volver a leer, me doy cuenta de que mi prosa también se ha vuelto un poco turgente. Así que, posémonos en la tierra un momento, ¡y no hay nada como un día en la «cara de tiza» para hacer eso!

Robert Guyson ha pinchado a Belinda Fenwick en las nalgas con un lápiz HB como represalia, porque ella le ha cortado un mechón muy grande de pelo—dejando al descubierto una cantidad impresionante de cuero cabelludo—con un par de tijeras que ella trajo especialmente de casa. Descubro que me divierte el cuero cabelludo, ya que Robert ha sido lo bastante tonto como para quedarse quieto mientras ella lo hacía, pero el malhumorado apuñalamiento ha resultado en dos horas en Urgencias, seguidas de una iracunda y desaliñada madre que me ha llamado "idiota incontinente."

No me molesté en corregir el uso de la mujer.

En mi defensa, debo agregar que en el momento del incidente me había distraído momentáneamente la aparición de varias bolas de baba en la parte posterior de mi chaqueta, y yo había estado rondando al sospechoso habitual: una simplona mocosa llamada Amanda Becket que responde a la más mínima reprimenda mojándose deliberadamente. Como podrás apreciar, he aprendido a ser bastante prudente en mi trato con ella.

Davinia ha montado un escándalo espantoso por los problemas de salud y seguridad, y busca evitar la posibilidad de que se entablen procedimientos legales contra la escuela debido a nuestra—con esto quiere decir mi—negligencia. Me ha retenido en su oficina después de la escuela para recoger los hechos, pero durante nuestra entrevista ha fruncido el ceño con impaciencia, y sospecho que ella está de acuerdo con la mujer y me considera un insensato. Estoy seguro de que ella da por sentada mi incompetencia.

Hasta ahora no la he encontrado particularmente solidaria y esto me duele, por supuesto, debido a mi ridículo enamoramiento de

ella. Bueno, el caso es que nos hemos sentado en su oficina hasta tarde, ella agitando su largo cabello rubio— un signo de irritación, he aprendido—mientras que lo único en que yo podía pensar era cuánto deseaba su ternura, y anhelaba que pudiera ser más empática.

Su belleza, combinada con estos modales prepotentes, ha hecho que todas las madres la odien, mientras que todos los padres, sin duda como yo, estén desesperadamente enamorados de ella. El enigma de Davinia sigue siendo que, a pesar de su belleza, ella parece completamente inconsciente de esto, bastante rígida y asexual en sus modales, y me pregunto si esto puede ser genuino o si solo haría falta la más mínima obertura por mi parte para desatar toda una vida de lujuria reprimida. ¡Tales son las fantasías juveniles de los hombres de mediana edad enamorados!

Mientras yo ponderaba esto, en contra de mi mejor naturaleza, la conversación se desarrolló en líneas familiares: normalmente con una clase numerosa, las estadísticas dictan que probablemente haya algunos niños educativamente subnormales—perdóname, no estoy seguro de poder usar ya esta palabra. De todos modos, se trata de niños que en épocas anteriores habrían ido a una escuela especial, pero que ahora están integrados en la educación general y requieren la supervisión personalizada de un asistente de enseñanza con necesidades especiales. Esto me parece una locura económica, pero ayuda a repartir la carga simplemente a cuenta de haber un mayor número de adultos en la habitación.

He notado que las clases más pequeñas de la escuela tienen dos de tales asistentes, mientras que yo no tengo ninguno. La razón es simple, aunque es obvio para mí que algunos de mis chicos están locos, ninguno ha sido documentado oficialmente como tal, así que, después del cuero cabelludo y el apuñalamiento, aproveché la oportunidad para preguntar si no podían ser reconsiderados ciertos niños. A tal efecto, tengo una lista en mi diario: un libro negro de nombres negros. Mientras sacaba el libro, Davinia me desvió con un movimiento de la mano.

"Si te sientes tan abrumado por las cosas, Richard," dice. "Puedo plantear el asunto con los gobernadores."

Sus palabras me cortaron. Yo quería que ella me considerara un par de manos seguro, un hombre mayor, confiable, conocedor del mundo, viajado y sabio. Por supuesto, esto es una fantasía. He vivido en Estados Unidos, pero en veinte años nunca me he aventurado a más de cien millas de mi casa en la costa oeste. Podría haberme quedado en Marsden y haber viajado igual de poco. Pero es peor que eso: ahora estoy seguro de que Davinia me ve como un viejo insensato de manos temblorosas incapaz de hacer frente al día a día.

"Déjame a mí que vea cómo sigo con ellos, Davinia."

"Como desees, Richard."

"Gracias."

No. No ha sido un buen día. Estoy nervioso y cansado, y temo que al día siguiente la madre verdulera esté esperándome con noticias de que su hija ha contraído septicemia durante la noche y ha fallecido. Es triste decir que este tipo de cosas son típicas en mis días, por lo que con el estrés asociado a tales cosas, paseo por el bosque cada vez más.

Desde Mill Lane, donde mi casa tiene vista al dosel del bosque Durlleston, puedo hacer un circuito en una hora, atravesar la herradura del Rye y en algún momento sucederá algo. Puedo comenzar, como ahora, en un estado de inquietud, con paso apresurado, respiración entrecortada, pero prosigo seguro sabiendo que terminaré con un paso meditativo, habiéndome tomado del brazo un fantasma benigno.

Estas son energías extrañas, imaginarias, por supuesto, y no para tomarlas literalmente, pero siempre bienvenidas porque me hablan, me calman, me preparan para dormir. Puede que pienses que estoy loco, pero siempre ha sido así aquí en Durlleston cuando estoy solo. Es posible que a veces tenga que dar dos vueltas o sentarme durante largos períodos bajo el haya, a veces hasta que el anochecer se cuele sobre los prados y la niebla se eleva del Rye y los murciélagos revolotean a la luz de la luna. Como esta noche.

Ya era tarde cuando partí y ahora que llego a la Cabaña de

Durleston, es un poco más de la puesta del sol. Aún me duele el corazón después de la cruel indiferencia de Davinia. Me siento despreciado y sin valor. Un solitario fantasma me sigue del brazo escuchando mi confesión y aliviando gradualmente mi carga. La cabaña aparece a la vista y, naturalmente, me distrae. El fantasma parece sentir algo y se aleja silenciosamente. De pronto me siento vacío sin su presencia.

El cielo sigue siendo perceptiblemente azul mientras se vislumbra a través de los huecos en el dosel de ramas, pero la pista es difícil de ver y Durleston, a todos los efectos prácticos, está bastante oscuro ahora. Hay luz en la ventana del piso de arriba de la cabaña, una vela parpadeando. La forma en que se mueve proyectando sombras aquí y allá es de lo más sorprendente, y misteriosamente hermosa. Y mientras miro la luz de la vela, pienso en la mujer encadenada y en su rostro. La imagino observándome por una mirilla oculta, como me había observado antes a través del bálsamo, y me pregunto qué quiere decir con eso.

Luego noto otra luz en la distancia, un vehículo que se mueve por la pista. Viene desde Middleton y solo puede dirigirse hacia la cabaña, porque la pista no conduce a ninguna otra parte. Este se nivela conmigo mientras me abro paso y me meto en el seto para dejarlo pasar. Es un enorme todoterreno japonés, y al nivel de camino conmigo se detiene. Una ventanilla se desliza hacia abajo, pero se detiene defensiva a mitad de camino y una cara mira hacia afuera: un hombre, bien afeitado, cabello corto y prolijo, de mediana edad como yo. Sus ojos están curiosamente muertos, pienso yo, como si él no pudiera ver lo que está mirando.

"¿Puedo ayudarte?" Me pregunta. Su tono es bastante fuerte.

"No creo," respondo.

"¿Qué estás haciendo aquí a estas horas de la noche?"

Si yo fuera una persona agresiva, le habría dicho que se ocupara de sus propios asuntos, pero mi opinión sobre la agresión es que es bastante inútil, a menos que estés preparado para llevar las cosas tan lejos como sea posible, lo cual implica inevitablemente el brutal asesinato real de otro ser humano o morir en el proceso. Cualquier

otra cosa es una postura infantil y poco digna.

"Estoy paseando," le digo.

"Un poco tarde, ¿no?"

Sonrío, este no siempre es un buen movimiento porque los tipos agresivos y paranoicos pueden entenderlo de manera equivocada y pensar que te estás riendo de ellos.

"¿Qué te hace gracia?"

Ah... tal como sospechaba.

"Ya veo que ha tenido un mal día," le digo. "Ya somos dos, así que seguiré mi camino. Que tenga buenas noches."

¿Qué tiene la casa Willet que atrae a estos locos misántropos? Sin embargo, él aún no ha terminado conmigo, porque como todos los bastardos egoístas, quiere tener la última palabra: "Que no te pille otra vez merodeando por aquí a estas horas."

Bueno, todo tiene un límite y, después de todo, solo soy humano: "Mira, no sé quién es usted, pero yo nací y me crié por aquí, así que voy y vengo cuando me plazca. Y si por azar me apetece pasear a altas horas de la noche mientras estoy en ello, que así sea."

Mi lenguaje puede ser demasiado elaborado, un poco florido y victoriano—habrás notado—por pasar demasiado tiempo con mi cabeza en la literatura romántica del siglo XIX, en lugar de tratar con el lenguaje más rápido y ágil del aquí y el ahora. Cuando digo cosas, la gente se ralentiza mientras buscan significado entre mis verbosidades. Por lo general descartan mis palabras y piensan lo que quieren, pero van a ser así de todos modos, así que hablo como quiero y no le supone diferencia a nadie.

"Como si eres la jodida reina," me dice, "tú mantente alejado de aquí."

La atmósfera se está cargando. Puedo sentirla recorriendo al suelo a través de mis piernas. "Esta es una vía pública," le digo. "Cualquier interferencia conmigo sería delito."

"Escucha, jodido teleñeco, si te veo arrastrándote por mi propiedad de nuevo, te arranco esa atontada cabeza y me gago en ella."

Hmm...

Este hombre parece educado con viles videojuegos y películas. Sin embargo, haber condensado tres blasfemias en una oración tan corta es impresionante, y eso incluso antes de que empecemos a considerar el punzante sustantivo irrespetuoso. Aunque no estoy familiarizado con el uso actual de la palabra "Teleñeco," por tanto no puedo medir hasta qué punto se supone que estoy indignado. De acuerdo, "atontada cabeza" es un poco artificioso, pero más imaginativo que simplemente repetir la palabra "jodido" de la parte anterior de la oración. Luego se trata de un hombre inteligente, imaginativo en cierto modo, aunque nada agradable, ¡y esos ojos muertos! Parece un asesino. No siento que él esté enojado de verdad, solo es agresivo. Simplemente es el modo que tiene de tratar con el mundo.

Por ahora está contento de permanecer en su vehículo y hacer cumplir su mensaje con el curiosamente contundente instrumento de sus ojos. ¿Cuál es su problema? Soy un extraño, un hombre en la vía pública que regresa un poco tarde a casa tras un paseo por el bosque. Cualquiera con un estado de ánimo razonable no pensaría automáticamente que soy un ladrón furtivo, a menos que seas de una disposición inusualmente nerviosa o un ladrón furtivo. Y este hombre no me parece del tipo nervioso. Créeme, lo sabría: si alguna vez hubiera un tomo definitivo sobre neurosis, seguramente su autor sería yo. Luego resulta obvio: el tipo está escondiendo algo.

"Que tenga buenas noches," le digo. Me alejo, pero él se queda un buen rato, como diciendo: te estoy vigilando.

No quiero dar la impresión en todo esto de que yo estaba anormalmente tranquilo. Es cierto, tiendo a presentar una cara impasible, una cierta sangre fría, pero eso se debe simplemente a la lentitud de mi cerebro, más que a la frialdad de mis pensamientos. Sin embargo, mis emociones nunca tardan en ponerse al día: me han amenazado en la vía pública, mi libertad personal de ir y venir ha sido restringida por un matón intimidante. Mi placer de caminar meditativamente a lo largo de la herradura del Rye se ve

súbitamente teñido por el temor a que me arranquen la cabeza.

Cuando llego a casa, me encuentro palpitando con una mezcla de angustia y rabia, porque tengo algo de ego y me tomo el insulto al respeto de mi persona tan bien como cualquier hombre mortal. Decido llamar a la policía. ¿Pero es una emergencia? ¿Debería llamar al 999? Eso parece un poco extremo. ¿No hay otro número para asuntos menos urgentes? El incidente; que ahora se está enfriando rápidamente, por cierto; no requiere una respuesta armada ni una ambulancia, solo un corpulento policía que vaya a la Cabaña de Durlleston para amonestar al matón por su mal lenguaje y su comportamiento amenazante. Pero ¿existen esos policías? He visto a una directora de servicio comunitario vestida con uniforme de policía, pero ella es más bien una chica menuda y no es lo que uno podría esperar enviar a la batalla sin sentirse avergonzado por su propia insuficiencia. Es como enviar a tu propia hija pequeña a darle una patada a tu atormentador.

La noche siguiente paso por la comisaría de policía de Marsden. No hay nadie allí. De hecho me sorprende que desde mi regreso a Marsden nunca haya visto a un oficial de policía real, a menos que esté dentro de un automóvil a toda velocidad hacia otro lugar. Hay un teléfono en la pared exterior que podría usar y que supongo que me conectará con la comisaría principal de policía de Middleton. Aunque ahora todo está empezando a parecer un poco tonto. Y estoy nervioso por la policía, seguro de que cada vez que vea un uniforme, por algún descuido escandaloso, encontrarán una manera de criminalizarme, porque siendo del tipo hombre pasivo, soy más fácil de molestar que a un criminal endurecido.

Sí, sí... sé que todo esto es paranoico, pero en caso de que no lo hayas resuelto a estas alturas, no soy una persona normal y no pienso como la gente normal. Por ejemplo, le he mentado a Davinia sobre las razones por las que ya no conduzco. No es que ya no tenga necesidad de uno; de hecho, sería refrescante de vez en cuando escapar de Marsden; la verdad es que ya no conduzco un coche por haber sido multado una vez por un pequeño error de concentración. En una ocasión me reprendieron severamente por usar un teléfono móvil mientras conducía, cuando en realidad lo único que estaba haciendo era rascarme la oreja. El policía había cometido un error,

pero no estaba interesado en mis explicaciones y me dijo que sería multado si me sorprendía haciéndolo de nuevo.

Ah... cómo envidio a los tipos de piel más gruesa que pueden reírse de tales cosas en compañía de sus amigos. Pero ¿yo? Tal es mi disposición que a partir de aquel entonces me volvía excesivamente nervioso cada vez que los ni-noos estaban cerca, hasta el punto de que me detenía y esperaba hasta que mi corazón dejara de latir con fuerza y mis manos dejaran de temblar. Al final, me convencí de que ya no necesitaba el coche, decidí ahorrarme la ansiedad y lo vendí. También tiré el teléfono móvil y no he echado de menos ninguno de ellos para nada.

Así que, no. No llamo a la policía, pero tampoco detendré mis paseos por el bosque Durlleston. Ni por él ni por nadie. Y me parece curioso que de pronto se restablezca el miedo de mi infancia a la casa Willet, una siniestra presencia en medio de la quietud, por lo demás catártica, un ogro de ojos muertos, pero ahora algo más: ahora lo acompaña una mujer hermosa y encadenada. ¡Si esto fuera un sueño, estaría reflexionando sobre su significado! Me preguntaría por qué parece tan insistente, tan agresivo en su persecución cuando yo no quiero tener nada que ver con él.

Capítulo 7

Nunca antes había visto un vehículo en la cabaña, excepto los que se pudren y ensucian los accesos a la misma. Y algo tan grande, brillante y reluciente como lo que había visto esa noche parecía fuera de lugar: algo del presente que se entromete en el pasado, o algo que se desvía de la realidad vulgar hacia la fantasía de Durlleston. He probado mi miedo en noches sucesivas pasando por la casa, y mi miedo es considerable, pero no veo el vehículo, aunque para ser justos, mi miedo ha mantenido mis deambulaciones hasta horas del día tempranas por la tarde.

Mi elección de la palabra 'deambular' aquí no es innecesariamente florida. La utilizo para transmitir la sensación de delimitar unos límites mediante el acto de caminar, mediante la aserción de mi presencia. Esto no es decir que yo sea como un combativo gato salvaje marcando su territorio. Mis motivos son de naturaleza más metafísica y psicológica. También tienen un sentido ligeramente sobrenatural en el hecho de que ahora he comenzado a explorar el concepto de energías psíquicas: las energías del bosque y las energías de las personas.

Puede que esto no tenga sentido para ti, y tampoco lo tiene para mí, pero eso no me impide usar estas ideas para explicar un mundo que encuentro cada vez más incomprensible. El caso es que la energía del bosque—su oscuridad, su manta cálida—es terrenal, todas estas cosas pueden ser producto de mi imaginación, pero al tratarlas como reales, siento que he comenzado a ver reflejado en todas las cosas el estado de mi propia psique, en lugar de cualquier estado particular de realidad que exista fuera de mí.

Y en el centro de mí hay una mujer encadenada, guardada por una sombra egoísta e irracional, la antítesis de todo lo que creo que soy. Y eso me asusta porque sugiere que, en algún momento, voy a tener que lidiar con ello.

Las cosas más simples se están volviendo aburridas ahora. Ya he mencionado el abandono de mi automóvil debido a mi neurosis,

pero surgen otros problemas: en la tienda de la esquina, por ejemplo, no puedo soportar hacer cola en las cajas. Unirme a una cola con mi cesta de misceláneos es comprometerme en un curso de acción cuya culminación es la entrega de mi dinero. No puedo salir de la tienda hasta que se haya hecho.

¿Estás confundido todavía?

Al comprometerme con la cola, comienzo a experimentar síntomas físicos: mareos, opresión en el pecho y temblores en las piernas. Peor aún es peor cuando otra persona se une a la cola detrás de mí, cortándome la vía de escape imaginaria. Estoy comprometido, ¿ves? Ahora no puedo dejar la cola, dejar mi cesta y correr libre o pensarían que soy extraño, débil...

Estos episodios se reconocen en secos términos médicos, pero sean cuales sean los nombres que usen estos días, son una forma muy general de describir lo que a veces se convierte en una tortura muy personal. Te encuentras cronometrando tus visitas a la tienda para minimizar el riesgo de hacer cola. Y muchas tardes paso por *Fish and Chippery Marsden* con la boca hecha agua, pero es un deseo cuya satisfacción está enteramente fuera de mi alcance, ya que significa hacer hasta una hora de cola en mitad de la calle para cualquier cosa.

Estas cosas no me son desconocidas o no podría verlas con tanta indiferencia. Las he experimentado de vez en cuando a lo largo de mi vida, generalmente en momentos de estrés o cambios. En términos más románticos, son un síntoma de algo que intenta abrirse paso, llamar la atención, no de una manera siniestra, sino de una manera que intenta ayudar, señalar el camino hacia tiempos mejores, escapar hacia la plenitud. Pero negamos estas cosas, las reprimimos y se vuelven problemáticas.

Hay una marca en el barro la vez siguiente que me siento junto al haya, una forma de media luna del tamaño de una monedita, y desencadena un recuerdo que hace que un fantasma se abra paso a través de los árboles jóvenes para sentarse a mi lado. Su nombre es Elizabeth. Es una belleza rubia platino, pómulos altos, tez sonrosada, cierto aire de mujer nórdica, algo de la apariencia de Agnetha de ABBA en ella o, pensándolo bien, ¡algo de Davinia

también! Y ella ha venido porque es una huella del tacón de su bota lo que estoy mirando... ah... y los dos tenemos diecisiete años.

Debo agregar que las mujeres a menudo vienen a mí así, como los espíritus de algo insatisfecho, aunque solo sea porque ha habido muchas mujeres con las que he imaginado un futuro que no estaba destinado a ser. Elizabeth era una breve esperanza hace muchas décadas, una chica radiantemente encantadora. Es encantador volver a verla, pero en realidad no está aquí, ¿entiendes? Vale:

"Bueno, Elizabeth, ¿qué haces hoy en día?"

"Oh... estoy casada, tengo tres hijos y vivo en Sydney."

Siempre es un placer cuando comienzan estas conversaciones, porque rara vez hablé con alguno de estos fantasmas cuando su presencia en mi vida era una realidad. Y las cosas que decimos, las cosas que me dicen pueden estar tan lejos de la verdad como es posible, sin embargo, nuestras conversaciones siempre poseen una plausibilidad tranquilizadora que estoy perfectamente feliz de aceptar como un hecho.

"Me alegro por ti."

"¿En serio? ¿Aún cuando nosotros nunca...?"

"Oh, sí... las cosas entre nosotros no estaban destinadas a suceder."

Debo explicarlo, yo la había visto una vez aquí en Durlleston y sabía que era una de las chicas de la granja de Lomax: la hija mayor, hermana de William, que a su vez era un compañero de juegos mío ocasional en el patio de la escuela. La finca se encuentra sobre el borde de antiguos prados que se elevan más allá del bosque, lo último de la tierra que se puede cultivar económicamente.

¿Por qué estoy pensando en esto ahora?

Yo solo la había visto una vez, su figura iluminada por un rayo de sol que se filtraba a través del dosel, mientras ella estaba de pie sobre una ruinoso pasarela sobre el Rye. Ella había mirado a su alrededor, como quien contempla cosas más allá de lo que se puede ver, y yo me había preguntado si podríamos ser espíritus afines.

"Te esperaré," le digo. "Cada oportunidad que tenga, esperaré junto a ese puente a que vuelvas, podría invitarte a una cita."

Pero lo siguiente que supe de Elizabeth fue que se había casado y estaba emigrando a Australia. Ahora estoy dando vueltas de regreso a algo sin resolver entre nosotros que ni siquiera comenzó... como con Lillian. Además, igual que con Lillian, no necesito cerrar los ojos para verla claramente, para ver su sonrisa, ver los hoyuelos en sus mejillas, sentir su calor cuando se sienta a mi lado, su brazo bajo el mío como si fuésemos antiguos amantes. Siento su suspiro hinchándose dentro de mí, y lo remonto como una ola.

"No destinado a ser," dice ella.

"No destinado a ser," repito. Y luego le pregunto: "¿Qué estoy haciendo aquí?"

Ella niega con la cabeza. Tiene un secreto aún por contar. Por ahora finge ignorancia y prueba el tamaño de la huella de la bota colocando su propio tacón en ella. Su tacón es más pequeño, casi un estilete. Luego me mira, una ceja levantada, un arco rubio platino maravillosamente vivo ante la piel bronceada.

Y ella me está diciendo: "No es mía..."

Entonces siento que algo se acurruca en mi cuello y ella ha desaparecido. Hay un escalofrío y una sacudida y lo único que me queda es la expresión, la ceja interrogativa de alguien que acaba de emerger de una densa pantalla de hayas jóvenes. Pero esto no es un fantasma. No, aún no he ido tan lejos para no poder notar la diferencia.

Nadie haría esto, estoy pensando, encontrarse en el bosque con un extraño hablando solo y luego quedarse allí mirando. Pasarían a escondidas avergonzados o huirían.

Es ella: la cara del bálsamo, aunque ahora ha pasado la temporada del bálsamo y los árboles están cambiando para el otoño. ¿Me ha estado espiando de nuevo? No... lleva una cesta de mimbre medio llena de ramitas secas. Ha estado recogiendo leña.

Estoy avergonzado. Dos veces le he revelado el lado anormal de mi naturaleza a esta mujer, una vez con el funeral del arma y ahora hablando con fantasmas. Tal vez sea en reconocimiento de mi desventaja que ella no se inmuta cuando mis ojos se posan en su propia vergüenza, una especie de trato justo: mi excentricidad a cambio de la suya.

Posee una piel oscura impecable, ojos almendrados y una melena voluminosa de cabello negro hasta los hombros. Ella es del Este—no de China, creo. ¿Malasia quizá? ¿O Indonesia? ¿Birmania? Lleva una falda larga de pana y un suéter de cuello alto, ambos de color negro, y un par de botines hasta los tobillos.

Hay algo de tienda de segunda mano en ella, algo que es muy de la *última década*, algo prestado, viejo y elegante, pero lo que llama mi atención son las ajustadas tobilleras que usa: cuero negro mate, de unos siete centímetros de ancho, sobresaliendo de la parte superior de sus botas. No están abrochadas, sino aparentemente remachadas en su sitio y sin medios obvios para quitarlas. Cada tobillera tiene adjunto un anillo de acero de pocos centímetros de diámetro. Sus muñecas están adornadas de manera similar. Por debajo de su jersey sobresale otro anillo de acero que se balancea un poco sobre la redondez de su vientre cuando ella se mueve. Parece estar atada a un trozo de cadena que baja por su ropa y está sujeto a una gargantilla, parcialmente oculta bajo su cuello alto. Es esta cadena la que he oído tintinear en las sombras junto a la Cabaña de Durlleston, tintineando siempre que su cuerpo se mueve.

Estos no son complementos de moda. Son restricciones funcionales, simbólicas por supuesto, pero también robustas y prácticas de una manera pervertida. Su propósito es permitir que la sujeten por cualquier número de medios: brazos, piernas, cuello, mientras es utilizada sexualmente o mientras sufre algún tipo de castigo. Quizá te estés preguntando por mi conocimiento de tales cosas, y me apresuro a agregar que no son de mi propio gusto, pero, a través de la experiencia de una cultura más liberada sexualmente que mi nativa, he llegado a conocer un poco de ellas.

En su forma más ligera, es un juego cuyos seguidores tienen un estado de ánimo muy particular y habitan un mundo en gran parte cerrado. En términos simples, esta mujer se deja considerar como

propiedad de otro hombre. Se ha entregado a él y no importa cuán cruelmente parezca usarla ni cuán indignante pueda parecer esto para aquellos de nosotros que vivimos fuera de su mundo, ambas partes obtienen un mayor placer sexual que no pueden replicar por cualquier otro medio. También sé que no importa cuánta simpatía romántica pueda despertar en el pecho de un hombre más amable, esta mujer no tendrá ningún uso para él, y encontrará sus maneras más blandas, sus expresiones de amor más suaves demasiado dóciles para ser de alguna utilidad para ella en absoluto.

¡Esto es muy extraño y no es para nada lo que esperaba! ¿Qué hacer entonces? ¿Qué decir?

"Hola."

"Hola," responde ella.

Ella tiene miedo. No de mí, creo, pero sus ojos escanean el bosque como si buscaran depredadores, sus oídos visiblemente aguzados.

"¿No le gusta que estés tan lejos de la casa?"

Lo he hecho bien. He logrado sorprenderla.

"¿Tú sabes... esto?"

"No sé nada más que lo que puedo ver."

Ella oculta sus ataduras debajo de las mangas, luego hace un torpe intento de meter por la cintura de su falda el anillo que cuelga. Esto me perturba porque me lo imagino posándose cerca de su pubis—metal frío contra su sexo. ¡Quizá soy más perverso de lo que pensaba!

"¿Has matado a alguien?" me pregunta.

Ahora es mi turno de sorprenderme. "¿Qué?"

"Tenías un arma. Te vi rompiéndola, escondiéndola."

Ella piensa que tal vez soy un asesino, que estaba ocultando pruebas de mi último golpe. ¿Se imagina entonces que ambos somos

compañeros fugitivos?

"No era esa clase de arma," le aseguro.

"¿Qué otra clase hay?"

Habla bien. Buen inglés con un ligero acento. No es una inmigrante reciente y sospecho que ha pasado mucho tiempo aquí, quizá se haya educado aquí. También hay una sofisticación que delata sus años. Me resulta muy difícil estimar la edad de las mujeres una vez pasados los veinte, pero más con las mujeres orientales en particular. No es tan joven como podría sugerir su complexión. Es madura en su comportamiento y en su lenguaje.

"No puedo explicarlo" le digo. "Simplemente no era ese tipo de arma." Y luego, pensando que esto no es bastante, que debería poder hacer mejor intento de explicarme: "Fue para cazar, una vez."

"¿Y ya no?"

"Ya no cazamos cosas. Simplemente las compramos en el supermercado."

Ella piensa en esto un momento, pero no sonrío ante mi débil intento de humor. En cambio, se pone en cuclillas de pronto, pecho contra las rodillas, sus pies apoyados en el suelo y, al caer, el anillo golpea el suelo de modo que se oye el sonido de la cadena debajo de su ropa. Ella me mira fijamente, ya no desconcertada, su rostro abierto, impasible y yo la miro de la misma manera. Como si fuésemos peces de colores nadando en diferentes peceras y se enfrentaran de repente entre sí, simplemente mirando. Yo no puedo nadar en su mundo y ella no puede nadar en el mío. Cada uno de nosotros está a salvo de la extrañeza del otro.

Ponerse en cuclillas la hace pequeña. No es una postura de dama, pero muestra que es ágil, que no le molestan las articulaciones, y mientras se sienta allí, se enrosca los brazos alrededor de las rodillas y se balancea un poco de lado a lado, como una niña.

"¿Me puedes ayudar?" pregunta al fin.

¿Qué quiere decir ella con esto?

"Lo dudo," respondo un poco apresurado.

Esto no es lo que ella espera. Se supone que debo decir: "Por supuesto, si es posible." Pero ya sé demasiado sobre ella e imagino que no hay nada que pueda hacer que no me arrastre como un desgraciado imbécil a los juegos que ella juega con su hombre, el hombre del gran cuatro por cuatro y los ojos muertos que ya ha amenazado con separarme la cabeza del cuerpo.

Hoy he encontrado a un hombre en el bosque.

Hablamos.

Le supliqué ayuda.

He sido una chica mala.

Debes castigarme.

Hmm...

Ella aparta la mirada. ¿Cree que la estoy juzgando? Me disculpo por ello, porque en verdad no es mi intención, así que digo: "¿Cómo crees que puedo ayudarte?"

"Haz un fuego."

"¿Qué?"

"Allí abajo, junto al río, como hiciste antes."

Esto no es lo que ha querido pedirme, sino algo que ha inventado en el momento, algo menor, algo inocuo para desviar la atención, para atraerme a su proximidad mientras prepara su trampa.

"¿Por qué?"

Ella se encoge de hombros como una niña. ¿Está flirteando conmigo ahora?

"Porque es un buen lugar para sentarse," responde. "Tengo leña, pero no fósforos."

"Yo tampoco tengo fósforos."

"¿No hay otra forma de encender un fuego?"

"Podríamos frotar palos."

Estoy bromeando de nuevo, pero ella responde con toda seriedad:
"Me gustaría ver eso."

Es mi turno de desviar su atención. "¿Cuál es tu nombre?"

Ella mira hacia otro lado, no quiere o tal vez tiene miedo de darlo.

"Puedes inventarte algo si lo prefieres," le digo. "Pero te he visto antes en el bosque y me gustaría llamarte algo, quiero decir, si alguna vez te volviera a ver."

Ella piensa en esto y parece entusiasmarse con la idea. "Lillian," me dice.

Hay un sonido repentino: una ramita que se rompe, una respiración rápida. Ella está alarmada.

"Es sólo una vaca," le digo. "Una vaca en el campo, contra la cerca. Nada de qué preocuparse."

No estoy seguro de que me haya oído. Se escapa, vuelve a través de la cortina de árboles jóvenes de haya y se marcha, tal vez hasta la orilla seca donde se curva el río, donde el anillo de piedras contiene los restos funerarios de la vieja escopeta. Quizá haya ido allí para esperar a que yo le muestre mi magia. Pero haberla seguido habría sido entrar en su mundo por mi propia voluntad, y soy demasiado mayor para semejante estupidez.

Encendimos un fuego y compartimos su calor.

En un hueco secreto junto al río.

He sido una chica mala.

¡Debes castigarme!

¡Pero el nombre!

¡Lillian!

No es su nombre real, lo sé, pero esto solo lo hace aún más significativo, ¿no? que este nombre en particular, de entre todas las otras posibilidades, haya tenido que salir de sus labios. ¡Lillian! Un fantasma, una aspiración incumplida, amor maltratado, una lección que aún no se ha entendido: la lección de que uno no puede estar enamorado y esperar que no actúe en consecuencia, incluso si es a costa de arruinarse a sí mismo en el proceso.

De lo contrario, Richard, no estás realmente enamorado.

Ahí subyace el tesoro del amor,

Y también es un desastre.

Capítulo 8

Mi padre y yo hemos ensartado patatitas en ramas jóvenes y acampamos alrededor de una fogata en el bosque. Las estamos asando en las llamas, ráfagas de humo nos pican en los ojos y llenan nuestra ropa con el aroma de algo viejo, algo primitivo. El arma está apoyada en un árbol, un par de ensangrentadas palomas torcaes en la base para ser desplumadas y cocidas esa noche.

Estoy enfermo, sin día de escuela, incapaz de enfrentar la locura de mis días, mi espíritu roto por un par de abusones que disfrutan clavando palos afilados en mi blanda conducta. Tengo catorce años y ya estoy perdido, dolorosamente consciente de mi naturaleza alienada y avergonzado de no poder encajar como todos los demás, de no poder simplemente fortalecerme y seguir adelante.

El día ha sido un éxito, una especie de milagro, porque comenzó con el descubrimiento—una vez que entramos en el bosque y sacamos el arma de su estuche—de que nos habíamos olvidado de traer los perdigones. Si regresáramos a casa a por ellos, perderíamos una hora y a ninguno de nosotros le apetecía volver, pues el potencial del día para el deporte, para la caza, se perdería.

Ya había tenido un presentimiento de este evento semanas antes; mitad sueño, mitad ensueño; y para prevenirme había escondido una pequeña lata de rapé en el hueco de un árbol, en lo profundo del bosque, y en la lata de rapé había secretamente dos docenas de perdigones, amplia munición para un día. Mi padre se había sentido orgulloso de mí, y ese sentimiento, esa hinchazón de reconocimiento fue el mundo para mí, aunque no le conté el sueño.

En cambio, se lo cuento ahora, mientras él reflexiona inexpresivamente sobre *Karpov versus Spassky - Leningrado, 1974*. Chelsea ha dejado el libro abierto en esa página en particular; de lo contrario yo no lo habría sabido, por supuesto, ni yo ni mi padre jugamos al ajedrez a un nivel tal que hubiésemos entendido la belleza que contienen estas partidas—aunque parecen retenerle ahora. Para mí es la fecha, 1974, lo más cerca que puedo saber del

mismo año en que matamos esas palomas y asamos esas patatas, la misma estación que ahora, se acerca el otoño. El bosque sabe a un aire diferente, a una energía diferente, lo que era vital se hunde en sí mismo en el suelo, de modo que aquellos de nosotros que todavía estamos en el extranjero debemos picotear su superficie, encender nuestros fuegos y camuflarnos aún más en anticipación a su inminente desnudez. Pero también existe la sensación de que no somos las víctimas indefensas de nuestro destino, que a veces, si prestamos atención a nuestros sentidos internos, si podemos confiar en ellos aunque parezcan estar contándonos historias extrañas, podemos subvertir la decepción.. incluso el desastre.

"¿Está bien, señor Hunter?"

Chelsea se inclina. Tiene bonitas rodillas y muslos suaves y, por un momento, me gustaría tocarlos, antes de recordar que es solo una niña, y recojo mis pensamientos con rubor avergonzado. Noto que no está hablando con mi padre. Me está hablando a mí.

"Parece acalorado," dice ella.

"Siempre hace bastante calor aquí," le digo. "Por lo demás, estoy bien."

"¿Está seguro?"

¿Qué puedo decir? ¿Que durante la última hora, mientras mi padre ha estado hundido en los recuerdos, yo he estado luchando con la ansiedad y que de poco me he librado de caerme de la silla debido a un repentino mareo? La pobre chica se apresuraría a llamar a una ambulancia si lo supiera. Pero estaré bien en cuanto salga de aquí. También me avergüenza que esto me atrape aquí, donde realmente quiero estar, con mi padre en sus últimos días. Debería poder fortalecerme y seguir adelante, por su bien.

"¿Quizá una taza de té?"

"Oh, el té sería delicioso," me escucho decir, aunque probablemente lo dejaré sin tocar.

Ella siempre me trae té en una taza con un platito, algo con lo que

ocasionalmente tengo problemas. Mi mano quiere temblar, hacer sonar la taza contra el platito, hacer que tintinee un sonido de advertencia de que no todo va bien, que soy una especie de inválido mental.

Para complicar las cosas, la querida chica siempre llena demasiado la taza para que el más mínimo temblor derrame té en el platito; luego, cuando levante la taza, debo protegerme de las gotas que me manchan los pantalones, haciendo círculos alrededor de mi ingle, y otros crean que tengo una vejiga débil. Ella debe de saberlo, debe de estar haciéndolo a propósito porque nunca he visto a otros visitantes recibir una taza con un platito. ¿Quiere ella dejarme en evidencia? ¿Detrás de esa dulce sonrisa se está riendo de mí? Por supuesto que no. Pero parece como si así fuese. *Está bien, cálmate, Hunter. ¡Control, hombre!*

El motivo de mi paranoia esta vez es otra conversación inquietante con Davinia. Imagína esto si puedes: el ambiente en su oficina es privado y acogedor. Ella lleva una blusa de seda muy abierta que deja al descubierto cinco centímetros de seductor e inesperadamente generoso escote, pero, como de costumbre, nada en su estilo me dice que ella es consciente del efecto que esto tendrá en los hombres, y en mí en particular.

También debería decirte en este punto que mentí en mi solicitud sobre lo de ser un cristiano practicante. De lo contrario, al ser una escuela de la iglesia, yo nunca habría conseguido el empleo. He mantenido mi cobertura manteniendo una presencia regular en la iglesia parroquial. Una hora a la semana no está ni aquí ni allá para mí y me saca de casa. Además, es una oportunidad maravillosa para ver a Davinia lejos de su entorno habitual. Ella no es diferente a mí en este sentido. Va a la iglesia porque está soltera, no tiene otra cosa que hacer y desea mantenerse en el lado correcto con el vicario y los directores de escuela. Ella se sienta con ellos en la parte delantera, y yo paso el tiempo mirando su nuca, pensando que si me esfuerzo lo suficiente, ella podría sentir un cosquilleo allí. Pero ella nunca me siente, nunca responde en lo más mínimo a mi presencia. También disfruto de la elegancia de los domingos: la sensación de un traje decente y el aspecto de Davinia, toda pura y especial de domingo, y los sentimientos que todo esto libera en mí...

Ah...

Pero ¿por dónde iba?

Perdón, sí...

No es que Davinia me haya descubierto. Si lo único que se necesita para ser cristiano es una hora a la semana, hasta yo puedo hacerlo. Pero un domingo, cuando me ve con la cabeza inclinada en oración, ve en mí más de lo que realmente soy, y no se detiene a considerar que lo único en que estoy pensando durante ese momento de oración es lo que debo preparar para el té.

A sus ojos, entonces, mi presencia bajo el techo de Dios supera la dedicación de los verdaderos cristianos del resto del personal, cuyos rostros nunca veo en la iglesia. De repente me valoran por algo que no soy y me ascienden al puesto de Coordinador de Educación Religiosa. Es una especie de reconocimiento, incluso un aumento simbólico en el salario, pero a cambio esto hace que la próxima obra de teatro de Natividad sea mi responsabilidad. Por un lado, me abruma que ella me crea digno; de hecho, que piense en mí; mientras que por otro lado, la idea del papel me llena de pavor.

"Em... gracias, Davinia."

¡Por supuesto será un desastre! Mi clase de réprobos no puede seguir las instrucciones más simples siquiera, como: "sentaos y callaos." No puedo imaginar cómo se las arreglarán para integrarse en la escuela mayor durante una hora de canto y baile, con ovejas de papel maché y disfraces y cayados de pastor. Habrá carnicería. Y sangre. Yo no soy profesor o esto no sería un problema para mí. No estoy siendo sincero conmigo mismo. Pero para hacer eso, primero debes conocerte a ti mismo, y si yo no me conozco a mí mismo a estas alturas, ¿lo haré alguna vez? ¿Y cómo puedes conocerte a ti mismo cuando el mundo insiste en que lleves una plétora de disfraces todo el tiempo?

No. No soy profesor.

Davinia, estoy enamorado de ti.

No, no estoy loco ni soy extraño.

¡Soy perfectamente normal!

La taza está traqueteando. Me despierto con este hecho justo cuando la mano de Chelsea se mueve para estabilizarla.

"¿Está tomando algo para su ansiedad, Sr. Hunter?"

"Sí, grandes cantidades de whisky."

Bromeo. El alcohol solo empeora las cosas, como el café. De hecho tampoco bebo hoy en día y es el café lo que más extraño. Esto me sorprende porque imagino que yo sería el alcohólico perfecto.

"Es profesor. Le he visto en la escuela."

"Si."

"Debe de ser difícil, toda esa responsabilidad."

"Solo si no lo amas."

Ella mira hacia otro lado, su empatía le revela la profundidad total del significado de mis palabras, pero ¿qué puede hacer ella al respecto? ¿Y su amabilidad se extiende hasta el punto de querer ser mi amiga? Lo dudo.

Ella me acompaña a la puerta de nuevo.

"¿Por qué no ve al médico?"

"Podría hacer eso, gracias."

Y cuando me marchó, pienso que es 1974. Estoy lejos de la escuela, en el tranquilo bosque de Durlleston, asando patatas en brochetas de árboles jóvenes sobre un fuego abierto, y mi mundo de entonces, como parece ahora, se está derrumbando.

Chelsea es amable. Y podría tener razón también, así que voy a ver al *sierrahuesos*. No tengo grandes expectativas de él. De hecho, sospecho que me estará escribiendo una prescripción incluso antes

de que me haya sentado y explicado completamente.

Los inhibidores selectivos de la recaptación de serotonina son el unguento habitual para una psique problemática hoy en día. Algo elemental está tratando de salir del inconsciente y quiere decir algo como: ¿Qué diablos crees que estás haciendo viviendo así? Pero ¿escuchamos? Y de todos modos es un problema que se resuelve fácilmente. El inconsciente de uno hace sonar los mismos hilos emocionales en la mente que el consciente, entonces, ¿qué podría ser más efectivo que simplemente cortar los hilos? Solo que estamos hechos de nuestras emociones... de acuerdo, eso es una especie de ilusión, pero es vital para nuestro sentido de quiénes somos, por lo que al cortarlos terminamos sacrificándonos para seguir viviendo de la manera que nos está matando. ¡Si esa no es una definición de locura, no sé qué lo es!

El médico se inclina sobre su libreta, pluma preparada.

"Antes de que haga esa prescripción, doctor, debería decirle que probablemente no la tomaré."

No es un hombre antipático, aunque no lo he consultado antes. Prefiero mis propias y sencillas administraciones para dolencias menores como las que me han tocado, pero las erupciones de la psique requieren más que hierbas y unguentos. Necesitan tiempo. Y tanto si las tratamos solos o con la connivencia de un analista competente, la cura siempre va a ser tan bizarra como la enfermedad.

Somos de una edad similar, el médico y yo, aunque él está más canoso y más escaso en la parte superior. También tiene la manera apresurada de alguien con demasiados pacientes esperando para verlo y muy poco tiempo para hacer justicia a cualquiera de ellos. ¿Sigue siendo su sincera misión curar al prójimo? Y si le digo cómo curarme, ¿me escuchará? ¿O su ego lo impedirá?

"Bueno, ¿por qué está aquí, Sr. Hunter?"

"He venido a preguntar si me refiriría a un psicólogo clínico."

"Lo haré... con el tiempo... por supuesto, pero por ahora..."

"Lo sé. Tomar las pastillas. Pero al pedir que me remita a un psicólogo, no quise dar la impresión de que esperaba que lo hiciera. Creo que la lista de espera para tales cosas estos días es muy larga. ¿Cuánto, varios meses, debería imaginar? "

"Bueno... probablemente sí."

"Luego, por supuesto, mis citas se cancelarán de forma rutinaria a medida que surjan casos más urgentes. El tiempo pasará. ¿Seis meses? ¿Un año? Y a menos que haga un escándalo terrible y finja ser suicida u homicida o algo así, básicamente me quedaré con las pastillas, languideciendo por la paga por enfermedad hasta que se agote y luego la prestación por invalidez si consigo marcar todas las casillas correctas en el formulario."

Él no puede decir que tengo razón, por supuesto, pero sabe que tengo razón. Él suspira. "¿Y bien?"

"Permítame ahorrarnos muchos problemas a los dos. Me gustaría que me diera la baja por enfermedad, ¿todavía se refieren a eso de esa manera? Estaba pensando que un mes debería servir."

"Si siente que necesita tiempo, es algo que podemos discutir, pero tendrá que cumplir con cualquier tratamiento que le recete."

"Si recojo las pastillas, ¿me firmará la baja por un mes?"

"Me gustaría verle... regularmente."

"Si vuelvo a verle, ¿me firmará la baja?"

El tiempo pasa, la cola de otras dolencias en la sala de espera no se hace más pequeña mientras yo me siento allí, al parecer regateando con él.

"Quizá unas semanas, señor Hunter, luego, si vuelve a verme..."

Dos semanas no está ni aquí ni allá, pero estoy seguro de que puedo negociar otras dos la próxima vez, así que está acordado y, fiel a mi palabra, recojo las pastillas de la farmacia, pero no me molesto en tomarlas. No me malinterpretes. Me he persuadido a mí mismo, después de episodios como este con bastante frecuencia, y confío en

el entrenamiento.

Varias cosas están conspirando en la siembra de esta tormenta: mi patético enamoramiento con Davinia, mi falta de habilidad como profesor, la inminente pérdida de mi padre y la aparente pérdida de mi vida, como lo demuestra el atasco del alejamiento de mi familia. Un mes no parece mucho tiempo ante semejante embestida, pero todas las cosas se pueden hacer para sentirse mejor. Ojalá encontrara un modo de trascenderlas.

Capítulo 9

Me atrae la quietud catártica del bosque de Durlleston, y empiezo a intensificar nuestra relación de una manera que mi respiro de la Escuela Primaria I. de I. de Marsden y los helados encantos de Davinia ahora lo permiten.

No todo va bien aquí. Ambos sufrimos el estrés de la época. En los meses de verano, la densidad del follaje te impide ver más de seis metros en cualquier dirección, lo que te otorga una ilusión de la invulnerabilidad de Durlleston, pero a medida que se acerca el otoño y el follaje adelgaza, el bosque parece encoger a medida que la estrechez del valle que ocupa se reduce, se revela. Prados rayan su borde, prados que llevan años en barbecho. Miro el límite al Norte, donde el bosque choca con los suburbios de Middleton, y encuentro avisos vulgares escritos en jerga legal que proclaman que los prados allí se han adquirido para la construcción. En el futuro habrá frágiles casas reculando hasta el mismo bosque, y ya siento que el espíritu del mismo ha retrocedido, encogido en anticipación a su llegada.

Aquí hay pinos, magníficos con su vuelo en forma de mástil, pero en sus ramas superiores hay bolsas de supermercado atrapadas que se agitan y aletean con el viento. Es un sonido antinatural, del que el espíritu y los silenciosos fantasmas huyen aún más lejos. Después hay grupos de latas de cerveza usadas acechando en la hierba. Señalan la descuidada usurpación de los ignorantes y los profanos.

Esto no es más de lo que yo esperaba ver en la proximidad del pilar del bosque a Middleton, pero la evidencia de mis propios ojos no es menos impactante por haberla anticipado, y retrocedo adivinando el flujo de las sutiles energías de Durlleston en sus regiones interiores más puras, donde los senderos son menos, y donde el ayuntamiento aún ha de reclamarlo como una amenidad y, por tanto, emprendido su expoliación con tanta seguridad como si lo hubiese comprado un promotor.

Entre Middleton y Marsden, a distancia de casi una milla de los

desbordados detritos de cualquiera de estos lugares, el bosque se abre para permitir un amplio meandro del Rye. Al sur de aquí el Rye serpentea a través de una ancha herradura, luego pasa por la Cabaña de Durlleston y se dirige a los periféricos y deshabitados carriles rurales de Marsden. Este vientre del bosque es denso de robles, fresnos, hayas y sicomoros. Los senderos bordean su extremidad oriental y occidental, subiendo ligeramente hacia los prados sobre el borde del valle, pero ninguno penetra en su interior. Principiantes senderos hacen algún intento por abrir sus secretos, pero terminan rápidamente en una confusión de matorrales que, para el ojo inexperto, parecen todos iguales.

En el transcurso de unos días he estado redescubriendo esta región, moviéndome silenciosamente de árbol en árbol, sin prisas, porque no hay un horario para mis días ahora aparte de la salida y la puesta del sol. No he visto latas de cerveza ni envoltorios crujientes ni celofán llamativo ni excremento de perro. El aroma del bosque aquí es puro y vigorizante. El bosque, por supuesto, no es algo estático y treinta años lo han cambiado, pero por fin encuentro el árbol y la lata de rapé, y debajo de este enciendo un pequeño fuego.

Cuando abro la lata y encuentro los perdigones allí, casi desearía no haberme deshecho del arma. Pero el significado de la lata es diferente para mí ahora. Es el recuerdo de una premonición y de la capacidad que a veces se nos concede para ver detrás de las esquinas, para emprender una acción que podría subvertir el curso de un destino desafortunado y alejarlo del fracaso. Habíamos buscado palomas torcaces ese día y, debidamente, habíamos traído a casa nuestro premio... pero lo que estoy cazando ahora es algo completamente diferente. Lo que estoy cazando ahora es una elusiva criatura que no puedo ver ni tocar, y sólo la conozco por su tacto.

Sea lo que sea, su tacto es amor. No el amor con el que me engaño a mí mismo pensando que siento por Davinia; es un tipo de amor diferente, uno que no tiene objeto y que flota en el fondo de mi psique como el humo. Es elusivo y onírico, y contiene la vida entera.

Lo sentí por última vez mientras había estado sentado en una playa en California. Fue solo unos días después de que Faye me dijera que

la aburría, y yo había comenzado a sospechar por primera vez que nuestro matrimonio podría haber terminado. Ahora, mirando el fuego en el bosque de Durlleston, vuelvo una vez más a esa playa, a la luz sepia del atardecer, al oleaje del mar y a una sensación de incomprensible pérdida. Es en esos momentos en que estamos más abiertos a lo desconocido. En otras ocasiones podríamos pensar que tenemos el control de nuestras vidas y seguimos luchando, ciegos a cualquier sentido de propósito. Pero mientras contemplo la puesta de sol, soy un hombre que se ha dejado llevar. Me sumerjo en un profundo ensueño y me encuentro abrazado por el amor... como si lo desconocido se hubiese apiadado de mi abatido espíritu y buscara llenarme, nutirme con lo único que él posee en abundancia.

Ahora soy arrastrado de vuelta a California, a esa noche, a una de las últimas noches que pasé en Estados Unidos, perturbado por el sonido de una criatura que echa a volar. Hay algo discordante en el sonido y eso me incomoda. Desde hace varios días tengo la sensación de estar siendo observado. Ella se mueve como alguien que conoce el bosque, pero yo tengo la ventaja de conocerlo mucho mejor que ella. Además, su cadena tiende a delatarla. No siempre la oigo, pero a veces me alertan las criaturas que ella perturba: los pájaros, las ardillas, el ocasional ciervo. No estoy seguro de qué entender de esto, pero me recuerda que no siempre sirve para acechar tu destino. A veces es mejor quedarse quieto y dejar que llegue hasta ti.

He afeitado la corteza de un joven abedul y estoy asando patatas en las llamas cuando ella entra al claro. Hoy ella lleva vaqueros, bastante holgados y poco favorecedores. También un viejo anorak sobre una camiseta, todo lamentablemente desharrapado. Las tobilleras y las muñequeras están ocultas, pero el collar está a la vista. La cadena desciende a Dios sabe dónde, y hay una robusta argolla de hierro en su garganta. El collar está tachonado, como el de un perro, pero a diferencia del de un perro, no hay medios obvios para quitarlo. Además, parece apretado, por lo que incluso tragar parece requerir un deliberado esfuerzo.

Ella se acuclilla junto al fuego y extiende las manos hacia él en busca de calor. Yo no digo nada, pero le ofrezco una patata que ella toma con cautela de la joven rama y comienza a mordisquear,

agradecida.

"Gracias," dice, y luego, después de un momento: "¿Cómo debería llamarte?"

"Llámame como quieras."

Ella niega con la cabeza y sonrío juguetonamente. "Debes elegir. Yo elegí a Lillian para ti. Ahora tú debes elegir alguno para mí."

"Está bien. Llámame... no sé... ¿Adam?"

"¿Adam? Sí. Eso servirá." Y luego: "Ese parece un cuchillo afilado, Adam," dice observando el cuchillo de podar que he dejado abierto en una piedra junto al fuego.

"Es bastante afilado, sí."

"Lo bastante afilado para cortar esto, ¿crees?" Indica la gargantilla metiendo los dedos a través de ella y tirando hacia los lados para dejar un espacio de aire entre ella y su vena yugular. La vena sobresale en su delicado cuello y me pregunto si ella quiere decir algo al revelármelo de esta manera.

"Posiblemente," le digo.

"Pues córtalo por mí, ¿quieres?"

"¿Es eso lo que querías la última vez que hablamos, que te cortara esas cosas?"

Ella sonrío y me ofrece su garganta una vez más, pero yo niego con la cabeza.

"Lo siento, Lillian. Ambos sabemos lo que significa si te las corto. Esas cosas son un asunto entre tú y tu Dom. Creo que ese es el término que usáis, ¿no?"

Intrigada, me mira de reojo como si examinara algo que no había pensado que estaba allí antes. "No conozco las palabras para eso," dice. "Pero estoy segura de que tienes razón."

"Le he conocido, por cierto."

Sus ojos delatan una mezcla de sorpresa y alarma. "¿Él te habló?"

"Sí. Fue muy grosero."

Sus labios se tensan ahora. ¿Está sonriendo? ¿Le parece divertido mi lenguaje discreto? Baja los ojos. "Puede ser grosero. Lo siento si te molestó. Se pone nervioso con los extraños."

"Suspica tal vez, pero no nervioso. Si quieres quitarte eso para que él pueda castigarte, debes cortarlo tú misma. ¿De acuerdo?"

Ella piensa sobre esto, comprende que no se me puede manipular tan fácilmente, luego extiende la mano para agarrar el cuchillo, como si realmente quisiera cortar sus correas ella misma. Pero incluso eso sería un acto simbólico, porque los cuchillos son símbolos, y este es mi cuchillo, así que le digo que vaya a buscar el suyo. Pero ¿qué podría ser más simbólico que el hecho de que ella esté aquí, esta mujer que ha elegido por propia voluntad ser conocida por mí como Lillian, y que ahora me ha pedido que corte sus ataduras, que la libere?

Por supuesto sé que en algún momento se espera que yo le corte estos artilugios y, al hacerlo, libere su presencia más completamente en mi conciencia. Pero no puedo hacerlo. Ella lanza su mirada a su alrededor, como si buscara un guión diferente y esperara que este estuviese colgando de un árbol.

"Estoy en problemas," me dice ella.

"¿Oh?"

"No le he visto en semanas."

"¿Viene y va?"

"Si."

"¿Cómo consigues suministros? No recuerdo haberte visto nunca en el pueblo."

"Oh no... yo nunca salgo del bosque," me dice. "Bueno... mírame. ¿Qué diría la gente? No, de hecho, a él no le gusta que salga de la casa. En cuanto a los suministros, él me trae lo que necesito."

"¿Pero nunca sabes cuándo va a volver?"

Ella niega con la cabeza. "Nunca ha estado fuera tanto tiempo. Creo que puede haberme abandonado. Pero eso a veces es parte del... juego. ¿Entiendes?"

Esto no puede ser cierto. Ella está jugando con mi empatía, así que trato de ignorar la sensación de que estoy obligado a ayudarla de alguna manera, simplemente porque nos hemos puesto nombres el uno al otro.

"¿Cuándo ha sido la última vez que has comido como Dios manda?"

Ella se encoge de hombros. ¿Qué clase de juego es este? Está raquítica, pero claramente no muerta de hambre.

"Esto me parece un asunto peligroso, Lillian."

"Tengo pocas opciones en este momento." Ella mira a su alrededor. "Esta es una parte muy tranquila del bosque. ¿Qué estás haciendo aquí?"

"Estar tranquilo. ¿Qué estás haciendo tú aquí?"

Ella suspira, abatida, o al menos fingiendo estarlo. "Observándote."

"¿Por qué?"

"Parecemos iguales."

"¿Oh?"

"Ambos prisioneros," explica.

Yo no entiendo esto. "¿Qué quieres de mi?"

Ella niega con la cabeza. "Ya has dicho que no lo vas a hacer."

Habla suavemente. Hay una vulnerabilidad en su tono y, aunque

sospecho que todas estas son afectaciones, me siento susceptible a ellas.

"¿Tienes todo lo que necesitas en la casa?" Le pregunto.

"A veces hace frío. Y tengo miedo de que él no vuelva antes de que se acaben las cosas."

"Eso no suena muy... saludable. ¿Estás viviendo de latas, supongo?"

Ella asiente.

Hay algo muy extraño en todo esto. Ella no parece sumisa. En lugar de eso, da la impresión de ser silenciosamente manipuladora y, a pesar de su angustia, muy segura de sí misma... y muy familiar conmigo. Pero descubro que eso me gusta, esta inmediata familiaridad.

"¿No te gusto?" Me pregunta.

"No te conozco lo suficiente como para que me gustes o disgustes."

"Es que siento que no te gusto. ¿Es por la forma en que vivo? ¿Son estas cosas que llevo? Tú entiendes lo que significan, creo, ¿y no te gusto por ellas? Crees que soy... depravada... crees que soy una puta. "

"Cómo vivas es cosa tuya. Yo no juzgo a los demás."

Ella piensa un rato. "Veo que eso es verdad. Quizá tú vayas más lejos. No juzgas a los demás porque no los ves. Y no los ves porque los rechazas deliberadamente. Los alejas. No quieres tener nada que ver con ellos. Desconectas de ellos, del mundo entero."

"¿Qué?"

"Te gusta el bosque porque te sientes invisible en él, por eso pasas tanto tiempo aquí, Adam."

Sonrío, pero a veces sonreímos en defensa propia, ¿no es así? Creo que eso es lo que estoy haciendo ahora. Sí, estoy tratando de volverme invisible, y lo he logrado en gran medida, excepto por

ella. Sus ojos están en todas partes.

"Me has calado bien entonces," le digo.

"No es bueno para ti estar así," dice.

"Al contrario, es importante para mí estar así ahora mismo, al menos por un tiempo. Tienes razón; la gente me agota. Solo puedo vivir entre ellos si puedo apartarme de ellos de vez en cuando, recargarme, así."

"¿No hay nadie que te energice, Adam?"

"En realidad no."

La veo pensando en esto, y luego le digo: "Tú estás aún más aislada que yo. Yo puedo entrar y salir libremente. Pero tú, si me perdonas, eres la única prisionera aquí, esclava de los pervertidos deseos de un hombre."

"Sí," dice ella. "Pero mírate tú. Dices que eres libre, pero yo no veo a un hombre feliz. Ambos estamos encadenados. Ambos necesitamos ser rescatados. ¿No hemos de rescatarnos el uno al otro entonces?"

Capítulo 10

A ver... un hombre alquila una vieja y solitaria casa y esconde a una mujer en ella. Luego va y viene a su antojo, la usa para cumplir sus sádicas fantasías, y, aunque guarda su territorio, me parece que es el instinto del gato salvaje lo que le impulsa, que él podría incluso tener a otras mujeres escondidas en tranquilos rinconcitos como este.

Me pregunto cuánto será el alquiler de la vieja casa Willet, tan vieja, tan deteriorada, tan carente incluso de lo básico. No puede ser mucho. No lo malinterpretes: si tuviera la oportunidad, la alquilaría yo mismo, sufriría cualquier privación, cualquier inconveniente solo para vivir y dormir y respirar y bañarme, al menos por ahora, en las misteriosas energías fluidas del bosque Durlleston.

Contemplo esto mientras miro desde la ventana del dormitorio de la casa que estoy alquilando en Mill Lane. Hace una generación, pocas personas alquilaban casas en Inglaterra, pero estoy renovando el conocimiento de mi país en un tiempo peculiar, un tiempo remontado muy atrás en el tiempo, cuando solo las clases adineradas poseían propiedades y nos las alquilaban al resto.

Esta es una casa moderna y endeble, ya hundiéndose en la ruina, oliendo a humedad, moho y alfombras inmundas. Como todo lo que veo sobre mí ahora, ha conocido días mejores. Mi única inversión aquí, aparte del alquiler, ha sido una tetera, un colchón nuevo y alguna ropa de cama. Hay agujeros quebrados en las paredes de entramado, los radiadores gotean y disuelven los suelos de madera barata, y todo lo que toco cruje y gruñe. Todo habla de decadencia. De algo perdido.

La casa no hace nada para que yo me sienta en el hogar. A medida que avanzan las noches, tengo que depender cada vez más de las débiles bombillas de bajo consumo instaladas por los últimos inquilinos de este pequeño y lúgubre lugar. Proyectan una luz apenas adecuada y hacen que la lectura sea penosa, pero una

bombilla adecuada haría que el medidor girara con demasiada avidez, y me pregunto cómo es posible que mi país haya llegado a esto. Aunque, ¿es mi país o es solo que mis percepciones de él están distorsionadas por un hundido esquema mental?

Paso el menor tiempo posible en la casa, la mayor parte del tiempo camino, y vuelvo sólo para dormir. En mis dos primeras semanas de baja por enfermedad, el otoño llega húmedo, así que compro un vivac de pescador en la tienda Argos en Middleton y lo llevo al vientre del bosque. Es una liviana tienda de campaña de nailon, camuflada como una tienda del ejército y desaparece en el entorno de tal manera que si no sabes que está allí, tendrías que tropezarte con ella para encontrarla. Yo me instalo en el interior cuando la lluvia es persistente. Es sorprendentemente acogedora y paso mis días allí en tranquila contemplación, leyendo novelas basura y preparando infusiones de hierba de San Juan y valeriana. Y medito, seguro de saber que el mal clima mantendrá a Lillian en interiores.

Yo le dejo cosas ahora—una botella de leche fresca, algo de fruta. Las dejo junto a la cerca, donde seguro que las encontrará, mientras paseo por mi circuito por el bosque. La compasión me hace actuar así, eso es todo. Cualquiera haría lo mismo. Aparte de eso, ella no es nada para mí, y la idea de que de alguna manera podamos salvarnos el uno al otro es ridícula.

Me siento tentado a dormir en el bosque, lejos de Mill Lane, donde los ruidosos acoplamientos de mi pareja de vecinos se están volviendo más monótonos. Por el contrario, la quietud y la soledad del bosque son un bálsamo reconfortante, pero ahora hace demasiado frío para dormir al raso. No empaco el vivac cuando me voy, sino que lo dejo amarrado. Dejo un saco de dormir y una estufa, por si decido quedarme. Podrías pensar que estas cosas serían vulnerables ante los transeúntes, pero en realidad nadie viene por aquí y yo siempre las encuentro intactas cuando regreso.

Hay trucos que puedes usar con hilos de algodón estirados a lo largo de los senderos y estos siempre están intactos cuando los inspecciono, así que sé que mi santuario no ha sido descubierto, que de hecho solo una persona aparte de mí sabe que he estado allí. Así que una mañana, cuando Durlleston todavía está fresco por el frío del amanecer y descubro mi primer hilo roto, no me sorprende en

absoluto encontrar a Lillian acurrucada dentro del vivac, dormida, envuelta dentro de mi saco de dormir y tapada con una manta que ella ha traído de la casa.

He encendido un pequeño fuego cuando sus ojos se abren, y yo admito treinta minutos de silenciosa admiración por el misterio de su forma dormida. Ella tiene la más leve de las arrugas en la comisura de los ojos y su rostro dormido se relaja en una expresión de serena felicidad que parece desafiar sus ataduras, las cuales solo hablan de crueldad e indecible humillación.

Cuando finalmente se despierta, sus ojos parpadean en un momento de miedo, pero ella no se mueve y parece completamente pasiva ante su destino. Luego, al verme, me sonrío de una manera que yo hubiera deseado para Davinia. ¿Qué ve ella en mí que otros no pueden? ¿Por qué debe ser ella? ¡No puede ser ella! No puedo entrar en su mundo oscuro. Tirar del pelo de Lillian en su cumpleaños habría sido una declaración muy dócil, pero yo había demostrado ser incapaz incluso de eso. Miro a esta Lillian, con sus ataduras y sus cadenas, como si fuese algo extraño. Ella me pidió que se las quitara, sí, pero ¿cuánto tiempo pasará antes de que me pida que le remache las mías y que juegue un tipo de juego para el que no fui hecho? No, no puede ser eso. Debo examinar más profundamente esto.

¿Qué demonios significa?

Preparo té con leche y azúcar, y como solo tengo una taza, se la ofrezco. Ella bebe con gratitud.

"Gracias, Adam."

"¿Llevas aquí toda la noche?"

Ella asiente.

"¿Y si él volviera y descubriese que te has ido?"

Ella se encoge de hombros, como si la respuesta fuese obvia. "Me castigaría."

Me pregunto qué significa esta palabra, "castigaría." ¿Significa que

él la toma de una manera más ruda? ¿O requiere eso golpear, fustigar y hacer sangrar? ¿Cómo de oscuro es el sendero que ella recorre?

"¿Ha vuelto desde la última vez que hablamos?"

Ella niega con la cabeza fatigadamente. Tiene miedo, miedo de que él no venga, pero miedo también de que venga. Necesita ayuda. Yo puedo ayudarla. La argolla de hierro en su garganta brilla débilmente. Veo la necesidad en ella, pero me recuerdo a mí mismo que un hombre sencillo no puede involucrarse con una mujer como esta sin esperar ser cambiado, incluso herido, por ella.

"¿Fuiste tú quien me dejó esas cosas? ¿La leche? ¿La comida?"

No quiero que ella esté agradecida. "Mira, solo soy un tipo ordinario, Lillian."

"Nadie es ordinario, Adam. Tú no eres ordinario."

"No puedo mezclarme en tu clase de juegos, eso es todo. Eso es lo que quiero decir."

"¿Si te dijera que no es un juego? ¿Que no tengo otra opción?"

Estoy impactado. "No te creería. Quiero decir... es impensable... ¿me estás diciendo que estás siendo retenida contra tu voluntad?"

Ella mira hacia otro lado, da un suspiro, casi impaciente, ya sea conmigo o consigo misma, porque no puede encontrar la introducción correcta. "Por supuesto que no," me dice, pero hay algo poco sincero en la forma en que lo dice, así que no la creo y ahora me da vueltas la cabeza y todo me tiene desequilibrado, que es exactamente donde ella me quiere.

"Quizá sea la forma de vida de lo que quiero escapar," dice ella. "Podría ser que lo que tú describes como ordinario es lo que yo deseo más que nada en el mundo. Tú podrías ayudarme a encontrar el camino de nuevo, seguramente."

Está jugando conmigo, hay algo suave y seductor en su voz, pero yo soy sabio. Un hombre podría fácilmente ponerse en ridículo por

ella, pero ella siempre volvería con su carcelero, pues ambos tienen mentes similares. Ahora mismo sospecho que lo único que ella está buscando es la emoción de encontrarle esperándola con una expresión severa y algo con lo que atizarla. Es la emoción de su imaginado castigo lo que hace que su vida valga la pena. ¿Qué querría una mujer así con una forma de vida corriente? Ella ya está perdida en la droga de la oscuridad. ¿O estoy siendo demasiado cínico?

"¿No soy un poco mayor para ti, Lillian?"

Ella sonrío de nuevo. Está en el camino correcto ahora, abriéndose paso hacia mí. "¿Quién ha dicho nada de casarnos?"

Ahora sonrío para quitarme mi propia tontería. Es algo tan simple, pero ya no somos los que éramos. El vínculo que me une a ella ya se ha hecho un poco más fuerte, así que ahora ella debería fingir que se marcha para ponerme a prueba.

"Te estoy incomodando," dice y arroja la manta a un lado como si de verdad tuviese la intención de irse.

"Así es," le digo.

"Lo siento," dice ella bajando los ojos.

"No lo sientes en absoluto. Te da igual incomodarme si crees que tu persistencia te hará ganar lo que quieres. Pero, en serio, Lillian, yo no puedo ayudarte."

Ella examina las esposas en sus muñecas. La piel está roja donde el cuero roza, y ella se la rasca. "Es algo muy simple," dice.

"No, no lo es. Y no entiendo por qué estás buscando involucrarme. Soy una opción muy poco probable."

"Ya te lo he dicho, Adam. No quiero seguir jugando a este juego. Quiero escapar de él."

"Si eso fuese cierto, cortarías esas cosas tú misma y te irías. Quieres ponerle... no sé, celoso, para que finja disgusto y te golpee con toda la fuerza o lo que sea que haga. "

"No siempre lo finge."

"Dijiste que era un juego."

"Jugado correctamente, creo que podría serlo." Ella aparta la mirada. "Es complicado. Tú no has visto las cosas que yo he visto."

"Si tienes miedo de él, ¿por qué no...?"

"¿Qué? ¿Voy a la policía?"

"Claro, si tienes miedo, sí."

"No tengo papeles," me dice. "No tengo ningún derecho a estar en este país. Así que él puede hacer lo que quiera conmigo y no tengo más remedio que sonreír y soportarlo. Yo soy... su esclava."

¿No había pensado en eso antes! "¿Eres... qué? ¿Una inmigrante ilegal?"

"Sí. No. Lo soy *ahora*, pero no siempre. Ya te lo he dicho, es complicado."

"Pues explícamelo."

Ella me mira como si pensara que es poco probable que yo lo entienda, pero me lo explica de todos modos:

"Yo trabajaba en Londres. Antes de eso, me eduqué aquí. He hecho muchas cosas, todas ellas correctamente. No soy una mala persona, Adam, ¿sabes? Mi estatus legal caducó, aunque a nadie pareció importarle por aquel entonces. Parecía un tecnicismo. ¿Es esa la palabra correcta? He vivido una vida normal en este país, de verdad, pero de pronto las cuestiones de extranjería son importantes hoy en día y me encuentro a mí misma como una fugitiva enfrentando la deportación."

"¿No quieres irte a casa?"

"Mi país es duro con los que no tienen nada. ¿Sabes qué es la pobreza? Si lo supieras, entenderías mejor que prefiero fingir ser la esclava de placer de un inglés que volver a afrontarla. ¿O de verdad

crees que, si tuviera una mejor alternativa, iba a permanecer aquí? "

"¿De qué clase de inglés estamos hablando? ¿Cómo llegó él a ponerte esas cosas en primer lugar?"

Ella me ofrece las muñecas, juntas, como si simbolizaran su esclavitud. "Eso no importa," dice. Y luego: "Córtalas."

Niego con la cabeza.

"¡Córtalas, Adam!"

"Lillian, mi vida se está desmoronando. No puedo involucrarme con alguien como tú. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Qué clase de hombre es?"

"Yo necesitaba papeles para quedarme. Me dijeron que esas cosas podían arreglarse. Pensé que era solo dinero lo que se me pedía."

"¿Entonces él es qué? ¿Un criminal... una especie de traficante?"

"Bueno, obviamente."

No estoy del todo sorprendido. "Dios mío, Lillian. Seguramente, incluso vivir en la pobreza en casa es mejor que esto. ¡Tienes que alejarte de él! Ve a la policía. Ve a casa con tu familia. Quieres una vida ordinaria, ese seguramente es el mejor lugar donde encontrarla"

"Mi familia está muerta. Pertenezco a un grupo étnico que ya no es bienvenido en mi país, ¿entiendes? Hemos sido perseguidos desde la independencia de los británicos en 1960. Mis padres murieron en los levantamientos mientras yo estaba aquí en la Universidad. "

Ella queda en silencio durante un rato.

¿Puede algo de esto ser cierto?

"Pero... seguramente no te deportarían si eso implicara que tu vida está en peligro. Hay reglas."

"Las cosas rara vez son tan blancas y negras. ¿Es así como lo decís?"

¿Blanco y negro? A veces las reglas se pasan por alto y la gente es deportada de todos modos porque los números son más importantes. Personalmente, prefiero no correr el riesgo. A veces así no siempre es prudente confiar en la autoridad."

"Mis padres eran... francos, intelectuales, profesionales. ¿De qué otra manera podían permitirse enviar a una hija a estudiar al extranjero? Si hay una lista negra, estoy en ella y temo que me arresten y me encarcelen solo por mi nombre, ¿y sabes lo que eso significaría para mí, en mi país? Aquí llevo estas cadenas y mi carcelero finge ser cruel, pero es un juego y confío en que él nunca me haría daño de verdad. En casa sería una historia diferente. En casa la gente simplemente desaparece. Tengo miedo. ¿Ves eso?"

Puedo sentir mi estómago revuelto cuando me dice esto. No tengo experiencia en el tipo de mundo que ella describe. No hay muchos lugares así ahora en el Este, pero se me ocurren algunos y sé que lo que dice está lejos de ser una exageración. Ella no puede volver atrás y teme ponerse a merced de mi país, en caso de que mi país, de un plumazo, decida ponerla a merced del suyo.

"Necesitas un abogado, un abogado de derechos humanos... o algo así." No sé de qué estoy hablando, pero suena bien y, en cuanto a los detalles, bueno, no importan porque no es mi vida la que está en peligro, ¿verdad?

"No, solo necesito otro lugar donde esconderme. Adam, si tú no me ayudas, ¿puedes al menos prestarme algo de dinero?"

"¿Cuánto?"

"Oh... unos cuantos miles de libras deberían bastar."

"Vale. Supongo que lo querrás en efectivo."

Ella está perpleja y frunce el ceño mientras me examina. "¿Eres rico? No te tomé por un hombre rico."

"No, no soy rico. Pero vivo solo, así que tampoco estoy en la ruina."

"¿Y le darías a una extraña dos mil libras, así sin más?"

"Nosotros no somos exactamente extraños, ¿verdad?"

"Pero yo podría estar mintiendo... de hecho, estoy mintiendo. No quiero tu dinero. Soy muy feliz viviendo como vivo y soy ciudadana naturalizada desde 1998. Así que no tengo que temer la deportación en absoluto."

"No todo en eso es cierto. La única parte que creo es que no quieres mi dinero."

"Me desconciertas. ¿Me das dinero pero no cortas estas correas?"

"El dinero es impersonal, esa es su naturaleza. Cortar esas correas no lo es."

"Algunos dirían que un hombre que le da a una mujer esa cantidad de dinero puede esperar algo a cambio, que ella se lo agradecería. Después de todo, así fue como me metí en este lío en primer lugar."

"Con algunos hombres, posiblemente, pero no conmigo. Podrías coger el dinero y salir corriendo, con mi bendición."

"Entonces, ¿y si dijera que no estarías obligado a cortar estas correas? Temes que pudiera haber algo simbólico en ellas. ¿Si te dijera que no es así?"

"Estarías mintiendo. Sí *hay* algo simbólico en cortarlas y eso nos ataría. Tú lo sabes. Estás jugando conmigo y no entiendo por qué. Podrías cortarte las malditas correas tú misma. Yo no quiero estar atado a ti ni que tú estés atada a mí."

"Yo creo que sí."

"Te equivocas, Lillian."

Ella sonríe. "Tienes miedo, eso es todo, miedo de lo que tal cosa podría significar, de lo que podría hacerte sentir. Puede que no lo quieras, pero creo que lo necesitas. La próxima vez que pases por la casa y él no esté allí, no te escabullas como siempre haces. Llama a la puerta. Y yo la abriré para ti."

Entonces se levanta y el vientre del bosque se vacía un poco

mientras ella se aleja. Yo la observo, la manta envuelta sobre sus hombros como una capa, y siento la energía de Durlleston pasar fluyendo mientras es absorbida por ella. No quiero que ella me deje ahora porque nunca tendré el valor de llamarla, y hay algo en nuestras extrañas conversaciones que estoy empezando a disfrutar. Ella me preguntó una vez si había alguien que me energizara y yo le dije que no. Eso era cierto en aquel momento. Pero eso fue antes de que llegara a conocerla.

Lillian me energiza.

Se oye un rugido en el valle cuando un viento repentino agita el dosel de ramas cada vez más fino y envía una ráfaga de retorcido cobre danzando a través del claro al paso de Lillian. El otoño es un gran delatador. No hay lugar en el bosque donde esconderse: es mejor quedarse quieto o hibernar en lo profundo de un agujero. Y si quieres resistir, entonces deberías al menos estar preparado para morir.

Capítulo 11

Mi padre recuerda la vez que me enseñó a despellejar un conejo. Las poblaciones de conejos están sujetas a auges y caídas. Algunas estaciones los prados están llenos de ellos, corriendo en busca de refugio a cada paso. En otras temporadas, su número disminuye y se vuelven más circunspectos en sus idas y venidas. Cuando los tiempos son difíciles y los conejos son más astutos, caen más fácilmente en la trampa que en la pistola. Pero la trampa en sí requiere una habilidad particular, la habilidad de los cazadores furtivos. Mi padre y yo no éramos furtivos, pues habíamos recibido el visto bueno del viejo Lomax de merodear por sus tierras a voluntad y a cambio de algún que otro conejo o paloma, como hacían otros tranquilos leñadores. Y aunque estos otros leñadores pasaban sin que los viéramos, como lo hacíamos nosotros con ellos, sus trampas eran una competencia no deseada para las nuestras. Iba en contra del código interferir físicamente con la trampa de otro hombre, y él podría sentirse razonablemente ofendido por ello, pero si pasabas la mano con la palma hacia abajo a lo largo del camino, decía mi padre, el conejo no caía en la trampa y el dueño nunca lo sabría. El conejo se asustaría de tu olor y elegiría otro recorrido, el recorrido en el que tú habrías colocado tu propia trampa.

Pero el asunto de atrapar, matar y luego desollar un conejo me parecía innecesario cuando la carne se podía comprar en la carnicería de Marsden por menos problemas y a una distancia más segura del verdadero sangrado de la bestia. Mi padre entendía esto, pero trató de explicar la hipocresía en ello. Si lo sentimos tanto, entonces no deberíamos comer carne, dijo. Pero si elegimos comer carne, de vez en cuando deberíamos estar preparados para enfrentar la incómoda pregunta de dónde vino y cuánto tuvo que sufrir la criatura al dar su vida.

La trampa parecía una forma cruel de morir, al jugar como lo hacía con el terror instintivo del animal y su falta de ingenio humano para poder liberarse. Un leñador humano solía poner sus trampas tarde y recogerlas temprano. Y daría un vigoroso golpe de gracia si era necesario, pero toda mi vida he tenido un odio instintivo por las

trampas, prefiriendo la limpieza de un arma en manos de un cazador experimentado, aunque deba sentarme durante horas en busca de mi presa. Pero hay todo tipo de trampas aparte de un estrangulador aro de alambre y, una vez atrapados, los humanos estamos tan ciegos a la posibilidad de nuestra propia redención como cualquier otra boba criatura. Entonces luchamos y nos ahogamos, pero al disminuir la velocidad, al recordarnos respirar, el lazo se afloja, y cuando el lazo se afloja, tenemos una opción. ¿Nos escapamos lanzándonos hacia adelante en la misma dirección que antes, nos quedamos en silencio para siempre y aguardamos el golpe mortal del cazador o retrocedemos e intentamos una dirección diferente?

He estado sentado en el vivac, bebiendo mi valeriana y mi hierba de San Juan, ya no puedo meditar, pero a cambio estoy lleno de una abrumadora necesidad de actuar. Todavía lo siento, esta noche, en Marsden Hall, mientras miro el tablero de ajedrez recién arreglado con *Lasker vs Bauer* y estoy más tentado que nunca a mover una pieza. Lo que me detiene es el conocimiento de los intelectos que llevaron la partida a este punto y la sensación de mi propia incompetencia... de que cualquier movimiento que haga sería pueril. Por un lado, mi llamada a la acción podría ser el Ego instándome a volver a la sogá o podría ser una voluntad inconsciente empujándome hacia la redención.

Fui capaz de despellejar el conejo ese día y mi padre estuvo orgulloso de mí, pero como ocurre con muchas cosas en la vida, mi padre y yo solo pasamos por allí una vez y la matanza de conejos no se convirtió para nosotros en un hábito. Fue la lección lo importante y; aunque pueda sonar extraño, como lo son muchas de las viejas formas; no hay nada como matar y comerse a una criatura para hacerte respetar la santidad de la vida y hacer frente a tus responsabilidades en lo que respecta a la tuya.

Llega un momento en el que *debes* actuar.

Mi padre ha estado callado durante un rato, sumergido de nuevo en el ensueño, en la tranquila contemplación de la partida. Extiendo la mano y muevo un alfil solo una casilla. Él alza una ceja, pero no estalla en una salvaje protesta por la falta de lógica de mi movimiento. Simplemente asiente. Puede que no fuese el modo en

que los maestros habrían abordado la partida, pero a veces cualquier cosa es mejor que las tablas de la cobardía.

No sé qué—una cosa tan simple, mover ese alfil—pero ha liberado otra cosa que ha aliviado otra cosa que ha liberado otra cosa desconocida en mí y, de pronto, me estoy aburriendo sentado en mi vivac en el vientre del bosque. Sigo leyendo novelas basura hasta que se apaga la luz, pero mientras leo pienso en Davinia, pienso en los niños de la Escuela Primaria I. de I. de Marsden. y me pregunto, con toda seriedad, qué deberíamos estar haciendo para la obra de teatro de la Natividad. Esta es una combinación extraña, mitad amante, mitad maestro, y nunca antes había pensado en mí mismo como ninguno de ambos.

Cada noche me marcho un poco más tarde antes de tomar mi bastón y cargarme la mochila al hombro. Durlleston está lleno de vida a esta hora y mientras avanzo en silencio, vislumbro los ciervos y las ardillas y los zorros, y veo a los búhos en sus perchas donde antes eran invisibles para mí. Y el río, a medida que se mece por el sendero, revela las garzas que se demoran en la pesca. Y a menudo hay luz en la ventana de la cabaña, una vela que brilla en la creciente penumbra, un halo fantasmal a su alrededor causado por la niebla que se eleva desde el Rye.

Ella me ha invitado a entrar. Esta mujer. Está sola, solitaria y asustada. Yo podría ayudarla, debería ayudarla, y lo hago al seguir dejando cosas junto a la cerca. Son comodidades prácticas, pero también un ungüento para mi conciencia porque temo hacer lo único que ella quiere de mí: cortar sus ataduras y dejarla suelta en mi vida. ¿De verdad quiero eso? ¿Liberarla en mi vida? ¿Cómo puedo saberlo? Yo no. Simplemente parece eso, y lo temo. Pero esta noche lo haré.

Cortaré las ataduras.

Ella puede venir a casa conmigo y podemos hablar un poco más, como seres humanos civilizados y no como vagabundos en el bosque. Está oscuro, nadie nos verá y ella puede permanecer oculta por un tiempo. Puede esconderse en otro lugar, lejos de él, libre de cualquier obligación, encontrar su camino, tal vez encontrar su valor, y yo podría hacer preguntas sobre un abogado de derechos

humanos, o simplemente hacerla pasar por mi novia—¡Dios sabe que podría venirme bien la compañía! No es que yo esperara algo de ella... no... eso no sería correcto, ¿verdad? Pero con el tiempo... tal vez. Si ella estuviese dispuesta... ¿y si todo sale mal como inevitablemente sucederá? Bueno, puedo repudiarla sin más. Desecharla. Traicionarla a las autoridades.

¿Crees que estoy bromeando?

No... probablemente yo no haría estas cosas, aunque parece que sí soy capaz de pensarlas.

Rara vez veo el coche. Y cuando lo hago me pesa el corazón, no tanto por miedo a él, sino por el simple hecho de su regreso, de que ha venido a reclamar su propiedad, una propiedad que él conoce con otro nombre, no Lillian, su nombre real. tal vez. Pero el nombre real no puede significar tanto para él como el nombre falso significa para mí, hay una intimidación al respecto, más íntimo que cualquier cosa que él pueda tener con ella.

Ahora es octubre. Fui al médico dos veces, prorrogué mi tiempo de baja seis semanas, mentí sobre las píldoras y tengo una cita en seis meses para ver a un psicólogo clínico, pero tanto el médico como yo sabemos que esto nunca sucederá. Yo no soy un suicida, no soy un homicida. Lo estoy afrontando, simplemente no voy a trabajar. Siga tomando las pastillas. No menciona efectos secundarios como impotencia, insomnio y presión arterial fatalmente alta. Da lo mismo, no las estoy tomando.

He empezado a suponer que el Dom de Lillian viene solo cada dos semanas, los viernes. Luego esta noche, siendo jueves, me sorprende ver el coche. Lo que también me sorprende y me preocupa un poco es que él está esperando a su lado, esperando a que yo salga del bosque por la vía pública. El crepúsculo es muy profundo y él es apenas una sombra cuando me acerco a él. De pronto enciende una linterna y dirige su penetrante luz azul hacia mis ojos como si tuviese la intención de mantenerme allí en trance, como un conejo asustado.

"Sabía que eras tú. Ya te lo advertí," dice, y su tono no sugiere ningún preámbulo. Tiene algo en la mano libre, un palo corto,

reluciente: ¿tal vez una llave para neumáticos o una palanca? ¿De verdad piensa usar eso?

"Mire, no estoy haciendo nada malo aquí. Esta es una vía pública. Tiene que dejarme pasar."

Pero no es con él con quien estoy hablando, es con el viejo Willet, muerto y desaparecido, pero cuyo inquietante fantasma aún acecha esta parte de Durlleston.

"Yo no tengo que hacer nada. ¡Coño!"

"Guoo... ey, mire..."

Él está viniendo. ¿Qué clase de hombre es este? ¿No le tiene miedo a la ley? Y si quiere mantener su picadero libre de interferencias, ¿por qué atrae la atención hacia él así? Si me lastima, es seguro que esta vez le echaré a la policía encima. Pero por ahora solo veo su llegada y me veo obligado a actuar.

El camino es estrecho: una valla a un lado, alambre de espino y zarzas al otro. Puedo girar. Puedo correr y lo hago, rápidamente, pero luego me agacho y golpeo hacia atrás con todas mis fuerzas, golpeando con mi bastón en su estómago para estar seguro de haberle impactado, luego, mientras él está vomitando, me giro y le zurro en el costado de la cabeza para asegurarme de que se venga abajo. No le golpeo con fuerza, solo un golpe rápido y contundente, luego paso junto a él mientras rueda allí: un troll, de pronto, y algo inesperadamente derrotado.

¿Te sorprende? Te he dicho que soy un cobarde y un manojo de nervios, pero nunca dije que no pudiese luchar. Aprendí de un practicante de kung fu en Estados Unidos. Entrenábamos con palos. A menos que un hombre tenga una pistola, no puede tocarme.

"¿Cree que no sé lo que pasa en esta casa?" Le digo. "¿De verdad cree que está tan tranquilo aquí abajo? ¿Lejos de la vista? ¿Quiere que venga la policía? Porque lo harán si alguno de los que vivimos por aquí tiene motivo de queja contra usted."

No sé con certeza si vendría la policía, por supuesto, de hecho, lo

dudo: robaron en mi casa y me robaron el coche y no fueron de mucha ayuda en ninguna de esas ocasiones. Esas cosas pasan, fue la respuesta implícita. Tampoco sé si los demás son tan conscientes de los asuntos del Dom como yo, pero siempre hay mayor seguridad en los números, aunque sean imaginarios, y podría aquietarse si se siente vigilado, o mejor aún, hacer que traslade su sórdido asunto a otra parte y llevarse a Lillian con él.

De acuerdo... lo sé.

Tenía la intención de llevármela conmigo, de rescatarla. Haz lo decente. Pero todos cometemos errores. Y me estoy olvidando de que es a Davinia a quien quiero. Las cosas pueden ser desesperadas con ella, pero eso también las hace muchísimo más seguras.

Capítulo 12

Por la mañana llama Davinia. Esto es inesperado. Está revisando, supongo, como un oficial ausente, y aunque sonrío con simpatía cuando la acompaño, me estremezco ante su transparencia. Ha sido maestra durante demasiado tiempo y su sonrisa es la sonrisa que pinta para los niños a los que quiere ganarse mientras conspira contra ellos. Igual que su tono tranquilo y razonado es el tono que usa para explorar los elementos conflictivos en el patio de la escuela. Mientras tanto, las emociones adultas no son su fuerte y, en particular, los signos de angustia adulta la perturban, por lo que no está preparada para el estado en el que me encuentra.

Yo estaba preparado para volver al trabajo, seguro de que recuperaría las fuerzas, pero ahora he pasado una noche sin dormir y me veo hecho una mierda, mi cerebro vivo con las posibles consecuencias de mi pelea con el demente Dom de Lillian, quien sé que es un criminal con conexiones con los barrios bajos. Y le he dado una paliza. Le he amenazado de una manera que él ahora se parece mucho a Canuto [3] ordenando que se detenga la marea.

Yo habría corrido, me aseguro a mí mismo. Yo estaba corriendo, pero él era rápido y me habría puesto la mano encima si no hubiera hecho algo. Golpear primero era necesario, pero habiéndole retrasado, yo debería haber vuelto corriendo a la oscuridad y rodearle de otra manera. El segundo golpe había sido agresivo y es esto lo que me ha preocupado. Contuve el golpe, pero también había estado muy cerca de darle con todas mis fuerzas. Tal golpe podría haberle matado y haberme llevado a la cárcel.

Ese es el problema de pelear. La mayoría de los hombres no lo hacen en serio, y el vencedor es siempre el que menos se preocupa por el grado de violencia. Esa es la diferencia entre el luchador de bar y el guerrero. Yo no soy un luchador, en consecuencia, me tiemblan las manos y estoy nervioso, todo esto le transmite a Davinia la impresión de que no estoy muy apto para trabajar. Me odio por ello porque quiero que ella me vea tan seguro como es posible: apuesto, en forma y fuerte.

¡Guao! Esto es nuevo.

¿De donde ha salido?

"Lamento estar en tal estado, Davinia, por favor, siéntate, haré un poco de té."

"No, no, me pondré en camino. Solo llamé para ver... bueno... si hay algo que... ¡Richard, estás horrible!"

"Estaré bien en breve. Estas cosas van y vienen. ¿Estás logrando cubrir bien la clase?"

"¿Qué? Sí... oh, bueno, es una clase difícil. Pero no te preocupes por ellos. Debes concentrarte en ponerte bien."

"Son una clase difícil, ¿verdad? Estaríamos haciendo un servicio a la sociedad si los envenenáramos a todos y esterilizáramos a los padres."

Lamentablemente, ella no tiene sentido del humor, pero al menos he detectado una nota de genuina preocupación por mí. ¿O me estoy halagando a mí mismo?

"Sí, bueno. Adiós por ahora. Confío en que... bueno, espero que te recuperes pronto."

No, su sentimiento es sincero, creo, y me animo, pero también sé que está pensando que una pronta recuperación por mi parte es poco probable.

"Por favor, no te vayas."

¿Hay hambre en mi voz? ¿Y de veras quiero que se quede? Se ve sorprendida, tan hermosa y también terriblemente incómoda. La he visto así en la escuela con un niño angustiado. Quiere consolarlos, pero no puede. Las lágrimas de un niño derriten el corazón de cualquier adulto. Pero ella retrocede, toma aire, se quita una máscara de acero y delega la tarea a otra persona.

La veo haciéndolo ahora.

"Me temo que debo hacerlo," dice.

"Por favor, sólo un rato. Me gustaría explicarme."

Pensando que tal vez estoy a punto de hablar sobre el trabajo, cede y se sienta inquieta en el sofá como si tuviera miedo de mancharse el traje.

"¿Qué pasa, Richard?"

¿Me la he imaginado mirando su reloj? No sé lo que estoy haciendo: luchando, desesperado por una última oportunidad de aferrarme a la realidad, supongo, aunque no creo ni un momento que me vaya a hacer bien. Me siento arrastrado a las profundidades de la tierra y quiero declarar mi amor por ella. Un último acto desesperado.

"Es que... quiero decir, yo..."

"¿Si?"

"He estado... faltando a la iglesia estas últimas semanas."

¡Patético! El cobarde se suelta y se sumerge directamente en las profundidades del infierno.

"Pero Richard, no estás bien, eso es perfectamente comprensible."

"Debería estar bien para este fin de semana. Y estaré en el trabajo el lunes. Estoy bastante recuperado ahora, a pesar de las apariencias, solo necesito limpiarme un poco."

Aún no sé lo que digo. ¿Y a quién engaño? Richard Hunter está de baja por "estrés." Ya no es un par de manos seguras, nunca lo será, y ahora está progresando, probablemente solo aguarda el momento oportuno para la jubilación anticipada. Sin vigor, sin ambición, ya no. ¿De qué le sirve a una mujer como Davinia Barkwell?

"Eso depende de ti, Richard, pero no debes sentir presión."

"Oh... no la siento. De verdad."

"Bueno... si vas a la iglesia el domingo, estaba pensando..."

"¿Si?"

"He notado que siempre te sientas en la parte de atrás. Pero quedaría mucho mejor si vinieras al frente, especialmente siendo ahora el Coordinador de E.R. Mejor que nos sentáramos juntos, presentar un frente unido. Incluso podríamos avergonzar con ello a algunos de los otros miembros del personal para que aparezcan de vez en cuando."

"Ah... bueno, eso es muy amable de tu parte. Me habría sentado contigo, naturalmente, pero no quería que nadie se hiciera una idea equivocada."

"¿Oh? ¿Respecto a qué?"

"Em... nada... solo pensé que... nada."

Ella está perpleja, ¿qué quiere decir el tonto? Amplía su búsqueda de posibilidades, aparentemente hacia los reinos de lo absurdo, antes de poder dar con ello, y luego sonrío, casi se ríe incluso.

"Bueno, sé que no hay nada como una iglesia como semillero de chismes, pero creo que es poco probable que alguien alguna vez piense eso, Richard."

¿Lo es? ¿Tan ridículo es? ¿O estás diciendo, Davinia, que eres tú quien nunca pensaría en eso?

Asiento con incómodo acuerdo. "Bueno... si te parece bien a ti..."

"Tiene sentido."

Qué cuadro tan patético debo de presentar. ¿Que tengo, diez años más que ella? Esto no está mucho más allá de los límites de lo posible, ¿verdad? ¿O cree que soy mucho mayor? ¿Me cree un *viejo*? ¿O es que siempre estoy despeinado? La chaqueta que uso para ir a la escuela ya no está en su mejor momento, el cuello está arrugado por colgarla en mi silla y aplastado constantemente mientras me siento, los bolsillos llenos de todo tipo de artículos que, con el tiempo, la han deformado. También los pantalones siempre parecen más arrugados que los pantalones de otros hombres y las rodillas son brillantes y llevo ropa interior en Y bastante ordinaria

cuando toda la evidencia en las tiendas sugiere que otros hombres la cambian por algo bastante más en la línea de lencería masculina. Incluso me preocupa que pueda desprender algún tipo de olor a cansancio.

Cuando ella se va, recupero lo que considero mi mejor vestimenta dominical: un traje cruzado azul oscuro. Pensaba que era bastante bueno, pero cuando lo pienso, lo compré hace mucho tiempo y ahora está bastante pasado de moda. No soy un hombre rico, pero tampoco me falta el dinero. No gasto nada y vivo como un ermitaño, así que no necesito presentar esta imagen miserable al mundo. Puedo hacer algo al respecto. ¿Y por qué no? ¡Soy un hombre! Puedo partírle la cabeza a hombres más grandes que yo. Un sentimiento se hincha dentro de mí y mi deseo por Davinia toma un giro nuevo e inesperado.

Y así, el domingo siguiente entro en la silenciosa reverencia de la iglesia parroquial de Marsden con una audacia en mi paso. Se está reproduciendo una cantata de Bach; bastante mal, tengo que decirlo; pero sigo fingiendo que tengo el intelecto para apreciarla. Llevo un atuendo completamente nuevo: un traje moderno de calidad, una camisa de calidad con puños franceses, corbata de seda, reloj de oro, gemelos y zapatos nuevos lustrados. También llevo calzoncillos ajustados que me aprietan las nalgas y están ligeramente acolchados en la parte delantera, como un sostén, por lo que sostienen mis genitales de tal manera que me hacen pensar constantemente que soy un dios del sexo. Y ayer visité el salón de clase alta en Middleton para un corte de pelo ridículamente caro y un afeitado caliente.

¡Estoy transformado!

Pongo mi mano en el extremo del banco y tengo la satisfacción de ver a Davinia, tan fría y tan perfecta, que me mira y se queda sin palabras, porque al principio no me reconoce. Luego se sonroja, se levanta un poco y se sienta en silencio con los labios entreabiertos como para hablar, pero las palabras han volado. Inclino la cabeza de inmediato en oración; esto no es algo anglicano, pero luego le digo que me criaron metodista, donde es la norma para entrar en la casa de Dios. Eso me da un momento de tranquilidad y también me excusa de tener que decirle algo de inmediato.

Cuando he terminado, ella aún no está segura de sí misma para hablar, así que tomo el libro de himnos, reviso los números en la pizarra y me preparo, porque todos son más de seis versos y tendré que cantarlos como un hombre poseído por el espíritu santo, en lugar de pronunciarlas en voz baja como solía hacer antes. Este es un nuevo yo, probablemente insostenible, pero por ahora he dejado una cierta impresión, no solo en Davinia, sino en otros miembros de la congregación, que no están acostumbrados a ver al bastante desaliñado Richard Hunter parecer tan audaz. Y Davinia se equivoca bastante con los rumores. Por el rabllo del ojo reconozco a un par de madres: una que me cree incontinente, la otra es la madre del demonio de las tijeras. Miran, dan codazos y levantan las cejas y parecen haber perdido poco tiempo en hacerse la pregunta: "¿Hay algo entre esos dos?"

Sonrío para que alguien deba hacer la asociación, pero no se me escapa que también es muy posible que sea un desastre. No el rumor, que disfrutaré en alentar, sino más bien la mentira que lo ha dado lugar. Yo solo había querido curarme a mí mismo estas últimas semanas y me siento sobrenaturalmente transformado, pero solo he logrado rasgarme en dos. En lugar de terminar con la mentira, la he abrazado, y ahora estoy aspirando a una meta que sé que no es probable ni adecuada. Desear a Davinia es una cosa, saber qué hacer con ella cuando me haya salido con la mía es otra muy distinta. También es algo, creo yo, de lo que nunca tendré que preocuparme.

Capítulo 13

El reverendo David Whitman es un angelical y arrugado septuagenario con una voz suave y una simpatía encantadora en él. No comparto sus creencias sobre la naturaleza de Dios, pero si yo estuviera a punto de dar mi último suspiro, su compañía junto a mi cama no sería despreciada. He escuchado sus sermones muchas veces y, aunque su discurso es a menudo divagante y soporífero, admiro el trabajo que se toma al escribir estas parábolas espirituales, entregadas bajo demanda, todas las semanas sin falta.

Tal cosa debe de resultar muy agotadora para él, así que trato de prestar atención. Y no es necesario ser particularmente religioso para sacar algo de un sermón. A menudo hay en ellos toda una filosofía y varios metros de literatura intelectual. Esta mañana, sin embargo, lamento decir que le presto sólo media oreja mientras contemplo los veinte centímetros de aire eléctrico entre mi muslo y el de Davinia.

Ella lleva un vestido ajustado verde botella, corte cuadrado alrededor del cuello hasta la rodilla y una chaqueta a juego con un corte en la cintura. Lleva medias pálidas—(imagino que *deben* de ser medias—ya sean de broche o tirantes, aunque no puedo saberlo con certeza, por supuesto, y solo rechazo las medias por principio como las cosas más repugnantes inventadas para las cuales alguien tan delicadamente perfecto como Davinia seguramente no tendría tiempo. Verás, sólo puede haber una fina capa de algodón o seda o encaje entre su divino sexo y el aire que respiro. Con el rabillo del ojo observo la curva de su pierna, la correa de su zapato y el intrigante escote de los dedos de sus pies. Y me pregunto si ella piensa en mí.

El sermón trata sobre la codicia. Por supuesto, soy consciente de que algo llamado préstamos de alto riesgo en Estados Unidos ha traído la ruina al mundo occidental. Sin embargo, nada de esto me preocupa en lo más mínimo. Los bancos se han derrumbado, pero mis modestos ahorros están en cuentas pasadas de moda, no sujetas a inversiones, y mi gobierno se ha apresurado a asegurarme que las

garantizará. Para mí, la única evidencia tangible de la confusión es que, después de cien años de comercio, la tienda Woolworth en Middleton—donde, cuando era adolescente, solía comprar mis discos de larga duración y mis novelas—ha cerrado.

Lo de las hipotecas de alto riesgo, tal como yo lo entiendo, se reduce a un sistema de préstamo de dinero a personas que no tienen los medios para devolverlo. Esta deuda impagable luego se canjea y vende en las bolsas de valores del mundo bajo tantos disfraces que ya nadie sabe realmente lo que está comprando. Pero la gente compraba y vendía porque la idea de obtener una ganancia de un dólar en el futuro los hacía felices, les hacía pensar que estaban por delante del juego.

El vicario resume la inmoralidad y la locura de nuestro tiempo con una mezcla de temas tomados del Sermón de la Montaña y El Traje Nuevo del Emperador: Cristo y Christian Andersen. No menciona a Lao Tse, de quien recuerdo haber dicho que no hay mayor calamidad que el deseo profuso, no hay mayor culpa que el descontento y no hay mayor desastre que la codicia.

En California, una vez me senté a meditar en un campo de naranjos durante doce horas, por lo que la quietud no es un problema para mí. Debes repensar tus ideas preconcebidas sobre los nerviosos. Abordar nuestra naturaleza nos lleva a lugares más profundos de los que se conocen en gran medida, lo que se reduce al hecho de que, tan pronto ha comenzado el servicio, termina y estoy presionando la palma del reverendo Whitman junto a la puerta cuando salgo. Las campanas suenan con una melodía aleatoria. Cantan la misma canción incoherente de los sábados de hace mucho tiempo: la escuela dominical y el mundo loco e incomprensible más allá de los aburridos alrededores de ladrillo rojo de Marsden. Yo había pensado entonces que el mundo se volvería más simple a medida que creciera, y me alegro de que la verdad estuviera oculta para mí.

"Me alegro de verle, Sr. Hunter."

"Richard, por favor."

Es una actuación, esta presión de las palmas, una cortesía ritual. La Sra. Metomentodo está detrás de mí con la alegre sonrisa de una

actriz, hasta el indicio de una reverencia en su aplomo cuando casi me da un codazo a un lado, como una pantomima, para poder tomar su turno y bañarse en la gloria de Dios e impresionarlo con su pureza de mente, porque no hay nadie más digna ni tan libre de pecado como ella. Todos vosotros habéis conocido a la Sra. Metomentodo. Ella es una madre gobernadora, el pilar y la rabiosa abusona de muchos comités de iglesia... y Davinia la odia.

Davinia, consciente de la Sra. Metomentodo, escapa de la mano del buen reverendo. Pero ella hace esto a menudo. Esta dama de hielo no necesita el toque de Dios siempre que su representante haya registrado su presencia y haya marcado su nombre. De esta manera se cumple su deber profesional, mientras su alma puede escapar sin mácula a algún otro lugar al que llamar hogar.

Yo había pensado en dejarla atrás, en adelantarme hacia casa, porque he observado que tengo más posibilidades de que ella me recoja en coche de esa manera, que a ella no le gusta ofrecerme un paseo al alcance del oído de los piadosos. Pero hoy me alcanza junto a la verja.

"¿Richard?"

"Davinia."

"Cantas muy bien. No tenía ni idea."

"Gracias. Tú también cantas bien."

"No."

Pero es cierto. Canta con bastante dulzura.

"Te ves mucho mejor hoy."

"Gracias, me siento mejor."

"¿Tú... quiero decir, qué piensas... del sermón?"

"Muy apto, supongo, para los tiempos que vivimos."

"Sí... bastante."

¡Qué tópicos! Davinia, esta no eres tú. ¿Qué pensé del sermón? ¡Muy del siglo XIX! Vete. Ignórame. Sé tu yo fría y cruel normal. No te hagas mi amiga. No te pongas en ridículo por mí. Yo no podría soportarlo.

Ella sonrío. ¡Tiene hoyuelos! No me había dado cuenta antes, pero rara vez la veo sonreír. "Bueno," dice ella, "¿te veré mañana, entonces?"

"Sí, allí estaré."

"Será encantador tenerte de vuelta."

Todo esto dicho cortés y profesionalmente. Ella no lo dice *personalmente*. Personalmente, a ella esto no le podría importar menos.

Entonces, mañana. Estoy tranquilo y sereno con una chaqueta Harris Tweed y una genuina camisa inglesa, tan rara en estos días que me costó cara, pero la siento como un millón de dólares junto a mi piel. Los pantalones chinos y los zapatos Oxford marrones se suman a la elegante apariencia del hombre de campo, como lo hace el nuevo reloj Omega dorado y los discretos gemelos dorados. Soy una expresión de estilo discreto, extraída directamente de las páginas de la satinada revista para caballeros que examiné en busca de pistas. Solo la corbata con broche reglamentaria de Davinia arruina el conjunto, pero ahora la uso con orgullo, como si fuese el estandarte de mi dama.

En las seis semanas de mi ausencia, los niños no han progresado ni un ápice. También son inquietos, ruidosos y salvajes, y puedo imaginar el caos de las lecciones soportadas por la serie de cariacontencidos profesores suplentes que Davinia ha contratado a gran coste para cubrir mi enfermedad. Pero esto no me puede preocupar ahora. En cambio, me someto al juicio y descubro que estoy bien de nuevo.

Viernes ahora, reunión de personal.

Los planes de lecciones aún llegan tarde. La señorita Vincent, del primer año, ha sido sorprendida "cortando y pegando" con

demasiada libertad en sus presentaciones. Todos hacemos esto. Davinia tiene un Master de la Universidad de Durham, es tremendamente inteligente, así que ella también lo sabe, lo ha hecho ella misma, pero Davinia no parece aprobarlo. El secreto es ser sutil, aunque Davinia no puede decirlo. Ella solo puede expresar su desaprobación. La señorita Vincent agacha la cabeza en señal de deferencia y hierve por dentro.

Davinia viste un severo traje pantalón negro con una camisa blanca masculina y corbata a rayas diagonales. Se me pasa por la cabeza en este punto que ella podría ser lesbiana, pero luego creo que es tan inconsciente de su sexo que ella podría ser de cualquiera persuasión y no saberlo, porque este es un lado de sí misma que posiblemente nunca ha explorado. Hay gente así, me digo, gente que nunca piensa en el sexo, como hay gente como yo que piensa en él todo el tiempo.

La reunión se interrumpe y, una vez más, intento no demorarme, sino adelantarme a ella y aumentar mis posibilidades de intimidad con un viaje privado a casa más tarde, pero ella me devuelve la llamada. Esto no pasa desapercibido entre los demás. Veo a una rencorosa señorita Vincent intercambiar miradas significativas con la señorita Gray, del segundo año. Se están gestando más rumores y chismes, supongo.

"¿Davinia?"

"Cierra la puerta, Richard."

La puerta se cierra muy suavemente y yo me giro para encontrarla sonrojada.

"Bueno, ¿cómo ha ido la semana? ¿Te manejas bien?"

"Sí, fue bien."

"Bien. Siéntate. Escucha, creo que tenías razón sobre algunos de los niños de tu clase. Maisy Platt, Robert Guyson, Mandy Becket..."

"Ah, sí, los sospechosos habituales, me temo."

"He hablado con el Condado. El psicólogo vendrá el lunes para

hacer una evaluación."

"Ya veo."

Ella ha tenido quejas, pienso, profesores suplentes llorosos, la agencia luchando por ubicar a alguien más de una vez y el factor decisivo habría sido cuándo. Desesperada, ella había tratado de enseñarles ella misma.

"Necesito hacer un informe para cuando él venga, así que te agradecería que pudieras tomar algunas notas y enviarlas por correo esta noche."

No puedes tener tiempo libre esta noche, está diciendo. Ningún paseo meditativo por el bosque Durlleston. Pero yo he estado evitando el lugar por un tiempo, así que eso no será un problema.

"Sí, por supuesto, Davinia."

"¿Te sientes con ganas de otra semana en la «cara de tiza»?" Sus labios se tensan, ¿está tratando de sonreír?, me pregunto. Los hoyuelos no se materializan del todo.

"Sí. Lamento mucho haberte defraudado, ya sabes, estas últimas semanas. Pero ahora me siento muy recuperado. Para ser honesto, creo... bueno..."

"¿Si?"

"No era el trabajo, ¿sabes? Oh, creo que ambos sabemos que no soy el mejor maestro del mundo. Llegué un poco tarde para ser muy bueno en eso, pero me gusta. Es más de lo que he sentido desde que volví a Inglaterra. Todavía me estaba poniendo al día con las cosas."

No todo esto es mentira y, de hecho, es muy posible que esté más cerca de la verdad de lo que parece mientras lo digo. Ella no está segura de lo que quiero decir, no está segura de querer saberlo porque parece que puede haber algo de contenido emocional, pero en esta ocasión la curiosidad se apodera de ella y me alienta con su atención.

"¿Oh?"

Sin embargo, observo que no se apresura a contradecirme con respecto a mi baja opinión de mí mismo como maestro.

"Bueno..." comienzo. "¿Sabes? Separación, alejamiento. Todo lo que pasó en Estados Unidos. Toda mi vida estaba allí y me siento muy extraño aquí, aunque es donde crecí. Es tan extraño estar de vuelta." Suavizo todo esto con una sonrisa y la insinuación de un labio superior rígido: estoy aguantando, Davinia. Puedes confiar en mí.

"Por supuesto, lo entiendo." Ella es fáctica, no quiere que me demore más con eso. Luego suspira, piensa dos veces en algo, luego una tercera vez. "Yo también estoy separada, ¿sabes? Aunque tú estuviste casado mucho más tiempo que yo, creo."

"Quince años."

"Sí, cinco para mí. Me pasa factura, Richard. Debes tener paciencia."

Empiezo a sentirme incómodo con esta confesión. No lo hagas, Davinia. No te abras a mí. Necesito que seas fría, elevada y distante. Necesito sentir tu desdén y sentir la desesperanza de mi enamoramiento por ti. No te vuelvas humana.

"Sí... bastante. Bueno, ¿eso es todo?"

"No," dice ella. "Había otra cosa."

"¿Oh?"

"Tu corbata."

"¿Mi corbata?"

"Ese broche que te di. Parece ridículo. No sé en qué estaba pensando. Deshazte de ella. Usa... lo que creas que es mejor. Obviamente tienes buen gusto cuando te lo propones."

"Gracias." Este es un cumplido de revés, ¡pero mejor que ninguno!

"Que tengas un agradable fin de semana, Richard."

"Lo tendré. Tú también."

Ni siquiera finge sonreír esta vez y sospecho que no habrá placer para Davinia, que en el mundo de Davinia el placer se considera una pérdida de tiempo. Pero ella no es lesbiana. Ha estado casada, todavía lo está, como yo. Y como yo, es un cabo suelto que requiere ser arreglado. Pero solucionarlo nos llevará de regreso a la fuente y preferiríamos no molestarnos. Tenemos esto en común al menos. ¡Pero ha amado a un hombre! ¿No podría ella entonces ser capaz de amar a otro?

11:08 pm: Remitente:

richard.hunter@Darkstar.net

Destinatario: davinia.Barkwell@*****.edu.com

Davinia, notas adjuntas. Saludos cordiales Richard

Traducción: Soy entusiasta, capaz y profesional a la hora de llevar a cabo su oferta, señora. ¡Mira la hora en que enviado esto!

11:12 pm: Remitente: davinia.Barkwell@*****.edu.com

Destinatario: richard.hunter@Darkstar.net

Gracias, Richard. Bueno, ¿no vas de fiesta esta noche? Davinia.

11:14 pm: Nada de fiesta. Demasiado viejo.

Traducción: Sorpresa, ¿desea hablar de cosas personales, señora? Me temo que estoy envejeciendo demasiado para la vida, para el amor, para ti. Dime que no soy demasiado mayor, que soy digno, de la vida, digno de ti.

11:15: ¿Demasiado mayor? ¿O nadie con quien ir?

11:17 :)

Traducción: ¿Se burla de mí, señora, o hace la pregunta para ver si estoy libre? Emoticono sonriente: no sé qué decir, así que bateo la pelota de vuelta a tu lado de la cancha para poder juzgar por su regreso cómo proceder.

11:18 :(

11:19 ¿ :(?

Traducción: Emoticono de ceño fruncido: ¡alarma! ¿La he ofendido, señora, o está reflejando mi sonrisa con su tristeza? ¿Está triste, señora? Consultando un emoticono con el ceño fruncido. ¿Por qué triste, señora?

11:20: Buenas noches, Sr. Hunter.

Posible traducción: Puedes retirarte. Eso será todo.

11:21: Buenas noches, señorita Barkwell.

¿Qué lleva puesto cuando intercambiamos estas líneas? ¿Sigue siendo el traje gris? ¿Se ha quitado la chaqueta, la corbata? ¿Se ha aflojado los botones de la camisa? ¿Se ve un par de centímetros de sostén? ¿Es blanco u oscuro? ¿O está en la cama, en pijama de seda, con solo su ordenador portátil como compañía, como yo?

No, no llevo pijamas de seda. ¿Y el emoticono? Ella frunce el ceño ante mi sonrisa. ¿Es esto realmente un indicio de que puede haber cosas que le gustaría confiarme? Y cuando lo consulto, ella clausura formalmente. ¿Es eso culpa de su propia debilidad?

Capítulo 14

Duermo hasta tarde, mi portátil plegado bajo la almohada opuesta porque contiene un mensaje y un enigma de mi Señora. Ella frunció el ceño. Insinuó tristeza. Quizá mientras escribía estaba sentada con una botella de vino medio consumida y con las defensas debidamente bajadas. Me invitó a un conocimiento más profundo suyo que yo acepté, pero la parte más fuerte y más acerada de ella ganó y me rechazó. Había pensado en soñar con ella, pero ella se me escapa incluso en este aspecto y me despierto ahora con el peculiar vacío que sé que solo puede ser llenado por algo que no existe.

Mi casa tiene una pequeña parcela de césped en la parte de atrás. Por la buena gracia de sobrecrecido *Leylandii* [4] a ambos lados, no se pasa por alto ni un rincón, y ya les he dicho cómo retrocede hacia un prado. Por tanto, me siento justificado en mantenerlo ordenado, como un espacio privado útil al aire libre, ya sea todo algo fresco y musgoso, y con sombra debido al mismo *Leylandii*. Hay una mesa y sillas de plástico—con caca de pájaro y manchadas de líquenes—sobre un patio llano, y hay un cobertizo desvencijado y podrido que se hunde contra la cerca del fondo. Cuando me levanto de la cama y abro las cortinas del jardín, noto que la puerta del cobertizo está abierta. No pienso nada de esto, solo hago una nota mental para cerrarla más adelante. Luego me arrastro escaleras abajo hacia la cocina, extendiendo la mano para encender la tetera y... retrocedo.

Lillian está sentada en el suelo, mirándome.

"¡Mierda!"

"Hola, Adam."

Se abraza las rodillas como una niña asustada, espalda contra la pared. Lleva unos vaqueros que le quedan demasiado grandes y un jersey demasiado ajustado. Su ojo izquierdo está hinchado, amoratado y casi cerrado.

"¡Lillian!"

"¿Puedo usar tu baño, por favor?"

"¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?"

No estoy enojado, pero verla me ha perturbado. No es tanto su intromisión en mi espacio privado, sino el hecho persistente de su presencia cuando soy tan reacio a involucrarme con ella.

"Lo siento. Necesitaba...", está luchando por decir qué es lo que necesita, pero se conforma con: "compañía."

"¿Qué?"

"Pero ahora en realidad necesito usar tu baño."

"Oh... por supuesto. Está escaleras arriba. Tu ojo es un desastre terrible. ¿Él te hizo eso?"

Ella asiente, luego se desliza silenciosamente hacia el baño, regresando unos minutos después para encontrarme preparando café. Su ojo bueno está abatido, subyugado, avergonzado por su necesidad.

"Pareces diferente," me dice. Ella se esfuerza por mantener las ataduras ocultas, noto, bajándose las mangas y levantando el cuello del suéter mientras me habla.

"Me he cortado el pelo."

"Sí, ya veo, pero no es eso lo que quiero decir. ¿Ha ocurrido algo?" Se sienta a la mesa, toma la taza que le ofrezco y luego me mira con más atención. No puede saber del cambio repentino en mí, de un encogido desastre a un *dandy* superficial.

Ella está adivinando.

"¿Cómo... cómo me has encontrado?"

Me dice que me siguió una vez, hace semanas. Se arriesgó a entrar en lo que ella llama el mundo inventado, para satisfacer su

curiosidad por mí. Estaba oscuro, se escondió en las sombras y yo estaba demasiado absorto en mí mismo para notarla. Identificó que mi casa se abría a un prado en particular al que ella estaba segura de poder llegar directamente desde el bosque. La casa era fácilmente reconocible desde el lado de Durlleston, ya que estaba situada al lado de una casa con una distintiva antena parabólica en el tejado.

Afirma no haber tenido ningún objetivo en esto, aparte de señalarme en la periferia de su mundo, pero yo no la creo. Ahora está herida y más asustada que de costumbre, más consciente de la precariedad de su existencia y de la necesidad de un amigo. Así que se esconde al amparo de la oscuridad, sale del bosque, atraviesa los setos y zanjas, entra en el prado, luego levanta un tablero de la cerca, se desliza por el hueco y piensa en pasar la noche en mi cobertizo en lugar de despertarme. Luego descubre la llave de repuesto y hace frío. Entonces entra.

Yo no había pensado antes en esta conexión: mi jardín trasero con las profundidades de Durlleston. El prado está bajo la dirección de un agricultor que no permite el acceso. Sus carteles pintados a mano advierten de terribles consecuencias. Perros domésticos han recibido disparos por extraviarse en su parcela y no hay nada que los angustiados dueños puedan hacer. La gente de Marsden no ve este prado y ve un camino hacia el bosque. Ven un muro invisible, psicológicamente impenetrable. Pero la vista es verde y abierta, y agrega valor a su propiedad, que es lo único que realmente importa.

"Estoy preocupada por mi ojo," dice, "¿Me lo mirarás?"

"No soy médico."

"Lo sé, pero eres lo único que tengo, por favor."

Le miro los ojos. Hay moretones, obviamente, y mucha hinchazón, pero ella me dice que antes era peor, así que estoy pensando que se curará por sí solo. Probablemente sea demasiado tarde para que sirva de algo ahora, pero envuelvo una bolsa de guisantes congelados en un paño de cocina y le digo que la sostenga en la cara. Un médico está fuera de discusión, por supuesto, no es que mi médico de cabecera fuese de mucha ayuda de todos modos.

"¿Te hace esto a menudo? Me dijiste que no era un hombre cruel, que no quería hacerte daño."

"Algo lo ha molestado. Una noche, hace unas semanas, entró magullado y salvaje. Comenzó entonces."

"Ah... eso podría tener algo que ver conmigo, me temo."

Ella asiente. "Lo sé. Lo vi."

"Entonces sabes que no me dio otra opción. Me habría lastimado si no me hubiera defendido."

Ella asiente de nuevo. "Sí... lo habría hecho. Sentí miedo por ti esa noche."

"Ya, mira..."

"Tranquilo, Adam, no estoy diciendo que esto sea culpa tuya."

Pero lo es. Todas las acciones tienen sus consecuencias. Ese golpe final le lastimó, le dejó sin sentido, pero peor que eso, le robó su dignidad. Supe de inmediato que habría un precio que pagar. Solo que fue Lillian, no yo, quien terminó pagándolo.

"¿Cuándo fue la última vez que le viste?"

"Hace cuatro días. No hay nada de comida en la casa. No sé qué espera que haga. Cómo se supone que voy a vivir. Trae tan poco con él, cada vez menos. Cree que puedo vivir del aire. Dice que estoy engordando y que me podría venir bien comer menos."

¿Cuánto de esto es verdad? ¿Cuánto está destinado a ganar mi simpatía? Se ve delgada y demacrada, pero esto podría ser autoinfligido. Podría ser una mezcla de preocupación y vida de pobre, esta decrepitud. No puede ser verdad que esté pasando hambre. Pero ¿y si lo está? No he pasado por el bosque desde hace tiempo, no le he dejado nada, nunca pensé ni por un momento que ella dependiera de tales muestras.

"No puedes seguir así, Lillian."

Ella agacha la cabeza. "Lo sé."

Pienso en decirle que voy a por ella esa noche, pero ahora parece imprudente y me muerdo la lengua. Abro el refrigerador, rompo unos huevos y empiezo a hacer una tortilla, agregando queso, tomates, mantequilla, cualquier cosa que se me ocurra que pueda llenarla.

"Ese no está bien de la cabeza," le digo, "terminará matándote, cualquiera que pueda tratar a un ser humano así está..."

De repente ella está a mi lado. Puedo oler el humo de leña en su ropa, en su cabello. Me quita el batidor y me roza los dedos con las manos, de modo que me aparto por la sorpresa. Ella me dice que lo estoy haciendo todo mal y mientras me siento a la mesa, ella se planta junto al fogón, probablemente débil de hambre, doblando una tortilla maravillosamente. La divide en dos y coloca las mitades en platos con un simbolismo peculiar. Yo tenía la intención de darle todo a ella, pero ella me dice que no comerá a menos que yo también coma.

Sé que su hombre es una especie de criminal. Qué tipo de criminal, preferiría no imaginarlo: narcotraficante, mafioso, ladrón de bancos, traficante de miseria, todos están marcados con la misma mancha oscura y nada de eso altera el hecho de que esto es Inglaterra a principios del siglo XXI y que hay una esclava sexual sentada en mi cocina. ¿Habría sido posible esto hace veinte años? Ella escapó solo una vez del control seguro de una vida respetable y cayó, no en los brazos de una sociedad de anchos hombros y mente amplia, sino directamente por las grietas hasta las profundidades del infierno, donde solo habitan demonios que la han marcado y presionado para que atendieran sus viles necesidades. ¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puedo estar mirando a un alma perdida, a una no-persona en estos tiempos iluminados? ¿Nos hemos hundido tanto en el fanatismo, la hipocresía y la corrupción que podemos estar tan ciegos al sufrimiento que pasa ante nuestras propias narices? Oh, cállate Richard. ¿Qué haces tú al respecto de todos modos?

"Tienes que alejarte de él, Lillian."

"Dices eso, pero no me ayudas."

"Te estoy ayudando ahora, ¿no?"

"¿Una taza de café, una bolsa de guisantes congelados, una comida caliente? Estoy agradecida por todo esto, Adam, de verdad, Pero esta es la amabilidad de un extraño y tú ya no eres un extraño para mí. Creo que puedo esperar más de ti."

Mi paciencia se agota de repente, mientras mi ego se infla en defensa propia. ¡No puede esperar nada! Yo no le he pedido nada. No quiero nada de ella. ¿Qué derecho tiene ella a decirme tal cosa?

"Eso no es justo... podrían arrestarme por ayudarte... o asesinarme, que yo sepa."

"Ambas cosas son posibles, supongo. Sé que tienes miedo."

"¿Miedo? Sí... y tú también. Tienes miedo de estar con él, pero también miedo de estar sin él o al menos sin alguien. Tienes el poder de liberarte, pero parece estar buscando un tipo de servicio diferente, un tipo de *bondage* diferente."

"Eso es cierto, me gustaría servirte, Adam."

"Pero yo no necesito a nadie, Lillian... y menos aún un... una..."

"¿Putas?"

"Esclava... sumisa... lo que sea... no es mi escena. Yo no sabría qué hacer contigo."

"Necesitas a alguien como yo. Solo tienes miedo de admitirlo."

"¿Cómo puedes decir eso? Tú no me conoces."

"Te he observado. Sé lo enfermo que estás. Bebes hierbas hervidas para calmar el fuego en tu cabeza porque no confías en los químicos que te da el médico. El fuego te mareta, te enoja. Tienes mucha energía, Adam, pero no tienes enfoque, no tienes dirección. Eso debería darte satisfacción, impulso, ambición, pero en cambio te trae frustración y la niebla gris de una terrible depresión. Dime que estoy equivocada en lo que digo. "

Mi vacilación es suficiente confirmación.

"Yo puedo curarte," continúa ella. "Es mucho más simple de lo que piensas."

"Eso lo dudo."

"¿Hay alguien en tu vida, tal vez? ¿Una mujer?"

"En realidad... la hay. Sí."

Solo estoy pensando en desviarla y ella se toma un momento ante esta revelación, pero luego continúa en un tono fáctico, como antes: "Me preguntaba si podrías," dice, y luego, con un tono de sabia confianza: "Deberías olvidarla por ahora. Ella no puede ayudarte."

Me divierte esto. "¿Cómo puedes saberlo?"

"Porque cualquiera puede ver tu forma de ser, lo que significa que o bien ella está ciega y no puede ayudar, no está dispuesta a ayudar, o bien es parte del problema."

"Eso es ridículo."

"¿Sabe ella que existes siquiera, Adam?"

No puedo contestar. Estoy clavado por sus revelaciones.

Ella aparta la mirada. "Lo siento. He dicho demasiado."

"Creo que sí, sí."

"¿Debería irme entonces?"

"No,.. tú, no puedes irte todavía."

"¿Oh?"

"Te verán. Tendrás que esperar hasta después del anochecer."

"Sí. Esperaré. No diré nada más que te moleste. Lo prometo."

Silencio.

¿Qué vamos a hacer ahora? Hay un día entero de tiempo que matar. ¡Debo alejarme de ella! Debo pensar, ¡pero ella está en mi casa y no puede salir! ¿Cómo puede saber estas cosas sobre mí? ¿Cómo puede ver dentro de mi cabeza?

Le digo: "No te preocupes por molestarme."

"¿De verdad?"

"Un hombre necesita que alguien le señale su estupidez, preferiblemente, alguien a quien a él no le importe que lo haga."

"¿Estás diciendo que te gustaría que yo fuese esa persona?"

Hmm... demasiado paso hacia adelante. Demasiada declaración. Pero yo *quiero*, sí, aunque no puedo decirle eso ahora. Tampoco es que confíe en ella. Está en una situación demasiado desesperada y cualquier cosa que diga tengo que filtrarla en busca de señales por si me está manipulando.

"¿Tú que hacías?" Pregunto. "Quiero decir... antes."

"¿Mi trabajo? ¿Importa eso?"

"Posiblemente... podría ayudarme a entenderte."

"Lo llamaban asistente de investigación. Trabajaba para una revista. Me sentaba delante de un ordenador todo el día, como todos los demás. Ciertamente no era digno de una educación tan cara. Tal vez te preguntabas si yo era psicóloga o consejera... o bruja." sonrío. "A veces veo detrás de las esquinas, eso es todo. Pero no enseñan esas cosas en las universidades. Dime, ¿has vivido aquí mucho tiempo?"

"No."

"Eso pensé. Está demasiado desnudo."

"Llevo mucho tiempo en el extranjero. Aún no he conseguido adquirir mucho."

"Esto es mucho más moderno que donde vivo."

"Supongo que debe serlo."

"Pero aún así creo que no te conviene estar aquí."

"En ninguna parte. No encajo en ninguna parte estos días."

"Sé de un lugar donde encajarías muy bien."

"¿Oh?"

"He visto la forma en que miras la casa cuando pasas, su descuido. Y estás pensando en lo mucho que te gustaría ponerla toda en orden. Esa casa te llama, Adam. Dime que no es así. "

"Pensé que podría mejorarse, supongo."

"Sí, sí,.. podría dejarse muy bonita, con cercas pintadas de blanco y césped cortado y rosas alrededor de la puerta."

Es imposible saber cuándo habla en serio sobre algo o simplemente está jugando conmigo. "¿Qué estás diciendo entonces? ¿Que crees que debería irme a vivir contigo?"

Ella se encoge un poco de hombros. "Por supuesto que no, eso sería imposible. Pero ¿por qué no llamas? Te invité, ¿recuerdas? Podrías venir y te podría mostrar la casa. La parte donde el jardín baja hasta el río... y tú podrías imaginar lo bonita que sería si fuese tuya, si tuvieses el control de ella, si fuese tuya, lo mejor que sería si tuvieses el control... de mí."

¡La Cabaña de Durlleston! Es como algo desordenado en mi pasado, algo que me hubiera gustado poner en orden, arreglar, tocar fondo. Pero Lillian es otra cosa. ¿O no lo es? ¿No son lo mismo? No me refiero a *esta* Lillian, me refiero a la otra, ¿sabes?

"Yo no podría controlarte, Lillian. Como he dicho, esa no es mi escena."

"Yo podría enseñarte."

"Bueno, gracias de todos modos, pero prefiero una mujer que conozca su propia decisión, que haga su propio camino."

"Hmm, ¿como tu novia, tal vez? Podría fingir para ti que conozco mi propia decisión, fingir ser... segura, franca. ¿Es así como es ella?"

"Mira, todo esto suena muy bonito, pero solo visitar la casa ya no sería una buena idea, ¿verdad?"

"¿Quieres decir si él apareciera?"

"Exactamente."

"Eso estropearía las cosas, sí. Pero él sólo llega al anochecer, o más tarde. Sería perfectamente seguro si vinieras de día y te marcharas mucho antes del atardecer."

Entiendo que estamos jugando ahora, que nada de esto es real. Solo estamos fingiendo.

"Y me da a mí que te tiene miedo," dice.

"Eso lo dudo. La próxima vez estará listo. Si yo me defiendo con un palo, él usará un cuchillo. Si uso un cuchillo, traerá una pistola. Con esta gente es así. "

"Haces que suene tan romántico, Adam... que podríamos compartir algunos momentos preciosos, pero solo a costa de ser descubiertos y asesinados por ello."

"Eso no tiene gracia."

"Exageras. Él te tiene miedo. Tememos a la serpiente por su reputación, pero lo más probable es que prefiera evitarnos antes que ser vista y solo morderá cuando no le demos otra opción."

Yo sonrío. "Eso es muy poético, pero me parece que ya te ha mordido. No duraríamos ni cinco minutos. Como poco, si le disgustaras te traicionaría ante las autoridades."

"¿Importa eso? ¿Preferirías pasar toda tu vida con una persona sin sentir nada por ella? O peor aún, ¿desear a alguien desde la distancia y revolcarte en la desesperanza durante años y años? ¿O cambiarías todo eso por solo cinco minutos con una persona si supieras que en ese tiempo podrías realizar con ella el momento

perfecto? "

"¿El momento perfecto? No existe tal cosa. No podemos andar persiguiendo todos los caprichos de esa manera."

"No es un capricho, Adam. Sé que tales cosas pueden parecer peligrosamente imprudentes para un hombre tan cuidadoso y sensato como tú, pero en realidad, nos debemos a nosotros mismos buscar ese momento cuando tan claramente se nos ha dado permiso."

A veces habla como un sabio, otras veces como una niña, como avergonzada de sus pensamientos. Ahora se tira de las mangas y arruga la nariz. Se acabó el tiempo de juego.

"Mi ropa apesta." Ella muestra una sonrisa irónica. "Pertenece a la Perra. Así es como él me llama: Perra. Lillian no encaja con esta ropa. ¿Tienes una camisa que pueda pedir prestada, por favor? Me da vergüenza usar estas cosas raídas en tu presencia."

"Te puedo prestar una camisa, sí, o tengo una bata, pero mira... Lillian, no quiero..."

"Tranquilo. No estoy flirteando contigo con el pretexto de quitarte la ropa. No es mi intención excitarte. Estoy demasiado cansada. No he dormido desde hace días, no he dormido bien en meses. Puedo fingir deseo sólo cuando imagino que mi vida depende de ello. No puedo fingirlo contigo. Tú no me amenazas, ¿ves? Si alguna vez te deseara, lo mostraría... y tú lo sabrías. "

Es una criatura tan adorable, perdida, solitaria, gentil, y no merece ser tratada de esta manera. Pero también es astuta. Yo no la amenazo. Ella me dice esto solo para atraerme más.

"¿Por qué no te das un baño mientras estás aquí?," Sugiero. "Lávate el pelo. Date un buen chapuzón, tómate tu tiempo. No hay problema, en serio. ¿Y qué tal dormir un poco?"

Ella asiente. Su rostro se congestiona de repente con una emoción que ella osa no expresar. Esto significa algo para ella. La he conmovido y yo no esperaba hacerlo. Pensé que estaba demasiado

endurecida por su vida para eso.

"Gracias, Adam. Lo haré."

Oigo correr el agua de la bañera y llamo a la puerta. Ella la abre un poco y su mano gira para tomar la bata. En ese instante, veo los vaqueros baratos y el suéter tirados en el suelo junto con unas grandes bragas de matrona, ¡tan poco favorecedoras! Luego está desnuda tras la puerta. Ella no dice nada y le da vergüenza mostrarme más de lo necesario. No es su cuerpo lo que tiene miedo de dejarme ver, sino las cadenas. Está mortificada por ellas, pero ¿qué más puedo yo hacer que esto?

Es simple: puedo pedirle que se quede. Puedo decirle que no vuelva a Durlleston, que él pensará que ella ha escapado y que olvidará que alguna vez existió. Ella no será libre, pero al menos estará a salvo por un tiempo. Conmigo.

¿Me tiras del pelo, Adam? Es mi cumpleaños.

Sí, Lillian.

Y todos sabemos lo que pasó entonces, ¿verdad?

Capítulo 15

El día está húmedo y un viento frío atraviesa el Leylandii fuera de mi puerta trasera. Sus copas se balancean taciturnas. No son árboles felices los Leylandii, siempre demasiados, demasiado cerca, sin suficiente espacio para esparcirse y notar su naturaleza. Por contraste, imagino el mismo viento cortando por Durlleston. Puedo oírlo remover las hojas y levantar un gozoso rugido.

Ella tiene un abrigo y un par de endebles zapatos que ha colocado cuidadosamente junto a la puerta. Están empapados, así que los dispongo sobre una silla junto al fuego de gas en la habitación delantera y trato de secarlos para ella, aunque si el clima continúa, estarán empapados de nuevo antes de que ella esté a mitad del camino del prado.

Solo tengo una cama y no me importa que duerma en ella, aunque me da una sensación extraña pensar en ella acurrucada allí. No lo encuentro erótico. No me excita la idea de ella durmiendo allí. Es más la intimidad de su presencia, yaciendo tranquila, calmada y confiada en mi cama.

Eso me incomoda.

No he cambiado las sábanas en un tiempo y se lo he dicho, pero ella está agradecida, me dice, por la oportunidad de dormir mientras alguien la vigila. Esto no es cierto, sino simplemente otra forma de bajar mis defensas, de hacerme querer descubrir ese momento perfecto con ella.

Pienso en ello ahora, en lo que ella ha dicho:

Nos debemos a nosotros mismos buscar ese momento cuando tan claramente se nos ha dado permiso.

La creencia en lo sobrenatural corre a través de la mayoría de nosotros. Es lo único que nos ayuda a atravesar nuestras vidas, esta creencia de que aunque nuestras vidas parecen inútiles, tienen un significado, un propósito, que no todo es simplemente aleatorio. Un

tipo de persona inteligente y racional se burlará y llamará a tal perspectiva pre-racional, remontándose a alguna primitiva era de la evolución humana. Pero el racionalismo está muriendo ahora. Explica las cosas muy bien, pero también enferma a la gente y en gran medida solo ha logrado destruir el mundo en el que vivimos. Los sentimientos de Lillian trascienden lo racional. Son modernos. Son transracionales. Ella es educada y supersticiosa, y sería inquebrantablemente honesta al respecto si yo la soltara en el mundo.

Comparto su misticismo, pero también lo temo. Todo se reduce a la cuestión de qué es lo que pensamos sobre para qué somos. El Reverendo Whitman diría que nuestro propósito es buscar la redención a través de nuestro Señor Jesucristo, pero no sé lo que eso significa; de hecho, estoy aún menos seguro ahora que cuando escuché esa explicación por primera vez hace cuarenta años.

La pareja de la puerta de al lado seguramente piensa que nuestro propósito es tener tanto sexo como sea posible antes de morir, pero aparte de eso, probablemente no piensan mucho en ello. A veces, aunque nos vemos obligados a hacer la incómoda pregunta concerniente a nuestra existencia, ¿qué diferencia hay si soy feliz o no? He sembrado mi semilla, he transmitido mis genes. No tengo hambre, no me falta abrigo ni calor. Entonces, ¿qué es este dolor que siento? Y por qué creo que Lillian tiene razón, que se me está dando la oportunidad de tocar algo extraordinario si tan solo me atreviera a liberarla. Entonces seríamos como mariposas en el calor de un día de verano, revoloteando solo para quedar exhaustas y aplastadas al anochecer. ¿Es mejor vivir mucho tiempo en la miseria y el aburrimiento, o brillar intensamente y vivir verdaderamente solo por un día o incluso por un momento?

Es mi intención dejarla en paz, dejarla dormir, pero luego recuerdo el portátil debajo de la almohada y me acerco de puntillas para recuperarlo. Ella lo ha encontrado y me lo ha dejado sobre la mesita de noche. Ella parece estar durmiendo. La he visto durmiendo antes y recuerdo la paradoja de sus arduas circunstancias y su apariencia de perfecto reposo. ¿Qué edad tiene? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? Aunque mirándola ahora es como una chica, toda la tensión ha desaparecido, la piel suave, las mejillas redondas. Su boca está un

poco abierta, revelando los dientes frontales superiores, que sobresalen ligeramente de un modo que haría que un ortodoncista se frotase las manos con alegría, pero que solo suman a su dulzura y a su feminidad. Su mano está curvada hacia el rostro, el pulgar extendido como si buscara sus arqueados labios de Cupido. Ella es tan hermosa: una rara y exótica criatura con raras, exóticas y extremadamente extraños pensamientos.

Pero yo no puedo pensar así.

La habitación está caliente con ella y huele a tierra. Descubro para mi sorpresa que me estoy imaginando haciéndole el amor. Es de lo más fácil, pero la llamada de Lillian no está en la mística de su cuerpo. Está más en el sonido de su voz, en su mirada y, sin duda también, está en su tragedia. No es deseo lo que siento por Lillian, sino una compasión abrumadora. Sin embargo, al igual que Davinia no consigue reunir coraje para consolar a un niño que llora, yo no puedo extender mi mano hacia esta mujer perdida. Davinia solo tiene que tocar un botón de la manga de su blusa para que me duela, pero no puedo imaginar ni me atrevo a imaginar, cómo sería tocarla, cómo sería su tacto o gusto o mirada.

Seríamos dos peces fríos juntos entonces.

Perfectos.

Lillian se mueve un poco y, sin abrir los ojos, susurra suavemente: "Puedes si quieres, ¿sabes?"

"¿Qué?"

"Deslízarte a mi lado."

"No... no estaba pensando en eso. Lamento molestarte. Solo vine a por mi ordenador."

"No pasa nada, de verdad." Sonríe un poco, bromeando, jugando, con los ojos aún cerrados, como si me hablara desde un sueño.

"No, Lillian. Estás llevando las cadenas de otra persona."

"Pues córtalas y hazme tuya."

"Vuelve a dormir. Los días son cortos. Pronto volverá a oscurecer y luego tendrás que volver a Durlleston."

¿Ves? Tendrás que volver. Yo no te quiero.

Me retiro escaleras abajo y enciendo el ordenador portátil, esperando otro mensaje de Davinia, cualquier cosa para romper el hechizo que siento que Lillian está lanzando sobre mí. No hay nada nuevo, solo los intercambios de anoche. Estoy distraído y desesperado por una distracción, así que escribo: Davinia, ¿estás haciendo algo esta noche? Mi dedo se cierra sobre el botón de enviar, pero me alejo del borde, borro las palabras y paso el resto de mi sábado en la triste oscuridad de mi sala de estar mientras el vapor sube lentamente desde los zapatos de Lillian. La casa parece aún más oscura y tranquila por su llegada, pero parecerá aún más vacía cuando se haya ido.

Tengo pollo, arroz y especias, así que preparo un curry para el té y el olor a comida la arrastra abajo. Ella se ve mejor, más brillante, aunque sus pensamientos conscientes han moldeado su rostro una vez más, lo han tensado, alejado de la suave inocencia de sus sueños. Lleva su ropa vieja, lista para partir.

El curry no es bueno: demasiado seco y demasiado picante.

"Eres un cocinero terrible, Adam."

"Lo sé."

¡Dile que puede quedarse!

No.

La observo mientras limpia el plato y luego, en un momento de autorreproche, le pido que se llene los bolsillos con lo que necesite. "Si necesitas más, ya sabes dónde está la llave de repuesto. Entra y llévatelo."

Eso es, sí. Déjala tener la opción. Si llego a casa una noche y descubro que ella se ha mudado, tomaré las cosas desde ahí, pero no te comprometas ahora mismo. No me entiendo a mí mismo. Ella tampoco me comprende y arquea una ceja interrogante.

"¿Oh?"

"Tienes razón. Ya no somos extraños."

¿Que estoy diciendo? ¿Qué tipo de capitulación es esta? Sin embargo, debo trazar una línea, hacerle saber los límites de mi compasión.

"Necesitas un lugar al que puedas huir. Algún lugar donde conseguir comida, cuando se acabe la tuya. Pero si te pillan las autoridades, yo negaré todo conocimiento sobre ti. ¿De acuerdo?"

Ella estaba esperando más. Veo que la luz en sus ojos se atenúa un poco, pero asiente y aviva un brillo de genuina gratitud. "Entiendo, gracias."

Hay temblor en su voz. He sido demasiado frío, demasiado distante. La he decepcionado. Pues ofrécele un poco más: "Si no mejora tu ojo en unos días, vuelva a verme. Veré si hay algo más que pueda hacer."

No puedo hacer nada, por supuesto, y ella lo sabe. Soy patético. Ella se pone los zapatos y el fino abrigo. Tiene barro en el dobladillo y una parte de mí dice: déjala al menos pasar la noche. No la envíes a la oscuridad y al frío para enfrentarse al monstruo.

Ella hace una pausa, mano en la puerta. "¿Crees que serás feliz con ella?" me pregunta.

"¿Con quién?"

"Tu novia."

"Ah, eso. Bueno, no es exactamente mi novia."

"¿No es seguro entonces, entre tú y ella?"

¿Es curiosidad lo que detecto o un brillo?

"Tenías razón antes: ella ni siquiera sabe mi nombre. Bueno, quiero decir, sí sabe mi nombre, pero no tiene idea de lo que siento."

"Pues debes decírselo u olvidarla, Adam. Una cosa así te devorará por dentro y te dejará vacío."

"Lo sé."

"Ven a mí. Libérame. Yo te nutriré. Te colmaré. Te haré completo de nuevo."

Ella no tiene idea en realidad. Y además, es demasiado caliente, demasiado peligrosa, demasiado fértil. Provocaría un cambio, demasiado drástico e impredecible.

Tírame del pelo, Adam.

"Lillian..."

"Lo sé, lo sé. Me voy. ¿Me ayudas con la cerca?"

Son las siete p.m., hace frío y chispea, y es una noche muy oscura, y yo estoy deslizando hacia arriba un tablero de la cerca, tratando de no hacer ruido. Lo levanto un metro, lo sostengo con una pala de jardín, luego me agacho en la oscuridad con ella, ambos mirando el diáfano vacío más allá, como a través de una ventana hacia un mundo prohibido y extraño. Puedo oler la dulzura del prado húmedo. También imagino poder oler la tierra y el moho de las hojas de Durlleston más allá.

"¿Puedes encontrar el camino? ¿Y si te turces un tobillo?"

"Estaré bien, Adam."

Ya nos hemos tocado, inocentemente, cuando me quitó la sartén esta mañana, pero es suficiente para envalentonarla y ahora me da una suave palmada en el hombro, como si se hubiera roto el hielo y ya estuviésemos unos pasos más adelante en el camino de convertirnos en amantes. ¿O somos amantes ya? Siento que ya ha llegado un momento en el que hemos tenido ese conocimiento mutuo, un momento atemporal, un momento que envuelve el pasado y el futuro en uno, lo funde, lo inyecta en el presente y se convierte en nuestra única verdadera realidad.

"Buenas noches, Adam."

Ella se marcha.

Observo mientras su silueta es perceptible, hasta que vuelve a ser absorbida por la imaginación. Luego me retiro temprano, teniendo cuidado de acostarme en el lado opuesto de la cama donde ella ha yacido porque su presencia todavía está allí. Pero a medida que avanza la noche, me encuentro rodando hacia el imaginado hueco de su espacio vacío y lamentándome por el hecho de que hay una mujer que se ha ofrecido a mí, y ha pasado mucho tiempo desde que sentí el consuelo de un toque amoroso, de un calor amoroso. Esto es peligroso. Puedo sentir las cosas vibrando con una fecundidad aún indiscriminada. ¿Y si esta me busca?

No.

Es mejor para mí el secreto estéril de Davinia.

Capítulo 16

Es inusual ver a alguien vestido elegante un domingo por la mañana estos días. Los feligreses, alrededor de las 10:00 a.m., han abandonado en gran medida sus camisas planchadas y sus corbatas por un atuendo muy informal, como si tuvieran miedo de ser atacados por gamberros que se burlen de su pulcritud. Los matones del patio de la escuela ahora han saltado las vallas de la Escuela Secundaria Middleton y están sueltos en el mundo de los adultos. Así que los hombres adultos se visten como adolescentes, llevan pendientes y tatuajes y pantalones que logran parecer al mismo tiempo ridículamente elaborados pero también descuidados. En mi juventud, estas mismas personas habrían sido indistinguibles de la nobleza, al menos durante este día de la semana.

Hay algunas excepciones: los antiguos funcionarios de la iglesia, los miembros destacados de la comunidad, los gobernadores de las escuelas, los líderes scout, Davinia, y yo, por supuesto. Estoy nervioso mientras camino por Mill Lane. Hay gente lavando coches; usando sierras de calar, amoladoras angulares, taladros, cortadoras de césped, desbrozadoras, haciendo todo tipo de alboroto; y me miran al pasar, a este solitario hombre de traje y abrigo oscuro, corbata roja, camisa blanca impecable y zapatos relucientes.

Nadie me habla. Me siento aislado, desconectado, siento que me juzgan, que me consideran extraño por estos modernos titulares de mi pasado—no porque haya evitado por poco un ataque de nervios ni porque esquive casi continuamente la sombra de la depresión. Ni siquiera porque he prestado ayuda a una esclava sexual o, peor aún, a una inmigrante ilegal—sino meramente por mi forma de vestir.

Resuelvo comprar un coche y estoy decidido. Es más fácil mirar al mundo a los ojos desde detrás del volante de un monstruoso cuatro por cuatro. Y al diablo con el hecho de que consume doce millas por galón. Puedo permitírmelo por el kilometraje que yo haría. También podría impresionar a Davinia si me dedicara a conducir algo grande, elegante y brillante. ¡Está arreglado entonces!

Hoy lleva un vestido azul marino con ribete blanco. Muy elegante, muy náutico. Se corta justo por encima de la rodilla. Ella tiene buenas piernas, es juvenil, con buen porte, y puede salir indemne de ello. Su cabello brilla como algo angelical en el arco iris de luz que se filtra a través de las vidrieras de la iglesia parroquial de Marsden.

Ella no estuvo aquí en mi infancia para que yo la viera así, pero me alegro de que esté aquí ahora. Asombrado por esta visión de inaccesible belleza, asiento en señal de saludo y sumerjo la cabeza en una oración silenciosa. Hoy ella tiene una mirada severa, labios apretados como si temiera dejar escapar una confianza. Son esos correos electrónicos, supongo. Estuvimos demasiado tiempo al borde de la informalidad y ahora ella nos está castigando a los dos.

Las flores del altar son amarillas. No sé sus nombres, pero hay un brillo en ellas y, aunque no entiendo este lugar, encuentro su atmósfera edificante. Encuentro que me protege de ella. Pero, ¡oh, los himnos son un fastidio! Aún así, no vacilaré. Vacilamos solo cuando nos falta el enfoque y ahora tomo este himno como un desafío serio. Davinia sin embargo, equivoca sus palabras, no está prestando atención, canta la última línea del siguiente verso, está pensando en otra cosa. Ella guarda silencio ahora... distraída, avergonzada.

En cuanto a mí, estoy infantilmente emocionado con la perspectiva de comprar un automóvil. ¡Qué estúpido fui al haberme dejado intimidar por mi propia paranoia! ¡Qué débil! Me imagino aparcando el coche junto a la iglesia, viendo el rostro de Davinia cuando salgo de él. ¡Oh, cómo desearía tenerlo conmigo hoy! Entonces, extrañamente, me interrumpen las palabras del reverendo Whitman, quien está a mitad de su sermón. Me está reprendiendo, parece, hablando del desperdicio de vivir la propia vida mientras somos seducidos a vernos a nosotros mismos a través de los ojos de otra persona. Mantenemos las apariencias. Todos en la iglesia son culpables de esto, lo estamos haciendo ahora, pero la sabiduría del Reverendo Whitman está cayendo en oídos sordos. La calefacción está demasiado alta, hace calor y alguien se ha dormido.

Me concentro en el reverendo, pero el tema que pensé que estaba desarrollando se ha esfumado. Ahora está hablando de otras cosas,

así que me hundo en mi interior y trato de recuperar el pensamiento original. Me observo a través de los ojos de Davinia y me pregunto si ella está complacida conmigo por la forma en que miro, por las cosas que digo, la forma en que soy cuando estoy con ella. Está mal hacer esto, por supuesto, porque abandono mi propia visión del mundo por una visión imaginada, cuando es mi propia visión lo que es importante, lo esencial, lo único para lo que nací.

Nuestra importancia personal está asegurada por la razón misma de nuestro nacimiento, sin embargo, pasamos el resto de nuestras vidas eludiendo nuestras responsabilidades y escondiéndonos detrás de este manto de apariencias. Es Dios quien mira a través de mis ojos. Este es mi yo auténtico. Dios solo requiere esto de mí, de lo contrario no seré de utilidad. No sé qué conocimiento puede obtener Dios a través del enredo de mi vida, pero eso no me debe preocupar. Solo me corresponde a mí presentar la visión a través del filtro de mi yo auténtico. Sin embargo, aquí estoy sentado, actor en una obra de teatro, Davinia mi audiencia, mi crítica, mi retorcida musa.

Sé lo que debo hacer, pero no puedo.

Después del servicio, me despido con la cabeza y me giro para irme. La torpe carrera de mis pensamientos me ha dejado nervioso y acalorado. Temo una recaída. Es inevitable, supongo, pero no esperaba que sucediera tan pronto.

"Espera un momento, Richard. Necesito hablar contigo."

Estoy atrapado, el corazón palpita por nada, preguntándome qué tiene que decirme, pero ella levanta el dedo y me pone en espera, luego gira hacia su otro lado y se ocupa de la silla de los gobernadores, un viejo rancio y cascarrabias que se deleita en su presencia. Así que espero tratando de no escucharles. Hablan de fechas de diarios, reuniones, asesores, posibles inspecciones, una larga confusión de jerga y lenguaje docente del que supongo que formo parte estos días, pero que no por ello me parece menos ininteligible e indescriptiblemente aburrido. Pero hay más, estoy celoso de que se me haga esperar mientras ella trata tan animadamente con él.

Ella nunca me habla así a mí, tan naturalmente, me atrevo a decir incluso que con un poco de coquetería. ¿Está siendo falsa con él? Yo diría que sí, pero no porque se esté engañando a sí misma, presentando la cara que cree que él quiere ver. No. Ella sabe exactamente lo que está haciendo y elige sus máscaras con mucho cuidado. Es muy calculadora, posiblemente desalmada, pero no se ve a sí misma con los ojos de nadie más que los suyos. Davinia es su yo auténtico y, por tanto, ¿cómo puede Dios estar complacido con ella?

Me paro en el pasillo para ver si eso la distrae. Una cosa es que nos vean sentados juntos durante el servicio y otra muy distinta es que parezca que la estoy esperando así. Sin embargo, ella no se inmuta. Es difícil no estar inquieto, no jugar con mis llaves, mis monedas sueltas, parecer torpe y estúpido. Ella me está desarmando pieza a pieza. Tomo un respiro, me digo a mí mismo que me quede quieto y soy rescatado eventualmente por la Sra. Metomentodo.

"Señor Hunter. Me alegra mucho que se sienta mejor."

¿Qué quiere decir con esto?

"Amanda parece mucho más feliz esta semana, ahora que usted ha vuelto."

¿Amanda? Ah... la problemática señorita Becket que pronto será evaluada por su estabilidad mental. Olvidé que la Sra. Metomentodo es su abuela y que hay un estigma a ser evitado aquí. Pero ¿qué puedo decir? Afortunadamente, Davinia me rescata de la Sra. Metomentodo, quien parece sentir el frío de su sombra. Intercambian afiladas miradas y sonrisas. Luego salgo con Davinia.

"Richard, ¿almorzarás conmigo?"

"Por supuesto. Estaría encantado."

Mi respuesta es tan llana y práctica como su invitación, y solo cuando nos acercamos a su coche empiezo a sentir algo. Es un ardor en el estómago, no del todo agradable. Hay una advertencia en él. Quiero decir, ¿cómo puedo almorzar con Davinia?

"Deberíamos ir fuera un poco," me aconseja.

"Sí, eso probablemente sea sabio."

"¿Alguna idea?"

¿Me lo está preguntando a mí?

"No quiero ocasionarte ningún inconveniente, Davinia. Dondequiera que vayamos, tendrás que traerme de vuelta."

"No hay problema. ¿Southport entonces?"

Ella está de pie junto al coche ahora. El hotel El Duque de York en marcado rápido, acercándose el iPhone a la oreja y reservando una mesa. La Sra. Metomentodo está pasando. Estoy seguro de que está levantando las cejas y frunciendo el ceño con horror, pero claro, ella siempre tiene ese aspecto, así que es muy difícil de saber. ¿Lo ha hecho Davinia a propósito? Yo nos observo. En cualquier otra profesión estaríamos a salvo en una cuneta: un hombre y una mujer, bien vestidos, la mujer con un teléfono en la oreja, la mano libre en el techo de su vehículo, los dedos abiertos, delgados y sin anillos, las uñas largas pintadas de rojo. Somos profesionales trabajando el domingo, manteniendo una imagen. Pero también somos profesores, lo que nos convierte en propiedad pública. El último examen que realizó la Sra. Metomentodo fue a los once y pocos años, sin embargo, ella es nuestra dueña, y ella y los de su clase nunca pierden la oportunidad de hacérselo saber. Pero eso es lo que hay con la propiedad pública—como las bibliotecas y las paradas de autobús—siempre terminan cubiertas con el fango de la ignorancia y el abuso.

"Deberías tener más cuidado, Davinia."

Ahora estamos conduciendo y Davinia está sonriendo, una sonrisa muy felina. "¿Oh?"

"La Sra. Metomentodo, estoy seguro de que te ha oído hace un momento."

"¿La Sra. Metomentodo?"

"Griselda Munchkin entonces... He olvidado su verdadero nombre. Mi memoria no es la que era."

"Deberías hablar con más respeto de los padres y gobernadores."

"Lo haré en cuanto empiecen ellos a hablar más respetuosamente de nosotros."

"¿Tuviste una noche larga anoche? Suenas gruñón. Bueno, en cuanto a la reserva de mesa, eso no implicaba exactamente que fueses tú la otra parte."

"Lógicamente hablando, supongo que no. Pero tal pedantería es para matemáticos y te puedo asegurar que eso será asumido."

"No tienes que preocuparte por... ¿cómo la llamaste? ¿Griselda?"

"Tiene una voz poderosa entre los gobernadores. La recuerdo en mi entrevista. Fue irritable y grosera. Dudo que estuviera muy a favor de aceptarme."

"Oh, no lo estaba. De hecho, la única razón por la que conseguiste el empleo fue porque ella estaba en contra. De lo contrario, yo no habría sido tan elocuente al hablar de ti. No, me pareciste bastante aburrido, y mediocre también. Fue sólo su disgusto por ti lo que me hizo abandonar mis reservas."

"Gracias." Me percaté del insulto demasiado tarde, luego me siento estúpido.

"Es una mandona, Richard. Ser mandona es el resultado de una ambición frustrada. No puede ir más allá de la gobernación de una pequeña escuela de pueblo. Ella no es nada. Olvídala."

Pero todos nosotros no somos nada, estoy pensando. Y el único error que algunos de nosotros cometemos es creer que somos mejores que nada. Y aún así resulta muy difícil creer que se pueda encontrar felicidad en la nada.

Es una media hora en coche hasta la costa. En minutos, hemos dejado atrás el ladrillo rojo manchado de negro de Marsden y estamos cruzando las carreteras A a través de los campos desnudos

y planos de la llanura de Lancashire. El cielo domina, gris pálido pero con un brillo uniforme y poco interesante que hiere la vista. La tierra está comprimida, opaca y fea en su desnudez. No sé qué estoy haciendo aquí con ella y la tentación de empezar una conversación estúpida como distracción es abrumadora, pero pienso para mí mismo que si ella quisiera hablar, estaría hablando.

Southport está concurrido, pero es atractivo al estilo del viejo mundo. El bulevar arbolado de la calle Lord es denso y lento con el tráfico. Yo estaría nervioso aquí tras el volante de un automóvil estos días, y como si fuese una señal, un niii-noo cruza detrás de nosotros. Me estremezco patéticamente ante su presencia. Davinia, sin embargo, lo mira en su espejo con frialdad, su labio se ha fruncido un poco con desprecio por tal ambición de intimidarla, pero por lo demás no se inmuta. Se me recuerda que yo no podría hacer eso, que ya no parezco ser de este mundo, y eso me aterra porque ¿dónde sino se supone que debo estar, si no es aquí?

Ella se detiene en el aparcamiento del Duque de York como está habituada a hacerlo y me cuesta igualar su aplomo cuando entra en el vestíbulo. No sé qué hacer aquí, ni qué decir, así que quedo avergonzado e inseguro. Luego me miro en un alargado espejo y me sorprende mi reflejo. De hecho, me veo elegante y seguro de mí mismo y recuerdo el juego que estoy jugando: un hombre mundano que busca hacer que Davinia se enamore de él. ¿Cómo puede ser esto? Debería estar junto al haya, con la espalda contra el árbol, escuchando el parloteo del Rye.

Me estoy olvidando de mi mismo.

El mundo ya no funciona para mí.

Mi lugar es retirarme de él.

Hay una opulencia eduardiana en el Duque de York, todo en ello manufacturado. Gran parte de Southport estos días se está acercando a la vanguardia, al hormigón arquitectónico y el acero, pero este aún encuentra tiempo para los ecos de un pasado más tradicional. Y aquí estoy yo, en el comedor con paneles de roble y sus ostentosas cortinas, sentado a una mesa con Davinia, con vistas a los jardines en las terrazas. La calle Lord vibra en la distancia

cercana mientras un camarero de chaqueta hasta la cintura, y con un aire ridículamente pomposo, extiende una servilleta en el regazo de Davinia. Davinia apenas parece notarlo, pero él me nota y sonrío burlonamente en mi cara por su familiaridad con mi Señora. El comedor es tranquilo, tiene un aire fresco, espacioso y sin prisas, pero descubro que sospecho de él y no puedo relajarme.

"Dime Richard, ¿qué piensa el personal de mí?"

Esta es una pregunta tan puntiaguda que habría sido mejor presentada si ella me hubiese estado mirando a la cara, pero como resulta, ella mira soñadoramente por la ventana y su voz tiene tal languidez fría que uno podría ser perdonado al pensar que ella apenas tiene interés en la respuesta.

"No formo parte de los rumores del personal, Davinia." Esto no es mentira, pero tampoco es verdad del todo y no la satisface.

"Noto que no te mezclas con ellas. ¿También te tienen aversión entonces?"

"Oh, aversión es quizá una palabra demasiado fuerte. No tengo nada en común con ellas, eso es todo. Todas son mujeres jóvenes, ya sean solteras o recién casadas, todas comenzando hace poco. Parecen no saber qué decirme y yo no sé qué decirles. Pensé que la cortesía sería suficiente para salir adelante, pero parecen exigir intimidad, no tanto en el sentido personal, por supuesto, sino más bien que me una a la política del lugar de trabajo, tomar partido, ¿sabes? Y, en serio, no puedo perder tiempo con nada de eso, así que me ignoran. Tal vez me consideren extraño."

"Sí, puedo ver cómo podrían. Yo te encuentro extraño también."

"Ah..."

"No lo digo en el mal sentido." sonrío, como para aplacarme, pero no me reconforta. Lo extraño no es bueno. "Yo sé que me encuentran fría," continúa ella. "No hay nada nuevo en esto. Nunca he logrado llevarme bien con otras mujeres. Parece que les resulta ofensivo que una mujer quiera estar al mando. Se resienten, pero ellas serían las primeras en quejarse del chovinismo masculino si yo

fuese un hombre. Dime, ¿tú también me encuentras fría?

¡Guaa! ¿A dónde va ella con esto? ¿Qué quiere que diga?

"La cuestión, Davinia, debería ser: ¿me encuentro capaz de trabajar para ti? Y la respuesta es que sí. Cómo te encuentro, personalmente, eso no está aquí ni allá."

Ella sonríe. ¿Lo he hecho bien? No lo sé. El camarero viene a tomarnos el pedido. Ella elige un almuerzo ligero, ensalada de pollo, y yo hago lo mismo. Sé que no me llenará, pero no puedo comer un almuerzo mayor mientras mi Señora escoge algo delicado. Eso sería indecente.

"Richard, hay un puesto que va a salir: asistente de dirección. Entiendo que no estás calificado y careces de experiencia, pero la tuya es la única solicitud que me inclino a apoyar."

Apoyo la espalda en el asiento, desconcertado. "No tenía idea de que existiera tal puesto."

"No existe en este momento, pero los gobernadores están en proceso de ser persuadidos para que creen uno. Prefieren tener un subdirector adecuado en este momento, pero no hay dinero para ello. Ten en cuenta que esto no es algo permanente, no como un verdadero subdirector y, aunque hay una asignación adicional, no valdría mucho, me temo."

"Lo consideraré, por supuesto. Gracias, Davinia."

Ella se lleva la barbilla a la mano y me escudriña. "¿Entiendes por qué quiero que lo solicites?"

Si. Porque soy poco ambicioso y soy sumiso. Haría cualquier cosa que ella me pidiera porque estoy comiendo en la palma de su mano. Yo no presentaría ninguna amenaza a su autoridad.

"No podría decirlo," le digo.

"¿De verdad?"

"Ambos sabemos que no soy un buen maestro."

"Algunos padres no estarían de acuerdo contigo."

"¿No?"

"Y de todos modos, como yo lo veo, tus habilidades como maestro son irrelevantes. Son más tus habilidades... como hombre. Eres una figura de autoridad, tanto si te ves a ti mismo de esa manera como si no."

"Bueno, como dije antes, gracias, Davinia. Lo pensaré seriamente, cuando surja."

"Oh, saldrá, te lo aseguro." Ella da un pequeño salto y una sonrisa curiosamente insincera. "Parece que se me ha caído la servilleta."

Ella no hace ningún esfuerzo por recuperarla—supongo que lo considera impropio de una dama—y en su lugar me mira señaladamente, así que me deslizo de la silla y me arrodillo, mi rostro a centímetros de sus rodillas, las cuales ella parece haber dispuesto de alguna manera para que yo las admire, aunque yo debo de estar imaginando esto. Estoy intentando no mirar, ni con el rabillo del ojo siquiera, aunque la energía que imagino que proviene de ella es abrumadora.

Recojo la servilleta, pero no se la doy. En lugar de ello, la cambio por una sin usar de un juego libre. Se la doy y ella sonrío mientras la acepa. La servilleta que ha dejado caer está cargada de su presencia, habiendo yacido en su regazo, y de alguna manera yo la sacaré del restaurante sin que nadie me vea. Si nunca has sido esclavo de una mujer, quizá no entiendas esto.

"Eres un hombre ambicioso, Richard."

"No, en absoluto."

"Yo creo que sí."

"Estás equivocada. La ambición es algo que ya no poseo en ninguna medida."

"Pero hay muchos tipos de ambiciones, ¿verdad? Profesionales, sociales, espirituales... sexuales."

¿Acaba de decir sexuales?

"Puede que sea así, pero creo que también es prudente conocer los límites de uno y jugar estrictamente dentro de ellos."

"Cierto. ¿Y cuáles son mis límites, crees tú?"

"Ah, yo creo que eres una excepción Davinia. Los límites no se aplican en tu caso. Eres perfectamente capaz de lograr cualquier cosa que te propongas."

¿Es eso un indicio de rubor? Sus cejas se estrechan un poco. ¿Sorpresa? ¿Sospecha? "No seas bobo, Richard. Soy la directora de una escuela primaria de un pueblecito en una parte del mundo de la que nadie ha oído hablar."

"Lo eres ahora, sí, pero ¿me estás diciendo que seguirás así dentro de dos años?"

La he sorprendido ahora. "¿De verdad soy tan transparente para tí?"

"Eres ambiciosa. Una directoría no es el final para ti. Eres joven, ansiosa de poder, influencia. Quieres marcar la diferencia."

"Pero ¿seré feliz, o crees que me sentiré sola en mi búsqueda de poder?"

"Solo tú puedes saberlo."

"Disfruto del poder que tengo sobre los demás. Hay más personas dispuestas a someterse a la voluntad de los demás de lo que imaginas. Es estimulante. Deberías probarlo."

No puedo evitarlo: sonrío. Ella parpadea, ¿la he ofendido? Y luego, después de un momento: "En serio, tienes que hacer algo con esa casa tuya. Ya no es propia de *ti*, Richard."

"¿Oh?"

"Es una casa familiar. Entiendo que podría ser a lo que estás acostumbrado. Pero ya no eres un hombre de familia, ¿verdad? Los hombres solteros no necesitan jardines y tres dormitorios. Deberías

conseguir un piso de soltero. Algo más pequeño, más moderno."

Tiene razón, pero ella no sabe nada de Durlleston. Ella no sabe que la ruina de casa de otra persona es la única interfaz que tengo con lo que es oscuro, secreto y un poco desordenado en mi pasado, algo que me llama para que dé adecuada cuenta de mí mismo. ¿O es solo otro desastre que soy incapaz de evitar, incluso cuando puedo verlo venir?

"Tienes razón. En realidad, he estado pensando en mudarme. Nunca fue algo permanente. Bastante inadecuada."

"Bien... bien." Ella está dando golpecitos en la mesa con el dedo ahora. Mira su reloj. "Hay un lugar que me gustaría mostrarte, después del almuerzo."

"¿De verdad?"

"¿Vendrás conmigo? ¿Tienes tiempo?"

"Por supuesto."

Victoria Court es un desarrollo moderno en Marine Drive, un antiguo B + B [5] eduardiano, ahora demolido y reconstruido como apartamentos junto al mar con un estilo moderno de vidrio y enlucido blanco. No estoy seguro de por qué nos detenemos frente a ellos, ni por qué me lleva al último piso y entra en un apartamento con vista a los Jardines Marinos. Hay ventanas francesas y un balcón, y hay un brillo abrumadoramente clínico en todo el lugar, con sus paredes blancas y su suelo de roble pálido.

Estoy confundido, pensando que tal vez me está mostrando el tipo de lugar al que debería aspirar, pero Victoria Court es demasiado elegante para mí. Y entonces, ¿por qué tiene una llave? El apartamento no parece ocupado, demasiado desnudo, la pintura es tan nueva que el polvo ni siquiera ha tenido tiempo de asentarse.

"Lo acabo de comprar," me explica. "Los precios de las propiedades han bajado tanto últimamente que te sorprendería. Tengo la intención de obtener ganancias cuando las cosas se recuperen."

"¿Y si no lo hacen?"

Ella se encoge un poco de hombros. "Siempre lo hacen. Y de todos modos, no tengo prisa."

Es factible, supongo, que ella pudiera haber reunido el dinero suficiente para comprar un apartamento como este, pero yo no habría tenido tal previsión ni el descaro de arriesgar todos mis activos en tal especulación. Aunque ella tiene razón y es casi seguro que obtendrá beneficios. Es solo mi mente estrecha y pedestre la que equipara la propiedad de la propiedad con habitación, y está ciega al mayor potencial materialista de la misma como una mera inversión.

"Es... impresionante," le digo. "No tenía idea de que planeabas vivir en Southport."

"No lo planeo. Voy a dejarlo libre en verano."

"Ya veo."

"Hasta entonces, solo lo usaré los fines de semana."

"Suena bien. Es muy moderno... muy estiloso."

Ella parece impaciente y yo desearía poder ponerme al día rápido para descubrir qué quiere ella decir con todo esto antes de que sea demasiado tarde y termine realmente disgustada conmigo. Ahora está dando golpecitos con el pie, casi imperceptiblemente, zapatos negros brillantes, tacones altos sin tiras, y mis ojos se sienten atraídos por el escote intrigantemente erótico de los dedos de sus pies.

"Richard, es mejor que lo sepas: yo no espero a que los hombres tomen la iniciativa."

"Estoy seguro de que no, Davinia. ¿Por qué deberías?"

"No estás leyendo mi mensaje, creo."

"Em..."

"Déjame intentarlo de esta manera entonces. ¿Por qué hay una servilleta del comedor del Duque de York en tu bolsillo?"

"No la hay."

Ella finge estar enojada. La he visto hacer esto con los niños y el ceño fruncido es bastante escalofriante. "¿Quieres que insista en que me la muestres?"

No estoy seguro de cómo puede insistir, o al menos esperar, que yo obedezca, pero luego noto que si esto llega a un punto muerto, probablemente obedecería porque esa es la naturaleza de nuestra relación: yo siempre sería el que obedece. Afirmo no entender cómo una mujer puede convertirse en la esclava de un hombre, pero parece que soy muy capaz de convertirme en el esclavo de una mujer, de esta mujer al menos, o fingirlo al menos para que ella esté complacida conmigo. Y quedo persuadido, al menos en mi imaginación, de que complacer a esta mujer sería algo muy especial y valioso.

Saco la servilleta con cierta timidez. "De acuerdo... pero no sé por qué lo hice. Fue un error... eso es todo."

"No fue un error, Richard. Te vi hacerlo. Fue bastante deliberado."

Silencio.

Creo que podría estar sonrojándome.

"¿Y bien?" me pregunta. "¿Tengo que decirte por qué lo hiciste?"

"Em..." es imposible que ella pueda saberlo, así que estoy feliz de dejar que lo intente, tal vez su explicación sea más fácil de entender y admitir que cualquier cosa que se me ocurra.

"Es porque la servilleta estaba en mi regazo. Me estaba tocando... ahí abajo. Quizá te imaginas que incluso... podía oler, a mí. Sustituirla fue inteligente. Robarlo fue pícaro, pero también.... muy halagador. Sí... estoy sorprendida... pero halagada."

Esto es malo.

"Davinia, no te hagas una idea equivocada."

"Discutiremos cuál fue la idea dentro de un momento. Por ahora, sin

embargo, entrégala."

Le paso la servilleta, que ella dobla con cuidado y lentamente mientras contempla sus próximas palabras. Yo no me esperaba esto y tengo el corazón en la garganta porque no sé qué decir. Y hay demasiada luz en el apartamento, parece amplificadas, clínica y deslumbrante. Siento el comienzo de un dolor de cabeza, pero este no es el momento de debilitarme, de quitarme la máscara de mi inteligencia y mi sofisticación:

Soy sofisticado.

Soy un hombre.

Tengo el control.

"Creo que deberíamos irnos," le digo tratando de adelantarme a su próximo movimiento, tratando de tomar la delantera, pero hay una debilidad en mi tono... parece casi suplicante y hace poco para persuadirla.

"Todavía no, Richard. Quiero pensar en esto."

"No hay nada en lo que pensar."

Ella toma aire, como quien está a punto de nadar bajo el agua durante un rato: "¿Estás qué... enamorado de mí, o algo así?"

"¡Por supuesto que no!"

"Richard, es obvio cuando mientes. Se te ponen rojas las orejas."

¿Ah, sí?

"Davinia, no deberíamos decir nada más... eres mi directora, mi colega, mi jefa... piensa en nuestra posición. Esto es... totalmente inapropiado."

"Tú lo empezaste cuando te llevaste esa servilleta, ¿pensabas que no me daría cuenta?"

"En serio, no es nada. Tengo debilidad por las servilletas... las

colecciono... es infantil, lo sé. Es... cuál es la palabra... cleptomanía..."

"No seas absurdo. ¿Estás enamorado de mí?"

Ella está presionando, perforándome la cabeza con los ojos y yo estoy lo bastante irritado y desorientado como para dejar de lado mis reservas y, si admitirlo es lo único que la va a conmocionar lo suficiente para acallarla por un momento, que así sea...

"De acuerdo," le digo. "Sí, estoy enamorado de ti. ¿Cómo no iba a estarlo? A todos los hombres de Marsden se les traba la lengua cuando están cerca de ti."

Intento volver a esconderme en esa multitud imaginaria, como si le quitara importancia y pudiera convencerla de que soy uno entre tantos. ¿Y cómo responde ella? Se toma la noticia impasible, como si no fuera una sorpresa.

"Ya veo," me dice.

Dicen que cuando notas que te estás metiendo en un agujero metafórico, debes dejar de hablar porque no tiene sentido hacer el agujero más profundo. ¿Yo? Yo solo sigo cavando.

"Me doy cuenta de que soy el último hombre en la tierra en el que pensarías de una manera... bueno, romántica."

Oh, por amor de Dios, Richard.

"Soy perfectamente consciente de que lo que siento es solo un ridículo enamoramiento, y algo que debo superar, que resultará tedioso, sin duda... o inconveniente... o cansino."

¡Por amor de Dios, detente!

"Pero no debes preocuparte, no voy a permitir que eso afecte nuestra relación profesional. No es problema tuyo... es mío y lo resolveré."

¿Y cómo planeas hacer eso, Richard?

"Davinia, encuentro todo esto terriblemente vergonzoso. ¿Podemos... pasar página... olvidar que alguna vez tuvimos esta conversación?"

Ella está de pie, alta, silenciosa, con los talones juntos y las manos cruzadas debajo del pecho. Me muestra el indicio de una sonrisa, pero hay más astucia que ternura. "No te des mucha prisa por superarlo," dice. "Puede que yo disfrutara con la idea de que estás tontamente enamorado de mí."

Me doy cuenta, con una terrible impresión, de que mi Señora está cambiando ante mis ojos. De belleza fría, indolente a mi sufrimiento, ya ha pasado por la transición hacia lesbiana, hacia maniquí asexual, y ahora hacia esto... pero ¿qué es esto?

"Naturalmente, yo nunca podría enamorarme de ti," me tranquiliza. "Y creo que entiendes que no me amas en realidad. No a mí. Solo a alguien que crees que soy. Si realmente me conocieras, pensarías y sentirías de manera diferente. No, Richard, lo que quieres es simplemente tener sexo conmigo."

"¿Qué? No... no es eso en absoluto lo que quiero."

"Sí, lo es. Es sólo curiosidad, eso es todo... no hace falta montar tanto alboroto al respecto."

"De verdad, no."

"Bueno, yo no estoy de acuerdo. Así que, ¿qué vamos a hacer al respecto?"

"Deberíamos irnos. Eso es lo que debemos hacer. Lo superaré."

Ella me ignora. "No hay cama aquí todavía, pero estoy segura de que podríamos improvisar."

¿Cuál es el problema conmigo? Davinia... Davinia se ofrece a mí en este espacio extraño, brillantemente iluminado y desnudo, pero increíblemente sexy, ¿y yo qué? ¿Dudando? Dios mío, Richard, ¿Hace tanto tiempo que no estás con una mujer que ya no recuerdas qué hacer?

"No deberíamos. De verdad, no podría. No contigo. No entiendes... es que es..."

"Richard, cállate. Sería mejor si lo hiciéramos de una vez. Estoy segura de que lo encontrarás bastante ordinario, de verdad."

"Yo... yo... eso lo dudo mucho, pero..."

"Oh... nos avergonzaríamos después, supongo, pero lo superaríamos y, con suerte, pasaríamos página. ¡Richard, mírame cuando te hablo!"

¿Davinia, la dominatriz? ¿Se está riendo Dios de mí? ¿Me envía una esclava sumisa de otro hombre y me pide que la rescate, mientras que al mismo tiempo me enamora servilmente de una dominatriz?

"No hagas esto, Davinia. Piensa en tu carrera... si alguien de la escuela se entera de..."

"Nadie se enteraría. Estoy segura de que ninguno de los dos ganaría nada hablando de ello. De verdad, Richard, yo no veo el problema."

Yo tampoco. Ella es la mujer más hermosa con la que he tenido el placer de estar, y se ofrece a hacer realidad el sueño secreto de todo hombre: conocimiento carnal sin complicaciones, sin el precio del amor, sin sus innumerables declaraciones y enredos, sin matrimonio y sin bebés y... sí... sí, sé que nunca funciona de esa manera, pero no piensas en esas cosas en el momento en que se ofrece, ¿verdad?

"Sería... incorrecto. No podría."

"¿Te hierde que me tome a la ligera tus sentimientos? ¿Te duele que te ofrezca solo sexo sin comprometer ninguna otra parte de mí?"

"Sí... creo que sí."

"Bien. Me agrada que te duela." Su expresión se derrite un poco, aunque sus ojos se abren en agradecimiento. "No... no me agrada. Esa no es la palabra correcta, perdona. En realidad lo encuentro excitante."

Ella no necesita ser tan honesta, podía haberlo tapado, ocultado el

hecho de que disfruta de este momento solo por el poder que este le otorga sobre mí. Pero esta no es Davinia.

"Dime," insiste. "Si pudieras tocarme ahora mismo, ¿dónde sería?"

Quiere convertirlo en un juego, quiere que le diga palabras sucias, pero yo no puedo. Soy demasiado viejo y estoy demasiado cansado para semejante infantilismo. Debería irme, buscar un autobús, llegar a casa de la forma que pueda, pero mi Señora se está burlando de mí, y yo debo jugar su juego por la única razón que ella lo ordena. Lo que siento es puro y misterioso, y ella responde intentando convertirlo en algo básico.

"Los dedos de tus pies," le digo.

"¿Mi qué?"

"El... espacio entre el dedo gordo del pie y el que está al lado. Me gustaría mucho... poner el dedo ahí dentro..."

Ella se mira los pies, perpleja, como si nunca hubiera pensado en tal cosa. "¡Tan sutil, Richard! ¿Es que no osas pensar en tocarme en ningún otro lugar?"

No tengo respuesta. Mi cabeza está inclinada. Esto es terrible.

"No puedo hacer esto, Davinia. Sería... deshonraría lo que siento. ¿Entiendes? Admiro tus modales, tu confianza, tu belleza. Haría cualquier cosa por ti. Pero no esto. No ahora, por favor, Llévame a casa."

Ella no está escuchando. Desliza un poco el pie izquierdo hacia adelante, gira el tobillo como para alardear de este rasgo erógeno, su expresión es curiosa y tentativa. "Puedes tocarlo si quieres," me dice.

"No."

"Por favor, tengo curiosidad. Yo... creo que me gustaría que lo tocaras. Cualquier otro hombre hubiera querido tocar... bueno... los hombres generalmente no tienen imaginación. ¿Se debe acaso a que tú eres mayor?, me pregunto."

"Hay una diferencia entre lo que un hombre quiere y lo que debe o no debe hacer. Escúchame: estoy enamorado de la idea, la apariencia y la sensación de ti. Eres una mujer magníficamente poderosa, Davinia, y yo te adoro."

Ella suspira, casi me mira con lástima. "Dudo que nada de eso sea cierto, Richard. Y, en cualquier caso, no me sirve de nada."

"Ya lo veo."

"Toca mi dedo del pie, entonces. Desliza tu dedo en el hueco y, si me gusta, ¿quién sabe qué otros pequeños huecos podría permitir que explorasen tus dedos?"

Niego con la cabeza y ella se gira. Las llaves están en su mano, las agita con impaciencia para que tintineen. Ella ha terminado conmigo. No está impresionada.

"De acuerdo," dice ella. "Te llevaré a casa."

Me siento aliviado de estar fuera de la luz clínica de ese apartamento desnudo, pero también estoy alimentando un deseo peculiarmente tardío y desinflado. Podría haberla tocado. Podría haberme arrodillado a sus pies, cerca del dobladillo de su falda, cerca de sus piernas y la sensación de sus medias. Y ahora me avergüenzo de que me lleve a casa. Me siento como un eunuco. No le sirvo de nada. Ella sabe de mi amor, se ríe de él y me desprecia con la fácil oferta de su yo superficial.

Me deja al final de Mill Lane. Mantiene las manos en el volante, mira al frente. No está enojada, no está molesta de ninguna manera, así es como siempre está. Solo soy consciente de que la estoy deteniendo por mi lentitud para llegar al pestillo de la puerta, por mi búsqueda de palabras de despedida que tengan sentido. Pero nada sirve, así que me quito la máscara de la cortesía y finjo que no ha pasado nada.

"Yo... he disfrutado del almuerzo. Gracias."

Se vuelve, me agracia con una mirada de sorpresa, porque sabe que lo digo en serio, sabe que no albergo malos sentimientos, ningún

ego herido.

"Richard, yo... siento si he estropeado las cosas. A veces voy demasiado lejos si no me salgo con la mía."

"Nada está estropeado." Estoy mintiendo y sin duda mis orejas están carmesí. Todo esta arruinado.

Muevo el pestillo y hago ademán para irme, pero luego, como si hubiera estado guardando esto hasta el último momento, ella me tiende algo. Es la servilleta, un triángulo pulcramente doblado, con una carga aún más potente ahora que cuando se le resbaló por primera vez del regazo esta tarde. También hay una mirada en sus ojos: me está concediendo permiso para nutrir mi enamoramiento. Este es un territorio extraño. Significa que ella no ha terminado y no sé si eso es algo bueno o malo.

Dudo un momento, luego la acepto, pero antes de que ella la suelte, se inclina hacia mí y me dice: "Es una corbata preciosa. Aunque si te la vuelves a poner, entenderé que has cambiado de opinión, que quieres volver directamente a mi apartamento y follarme hasta volverme loca. Y allí habremos de volver, querido Richard. ¿Estamos claros?"

Asiento, mi boca está demasiado seca para pensar en hablar siquiera. Meto la servilleta en el bolsillo, sello el trato, por así decirlo, luego salgo y cierro la puerta.

El Jaguar se aleja ronroneando discretamente.

Capítulo 17

La Navidad es una institución tan cansada. También es un viejo cliché que parece surgir cada vez antes cada año. Obviamente no es así, es solo la edad lo que desdibuja las estaciones en una sola. No presto atención ahora. Sus horteras recordatorios, que aparecen cada septiembre, han borrado todo significado, y me queda supervisar la producción de la natividad de la Escuela Primaria I. de I. de Marsden con la misma indiferencia profesional que la temporada de Cosecha y la Pascua.

No llevo la corbata.

Y Davinia parece no prestarle mucha atención de todos modos.

Las cosas siguen como siempre, incluso ella me lleva a casa de vez en cuando, pero no menciona el hotel Duque de York, su apartamento ni servilletas robadas. Depende de mí, está diciendo, de mí preocuparme por eso, anhelar ese conocimiento básico de ella, desafiar mis mejores sentimientos, mientras ella... bueno, mientras ella parece no pensar nada en absoluto.

Esos son los juegos que juega mi señora.

Estoy sentado en el salón de Marsden Hall rodeado de símbolos de festiva alegría: los adornos y las tarjetas, y en el pasillo hay un bonito árbol, perfumado de abeto y adornado con oropel, con una estrella en lo alto. Veo a Chelsea por encima del hombro de mi padre, de puntillas mientras le da los toques finales. Estamos a mediados de diciembre, pero el sol brilla desafiando la estación y, hasta ahora, no hemos tenido una sola helada.

Estoy un poco emocionado por el éxito, después de haber visto a mis treinta cargas pelearse y fanfarronear durante toda su obra de Natividad. Hace una hora yo estaba obedientemente sentado a un lado, mientras Davinia estaba de pie ante los padres reunidos en el salón de la escuela y elogiaba a los niños por sus esfuerzos, elogiaba a los gobernadores por su apoyo y finalmente me elogiaba a mí. No puede haber pasado desapercibido mi rubor. Ella hablaba bien,

elocuente e impecablemente, era fría, elegante y brillante, su cabello rubio suelto y destellante, su expresión exquisitamente severa.

Nuestro invitado de honor era un tipo bien arreglado llamado Samuel Blinkhorn, miembro del Parlamento de Marsden, quien mi febril imaginación me hizo creer que le echaba buen ojo a Davinia. Fue la misma febril imaginación lo que me llevó a observar la sonrisa cuidadosamente calculada que ella le devolvió. Él era mayor que yo, parecía hecho polvo y con bolsas bajo los ojos de toda su politiquería, pero por lo demás poseía una especie de elegancia urbana. Su persona estaba hecha a medida, mientras que la mía estaba fuera de lugar. Y mientras él se sentaba allí, acicalándose, yo pensaba que Davinia no tenía ninguna utilidad de mí ni de un marido ni de un alma gemela, ni mucho menos de un ocioso compañero de juegos. Ella necesitaba un vehículo que la impulsara fuera de los tristes alrededores de este pueblo de clase trabajadora del norte. Con este fin, Blinkhorn se adaptaría muy bien a ella: la llevaría a Londres, le proporcionaría ciertas conexiones a cambio de acceder a lo que ella me había ofrecido esa vez en su brillante e insípidamente estéril apartamento.

Todo esto son celos.

Penoso.

Inmundos e infundados y ridículos, pero no puedo sacudírmelos de encima.

Y ahora, mientras Chelsea trae mi taza de té llena hasta el borde, pienso en la corbata, la corbata que he guardado en un cajón desde aquel día en el Duque de York, y estoy pensando en el domingo, y en la mirada en los ojos de Davinia cuando yo la lleve puesta. Y la llevaré porque eso me hará tenerla. Y la tendré porque ella le sonrió al honorable Samuel Blinkhorn, MP [6]. Y aunque se adaptan perfectamente el uno al otro, él no la merece y posiblemente no podría disfrutarla de la forma en que debería ser disfrutada.

¿Y qué forma es esa?

¿Cómo diablos voy a saberlo?

Estoy confundido, soy irracional...

"Lo hizo muy bien hoy, Sr. Hunter." Chelsea me sonrío y yo trato de parecer como si supiera de lo que está hablando.

"La Navidad," me recuerda.

"¿Oh?"

"Mi sobrino está en primer año. Lucas Fry. Fui a verle."

"Ah, Lucas." No lo conozco. "Un muchacho encantador." Creo que será mejor que lo busque el lunes, así no volveré a estar tan indefenso. "No te vi, o te hubiera dicho hola."

"Oh... tranquilo. Parecía usted muy ocupado."

"Tonterías, siempre haría tiempo para ti."

Esto se dice con bastante inocencia y sin alentar la interpretación coqueta. Ella se sonroja, aunque no sé qué significa eso. Estoy sudando. Mi mano tiembla un poco, como siempre, cuando tomo la taza. No puedo engañarla con mi elegante fachada. Las semanas que pasé en Durlleston me han animado, pero ahora se están desvaneciendo rápidamente, incapaz de protegerme del monstruo que es Davinia, pero me temo que algo aún más elemental me acecha en Durlleston, así que no puedo volver a él. Chelsea frunce el ceño ante mis manos vacilantes, pero sigue adelante sin decir una palabra más.

Mi padre está callado hoy y yo lleno los largos silencios con comentarios casuales; le hago preguntas, las extraigo al azar de mi pasado y luego, como él no da señales de haberme escuchado, las respondo por él. Y finalmente le pregunto si recuerda los jardines de la antigua casa Willet, y ¿de verdad recorrieron el río una vez? Exuberante césped verde, cuidadosamente cortado, y ¿eran bonitos los colores en los meses de primavera y verano? Y finalmente responde que Doris es una chica tan encantadora y que si sé cuándo vendrá ella a verle de nuevo.

Chelsea acaba de pasar y capto su mirada. ¿Doris? Ella sonrío y niega con la cabeza. Doris no es real para nosotros, solo para él, un

personaje que habita los lugares que él explora ahora al otro lado de su cabeza. Le toco el dorso de la mano y él parece mirarme, pero ya no estoy seguro de que sea a mí a quien ve.

No tiene sentido quedarse hasta tarde esta noche.

Dejo Marsden Hall y Chelsea me despide con la mano, pero ella no espera lo suficiente para verme subir a mi nuevo cuatro por cuatro: negro brillante, lunas oscuras, veinte codiciosos kilómetros por galón. No es nuevo, pero es impresionante porque tiene una chapa personalizada que venía con el coche y que disfraza un poco su edad. No me atrevo a conducirlo muy lejos porque la gasolina es muy cara estos días. Tardo cinco minutos en llegar a casa, una distancia que podría haber caminado fácilmente en diez, pero me siento blindado cuando navego por Mill Lane, ya no más un hombre elegante a pie y vulnerable a los lanzamientos de terrones de la chusma de mis vecinos. Ahora soy un hombre verdaderamente exitoso: un semidiós.

El año está en su punto más bajo. A las cuatro y media ya oscurece, y ahora parece medianoche cuando entro en el camino y entro. Sé que Lillian está allí antes de verla, tal y como lo he sabido en las raras ocasiones de estas últimas semanas en las que ha entrado durante el día, solo para descubrir más tarde los huevos que faltan, el paquete de galletas que falta, la pinta de leche que falta. He compensado esta escasez y, en general, duplicado esos artículos. En cuanto a la propia prestataria, no la he visto desde aquella ocasión en que vino a verme con un ojo morado.

Ahora la encuentro en la cocina. Se ha hecho una especie de nido en el suelo, con el abrigo y una manta que ha traído consigo, y está tumbada con la cabeza apoyada en el frigorífico. Está despierta pero muy quieta, solo sus ojos se mueven mientras me sigue.

"¿Lillian?"

"Lo siento, Adam, pero tenía frío," me dice.

Su frente está húmeda y reluciente a la luz tenue y patética de las eco-bombillas ecológicas.

"¿Estás enferma?"

"Eso creo. Es sólo un resfriado. Pasará."

"Sube a la cama... es estúpido estar tumbada aquí."

"No quería invadir, no sin tu permiso."

"Sube. ¿Has comido? Te llevaré sopa."

Ella asiente, se levanta con rigidez y se dirige hacia las escaleras. Hay una plaga de gripe, la mitad de la escuela falta debido a esto, pero ella vive una existencia tan aislada que me pregunto cómo ha podido contraerla, a menos que haya sido de él.

Descubro que me alegro de su compañía.

Esto me sorprende. Cuando estoy con ella, estoy protegido de los pensamientos de Davinia, igual que cuando estoy con Davinia estoy protegido de los pensamientos de Lillian, cada una de ellas es el antídoto perfecto para la otra.

Hace un momento, lo único que tenía en mente era sacar la corbata en preparación para el domingo y acercarme la servilleta a la cara, la cual todavía me imagino que lleva las huellas del olor de Davinia. Momentos atrás, sentía un hormigueo ante la perspectiva de verla, de tirar de su ropa y dejar al descubierto los pechos de esa fría ama, y dar paso al delirio loco de su conquista carnal, la luz clínica de su apartamento mostrando en crudo alivio todos los aspectos de nuestra desnuda estupidez.

Pero ahora estoy a salvo en el lodazal de una clase diferente de trampa, calmado por este recordatorio de mi otro yo, o más bien por esta postergada obligación de declararme, de defenderme del mundo, de abrazarme a esta mujer y morir con ella, pues seguramente sólo hay muerte en tal somnolencia, muerte en el peligro de tal llegada sobrenatural.

Le subo una camisa para que duerma, la encuentro tumbada contra las almohadas completamente vestida, demasiado enferma para moverse, así que enrolló la esquina del edredón sobre ella y la dejo dormir. Le preparo una sopa y se la llevo, pero su sueño es tan

profundo que ahora temo despertarla, así que la dejo en paz; eventualmente me giro para dormir a ratos en el sofá de la planta baja. Vuelvo de puntillas cada pocas horas para mirarla. No sé por qué hago esto. ¿Es para comprobar si todavía respira?

Se me pasa por la cabeza que tendría que dar algunas explicaciones si ella muriera en mi cama, pero cada vez que noto su respiración constante, me tranquilizo. Es el amanecer antes de que tenga el coraje de extender la mano y presionarle la frente con la palma. Está caliente y húmeda al tacto, pero no peligrosamente, así que creo que lo peor ha pasado. Ella es fuerte, esta pobre alma perdida.

"¿Viviré?" murmura ella.

"Eso me atrevo a decir o, al menos, no será esto lo que te mate."

"Gracias, Adam."

Por la tarde, se ha puesto mi camisa y está sentada en la cama con el pelo enmarañado y la cara demacrada.

"Al menos tu ojo parece estar mejor," le digo.

Ella sonrío. "¿Tienes sentido del humor?"

"No lo sé. No he pensado en eso en mucho tiempo." Y luego: "Eso ha sonado muy débil, ¿no? Hay muchos que estarían agradecidos por lo que he tenido." Yo estaba pensando en sus sentimientos, pues seguramente ella tiene mucho menos sobre lo que alegrarse que yo, pero me mira y niega con la cabeza.

"Oh... dudo que haya muchos que se cambiaran contigo."

"¿De verdad?"

"¿Por qué lo harían, si has olvidado cómo reír?"

"Supongo... solo quise decir..."

"Lo sé... y fue muy amable de tu parte."

"¿Crees que él podría haber venido a por ti anoche?"

"No lo sé."

"Quiero decir... si viniera..."

"Sí, sí... estará enojado."

Más seguro entonces quedarse aquí, estoy pensando. ¿Cómo va a volver ella ahora?

¡Déjala quedarse, cobarde!

¡No!

¿Qué hay de Davinia?

"Me siento un poco mejor," me dice.

"Bien. De veras que no puedes volver a Durlleston, ¿sabes?"

¡Ya está! Lo he dicho.

"Debo."

"¿Por qué, cuando ambos sabemos que es tan peligroso?"

"Porque no puedo venir a ti, Adam. No si voy a servirte como es debido. Para eso debes venir a mí. Debes venir a Durlleston, enfrentar tus miedos y liberarme."

Nada de esto tiene sentido. Parece que su desgracia le ha trastocado la mente, su comprensión, la ha librado de su respeto por sí misma, su independencia, su cordura. Ella es inteligente, hermosa, articulada. ¿Por qué encadenarse a alguien?

"Lillian... ¡Lillian! ¿Qué te ha pasado? Antaño fuiste una chica normal y encantadora. Tenías un buen trabajo, dinero..."

"Sí... todo eso, tal vez. No sé, Adam. ¿Qué te ha pasado a ti? Ambos estamos perdidos, ¿no? Pero no es desesperado. Cada uno ha hecho nuestras ofrendas a los dioses y ahora aquí estamos. No nos conocíamos antes, pero nos conocemos ahora. Estoy segura de que eso significa algo."

"Ojalá pudiera creer eso."

"Bueno... olvídalo. Si pudiera quedarme esta noche, te estaría agradecida. Eso debería dejarme bien como para volver mañana."

"Sí, sí... descansa."

No sé si debería sentirme aliviado o no. La he invitado a quedarse, le he abierto la puerta, pero ella se niega, dice que hay un tecnicismo, una condición... que primero debo buscarla...

Y liberarla.

Capítulo 18

Mi hijo está en el ejército. ¿Te lo dicho? Cuerpo de Marines de los Estados Unidos. Él está en Irak, o quizá en Afganistán ahora... podría incluso estar muerto, hasta donde yo sé, porque hace años que no he tenido noticias y parecen estar perdiendo a muchos de nuestros jóvenes estos días. Su nombre es Ches, Chesney, en honor al padre de mi esposa, él también fue infante de marina. Dios me ayude, yo no quería que se alistara. Quería que se graduara, que consiguiera un empleo seguro, un traje, un coche de empresa y una buena mujer que le quisiera. Me llamó gilipollas y se alistó de todos modos porque le gustaban las armas y los juegos de ordenador donde las armas le separan la cabeza a la gente como melones, y todo en nombre del entretenimiento.

Ya no entiendo el mundo. Me esfuerzo mucho por crear mi propio mundito seguro en defensa propia, pero el mundo ininteligible es más fuerte y siempre está barriendo mis débiles esfuerzos. ¿Mi hija? ¿Qué arruinó a mi hija? Te lo contaré: fue la cocaína que comerciaban en la escuela a la que ella asistía. Con la cocaína no hay lugar para la razón, según descubrí, y la princesa que vi crecer desde una nena regordeta hasta una adolescente esbelta, se fue de mí con la primera esnifada, se fue también de ella misma, fue absorbida por la compañía de los condenados.

Los niños crecen y el dilema de la paternidad es que, a pesar de toda tu inversión, la idea es que crecerán lejos de ti. Lo mejor que puedes esperar es que crezcan erguidos, que crezcan libres y a salvo de las trampas del mundo, y que crezcan amándote, en lugar de odiándote.

A veces, cuando miro a Chelsea, veo a la chica que podría haber sido mi hija y quiero llorar, aunque me atrevería a decir que si mi hija mirara a Chelsea se reiría con rencor y la llamaría vaca gorda cuya única ilusión en la vida es limpiarle el culo a los viejos. Es mucho mejor ser una vanidosa y promiscua esclava de la moda con una ristra de empleos sin salida y novios sin salida, que una mujer decente y cariñosa.

¿Y mi esposa? Deja que te diga por ahora que durante mucho tiempo he fingido que ella no se estaba viendo con él. Con el hombre de los dientes improbablemente perfectos. Sí, yo la aburría, pero ella no tuvo el valor de decirlo hasta encontrar a alguien que la excitara de un modo que yo no podía. Luego, una noche, mientras yo conducía a casa desde el trabajo, vi la puesta de sol sobre el océano y me sentí aplastado bajo los escombros, sentí también los primeros golpes de culpa por no haber podido evitar nada de ello o, peor aún, que yo tenía toda la culpa de no haber podido mantener unida una cosa tan simple como la vida ordinaria. La sensación de vergüenza se hizo tan fuerte en mí que me encontré inconscientemente girando a la izquierda en el cruce, en lugar de a la derecha, me encontré en el aeropuerto, en lugar de en casa. Saqué todo el efectivo que pude, reservé el siguiente vuelo hacia el Este, la llamé desde el otro lado del Atlántico, le dije que ella era libre, que yo no iba a volver.

No creas que te estaría contando nada de esto si no me hubiera escabullido hasta la tienda de la esquina mientras Lillian dormía, y ahora estoy recordando el pasado con esa peculiar sensación de autocompasión que surge cuando los recuerdos se ven a través de la neblina ámbar de una botella de whisky. Con la mitad ya agotada, de pronto me desconcierta estar bebiendo, porque yo ya no bebo, no a este lado del Atlántico al menos. Pero las cosas tienen la costumbre de pillarnos desprevenidos.

La habitación ha comenzado a deslizarse y veo las mugrientas paredes desde los oblicuos ángulos de una perspectiva muy ebria. Soy insensible pero consciente de que Lillian está a mi lado ahora mientras la miro con esa misma oblicuidad en la visión. Siempre que la miro, ella se aleja y tengo que parpadear para mantenerla en el centro de mi mundo. Lleva puesta mi camiseta. Blanca contra una piel marrón dorada. Una mujer morena. Delicada y encantadora y muy, muy extraña. Y... ¡qué lindas piernas! Continúan millas y millas y millas y...

¿Qué me está preguntando?

¿Bebida?

"No, no bebo mucho, normalmente."

Hay algo de especulación en el modo en que su mano se mueve hacia la botella, como si estuviera probando mi reacción. Así que tiene experiencia con borrachos. ¿Me resistiré? No, yo no. ¿Cree que soy menos borracho? ¿Quiere probar? No, no, claro que no. Ella lleva la botella a la cocina y tira los restos. Me examino a mí mismo en busca de signos de indignación cuando oigo esta gotear por el fregadero, pero no hay ninguno. No estoy perdido entonces.

"Adam, ¿qué ha provocado esto?"

¿Qué? Sin respuesta. ¿Qué puedo decir? Doy un suspiro profundo e insensible. Ella me toma del brazo, me levanta del sillón y me lleva escaleras arriba. Aún no ha oscurecido, no puede ser tarde entonces. Domingo por la mañana. Tengo que preparar la corbata...

"Mi corbata, Lillian."

"¿Tu corbata?"

Ella me está empujando escaleras arriba. Soy metido en la cama, despojado de la camisa y los pantalones, las manos se mueven rápidamente sobre mí y por fin me pliegan bajo el edredón. Ojalá estuviese lo bastante sereno para disfrutar de esto. ¿Ha visto mis partes privadas? ¿Ha sonreído? ¿Eran más pequeñas que las de él? ¿Más pequeñas también que las del hombre de dientes improbablemente perfectos?

Oh, querido. Madura, Richard.

¿O soy otra persona cuando estoy con ella? ¿Soy realmente Adam? ¿Quiénes somos, por cierto? ¿Somos solo un nombre?

"¿Soy aburrido, Lillian?"

"No... estás borracho, Adam."

"Yace conmigo."

"Adam, cuando tengas el valor de poseerme, entonces podrás ordenarme, y con mucho gusto yaceré contigo. Pero por ahora creo que dormiré escaleras abajo."

"¿Dormir?"

"Sí... duerme, Adam."

Capítulo 19

Bueno. Es por la mañana. Nueve a.m., dolor de cabeza de whisky, enfermizo. Lillian está sentada en el borde de la cama. Se ha puesto mi bata, huele fresca y a jabón por la ducha.

"Lillian... lo siento. No sé qué pasó."

"¿Cómo te sientes?"

"Tan mal como merezco. ¿Cómo conseguí la botella de whisky?"

"Te oí salir a por ella."

"Sí... sí, ahora me acuerdo. Solo fui a por pan y leche. ¿Cuánto bebí?"

"La mitad."

Ohh... eso explicaría la sensación en mis tripas entonces. "Tengo que levantarme, ducharme... vestirme."

"¿Sales otra vez? ¿Más whisky tal vez?"

"No. Iglesia. Es domingo. Siempre voy a la iglesia los domingos."

Ella está sorprendida. "¿Lo haces?"

Me deslizo aturdido fuera de la cama, olvidando que solo llevo los calzones cortos. Abro el ropero, bajo la corbata y, por impulso, saco otra y le enseño a ella ambas. "¿Quieres elegir por mí? ¿Qué corbata?"

"¿Corbata? Adam, dijiste algo sobre una corbata anoche. ¿Es esto importante para ti de alguna manera?"

"Por favor, elige."

Está desconcertada, piensa que tal vez aún no estoy sobrio, lo cual posiblemente sea cierto. Ella elige al azar, pito-pito-colo-rito, y

señala la de seda azul lisa. No es la que Davinia ha elegido como señal. Dudo, luego cierro los ojos y asiento.

"Gracias," le digo. Menos mal que uno de nosotros tiene algo de sentido común, aún cuando no sea consciente de ello.

"¿Eres... cristiano?"

"¿Qué? Oh... Dios, no. Voy porque enseño en una escuela de la iglesia. Es algo... esperado."

"Ah, ¿tradición entonces?"

"Supongo que sí. ¿Tú?"

"¿Cristiana? No... budista tal vez... no sé. Como tú. Solo tradición... tradición budista. Las mismas supersticiones que cualquier otro ser humano."

"¿Budista? Sí, claro."

"Adam, no creo que estés lo bastante bien para ir a ningún lado todavía."

No lo estoy, pero me siento mejor después de una ducha, mejor aún cuando estoy vestido con mi mejor traje de domingo, y aún mejor cuando mi brillante y negro cuatro por cuatro ruge junto a la puerta de la iglesia, estacionándose detrás del Jaguar de Davinia. No llevo la corbata. Llevo otra que Lillian ha elegido para mí. ¿No es extraño esto? Entro en la iglesia con los estrangulados esfuerzos de Bach y con la sensación de navegar por los arrecifes de un destino menos afortunado.

Davinia está sentada erguida y remilgada. Lleva un abrigo de lana negro y un pañuelo de seda con un brillo plateado y que fluye alrededor de su cuello como un río iluminado por la luna. Pero hoy hay algo diferente: lleva el pelo recogido y la suave nuca al descubierto. Para mi sorpresa, no hay asiento para mí. Hay un hombre sentado en mi lugar: traje negro, corbata roja. ¿Me engañan los ojos o es este el muy honorable diputado Samuel Blinkhorn?

Ya estoy a mitad del pasillo de la iglesia. Hay ojos sobre mí,

Griselda Munchkin por ejemplo, por lo que no sería bueno que yo me apartara o pareciera inseguro ahora. Dios no lo quiera, que tenga que retirarme con el rabo entre las piernas, o habría algunos codazos entre las empolvadas damas de la Unión de Madres.

Hay un espacio al otro lado del pasillo de Blinkhorn. Miro a Davinia brevemente y le hago un gesto con la cabeza. Sonríe en reconocimiento a nuestro representante político, espero su reacción una fracción de segundo: ¿una presentación, quizá el ofrecimiento de un apretón de manos? Pero no, parece preocupado. Hay gotas de sudor en su frente; demasiado calor en él. Le doy un educado buenos días y me deslizo tranquilamente en mi asiento. Pierdo los ojos dentro del libro de himnos, consulto la lectura en mi Biblia de bolsillo— sí, sí, llevo una a la iglesia—y todo esto es falso, lo sé, pero mantiene mi empleo y, por ahora, hay un cierto consuelo en ello.

¿Qué significa la presencia de Blinkhorn? ¿Estoy en lo cierto en mi suposición después de todo? ¿Era el sueño de mi amante de ojos verdes más una premonición de lo que yo sabía? ¿Almorzarán juntos en el Duque de York? ¿Lo llevará a su apartamento y le invitará a ponerle el dedo en el espacio entre los dedos de los pies?

¡Basta, Richard!

Y de todos modos... para un hombre en su aparente condición, tendría que ser algo más directo. Sin embargo, también me sorprende que follarse a alguien hasta volverle loco haría poco por su pecho jadeante, incluso podría matarlo. Parece un Lotario tan improbable, más bien un hombre con exceso de trabajo y el estrés de la mediana edad que necesita ejercicio suave y pantuflas calientes. No necesita una Davinia Barkwell. Pero lo que un hombre quiere y lo que necesita rara vez es lo mismo.

¡Oh, cállate, Richard! ¡Y gracias a Dios que no has llevado la corbata!

Sí... eso hubiera sido muy, muy embarazoso, ¿no?

El tema es navideño, como era de esperar, supongo, aunque me he desconectado en gran medida de la temporada ahora con la bajada

del telón de mi natividad escolar. El reverendo Whitman abre el servicio. Hay charla de nacimiento, de vida, de esperanza. Y luego una lectura, por el Sr. Hunter, quien amablemente se ha ofrecido a ponerse en el lugar de nuestra querida Sra. Waverly, quien está tristemente indispuesta.

Por supuesto, yo soy el Sr. Hunter, pero no me muevo porque, obviamente, el Reverendo Whitman se refiere a un Sr. Hunter diferente, uno de los más cercanos al círculo de la iglesia para quien probablemente sea un honor dar una lectura ante nuestro VIP más honorable. Quiero decir, ¿no es así? Echo un vistazo a Davinia, quien tiene una taimada mirada en los ojos y una media sonrisa en los labios, la cual se me puede perdonar por interpretar como una especie de satisfacción. ¡Ella ha arreglado esto! Ella ha asumido la tarea, en mi nombre... pero sin mencionarlo. Ella quiere entonces... ¿el qué?

¿Verme avergonzado?

¿Davinia?

¿Estoy sudando? No. ¿Resaca? Sí. Definitivamente. Levanto una ceja en su dirección, la única reprimenda que tengo el valor de ofrecer, luego me acerco al atril y rezo para que la lectura sea la que el buen reverendo me ha dejado. No... él ha reclamado su Biblia. ¿Mencionó qué versículo? ¿Qué capítulo? No, aunque yo no estaba prestando atención. Bajo los ojos de unas 40 personas, incluido nuestro VIP de ojos vidriosos, el Sr. Hunter suspira, saca su biblia de bolsillo, escudriña los recuerdos de las últimas semanas y se aclara la garganta:

"Buenos días..."

Y ellos responden: "Buenos días."

Esto es como las asambleas de los viernes, solo que el comportamiento es mucho mejor. ¡Creo que podría tener una oportunidad! El Sr. Hunter finge relajarse, fuerza una sonrisa y comienza: "Cuando me pidieron que escogiera una lectura para esta mañana, estaba perdido... pues hay tantas apropiadas para este momento, pero sentí que no podía hacer nada mejor que la leída

con tanta dulzura, en la natividad de nuestra escuela esta semana, por Amanda Becket... hay sonrisas por todos lados y asentimientos, puede que hubieran estado esperando otra cosa, pero aquí estoy en terreno seguro. Munchkin se pavonea ante la mención de su nieta. Y yo comienzo: "Isaías, capítulo nueve, versículos seis y siete..."

Un hombre solo puede controlarse a sí mismo durante un tiempo, mantenerse erguido cuando, por lo demás, está vacío. Diez minutos son para mí lo que cubre ampliamente el momento de mi inesperada celebridad. Por lo demás, me siento en una introspección meditativa, prestando poca atención a lo que el servicio tiene que ofrecer y confiando en la suerte de que Davinia no tenga más granadas de mano para lanzar en mi dirección. ¿Era este mi castigo por rechazarla? Yo no la había tomado por una mujer vengativa.

Cuando se cierra el servicio, no estoy de humor para conversar y me alegro por el monopolio del Muy Honorable Samuel Blinkhorn sobre mi aparente némesis, por poder escabullirme sin mayor angustia. Pero afuera, el aire helado de diciembre me calma, y espero junto al coche porque soy un niño y quiero que ella vea que es mío, que sigo siendo parte de su mundo, el mundo de la ambición y los apartamentos clínicamente iluminados donde los ambiciosos amantes se entrelazan. Quiero que vea el giro indolente de mi cabeza al irme.

Espero mucho tiempo, pero eventualmente ella emerge, sin apoyarse del todo en el brazo de nuestro honorable miembro, sino a un paso con él de una manera que me dice que no es reacia a cualquier juego que él crea estar jugando. Ella alza la vista, me ve y siento un estremecimiento de placer, porque ella está elegantemente serena, tan fría en su comportamiento y toda esta tranquila indiferencia que parece dirigida a mí. ¿Piensa que tal vez estoy enojado? No hay señales de que lo tema. Asiento hacia ella. Reconocimiento de que me someto a su castigo sin quejarme, que de hecho saludo su ingenio. Y que no... no puedo odiarla por eso.

Mientras tanto, Blinkhorn se muestra atento. No están hablando de negocios ni discutiendo el papel de la educación primaria en una democracia liberal. Es charla trivial. Blinkhorn tiene que tomar un tren de regreso a Londres, de regreso a Westminster y al trabajo que

lo matará si tiene la mala suerte de verse reelegido. Pero por ahora se entretiene con la joya brillante de Davinia... ¿y quién puede culparle? No... no está casado, así que no habría escándalo. Pero lo que Blinkhorn necesita es una esposa y sería mejor si estuviese casado porque Davinia sería una amante mucho mejor que una confidente. Davinia Barkwell no es el tipo de material del que están hechas las esposas. Déjale tenerla entonces y buena suerte para él. Yo no pienso en serio nada de esto. Estoy demasiado enamorado de ella para tomar el camino sensato. Y me duele el corazón pensar en ellos juntos.

Lillian está esperando. Bueno, no exactamente esperando; escondiéndose es una palabra mejor, esperando solo al amparo de la oscuridad antes de deslizarse de regreso a Durlleston por el hueco en la cerca. Mientras tanto, ha preparado un pollo salteado con pimientos rojos y arroz. Mis compras son excéntricas, pero ella ha sacado lo mejor de los ingredientes que ha logrado encontrar. No le he pedido que hiciera esto, pero ahora me alegro mientras nos sentamos a almorzar.

Funcionaría, estoy pensando. Ella podría esconderse aquí durante años y nadie lo sabría. Y asumir la responsabilidad de ella me sacaría de la toxicidad de Davinia, salvo por que realmente no puedo creer que eso sea todo lo que hay en ella. Pero es mi enamoramiento quien habla, no mi empatía.

Bueno, Lillian:

"¿Te fue bien en la iglesia, Adam?" Ella habla en voz baja para que la pareja de al lado no la escuche. "¿Te sientes... bendecido?"

"Creo que puedo estar lejos de mi alcance, en realidad."

"No... la religión es fácil. Son los asuntos espirituales los que son difíciles."

"Hablas con una sabiduría superior a tu edad, Lillian."

"Ja... pero es que soy vieja, Adam. ¡No tienes idea de la edad que tengo!"

"Has vivido más, visto más que la mayoría, has estado expuesta a más de lo que es bueno para cualquier ser humano decente. Pero no eres vieja. Tienes cara de niña cuando duermes. Creo que así es como has sobrevivido. "

"Dices tonterías tan dulces, Adam. Si no te conociera, diría que estás intentando hacerme el amor."

La pareja de al lado se está acercando al orgasmo. El golpe rítmico que atraviesa la pared sugiere que ella puede estar en la encimera de la cocina mientras él la está embistiendo. Ella está haciendo todo el ruido, un coro creciente de lujuriosos chillidos que a menudo me ha despertado de mi sueño y hecho desear que llegaran al clímax para poder darme la vuelta y volver a caer dormido en el pacífico silencio poscoital. Pero parecen estar luchando esta mañana.

"Tus vecinos son muy enérgicos. Con esta ya van dos veces."

"Sí, son muy.... jóvenes."

"¿No te hace sentir...? Bueno..." ella alza una ceja sugestivamente.

"¿Qué? No, soy demasiado mayor para esa clase de cosas."

Ella ríe. "¿Para complacer a Adam? ¿Ves? No todo está perdido."

"Sí."

"¿Estaba tu novia en la iglesia esta mañana?"

"No es mi novia. Pero sí, estaba allí."

"Eso pensé. O no habrías tenido tantas ganas de ir. ¿Estoy en lo cierto?"

Mi sonrisa es suficiente para responderle.

"Ah, pobre Adam. ¿Quieres hablarme de la corbata ahora?"

"Erm, no. Mejor no. Demasiado complicado."

"Al menos dime si elegí la más adecuada para ti."

"Creo que sí, dadas las circunstancias. Gracias."

"El gusto es mio."

Todavía no ha habido satisfacción en la puerta de al lado. El ruido amaina, pero sin llegar a un señalado clímax. Justo cuando oso esperar que podamos terminar nuestro almuerzo en paz, comienzan de nuevo... desde el mismo principio.

"Ella le hace sentir inadecuado," observa Lillian. "Él lo tiene en la cabeza ahora, que no puede alcanzarla. Una vez que ese pensamiento está ahí, es muy difícil para un hombre. ¿No estás de acuerdo?"

"Depende. Si la ve como una mujer, una mujer a la que desea alcanzar, entonces sí. Si ella es solo un objeto para él, entonces no porque él no la ve en absoluto, y todo lo que ella piensa o hace es irrelevante para él."

"Exactamente. Pero este hombre la desea de verdad, creo. Aunque ella no es una amante hábil y eso los separará. No tengo grandes esperanzas en esta relación."

"Tal vez entonces podré dormir un poco. ¿Té?"

"Gracias. Esta es una hermosa camisa la que me has prestado. De buena calidad. Eres del tipo de hombre de calidad, creo."

"Hay cierto consuelo en ello, cuando sientes que la calidad es escasa en ti mismo. Siempre que puedas permitirte, por supuesto."

"Ah... sí. No quise decir eso de esa manera, pero tu confesión es interesante. Oh... escúchalos. Ella necesita fingirlo ahora, luego tomarle en su boca. Él llegaría rápidamente de ese modo. Luego déjale reposar y sírvase ella misma si es necesario, mientras él duerme." Sonríe. "Escúchame... sueno como una puta, pero no soy una puta, Adam."

"Lo sé... lo dijiste."

La chica llega al clímax de repente, posiblemente lo finge—como si lo ordenara Lillian. Poco después, ruge la propia liberación de él y

hay silencio una vez más. Lillian suspira. "Creo que me volvería loca viviendo aquí."

"Lo siento, pero creo que ya estás un poco chiflada."

Ella toma esto como un cumplido y me muestra una sonrisa de ojos saltones. "Como tú, Adam."

"Gracias."

Pero el silencio es demasiado ahora, demasiado para llenarlo sin el peligro de indiscreciones.

"¿Alguna vez vienes al bosque de noche?" me pregunta.

"No."

"Pero ¿por qué no?"

"Hay demasiados fantasmas hostiles por la noche."

"¿Y durante el día? ¿Son los fantasmas más amigables contigo entonces?"

"Normalmente, sí... pero todos los amigables están escondidos ahora."

"¿Tienen miedo de algo?"

"Hay un monstruo, Lillian."

"Ah..." Ella piensa en esto un rato y luego: "Los fantasmas de la noche también son amigables, sospecho. Solo que nunca has intentado conocerlos. En cuanto al monstruo, es lo que llamáis ¿un mito? Es sólo una historia creada para asustar a los niños."

"¿Soy un niño entonces?"

Ella toma mis manos, las atrae a través de la mesa hacia ella para que nos encontremos en el medio, y las presiona hacia abajo, con sus propias manos encima. Hay tanto calor en ellas, pero los anillos de sus ataduras se agarran a la mesa y me distraen de disfrutar de la

sensación que ella parece intentar dar. Eso me distrae de la contemplación de este lado suyo, recordándome otro. Ella lo sabe... ella misma se distrae con sus ataduras, se irrita con ellas, sacude con la cabeza para despejarla y me presiona con mayor calidez como para recuperarme de la oscuridad.

"Ambos somos niños, Adam. Atrapados en un mundo que no entendemos. Pero el monstruo sigue siendo un cuento creado para asustarnos. No hay *ningún* monstruo. No hay *nada* que temer."

Lo que ella quiere decir es que hay mucho que temer, pero que no debemos prestarle atención. Es muy posible que eso nos destruya, pero ¿dónde está el daño en ello si podemos, por una vez, dar vida al potencial que se encuentra entre nosotros? ¿Y cuál es ese? ¿Tomarla ahora? ¿Devolver el favor del entretenimiento de la puerta de al lado? ¿Dejar que nos escuchen jadear, gemir y estrellar los muebles? ¿No es la medida de nuestro potencial mayor que eso? ¿Diez minutos de hacer el amor?

"Yo no te amo, Lillian."

"Sí lo haces, Adam. Siempre hemos estado enamorados. Siempre. ¿No lo sientes?"

Ella está muy chiflada. Pero entiendo que esto va mucho más allá del simple acto de amor. Ella me embruja con la sugestión de lo que yace oculto en los silencios entre sus palabras. Me llevan a las profundidades de mi ser y ella se conecta con las partes de mí que existen: el dolor, la vergüenza, la locura, y no como yo quisiera que el mundo creyese que soy, las partes que son mera fantasía. Ella me ve, verdaderamente. Seguramente puedo declararme al mundo a través de ella, en lugar de esconderme de él a través de mi estúpido enamoramiento con Davinia.

Es hace cuarenta años y Lillian se está girando para elegir quien le tirará del pelo. Ella dice mi nombre, pero no hay respuesta. No estoy ahí. Perdóname Lillian.

Me despierto solo en la oscuridad de mi habitación y ella se ha ido, se ha deslizado por el hueco de la cerca, se ha ido a la noche para habitar una vez más en la oscuridad del bosque de Durlleston, donde

me espera. Y ha dejado mi camisa sobre la cama, una cubierta sin vida, bastante insignificante sin ella dentro.

Capítulo 20

La semana es corta. Las vacaciones de Navidad comienzan mañana, pero no he hecho arreglos y donde otros ven un calendario de festividades yo veo solo un asueto de dos semanas del nueve a cinco que interrumpe mi libertad para hacer mi voluntad.

¿Y cuál es mi voluntad?

Aunque Davinia me observa con el rabillo del ojo, mantiene la distancia. Me pregunto si está esperando que yo proteste con ella. Esto ha inquietado los últimos días, porque en serio, prefiero ignorar el hecho de que ella ha tratado de avergonzarme delante de toda la reunida asamblea de dignos parroquianos, por no hablar delante de nuestro honorable miembro del parlamento. Ella planeó mi desaparición y fue solo por algún milagro que se me concedió la rapidez de pensamiento que me llevó adelante. Pero si no digo nada, ¿se tomará esto como una provocación para esforzarse más la próxima vez?

Quizá debería razonar con ella.

Es la hora del almuerzo antes de ver mi oportunidad. Su secretaria, la perniciosa y ligeramente aterradora Sra. Crabtree, ha dejado su puesto y la puerta del dominio de Davinia está momentáneamente desprotegida. Me escabullo inadvertido y la molesto en su escritorio. Ella alza la vista imperturbada—a veces, la gente sorprendida revela su ser más verdadero—lo cual me hace cuestionar si Davinia es real.

"¿Si?"

"¿Podría tener unas palabras contigo?"

"¿Unas palabras de puerta abierta o unas palabras de puerta cerrada?"

"Em... puerta cerrada, creo."

"Entonces no, estoy ocupada, como puedes ver."

"Por supuesto. Perdón por la interrupción. Me iré. Solo pensé que debería disculparme si te he disgustado, eso es todo."

"Tonterías, Richard. ¿Cómo podrías haberme disgustado?"

Hay algo peligroso en su tono y en su mirada. Significa que cualquier cosa que diga ahora solo servirá para empeorar las cosas. Abro la boca, pero me detengo antes de meter el pie en ella. Lo pienso dos veces, suspiro, asiento con la cabeza en señal de deferencia y retrocedo. Queda una tarde de cuidado de niños y luego me libero de lo que sea que toque por un tiempo. ¿Por qué tentar la suerte? Me doy la vuelta, pero ella me llama.

"Está bien," dice ella. "Cierra la puerta."

Así, cierro la puerta, me sello en ese pequeño espacio con ella y me pregunto cómo puede ser que mi verdadero miedo a Davinia sirva solo para afilar mi deseo. Lleva el cabello suelto hoy, una cortina de seda rozando suavemente los hombros. ¿Solo lo lleva recogido y apretado y de maestra de escuela para él? ¿Para Blinkhorn? ¿Es así?

"Siéntate."

Me siento. Espero. Intento leer sus pensamientos.

Sus ojos se mueven, parpadean rebotando con la irregularidad de sus sentimientos. ¿Está sintiendo algo entonces?

"Lo hiciste bien el domingo," concede ella. Hay una pizca de autorreproche que me anima un poco.

"Estuve a punto de salirme con la mía, creo."

"No te lo dije deliberadamente."

"Lo sé."

"¿Sabes por qué?"

"Porque herí tus sentimientos y querías venganza."

"No, venganza no."

"¿Entonces,..?"

"Quiero que me tengas miedo. No quiero que estés tranquilo nunca, por miedo a las otras sorpresitas que pudiera tener reservadas para ti."

"Pero ¿por qué?"

"Es simple. Si llevas la corbata, podemos volver a ser amigos,"

Yo estaba equivocado. Ella sí piensa en ello. ¡Ella piensa en ello todo el tiempo! "¿Chantaje entonces?"

"No seas bobo. Es un juegucito entre amantes, eso es todo."

"Eso es algo que nunca seremos, amantes, incluso si llevara la corbata. Tú nunca podrías sentir algo por mí."

"Pues amantes en el sentido moderno entonces. No seas tan pedante, Richard. Ponte la corbata. Sé que quieres."

¿Lo cree de verdad? ¿O es que está sumamente segura del control que cree tener sobre mí? ¿Cree que puede tenerme, sea lo que sea lo que aconseje mi buen juicio? ¿Se da cuenta de lo cerca que estuvo de cumplir su deseo el domingo y del placer adicional de humillarme al romper su parte del trato debido a un compromiso más urgente con nuestro honorable miembro?

"No, Davinia."

Ella muestra un desinteresado encogimiento de hombros, como si no importara lo que yo diga o piense, y luego cambia de tema. "La lectura que se te ocurrió el domingo no fue la elegida, por supuesto."

"Bueno, habría tenido que ser un lector de mentes para obtener la correcta."

"Sí, aunque a veces me pregunto si no eres un lector de mentes. El caso es que improvisaste. Lo suavizaste sin apenas una arruga."

Incluso tuve al reverendo Whitman aquí el lunes diciendo lo bien habías leído y si estarías dispuesto a hacerlo de nuevo."

"Entonces él es muy amable. La idea me horroriza, por supuesto, pero haré lo que me pidas."

Ella lo piensa por un momento, "No todo, al parecer." Y antes de que yo haya tenido tiempo de pensar en esto, vuelve a cambiar de táctica: "No me has dicho todavía si tienes la intención de presentarte para el puesto de asistente de dirección."

"Tengo la intención de presentarme, sí."

"No te molestes, el puesto ya no está libre."

"Ah. ¿Tienes a otro en mente?" Me siento aliviado por eso, aliviado de haber llegado demasiado tarde, porque imagino que ese trabajo me supera y solo decidí ir a por él para que ella no estuviera disgustada conmigo.

"No. No hay puesto. Puedo administrarme muy bien por mi cuenta."

"Estoy seguro de eso... entonces... ¿por qué?"

"Te estaba tirando algunas migajas de la mesa, eso es todo, ¿entiendes? Pero les levantaste la nariz."

"En absoluto, Davinia, de verdad. Soy cauteloso por naturaleza. No quería ser inútil para ti."

"Bueno, ahí estamos."

"Me consideras un idiota entonces."

Ella se está preguntando si sus flechas son demasiado romas esta mañana, y si debería afilarlas. "Un idiota no, exactamente. Te voy a dar otra oportunidad."

"¿Oh?"

"La primera semana de Año Nuevo, la escuela tendrá que arreglárselas sin mí, y te voy a pedir que me cubras. En realidad, no

es mucho trabajo. La Sra. Crabtree ya cree que puede administrar el lugar ella misma sin mucha ayuda mía. Y sospecho que será demasiado orgullosa para pedir consejo a personas como tú, así que debería ser una semana tranquila."

"La señora Crabtree es una mujer formidable. Pero dudo de que le preocupe mucho."

"Todo el mundo puede ser controlado. Es sólo cuestión de entender qué los motiva o, en su defecto, a qué tienen miedo. El caso es que me han invitado a una conferencia en Londres."

Traiciono demasiado lo que creo que es mi comprensión de esta no del todo inesperada revelación.

"¿Sonrías, Richard?"

"Sólo porque estoy contento por ti. Excepto por que supongo que Londres será un poco lúgubre en esta época del año. Estoy seguro de que encontrarás la conferencia... estimulante."

Ella no entiende. Presiente que yo veo algo que ella cree que debería ver también. "¿Richard?"

No. No te lo explicaré y haré mi salida en su lugar. "Haré todo lo posible para no decepcionarte."

"¿Qué es lo que crees que sabes?"

Hago una pausa, compruebo mi rumbo, me muerdo la lengua. Una tarde más, luego dos semanas de descanso, y lo que viene después parece demasiado lejano para tener alguna importancia. Pero ¿que diablos? Adelante, dílo.

"Ten cuidado, Davinia."

Ella está perpleja. "Puedo cuidar de mí misma."

¿Por qué quiero decirle esto? ¿Por las razones correctas o incorrectas?

"No tengo ninguna duda de que puedes. Pero recuerda, también

puede Blinkhorn, y no está solo."

Ahora le toca a ella sonreír. Hay una presunción en ello. Cree que ve mis cartas. "Tienes celos de que él haya ocupado tu lugar el domingo, ¿verdad?"

"Por supuesto que los tengo."

Quizá ella no esperaba que yo lo admitiera, pero sabe que estoy enamorado de ella, así que ¿por qué negarlo? Ella sonríe con astucia: "¡Oh, Richard, me complace mucho oírte decir eso! Ciertamente él ha sido muy atento estas últimas semanas. ¿Qué vas a hacer tú al respecto?"

Ella piensa que esto es un juego, pero algo me hace temer por ella. Blinkhorn es un hombre con la maquinaria del gobierno tras él y, aún con todas sus ambiciones, Davinia es solo una directora de escuela primaria de provincia. No se le permitirá comprometerle.

"Solo... bueno... asegúrate de conseguir lo que sea que quieras de él antes de darle lo que sea que él quiera de ti."

"¿Quiera? Esto son negocios, Richard. Negocios escolares."

"Lo sé. Lo dijiste."

"No me estoy encontrando con él, si es eso lo que piensas. Ya te lo he dicho, es una conferencia."

"¿Idea suya, tal vez?" He ido demasiado lejos. No debería presionarla. En realidad eso no tiene nada que ver conmigo.

"Él organizó la invitación, sí, pero es un asunto oficial: llegó a través del Condado. ¿Por qué te estoy contando esto?"

Ella está nerviosa, ceño fruncido. "Él no es como tú," dice. "Es un hombre ocupado... un hombre importante. Probablemente ni siquiera estará en la ciudad."

"Oh, estoy seguro de que hará el esfuerzo."

"Richard, estás paranoico y posiblemente loco. Y estoy cansada de

esta conversación. Te sugiero que te vayas antes de que me recuerde a mí misma que solo eres un *perdedor* de mediana edad que resulta que trabaja para mi."

Esa fue una afilada. ¡Oooh! Me perfora y ahora estoy sangrando de verdad cuando me pongo de pie, pero luego mi dama agrega rápida y suavemente: "No quise decir eso."

"Me lo merecía. No era asunto mío insistir."

Ella baja la cabeza, girando papeles, los ojos ocultos para que yo no pueda leerla, y luego de nuevo en voz baja: "No eres un perdedor. Solo te estoy provocando. ¿Entiendes?"

"Sí... bastante."

Pero eso es exactamente lo que soy. Lo he perdido todo. Sin embargo, el puesto le otorga a uno una perspectiva peculiar, habiendo estado una vez, si no exactamente en la cima de la cadena alimentaria de la vida, al menos en el tercio superior de esta. Y la pregunta que me hago es, ¿qué, entre los escombros, es lo suficientemente importante como para considerar la posibilidad de volver a recogerlo, y qué debería yo dejar allí en el barro, donde cayó? ¿O nada de eso vale la pena y lo que sea que toque simplemente terminaré cometiendo los mismos errores otra vez?

Ella me mira brevemente, comprobando si hay daños y, me atrevo a decir incluso, esperando no encontrar ninguno. "¿Nos vemos en la iglesia entonces?" pregunta, aunque parece más una orden.

"Por supuesto."

"Ah y, ¿Richard?"

"¿Si?"

"Bonito coche."

Capítulo 21

Han pasado meses desde que entré en Durlleston. Pero en los días muertos que quedan entre el solsticio y la víspera de Navidad, lo camino todas las mañanas. Me levanto al amanecer y me dirijo al haya, donde me siento y espero en vano a que regresen los fantasmas. Sin embargo, Lillian se equivoca: están demasiado asustados. Sienten que algo oscuro está en marcha, y yo también lo siento.

Por ahora evito el camino de la cabaña, completando mi circuito por otro camino, pero huelo su humo de leña e imagino a Lillian calentándose los dedos de los pies junto al fuego, acurrucada, quizá todavía enferma, esperando a que su amo, el monstruo, llame.

"¡Hábladme!"

Digo al río y al viejo árbol contra el que me apoyo. Cojo un guijarro, lo aprieto en mi puño como para imprimir la solicitud, y lo lanzo al agua. Y otra vez. Y otra.

"Háblame."

¿Qué he defendido alguna vez? ¿Qué he defendido completamente alguna vez? ¿Una familia quizá? Todo se ha ido ahora. Ya no soy querido. Eso fue solo una fase pasajera. Ellos contactarían conmigo si fuera necesario. Tienen mi dirección. La envié en cuanto me instalé en Mill Lane. Quizá no la recibieron. Quizá debería conseguir un teléfono. No, en serio, no tengo teléfono.

"¡Háblame!"

Durlleston queda al descubierto por el invierno. No hay secretos aquí ahora, no hay lugares para que los fantasmas se escondan. Solo luz del día a través de las ramas retorcidas, dura y clínica, como la luz del apartamento de Davinia. Incluso Lillian me ha abandonado. Me esfuerzo por captar el tintineo de sus ataduras por encima de la ondulación del Rye, pero no hay nada. Ella no está acechando. No está observando. Quizá se ha ido. El pensamiento me preocupa y

me siento vacío sin ella, inútil también, porque no tuve el coraje para mantenerla a salvo siquiera.

Algo se mueve.

¿Lillian?

Ella habla: "¿Cómo debo responderte?"

No la oí venir porque ha estado aquí todo el tiempo. Silenciosa, observando, escondida entre la desnuda maraña de árboles jóvenes y tan quieta que mi mente no había pensado en registrarla como parte de la realidad. Ella emerge ahora con un largo abrigo de equitación y con capucha. Es de él, estoy pensando, uno viejo, rematado y deshilachado en los dobladillos. El abrigo la entierra, pero parece que al menos quiere mantenerla seca.

"Estás paseando de nuevo," observa. "Pero estás evitando la casa."

"Temo que él me vea."

"Te he dicho sus movimientos. Por eso vienes temprano ahora. Es a mí a quien estás evitando."

"Pensé que te habías ido. Ya no podía sentirte. Pensé que él podría haberte trasladado."

"¿Oh? Entonces quizá me esté escurriendo entre tus dedos, Adam. Quizá ahora soy más bien un fantasma, como los fantasmas con los que hablas aquí. Con mucho gusto sería un fantasma para ti, si me lo permitieras."

"No quiero que seas un fantasma."

"¿Quieres que me vaya entonces?"

"Eso tampoco. Pero me temo que te convertirás en un fantasma antes de que yo decida qué es lo que eres para mí."

Ella se ríe, se mete los faldones del abrigo bajo de piernas y se sienta entre las raíces conmigo, la espalda contra el árbol viejo, su hombro tocando el mío. "Escúchanos," dice. "¿No podemos

simplemente admitir que nos alegramos de vernos?"

"Creo que puedo admitir eso."

"¿Puedes? Eso es un progreso. Yo lo admito también. ¿Ves? Ya está... ahora somos amigos."

Me siento cálido de repente. No me sonrojo ni me ruborizo, ni sudo ni siento un hormigueo. Estoy cómodo, como si me hubiera tumbado en un baño caliente.

"Este no es solo tu árbol, ¿sabes?" dice. "Lo compartimos."

"Sí. He visto tus pisadas."

"Ah."

"He notado que no has ido a mi casa recientemente."

"No. Él ha vuelto. Ahora tengo más suministros."

"Todavía podrías venir, ¿sabes?"

"Ya no, Adam."

"¿Lo ha descubierto?"

"No."

"¿Entonces?"

"Ya sabes por qué. Si fuese, sería para complacerte y porque eso me complacería a mí. Quiero pero no puedo, a menos que primero tomes posesión de mí. Esas son las reglas." Levanta las esposas, revela el ribete de cuero tachonado y el anillo de acero. El anillo se está oxidando y le ha manchado la piel. "Debes cortar esto. Lo sabes. Te lo he dicho mil veces."

"Lillian..."

"Calla... lo sé. No hablemos de eso. En realidad, me he estado preguntando si me iré pronto."

"¿Oh?"

"Estamos atrasados con el alquiler. Él se jacta de ello, de cómo se aprovecha del agente de arrendamiento. Eso me preocupa. No me gustaría mudarme. Te va a sonar muy extraño, lo sé... pero me siento segura aquí."

"¿Oh?"

"Eres tú, creo... el saber que estás cerca. Tú *me* salvarás, Adam. Sé que lo harás. Y yo te salvaré a ti."

Se oye un chisporroteo. La lluvia sube por el valle del Rye. Ella se pone la capucha sobre la cabeza, preparándose y queda sentada allí, bastante inmune, mientras el chaparrón nos golpea. No estoy tan bien protegido con mi impermeable. Ella puede sentarse allí todo el día, pero yo tendré que moverme pronto y no quiero perder este contacto, esta calidez, por muy sombría que sea.

"Te ofreciste a mostrarme la casa," le recuerdo.

Se vuelve de repente y me mira, algo en sus ojos habla de esperanza, y desearía no haberlo visto porque no puedo ofrecerle nada, y lo único que siento es una mezcla de lástima y el deseo de no estar sin ella mientras carezco del valor de tomarla. Lo que ella me ofrece es mi alma, pero eso no viene sin un precio.

"Creo que me gustaría verla." Le digo. "En serio."

"¿Podría... servirte té?"

"Eso suena muy civilizado... y estoy seguro de que no haría ningún daño."

Entonces se levanta y se aleja silenciosamente. La sigo, la alcanzo cautelosamente y luego, como quien abandona toda razón, sigo su paso. Nunca hemos caminado juntos, nunca hemos compartido un paso. Hay algo íntimo en ello, como ponerse los zapatos de otra persona o ponerse en su piel, el paso, la sensación. Ella me pone a prueba de la misma manera y, eventualmente, nos establecemos en un ritmo lento y prolongado, ninguno de los dos quiere apurar el día, a pesar de que la lluvia es constante ahora y la desnudez de

Durleston no nos ofrece refugio.

"Te oí hablar," dice. "Quiero decir, antes de que yo viniera. ¿Les pedías a los fantasmas que te respondieran?"

"Si."

"¿Y lo hicieron?"

"Si."

"¿Qué dijeron?"

"A veces no hablan. Me muestran cosas. Los caminos se abren y los sigo. O a veces siento que el camino que estoy siguiendo se cierra y sé que debo dar la vuelta."

"Entonces, al caminar conmigo ahora, ¿estás siguiendo o dando la vuelta?"

"Ambos, creo."

"¿Cómo puede ser ambos?"

"Entonces siguiendo, pero al seguir, ¿no puedo estar dando la vuelta a otra cosa?"

La casa da pocas advertencias de su presencia, incluso en la desnudez de los meses de invierno. Y para cuando tu atención se ve atraída por el enlucido blanco que se ve a través de los huecos en los desnudos árboles negros, la casa está sobre ti. Todavía me asusta. Veo al viejo Willet con su martillo, gruñendo y gimiendo, y mis piernas se vuelven de gelatina. Mi corazón se rompe contra mis costillas cuando llegamos al desordenado límite: la vaguedad de sus cercas rotas, invadidas por el jardín cuando se encuentra con el bosque que viene en la otra dirección. ¿Cómo puede un lugar que te ha asustado durante tanto tiempo albergar algo benigno?

Me quedo quieto ahora, pero ella sigue adelante, inconsciente por un momento, luego mira atrás para ver qué pasa, hace una pausa. Sus labios se juntan y sonrío. Leo simpatía y comprensión, ¿o es astucia? Cómo desearía poder confiar en ella. Extiende la mano, no

estirada con urgencia, con los dedos extendidos y en garra, pero relajados y ligeramente girados como para recibir mi propia mano, para engatusar suavemente, para seducir, en lugar de arrastrar. Si suscribo este pacto, será por mi propia volición.

"Ven, Adam," dice, luego empuja la penosa puerta principal y entra.

Puedo quedarme ahí para siempre y dejar que la lluvia me lleve. Ya estoy empapado, los pantalones se me pegan a las piernas con dedos helados. Debo entrar, aunque solo sea para secarme, y calentarme de nuevo. Me preparo y me aventuro a cruzar la puerta.

La casa no es lo que esperaba. Estoy esperando, ¿qué? ¿Algo oscuro, húmedo, arruinado, enmohecido, podrido, como el exterior? Espero el olor a repollo hervido, la sensación de las telarañas en mi piel, el sonido del agua goteando en charcos de ruinas. Pero está seca. Y desnuda. Su desnudez me sorprende. Entarimados desnudos, pálidos y pulidos. Paredes desnudas, pero pintadas en colores claros. Está limpio... ¡y brillante! Dios mío... la cabaña me da la bienvenida, me invita a entrar.

Hay dos habitaciones cuyo interior puedo ver: una sala de estar y supongo que una sala, en lados opuestos del pasillo, pero no veo muebles en ellas. ¿Como puede ser? No hay nada donde sentarse. Una mesa baja, una estufa de leña, velas... Veo una alfombra y cojines. ¿Ella se sienta sobre cojines en el suelo?

Me quito las botas sucias, las dejo en el escalón y luego, intrigado ahora, entro más profundamente en esta extrañeza.

Ella se ha quitado el abrigo y está de pie ante mí con una falda de estampado floral y un suéter, tanto delgado como barato y demasiado pequeño para ella. Puedo ver los huesos de su cadera y la marca de sus pezones. Debería vestirse mejor. Yo la vestiría mejor si fuese mía.

¿Qué? ¿En qué estás pensando?

"¿Estás sorprendido, Adam?"

"Sí. Es... no es lo que esperaba."

"¿Quieres decir, limpia?"

Me avergüenza que esto sea exactamente a lo que me refiero.

"Sí."

"Yo no podría vivir en una casa sucia. Y él se enojaría si dejara que fuera así."

"¿Sin muebles, sin embargo?"

"Algunos, aunque quizá no lo que esperas ver en una casa inglesa."

"No."

"¿Prefieres tu suite de tres piezas? ¿Tu mesa de comedor y tu colchón de doble diván?"

"En realidad no lo había pensado. No sé."

"Deja que te la enseñe. Ven."

La cocina está en la parte trasera, con pequeñas ventanas que dan a una descuidada parcela de césped infestado de árboles jóvenes. También hay un baño pequeño y básico. Es sencillo y limpio, ni enmohecido ni hediondo como yo había temido, no porque pensara que ella era incapaz de mantener una limpieza como esta, sino porque lo que estoy viendo aquí no parece una prisión en absoluto. Es una especie de... santuario. Ella empieza a subir las escaleras, pero yo dudo.

"Tranquilo," dice ella. "Quiero mostrarte la casa, eso es todo."

"No quiero ver nada... ya sabes, de tipo personal."

"Está bien. Yo no quiero que veas eso tampoco."

Hay cuatro habitaciones arriba, todas partiendo de un amplio rellano. Una de estas ella la mantiene escondida, la puerta firmemente cerrada y su cuerpo entre ella y yo en todo momento. Supongo que aquí es donde ella guarda las cosas, la parafernalia, el equipo... Las otras habitaciones las puedo inspeccionar. Dos están

completamente desnudas, pero recién decoradas, como si esperaran muebles. La otra es su dormitorio. Duerme en una amplia hamaca colgada sobre un suelo pulido. Esto me desconcierta y no estoy seguro de lo que estoy viendo. En realidad, es una hamaca de jardín, lo suficientemente ancha para dos; las he visto en los centros de jardinería. Hay almohadas y un edredón perfectamente ubicado en medio. Hay dos cofres, pero de nuevo sin muebles, ni tocador, ni espejo.

"Es más cómoda de lo que parece," me dice.

"Sí, estoy seguro de que es muy cómoda."

Por supuesto, soy consciente de que estoy viendo su dormitorio, que ella no tiene reparos en mostrarme este espacio íntimo. Así que solo puedo adivinar qué hay más allá de la otra puerta, la que ella mantiene cerrada y que ahora está asegurando con más firmeza al mantener las manos en el picaporte detrás de la espalda, los nudillos blancos de ansiedad. ¿Espera que la pille por sorpresa y entre? Ella está realmente nerviosa por esto, se pregunta si se lo pediré, pero creo que sé que me molestará, que me enfrentará con una imagen de ella que preferiría evitar.

"¿Té?" Le recuerdo.

Ella parece aliviada y asiente. "Sí, entonces tal vez deje de llover y pueda mostrarte el jardín."

"Encantador."

"¿Te gusta esta casa, Adam?"

"Está mucho mejor de lo que pensaba. Sí."

"Me alegra que te guste."

La cocina es un vestigio de la década de 1970. Tiene encimeras y alacenas, y una cocinita Aga de leña porque no hay luz. Hay un generador diésel en un cobertizo, pero no genera suficiente energía para cocinar. Carga viejas baterías de submarino que ahora están casi agotadas y que solo proporcionan energía suficiente para la iluminación.

"Pero como yo no existo," explica. "Él me prohíbe usar el generador de todos modos. Demasiado ruidoso, ¿sabes? Sólo puedo hacerlo funcionar cuando él está aquí."

Hay una mesa de cocina, pero no sillas. Ella hace té en una limpia tetera de porcelana blanca, lo ensambla con tazas de té en una bandeja, leche, azúcar y cucharitas, luego lo lleva a una de las habitaciones del frente, donde lo coloca en el centro de la alfombra y nos sentamos de piernas cruzadas sobre cojines como los beduinos.

"Lo he hecho a la manera inglesa para ti."

"Perfecto, aunque de cualquier manera está bien."

Me lanza una mirada escrutadora, luego se esconde en el servicio del té. "¿Quieres decir que de verdad no te importa? ¿O ya no sabes qué es lo que te agrada?"

"No lo sé. ¿Podemos encontrar placer en cosas tan pequeñas? ¿O no deberíamos simplemente dejarlas ir?."

"Ah, ¿hablas como un budista ahora? Creo que se enfadarían en tu iglesia al oírte hablar como Buda."

Me gusta cuando ella se burla de mí.

"Pero, Adam, ¿no encontrar placer en nada? ¿No esperar recompensa alguna en la vida? ¿Es esto una virtud o es una reacción a algo? ¿Un retiro de demasiadas decepciones, tal vez?"

Puede que ella haya llegado a algo ahí, pero temo revelar demasiado al responder. Ella es capaz de ver la verdad en cualquier cosa, sin importar lo que yo diga.

"¿Te encuentras mal de nuevo, Adam?"

"Me las arreglo."

"¿Sin beber?"

"No. Beber lo empeora."

"Déjame servirte. Déjame curarte de nuevo. Yo *puedo* curarte."

"Tienes suficientes problemas propios, Lillian, para preocuparte por los míos."

"Al servirte, estaría resolviendo todos mis problemas."

"No entiendo cómo puedes pensar así. Incluso si tomara posesión de ti, mi primera orden sería que te liberaras de cualquier hombre, de cualquier tipo de sumisa servidumbre."

"Entonces esa sería la única orden que no obedecería. Tendrías que ser muy cruel para hacerme considerarlo siquiera. ¿Te he juzgado mal? Tú no serías un amo cruel, ¿verdad, Adam?"

"Yo... yo nunca podría alzarme por encima de una mujer, eso es todo."

"¿Dejarías que ella te gobernara, entonces?"

Dudo.

"Ah, ¿tú prefieres que una mujer esté al mando?"

"No, no. Igual."

"¿Tu novia es dominante o igual, Adam?"

"Ya te lo he dicho, ella no es..."

"Lo sé. Ella no es tu novia de verdad. ¿No habéis hecho el amor entonces? ¿Ella no quiere dejarte? No, espera. Todo lo contrario. Ella lo ordena, pero tú no estás seguro. ¿Miedo? ¡Oh, Adam, lo veo! Pero no debes hacer esto."

"Lillian, para alguien que dice ser sumisa, eres muy... inquisitiva."

Ella sonríe. "Si alguna vez me posees, puedes ordenarme que deje de sondear; puedo fingir las cosas muy bien."

"Nunca querría que pararas."

"Entonces no necesitas ordenarlo. Pero ¿estoy en lo cierto?"

"Eres muy intuitiva. Nunca podría ocultarte ningún secreto."

"No tienes secretos, Adam. Todos están escritos en tu rostro, tus ojos, tus movimientos. Si los demás no ven estas cosas es porque no quieren. Pero ¿estoy en lo cierto?"

"Sí."

Ella jadea, se tapa la boca con las manos, pero parece disfrutar de mi dilema. "¿Te ha descubierto? ¿Te ha tomado por sorpresa? Oh, pobre Adam."

"Sí. Pero no debes decir nada. Es..."

"¿A quién iba a decírselo? Pero es, ¿qué? ¿Esto que ella te ordena hacer? ¿Secreto? ¿Nadie debe saberlo?"

"Sería... inapropiado. La gente podría no aprobarlo. Sería malo para su posición si alguien se enterara."

Está callada, pensando en todo esto. Ella ha investigado y presionado, y finalmente ha descubierto la verdad. Y luego siento que el placer en ella se desvanece. "¿Es esto de lo que te estás dando la vuelta? ¿Le das la espalda a ella y me sigues a mí?"

"No es tan simple."

"Eso lo sé."

Cuando Lillian está tranquilamente complacida, el silencio va acompañado de la serenidad de su sonrisa. Cuando está disgustada, el silencio se ve fruncido. Ella se calla ahora y asiente con tristeza para sí misma. Luego...

"La corbata," susurra. "Era una señal para ella. Esa fue su orden. Me hiciste elegir. Elegí la correcta, dijiste. Entonces no te envié a su cama, Adam."

"Tienes razón sobre la corbata, y no me enviaste hacia ella."

"¿Por qué hacerme elegir? Eso fue cruel."

"Solo si lo sabías. No lo sabías."

"Pero Adam, siempre te descubriré. Eso es quien soy, ¿ves?"

Ella se ilumina, pero parece forzado, y no confío en este regreso a la tranquilidad. Estoy en guardia.

"Ha dejado de llover," me dice. Ahora se levanta y se acerca a la ventana. "Te mostraré el jardín. Está muy descuidado, pero con imaginación podrías ver cómo solía ser en los viejos tiempos."

Hay césped al frente, ahora irreconocible y completamente colonizado por matas de grueso pasto del prado. En la parte trasera es lo mismo. El límite está invadido por árboles jóvenes del bosque circundante, como un ejército invasor a cámara lenta saltando la cerca rota. Pero hay una apertura hacia la parte de atrás, una ruptura en el denso dosel de Durlleston, un oasis de luz y un espacio despejado que desciende hasta el Rye, los restos de una mesa y sillas de jardín antaño elegantes, ahora podridas y enredadas con zarzas. Ella no se ha puesto el abrigo y permanece de pie en las ruinas del jardín, abrazándose contra el frío. Recuerdo que no hace mucho ella no se encontraba bien.

"¿Puedes verlo, Adam?"

"¿Ver qué?"

"Que tiene... ¿potencial? ¿Es esa la palabra correcta?"

"Sí. Necesita algo de trabajo, pero podría ser muy agradable estar aquí."

"¿Lo harás entonces?, me pregunto."

Ella sonrío. Hay una promesa de algo en ello: su admiración, la recompensa de su favor. Está, ¿qué? ¿Flirteando conmigo?

"Deberíamos volver dentro. Hace frío," le digo.

"Pero ¿harás este trabajo?"

"No lo entiendo, Lillian."

Ella baja los ojos en señal de derrota, tiene un último intento de honestidad. "Adam, por favor, ayúdame."

"Pues ven y quédate conmigo, en la casa. Quédate todo el tiempo que quieras. No me importa. No te delataré. Es así de simple."

"Nada es tan simple."

"Sí, lo es. Quédate aquí y estás en peligro. Todo el tiempo. No haría ninguna diferencia si yo fuera a verte. Él es más fuerte y más peligroso que yo. No podría protegerte de él aquí."

"Sí, podrías. ¿No lo ves? Eres un buen hombre. No tienes nada que ocultar. Él tiene mucho que esconder y tendría miedo de perderlo llamando la atención sobre sí mismo." Una lágrima le cae por la esquina del ojo. Ella la nota, la resiente y la aparta.

Me siento inútil. Lillian siempre parece centrar la atención en mis deficiencias. ¿Y Davinia? Ella también lo hace, pero donde Lillian espera que sea fuerte, Davinia preferiría que permaneciera débil, porque entonces podría seguir despreciándome cómodamente. Y la debilidad es siempre la más fácil de las dos.

"No sé cómo protegerte aquí," le digo. "Puede que él tenga muchos cabos sueltos, pero tú también. Una llamada telefónica suya y los oficiales estarían aquí abajo con la policía y Dios sabe qué. La única forma es mudarse a otro lugar. No estoy diciendo que nunca vayan a encontrarte, pero si te vas de aquí, al menos te dará algo de tiempo."

Ella no está escuchando.

"Mira," le digo, "se está tranquilo aquí abajo, pero no es un secreto. La gente pasea con los perros. Hay una granja a menos de un kilómetro de distancia. Otros te habrán visto, además de mí."

Ella da la vuelta y comienza a caminar de regreso a la casa.

"Lillian, espera. ¿Y si... y si hiciera lo que dices, si te quitara esas cosas, te poseyera y luego pudiera ordenarte?"

"No, Adam."

"¿No? Creía que era eso lo que querías."

"Estás pensando que podrías ordenarme que me vaya de esta casa a cambio de la tuya, o de algún otro lugar."

Sí... eso es exactamente lo que estoy pensando.

"Pero no me iré de aquí," dice.

"Lillian, has sufrido abusos aquí. La casa tiene una mancha para ti."

"No. Me gusta esta casa. No quiero salir de ella."

"Entonces, ¿quieres que te posea, pero no me obedecerás en dos cosas: una que seas libre y dos, que dejes esta casa?"

"No puedo irme. Todavía no. Quizá algún día, pero a mi propia hora y en mis propios términos."

"¿Lillian?"

"Adam, eres muy amable, pero si fuese a tu casa sería una prisionera en ella, nunca podría aventurarme a salir por temor a ser vista, siempre andando de puntillas por temor a que tus vecinos me oigan. Aquí hay algo de intimidación, la posibilidad de aire, de verde... ¿ves? Soy un fantasma en el bosque. Y tú te equivocas, los demás no me ven. Tú me ves sólo porque yo te lo permito."

"Él podría venir y llevarte en cualquier momento, esconderte en otro lugar, perderte en las profundidades de alguna otra parte del mundo. Él decide, Lillian. Él decide tu destino si te quedas aquí."

"No. Ya no. Yo tengo la última palabra."

"¿La tienes?"

"Sí, me he dado cuenta de que es muy simple. Si él intenta sacarme de aquí, de ti, me mataré."

"No lo dices en serio."

Ella se encoge de hombros. No importa si lo creo o no, dice. Está

decidida y es así de simple. Sonríe, me pregunta con escalofriante despreocupación si me gustaría más té, luego se da la vuelta y vuelve a entrar.

Capítulo 22

Mañana. Nochebuena. Los feligreses de Marsden están ocupados con sus preparativos festivos y la iglesia está en silencio. Hay un vacío de techo alto en ella, bastante diferente de otros domingos. Me siento expuesto y conspicuo al lado de Davinia. No hay nadie más en el banco, solo nosotros dos juntos. Debemos de parecer una pareja y siento que todas las miradas están sobre nosotros.

La congregación es superada en número por el coro, pero aún así me pregunto lo indiscreto que es esto, que cada uno de nosotros aparece, me atrevo a decir religiosamente, cada semana cuando los demás fluyen y refluyen. «¿No sugiere esto que todos tenemos un interés en algo más que en el canto de himnos y los sermones del buen reverendo?» y «Seguramente ahora todo Marsden sabe que la señorita Barkwell y el señor Hunter almorzaron juntos en el hotel Duque de York» y «Me pregunto si se quedaron a pasar la noche. Picante, sucio, escandaloso,» y «¿No sería bueno que algo de eso fuera cierto y pudiéramos rodearlo con la lengua correctamente, en lugar de todo este misterio?»

Sospecho que a Davinia esto le importa poco y que, mientras las cosas sean negables, la buena gente de Marsden puede pensar lo que quiera. Se muestra fría y calmada, y parece estar silenciosamente absorta en el servicio de esta mañana, aunque dudo que ella pudiera responder preguntas sobre este. Ella me ha mirado solo una vez, cuando llegué, e incluso entonces no pareció importarle que yo no estuviera llevando la corbata, que yo no llevaba ninguna corbata. En cambio, tan pronto como me senté a su lado, se giró a medias, como para presentarme su hombro, pero al mismo tiempo cruzando las piernas, y ha estado rotando lentamente el pie con un ritmo curioso. Hay algo erótico en ello, pero podría ser mi imaginación.

Lleva medias negras y zapatos negros de tiras; al menos mi corazón insiste, como de costumbre, son medias. Los zapatos tienen largos tacones y se cierran en los dedos de los pies, pero cortados como a propósito para mostrar el escote, que ella sabe que es mi particular

debilidad, y se burla de mí con ello.

¿Qué?

Quizá te estás preguntando cómo he podido haber estado con Lillian ayer mismo, sentado hombro con hombro en las profundidades de Durlleston y feliz por ello. Te estás preguntando cómo he podido haberme alejado de Davinia, hacia Lillian, y ahora dar la vuelta otra vez. ¿Te estás preguntando cómo he podido haber escuchado mientras Lillian describía su terrible resolución de acabar con su vida y aún así no estar con ella ahora?

En realidad, yo no me pregunto sobre Lillian en absoluto. Estoy intentando olvidarla. Lo único en lo que estoy pensando es en mi camisa. El algodón tiene un tacto firme y crujierte. Los puños franceses sobresalen una pulgada por debajo de la manga de mi chaqueta y lucen mis gemelos, lisos rombos de oro de 18 quilates. Está abierto en el cuello, mostrando un aire, espero, de calculada indiferencia, de casualidad, de fría serenidad. Otros pensamientos están tratando de meterse en mi cabeza, principalmente lo que se sentiría al tener los dedos de Davinia ocupados con los botones de esta camisa, entrando de puntillas hacia mí con la misma resolución fría que ella muestra en la conducción de todos sus asuntos.

No puedo evitarlo y hago poco por desalentar esos pensamientos con la esperanza de que me distraigan aún más de la idea de ese camino a Durlleston y a la puerta de Lillian. Hay locura en ello, como agarrar un atizador al rojo vivo. Sabes que te va a quemar. ¿Quién en su sano juicio querría hacerlo? Sin embargo, sigue habiendo algo convincente en ella. ¿Qué es? ¿Confianza? ¿Un cierto conocimiento fatalista?

Tomo aire, trato de sacudirme de encima estos espeluznantes pensamientos, saco mi Biblia de bolsillo, como para protegerme de ellos. Davinia siente mi agitación, me mira de reojo, cruza las piernas y veo el hoyuelo de un tirante en su muslo. Medias. Lo sabía. Maldita sea, Davinia, soy tuyo. Tómame. Líbrame de ser quemado encerrándome en tu hielo poco profundo.

Las mujeres que he conocido ensalzan las virtudes de las medias, ¡qué prácticas son! ¡Es más fácil con las medias! En ocasiones

animan a sus hombres tratándolos con medias y ligeros, pero en realidad no piensan más en el sexo que en esto: como una impracticabilidad, un inconveniente que ocasionalmente se debe superar. Pero una mujer que usa medias deliberadamente, por preferencia, está, imagino yo, celebrando su sexualidad, y no hay nada más erótico para un hombre que suponer que este es el caso, porque ella podría estar también pensando en compartir su sexualidad con él. Perdona mis generalidades con esto. No deseo parecer ridículo intencionalmente. Simplemente te presento mi estado de ánimo y confío en que me perdones si no trato de explicarme demasiado. Después de todo, ¿quién de nosotros se conoce verdaderamente a sí mismo?

¿Dónde estaba? Cielos, Reverendo... ¡Qué sermón tan largo!

Davinia no siempre me habla después de la iglesia. A veces simplemente se aleja despacio, otras se esconde en una conversación con los gobernadores o con algún padre, y yo soy demasiado orgulloso para dejar que ella me vea holgazaneando por ahí buscando ganar una palabra suya. Sin embargo, mis domingos son aún más aburridos si ella no me honra con tal intimidad.

"¿Cuánto tiempo antes de que nos descubran, crees tú?"

El sermón ha terminado y la oración final, y por fin estoy de pie al aire libre, con la mano en la manija de la puerta de mi coche. Estoy a punto de abrirla y hundirme en el santuario de su interior. Estoy pensando que debería dar un largo viaje en coche a alguna parte, aclararme la mente. Sus tacones suenan a lo largo del pavimento, aún a cierta distancia, y sus palabras parecen indiscretas. ¿Qué ha sido lo que ha dicho?

"¿Nos descubran?"

"Que ambos somos impostores." Ella inclina la cabeza hacia la iglesia. "Ahí dentro."

¿Me está concediendo un bocado de compañerismo? Ambos somos iguales en esto, sí, pero prácticamente diferentes en todos los demás aspectos.

"Estoy seguro de no saber a qué te referías, Davinia."

"Oh, vamos, Richard. Tú no eres más religioso que yo... y eso no es mucho."

¿Está bromeando conmigo? No. Davinia no tiene sentido del humor, ¿recuerdas?

"Si eso crees, ¿por qué me designaste como tu Coordinador de Educación Religiosa?"

Ella está sonriendo ahora. "¿No tiene usted sentido de la ironía, señor Hunter?"

"¿Qué? ¡Estás de broma!"

"En absoluto."

"¡De verdad eres imposible!"

Ella parece aprobar esto.

"Pero sospecho que no somos los únicos impostores allí," le digo.

Ella suspira. "No, pero al menos podemos ser honestos con nosotros mismos sobre ello."

"Bueno, la religión es un asunto privado. Tanto si un hombre es sincero o meramente finge de boquita, eso es algo entre él y Dios."

Ella me mira con extrañeza. "Richard, ¿está tu rol empezando a corromperte?"

"¿Mi rol?"

"Como representante de Dios en la Escuela Primaria Iglesia de Inglaterra de Marsden. ¿Estás comenzando a tener religión?"

Ella me está poniendo nervioso. ¿Quiere que tenga religión o no?

"No lo creo." Le digo. "Hago mi trabajo, sigo el plan de estudios como todos los demás. La religión es fácil, son los asuntos espirituales lo que es más difícil."

Me detengo.

Fue Lillian quien me dijo esto.

Es un día frío. Gris. Una luz plana, que le da al manchado ladrillo rojo y al pavimento gris torcido un cansado aburrimiento, o tal vez simplemente estoy cayendo de nuevo en la depresión. Mientras tanto, ella está allí, alta, suave y brillante, como un carámbano, con un toque de color en la envoltura estampada a cuadros alrededor de los hombros. Ella iluminaría cualquier habitación, cualquier estado de ánimo, en cualquier época del año, estoy pensando. ¿Cómo podría uno albergar depresión cuando ella está cerca? Ella simplemente no lo permitiría. Me pilla mirándola, eso le gusta, creo.

"Dime," dice ella. "¿Hay un árbol de Navidad en tu casa?"

¿Un árbol de Navidad? Ni siquiera hay una alfombra limpia. "No."

"Ni en la mía. ¿Un pavo en la nevera quizá?"

"Definitivamente no."

"Me siento aliviada al escucharlo. ¿Vas a ver a tu familia entonces?"

Inconscientemente, consigo lanzarle una mirada que delata cuánto me hiere esa idea.

"Lo siento," dice ella. "Estúpido de mi parte. Bueno, ¿qué vas a hacer mañana?"

Estoy confundido. "¿Mañana?"

"Es el día de Navidad, Richard."

Por supuesto. ¡Lo sabía!

"Yo... supongo que estaré paseando... y pensando."

Ella no espera esto. "¿Pensando? Hmm, sí, eso es propio de ti... el tipo taciturno y filosófico. Bueno, no pienses demasiado. No hay ningún kilometraje para ello. Y también eres depresivo, así que

probablemente no sea bueno para ti. todos acabamos haciendo lo que sentimos de todos modos, sin importar cuánto tiempo y lo mucho que pensemos."

"Sí."

"¿Nos vemos en el Wagon en Ribchester en una hora?"

"¿Perdón?"

Ella alza una ceja: "¿Almuerzo, Richard? Han pasado años desde que almorzamos juntos."

"Sí, pero recuerdo muy bien la última ocasión."

"De acuerdo, prometo portarme bien esta vez."

¿Te estás preguntando por qué lo estoy considerando? Porque lo estoy considerando. Quiero decir, ¿cuál es la alternativa? ¿Meditar? ¿Pensar? ¿Pensar en Lillian? ¿Preguntarme si él ha venido a llevársela y ella yace ya con la garganta cortada?

"Está bien entonces. Pero solo almuerzo."

"Una hora."

Ribchester está en la carretera de Dales, la A59. Es un bonito pueblo acurrucado en una curva del Ribble, uno de los grandes ríos de Lancashire. Había un cruce romano y un fuerte aquí. Ahora hay un museo y bonitos paseos y arqueología.

Tardo cuarenta minutos. Encuentro el Wagon, encuentro su Jaguar, aparco junto a él y entro al pub con incertidumbre. Hay una frescura en el aire, una especie de oscuridad de piedra de molino y una dureza en la luz. Los pubs están luchando estos días. El alcohol que se sirve en la barra se está volviendo prohibitivamente caro, los fumadores están desterrados a tiritar en sus refugios al aire libre y los televisores de pantalla grande son tan baratos que ya no es necesario ir a un pub para disfrutar de uno.

Está tranquilo. La camarera mira hacia arriba como sorprendida. Es una chica atractiva y rolliza, y su sonrisa de bienvenida parece

genuinamente agradable, pero mi ama que me espera en un rincón me distrae, una arrogancia majestuosa en ella. Y cuando me siento, ella se inclina más cerca, apoya el codo en la mesa, apoya la barbilla en la mano y dice: "Te tendré, Richard."

Estoy desmayado por esto. "Prometiste que te comportarías."

"Mentí."

"No lo entiendo... quiero decir, estoy seguro de que no soy tu... tipo."

"Yo no tengo un *tipo* Richard. Tú estabas interesado y, naturalmente, eso te hace interesante para mí y, además, yo siempre consigo lo que quiero."

"Pero soy viejo y polvoriento, Davinia. Soy un filósofo taciturno... un depresivo. Tú eres una corporativa..."

"¿Fulana?"

"Diosa."

"¿Eres impotente? ¿Es eso?"

Ella está tratando de provocarme, pero creo que ahora la tengo a la medida. "Físicamente no. Emocionalmente, quizá."

"Entonces está bien. Tus emociones no me preocupan."

"Sigo sin pillarlo: ¿te van los hombres mayores?"

"No eres tan mayor, Richard. Deja de jugar la carta del *viejo*, se está volviendo tediosa."

"Vale, pero ¿entonces qué?"

Ella está intrigada. "¿Qué quieres decir?"

"¡Después! ¿Qué viene después?"

"¿Quién sabe? ¿A quién le importa?"

"Trabajamos juntos. Yo trabajo para ti. Si yo fuese el director y tú la maestra sin experiencia, esto sería un abuso de mi puesto. Sería... acoso sexual del más alto nivel."

"Tampoco del más alto nivel. Puedo pensar en otras cosas que serían mucho más perversas."

Cierro los ojos. Ella me lo ofrece todo, excepto la única cosa que quiero, pero eso es imposible, algo que podría no existir fuera de mi propia imaginación, algo que nace de la soledad y el deseo de tener una conexión significativa en mi vida. Si yo fuera un hombre más joven, por supuesto, la habría tomado antes, la habría tomado la primera vez en su piso cuando me invitó, sin importarme las consecuencias, y probablemente ya estaría cosechando mi justo postre. Respiro con pesar en el corazón y pienso que cualquier cosa es mejor que esto, incluso estar solo en casa.

Hay Christmas Muzak por los altavoces. Un arbolito aburrido junto a la barra y tarjetas de Navidad clavadas por todo el lugar. Davinia se aventura a curiosear dentro de una en el panel detrás de ella. Está en blanco. Todas lo están. Son de un lote, tal vez incluso compradas en las ventas de tatuajes no deseados de enero pasado. Ella arruga la nariz ante la falta de sinceridad en ello.

"Y, Davinia. ¿Cómo es que conoces este lugar?"

"No tengamos esto."

"¿El que?"

"Charla trivial. Podría decirte que aquí era donde mi esposo solía llevarme en nuestras citas en la penumbra y la distancia. Pero eso no significaría nada para ti. Asentirías y lo olvidarías instantáneamente."

"No creo que yo hiciera eso. Me juzgas mal."

"Recordarlo sería peor. Significaría que estarías fingiendo querer llegar a conocerme. Y yo tampoco querría eso. No soy para conocer, Richard, ni para amar. Ah, pero lo había olvidado: tú crees estar enamorado de mí. ¿Crees que eso supone alguna diferencia? Pues

no es así."

¿Me ha convocado aquí solo para poder clavarme alfileres? ¿Es ella la gata que juega con el ratón antes de matarlo?

Ella mira hacia otro lado ahora, oculta sus ojos, cubre su pesar. A veces, ella no quiere ser así. Hay una racha agresiva en ella, pero es una defensa. ¿Para qué? ¿Cubre una vulnerabilidad más profunda?

"Lo siento," dice ella. "Cualquier otro hombre me habría abofeteado. No creo que tú lo fueses a hacer nunca, por eso finjo disfrutar siendo tan cruel contigo. No debes pensar ni por un momento que realmente creo ninguna de estas cosas. Es solo un juego, ¿lo ves?"

"Davinia, ¿por qué estoy aquí?"

"¿Almorzar?"

"Inténtalo de nuevo."

"Porque tengo tres días libres. Luego tengo una familia que ver para el Año Nuevo, terriblemente aburrida, pero a veces es agradable sentirse conectada, incluso con personas que te ponen de los nervios y todavía te tratan como a una niña, aunque tengas treinta y seis. Luego me voy a Londres para la conferencia. Bueno, volviendo a esos tres días, me siento sola, Richard, y tú también debes de sentirlo."

"Dijiste que no hablarías de esto."

"Lo sé, pero he estado pensando en ello. Y tú también."

"Pensando sólo en lo mala idea que sería."

"No lo dices en serio. Te veo mirándome todo el tiempo."

"Yo no..."

"Eso está muy bien, me gusta eso. Pero para qué seguir soñando cuando dentro de una hora podrías estar desabotonando esta blusa y saciando tu curiosidad."

Oh... Davinia. ¡Por el amor de Dios!

"Porque eso no significaría nada para ti. Podríamos hacer el amor. Una vez, dos quizá... entonces tu curiosidad por mí estaría satisfecha. Pasarías página y yo me sentiría humillado."

"Posiblemente, pero eso te curaría de tu amor por mí."

"No. No es así como funciona el amor. Te odiaría. Pero sería el tipo de odio que siempre está listo para convertirse en amor. Lo único que se necesitaría sería una sonrisa, una palabra amable o una hora de soledad para que yo empezara a esperar una vez más poder ganarme tu amor."

"Pero seguro que entonces, una parte de ti está pensando que podrías persuadirme de amarte si pasas tiempo conmigo. El verdadero amor no renunciaría a esa oportunidad."

Estoy desconcertado. Sería feliz en mi tiempo de vida si nunca volviera a enredarme con una mujer, pero aquí estoy, en una confusión causada por dos de ellas, y no puedo tener ninguna. Ambas son, a su manera, demasiado extrañas.

"Un hombre más joven podría aceptar tu invitación," le digo. "Pero soy mayor. Soy un romántico y—pero también—realista."

"¿Cómo puedes ser un romántico y realista?"

"Porque sólo el Romántico ve el mundo por lo que realmente es, su superficialidad, su falta de sentido, y lo rechaza. El Romántico busca significado en lo estético, en la contemplación de la belleza... o de lo sublime."

"¿Lo sublime? Oh, Dios mío, eres un alma perdida, Richard."

"Eso puede ser cierto."

Ella toma un menú, lo consulta y luego lo deja con impaciencia. "Tengo mucha hambre," dice, luego se levanta y se alisa la falda. Te estaré esperando en el piso.

No salgo con ella. No estamos conectados. No es para nosotros la

charla trivial y la comodidad del brazo con brazo. Considero una bebida fuerte, pero estoy conduciendo y los nii-noos son retozones esta época del año, así que respiro hondo, me estabilizo, espero hasta que la veo saliendo a la carretera, luego regreso a mi coche y rezo para tener la fuerza de no seguirla.

Capítulo 23

He comprado solo un regalo de Navidad. Es un pañuelo de seda, una finura de moda en rojos y dorados, un regalo para una joven dama y se lo presento a la dama ahora. Estaba envuelto en la tienda y, por tanto, se ve aún mejor como regalo envuelto y la dama lo recibe con un sonrojo.

"Señor Hunter, en serio, ¡no debería haberlo hecho!"

Mi padre tiene sueño y no ha bajado de la habitación. No quiero perturbar su descanso, así que me contento con una partida de damas en el salón con una amable anciana llamada Cynthia, a quien nadie visita. Escucho la historia de la vida de esta antigua campesina y secretaria del M.D de la empresa Wallace y Winstanley de Preston. Y mientras tanto, ella gana todas las partidas porque hay una sutileza en el juego de damas que todavía tengo que comprender.

¡Lo sé!

Podría haber estado con Davinia, tumbado en la luz fría y clínica de su apartamento, en lugar de sentado en el estupefaciente calor de este lugar. Por mi parte, afirmo no haber tenido ningún papel consciente en la decisión. Fue mi coche el que me trajo aquí por sí solo, como si supiera mejor que yo la estupidez de cualquier otra acción. Pero Davinia se enfadará y me castigará. Me siento cobarde y perversamente frustrado, como siempre, por no estar con ella ahora, por no ser un *hombre* para ella, follándola hasta volverla loca. Pero me han dicho que hay muchos hombres así, así que estoy seguro de que ella no tendrá problemas para cubrir esa vacante en particular.

¡Dios, cómo la odio ahora mismo!

Veo a Chelsea, quien sospecho que es el verdadero objeto de mi visita, y le ofrezco el regalo. Quizá sea un poco impropio, pero estas cosas no son estrictas y ella es capaz de aceptarlo graciosamente, hermosamente, de una manera que me calienta el corazón.

"Es sólo un pequeño agradecimiento," le digo, ahora avergonzado. "Quiero decir, por todo lo que has hecho, por todo lo que haces, por mi padre."

"Es mi trabajo, sr. Hunter. Todos hacemos lo mismo aquí. Solo que siempre es mi turno cuando usted viene."

Ella está siendo modesta. Las otras damas son amables, sonrían y hablan gentilmente, pero no tienen el mismo comportamiento angelical que Chelsea. Es el romántico que hay en mí, la contemplación de algo que veo en ella que otros no ven. No, estás avanzando demasiado lejos. Incluso en mi imaginación más salvaje, Chelsea es demasiado joven para ser mi amante; en cambio, la he convertido en mi hija, para reemplazar tal vez a la que ya tengo perdida.

Luego vuelvo a casa tarde, habiéndome demorado en tantas partidas de damas como me lo permite la matrona. Y ahora estoy girando la llave, temiendo el lúgubre vacío de este lugar y esperando encontrar a Lillian acurrucada en algún lugar, esperándome. Pero la casa está vacía. Ella estará sola en Durlleston. Él no vendrá a buscarla esta noche, ni mañana; estará con su familia en cualquier parte del mundo que él llame hogar. La Navidad no es época para amantes ni esclavas de placer. Es el momento de las obligaciones vinculadas, y supongo que incluso los criminales las tienen. Aún así, no puedo acudir a Lillian, porque ella me exige que asuma la responsabilidad de algo que siempre he rehuído y todavía parezco decidido a rehuir.

Por la mañana trato de no mirar la casa, incluso cuando me despierto dentro. Me pongo la ropa y la abandono. Tengo una nueva novela basura que tomé prestada del salón de la residencia de ancianos anoche. También tengo un hornillo de camping y una lata de sopa. Feliz Navidad, se podría decir, pero en realidad este día es como cualquier otro para mí y el vacío que siento es algo que habría caído sobre mí de todos modos, independientemente de la temporada. Pero como siempre ocurre con estos estados de ánimo, encuentro en ellos el potencial de una transformación si tan solo puedo reunir el coraje para mirarlos a los ojos.

El vivac se mantiene notablemente bien. Una reparación menor con

cinta adhesiva y está como nuevo. El día no es frío y un pequeño fuego es todo lo que necesito para hacer las cosas cómodas. A media mañana he renunciado a la novela porque intenta ser romántica pero falla espectacularmente, perdiéndose en una niebla de sentimentalismo enfermizo. Luego he pasado por la fase de deseo inconsciente, y luego consciente, de la compañía de Lillian, de preferir su misterio a la básica excitación de Davinia. Y finalmente he abandonado todo pensamiento a favor de simplemente contemplar las llamas, lanzando algún que otro trozo de madera para mantener vivo el fuego. Entonces escucho al perro.

Los perros son estúpidos.

Me pregunto cómo sobrevivieron en la naturaleza. Difícilmente son el cazador sobrenaturalmente sigiloso, como el gato. Ladran. Pueden enviar a cubierto un bosque entero. Oí el maldito chucho viniendo a una milla de distancia, un Cairn Terrier, no una bestia hostil, solo juguetona. Aunque el asunto con los perros es su extraño sentido del olfato. Para un ser humano, el vivac y mi presencia en él son invisibles, pero el terrier me encuentra como un misil autoguiado y su alegre ladrido traerá a su dueño, por supuesto. Le oigo ahora, arrastrándose por la maleza con toda la delicadeza de un elefante. Por tanto, he guiado al saltarín perrito fuera del vientre del bosque para no comprometer mi escondite, y allí le encuentro.

Lleva un cálido abrigo sobre un peto de granjero, y su cara roja brillante se asoma por debajo del ala de una gorra de piel. "¿Señor Hunter?"

Extraño. No le conozco. "¿Sí?"

"Perdón... baja, Kim."

"Está bien, no está haciendo ningún daño."

Ahora le reconozco, o más bien puedo calcular su identidad. Es el granjero que dispara a los perros de otras personas, o más bien el hijo del mismo, hermano menor de Elizabeth, antiguo fantasma y parecida a Davinia, que ahora vive en Australia. Su nombre es William, quien a su vez es padre de John, uno de mis niños raros, inteligentes e impecablemente educados.

"¿De paseo?" me pregunta.

"Sí."

"Cuidado con no perderse." Está sonriendo, de buen humor, no tiene dientes frontales y esto lo envejece. Es más joven que yo, pero parece mucho mayor.

"No te preocupes, me criaron por aquí," le digo. Esto lo sorprende. "Mi padre es James Hunter. Vivió en Marsh Lane hasta hace muy poco."

No conoce a mi padre, pero finge conocerlo; está buscando el parentesco y esto me sorprende, aunque no desagradablemente porque carezco de comprensivos conocidos varones.

"Él está en Marsden Hall ahora." Le explico.

"Lo siento, Sr. Hunter. No lo tomaba a usted por un nativo."

"Bueno, he estado fuera durante mucho tiempo. Mi acento probablemente se haya vuelto un poco raro. Lancashire y California hacen una mezcla peculiar, ¿sabes?"

Se ríe, pero no comprende.

"¿Cómo está tu Elizabeth? Lo último que supe es que se fue a Australia."

Está sorprendido de que yo sepa esto y el hecho de que lo sepa parece colocarme dentro de su círculo de confianza. "Ella está bien, gracias." Y luego: "¿Ve mucho al joven, el que alquila la Cabaña de Durlleston?"

¡Ah! Las campanas de advertencia están sonando ahora. ¿Qué sabe él de la Cabaña de Durlleston? ¿Qué ha visto?

"No mucho," le digo. "A veces su coche está allí por la noche, pero no creo que esté viviendo allí todo el tiempo. ¿Le conoces?"

William niega con la cabeza. "Hay un cabrón," dice, "y hay una mujer también. Como oscura."

Pensando rápidamente ahora: "¿Chica asiática, quieres decir? Sí. Hemos hablado. Es bastante agradable. Parece enferma. Le gusta la tranquilidad."

Echa la cabeza hacia atrás como si entendiera. "Ah..." y luego: "Se ha ido a la ruina, ¿no es así? Es una lástima. Fue un lugar grandioso en su día."

Está fantaseando. En su época era propiedad de un paedóforo igualmente solitario y peligrosamente loco, ¿esa palabra existe? De todos modos, la Cabaña de Durlleston había estado tan deteriorada en la época de Willet como ahora. Espero que William no sea nacionalista. Yo no uso un lenguaje despectivo para describir la obvia extranjería de Lillian, pero él habla de un día de gloria que nunca fue, y esto me hace sospechar de él.

Los nacionalistas definen los días de gloria en una retrospectiva de lentes color de rosa, pero me recuerdo a mí mismo que él también es un agricultor y que los agricultores, por regla general, tienen menos probabilidades de oponerse a la afluencia masiva de mano de obra barata procedente de países más pobres. Podría ofrecerle a Lillian un trabajo recolectando patatas con la misma facilidad que la traicionaría a las autoridades. Me pregunto sobre esto. Recoger patatas puede que no sea tan malo. Al menos sería menos peligroso que lo que ella está haciendo ahora.

"Difícil en invierno, sin embargo," digo con una imagen de Lillian cruzando mi mente, congelada hasta la médula, botas y pantalones embarrados, tiritando mientras recoge cosechas de los campos azotados por el viento y mordidos por las heladas.

"Sí, pero no los tenemos como solíamos, ¿eh? Y estoy seguro de que el lugar podría ser decente, como que sólo necesita un poco de limpieza."

Está esforzándose por ser viejo, estoy pensando: días de gloria, veranos cálidos, inviernos duros. Estos nunca existieron. Mi única preocupación es si este hombre es peligroso para Lillian.

"Bueno," dice. "Estaremos en camino. Vamos, Kim."

Le observo irse, luego regreso silenciosamente al vivac. Hay algo portentoso en esto. Nada puede permanecer igual para siempre, no importa cuán equilibrada parezca la situación. Siempre vendrá un elemento que lo desequilibre.

El fuego ya se habría apagado ahora, salvo por que hay una figura encapuchada agachada allí y lo alimenta con leña. Yo no digo nada, pero me siento a su lado, saco la lata de sopa de mi bolsa y se la enseño. Ella asiente, así que la abro. Hora de comer.

Hay un silencioso parentesco entre nosotros mientras hierve.

"Feliz Navidad, Lillian," le digo.

Apenas mueve la cabeza en reconocimiento. "¿Feliz?" me dice. "Creo que ambos estamos muy lejos de ser felices, Adam."

Le pregunto si ha oído algo de mi conversación con William.

Ella asiente. "Tenías razón; otros me han visto. Pensé que había tenido cuidado."

"Tienes cuidado," le digo. "Pero él es nativo, como yo. Eso nos otorga cierto tipo de percepción."

"Mi tiempo aquí está llegando a su fin entonces."

Prefiero no responder a esto.

"¿Quién es Elizabeth?" me pregunta.

"Oh... sólo un antiguo fantasma. No la he visto en treinta años."

"¿Antigua novia?"

"¡Ja! Ojalá."

"¿Es eso arrepentimiento en tu tono?"

"Arrepentimiento, no. Cinismo, posiblemente."

"Ah. Eso es mucho peor."

"¿Cómo es eso?"

"Porque si bien es saludable lamentarse por una oportunidad perdida, no es tan saludable ser cínico sobre el destino que os mantiene separados."

"¿Por qué no? Si no podemos despotricar contra el destino, ¿a quién vamos a culpar?"

"Solo a nosotros, Adam. Nosotros creamos nuestro propio destino, lo cocinamos con una mezcla de ingredientes, con las cosas que somos y las cosas que nos faltan."

"¿Estás diciendo que tú misma te buscaste tu propia situación?"

"En última instancia, sí."

"Entonces tienes más razones para ser cínica que yo."

"No. Hay un propósito en ello. A diferencia de ti, yo entiendo esto, me rindo a ello. Tú, por otro lado, no lo entiendes, y por tanto no puedes ver la sabiduría en ceder a él."

"Pero estoy bien ahora. Estoy trabajando de nuevo."

"Claramente no estás *bien*, Adam, o no estarías aquí sentado, esperándome."

"No te estaba esperando a ti. Estaba..."

"Dime, ¿tu madre vive?"

"¿Qué? No."

Ella asiente sabiamente. "Entonces es el bosque el que te nutre. Es el bosque a lo que has regresado en busca de amor y consuelo."

"Lillian, estás intentando con todas tus fuerzas ser misteriosa, pero en realidad todo esto, este psicoanálisis, sería mejor que lo aplicaras en ti misma."

"No es psicoanálisis. No necesito a su Sr. Freud, gracias. Son

simplemente cuentos populares en los que me baso. Encontrarás en su folclore una historia que explica cada situación. Solo que vosotros los ingleses habéis olvidado todas vuestras propias historias, las habéis cambiado por la insípida falacia de chico conoce a chica y viven felices para siempre. Aunque, ya que lo mencionas, tu señor Freud podría sugerir que tienes un complejo de madre. También podría decirte que es hora de dejarla marchar, porque eres un niño grande ahora."

Me río, porque se ve tan seria mientras me cuenta todo esto. "Y en este loco sueño de mí, donde el bosque es mi madre, ¿qué, puedo preguntar, estás haciendo tú en él?"

"Yo no estoy haciendo nada, porque te niegas a dejarme. Y te niegas porque me tienes miedo. Soy el agujero en tu alma. Soy lo que no sabes. Soy lo que crees que deberías temer y de lo que todas las buenas madres advierten a sus hijos. Pero confía en mí, Adam, hasta que me hayas aceptado, me hayas liberado dentro de ti, tu destino nunca te llevará de regreso a Elizabeth."

"¿Elizabeth? Pero está casada, probablemente tenga ya diez hijos."

"Estás siendo demasiado literal, y evasivo, creo."

Yo también lo creo... pero solo porque ella está rascando algo sensible, algo demasiado cercano al objetivo. Intento cambiar de tema: "Sube un rato a mi casa, ¿eh?"

"Adam, ¿con qué frecuencia hemos de discutir esto?"

"Sólo por hoy. Podrías... bañarte."

"¿Bañarme?"

"Si."

"¿Por qué? ¿Te gustaría verme desnuda? Puedo desvestirme ahora si lo deseas, pero creo que mis cadenas te parecerían feas."

"No. Eso no es..."

"¿Entonces qué?"

"Me complacería que te bañaras en mi casa, eso es todo. Haces que mi casa parezca... no tan vacía. Digna de vivir en ella. Imagino que podría vivir en cualquier lugar si tú también estuvieras allí."

Hay algo de triunfo en la sonrisa con la que ella recibe estas palabras. Pero también, como siempre, algo de la seductora. "Madre otra vez, Adam. ¿Has estado casado alguna vez? ¿Tu esposa también fue una madre para ti? ¿Te lavaba la ropa interior y te planchaba las camisas?"

"Está bien, está bien... capto el mensaje, pero creo que estás equivocada. Bueno, ¿dices que quieres servirme? ¿No es eso en sí mismo una cosa maternal? ¿No estarías empeorándome las cosas, complaciendo mi complejo al reforzarlo? "

"No. Un hombre no es dueño de su madre, Adam, más bien creo que es al revés. No, poseer un esclavo es también asumir la responsabilidad. El bosque te mantiene prisionero. Te disolverá de nuevo en la tierra como estas hojas muertas si lo dejas. Si deseas escapar, debes aceptar la necesidad de apropiarte de mí."

"Nunca podría *apropiarme* de ti, Lillian."

"¿Porque no quieres la responsabilidad?"

"Creo que he demostrado ser capaz de asumir responsabilidades. He estado casado durante veinte años, he visto dos hijos entrar en el mundo. No soy yo quien los rechazó a ellos. Ellos simplemente veían el mundo de manera diferente y me rechazaron a mí. No. Yo nunca podría apropiarme de ti porque sería indecente. Eso es todo."

"Sólo es indecente si la mujer no está dispuesta. Y yo estaría muy dispuesta para ti. ¿No te intriga la idea? ¿No te conmueve pensar que podrías ordenarme que hiciera *cualquier cosa*?"

"¿Te refieres al sexo? El sexo no me sirve de nada, Lillian. Soy como un hombre en el desierto. El sexo para mí estos días es como... abrir una botella de whisky cuando lo que se necesita es agua. El sexo es... insultante. Lo que necesito es amor. ¿Puedo ordenarte que me ames?"

"No, pero puedes ordenarme que confíe en ti, y lo haré con todo mi corazón. Para tener una oportunidad de amar, primero debes abrir tu corazón y confiar en *mí*. Te conozco. Tienes miedo de hacer eso. Después de todo, ¿qué hombre en su sano juicio se uniría a una mujer en mi posición? En verdad, sería una tontería de tu parte confiar, porque yo nunca podría ofrecerte un futuro que se extendiera mucho más allá de mañana, tal vez incluso menos. Quizá lo único que pueda ofrecerte es el *ahora*. Si lo que buscas es agua, Adam, debes confiar en que la encontrarás. Si eres demasiado cuidadoso con tu confianza, lo único que encontrarás es una botella de whisky tras otra."

Ella se levanta. "Gracias por la sopa," me dice. "Eres muy amable. Pero también muy cercano a tu confianza."

Capítulo 24

Hay pocos lugares que odio más que Londres. No estábamos destinados a vivir una vida de ciudad, pero hoy en día somos tantos en esta isla que no tenemos más remedio que reunirnos en estos lugares y compartir su suciedad y su ruido. Y las ciudades están engordando, derramando el verde restante para fusionarse en una vasta metrópoli. Me alegré de salir de Londres, de volver a mi tranquilo rincón del norte rural, decidido a no volver a poner un pie en una ciudad, y mucho menos en Londres. Pero dicen que nunca debes decir nunca.

Es la tercera tarde del Año Nuevo, y una molesta Sra. Crabtree ha recibido la orden de entrar en mi aula para llevarme al teléfono de la oficina de la escuela. Es Davinia. Davinia está en Londres. Suena extraña. "Revisa tu correo electrónico, Richard," me dice, pero hay un temblor en su voz y sé que no todo va bien.

"¿Davinia?"

"Hazlo ahora. Ayúdame."

Ella cuelga.

¿Acaba de decir ayúdame?

Regreso al aula, abro mi portátil y hay un mensaje enviado esta mañana:

"Hotel De Winter, Knightsbridge. HAB 304. ¿Ven a buscarme, Richard? ¡¡¡Por favor !!! D."

Es el recreo de la tarde. Los niños chillan en el patio, así que respondo: "¿Cuándo?"

Y ella responde al instante:

"¡¡¡Ahora. Por favor!!!"

Ella está sentada esperando. ¿Qué ha pasado? Digo: "Estoy en

camino."

Por supuesto, debo esperar hasta que termine el día escolar, otra hora agonizante, pero luego camino a casa tan rápido que me crujen las espinillas y, sin ninguna preparación, me subo al coche, escribo el nombre del hotel en el dispositivo de navegación, y salgo. Algo va muy mal.

Esto no es Davinia castigándome, ni probándome, ni tratándome como la suciedad bajo sus zapatos, y mucho menos atrayéndome a una sórdida cita en un hotel. Davinia no usa palabras como "Por favor" y "Ayúdame." ¿Y por qué llamarme por teléfono primero, solo para dirigirme a mi correo electrónico? ¿Por qué no me lo dice por teléfono directamente? Mantiene sus sentimientos en secreto. es por eso. No puedo escuchar la emoción en su voz en un correo electrónico. Y con Davinia, aunque su corazón se esté rompiendo, uno nunca debe ser consciente de que ella tiene un hueso emocional dentro del cuerpo.

Son las cuatro de la tarde. Londres está a seis horas de distancia. Intento no pensar en esto. No conduzco mucho estos días. Quince minutos aquí. Diez minutos allá. Aunque esto es diferente: totalmente negro en la M6 y en dirección Sur durante horas interminables. Es algo a lo que ya no estoy acostumbrado. Es como conducir hacia las profundidades del infierno. M6, M1, M25, horas y horas, un caleidoscopio de faros mesmerizantes y punzantes luces traseras. Cansancio. Dolor de cabeza. ¡Locura! ¡Sigue la voz en el *gizmo* de navegación! Haz los giros. No te pierdas por el camino.

Sigue.

Sigue.

¿Es esto Londres?

Luces.

Tráfico.

Tan lejos. Tan ajeno. ¿Es aquí donde ella quiere estar de verdad? ¡Dios la ayude! Londres no es un lugar agradable para los coches.

Entra y te cobrarán. Detente y te multarán, te aplastarán o te echarán la ley encima. El aparcamiento del Dewinter es subterráneo y solo para invitados. Los demás serán multados, aplastados o procesados. ¿Pero dónde si no dejo el coche? Las cámaras de seguridad parecen estar pegadas a cada pilar, leyendo números de matrícula, leyendo rostros, leyendo labios.

Aparco cerca de un ascensor y salgo, rígido, dolorido y mareado por la fatiga. Por supuesto, no puedo entrar al ascensor sin una tarjeta de invitado. Así que debo navegar por las escaleras hasta una puerta que tampoco se puede abrir sin una tarjeta de invitado. Así que camino por la rampa precaria, lo que hace que otro automóvil se desvíe y haga sonar la bocina. El conductor saca el dedo hacia mí. Él no me conoce. ¿Por qué cree que pretendo ofender? ¿Por qué me abusa? ¿Por qué Londres está siempre tan enojado y es tan grosero con sus visitantes?

El portero con chistera saluda, pero no lo leo como cortesía. Cree que estoy a punto de gastar quinientas libras en el B+B. Podría alquilar Durlleston durante un mes por menos de eso, y creo que es obsceno que sean estas las tarifas vigentes, obsceno que haya personas en mi país que todavía puedan y estén dispuestas a pagarlas. ¿No paga el Condado la factura por esto? ¡Ni siquiera los directores de escuela tienen tal margen de maniobra en sus gastos! Somos servidores públicos de primera línea. Ni consultores ni inspectorado de traje. ¡Somos escoria!

Es él, entonces. Él ha pagado por ello, ¿no? Ella se entregó a él. O prometió hacerlo. O él piensa que ella probablemente lo consienta, porque ella es solo una profesora de escuela de provincia con ideas por encima de su posición buscando meter la pierna por la puerta, mientras que él es un caballero urbano que busca una sórdida pierna y ninguna atadura.

Soy encantador en la recepción, pero la recepcionista es una hosca muñeca pintada y no está enamorada de mi corbata a media asta, sospecho yo, ni de mi barbilla sin afeitar y mi acento del Norte. Sí, sí, tengo un chip en el hombro. Pero esto es Londres. No merece mi magnanimidad.

"¿Señorita Barkwell, ha dicho?" Su acento es desdeñoso, vago. ¿Qué

más se supone que debo hacer? ¿Existe un código secreto? ¿Existe una etiqueta tácita? ¿Se supone que debo darle veinte libras?

"Está en la habitación 304. ¿Y usted es?"

Me estoy olvidando, no sirve ser tan pasivo en esta ciudad. "Llame a la habitación 304 y dígame a la Sra. Barkwell que el Sr. Hunter está en Recepción y espera sus órdenes."

Lenguaje extraño, pero el tono oficioso parece impulsar la mano de la muñeca hasta el teléfono. Luego me entregan un pase de invitado para el ascensor y, a las diez y media de la noche, entro en la habitación 304 y encuentro a Davinia con los ojos rojos y pálida, su magnificencia arrugada, como la seda arrugada de su blusa. Trato de no pensar en lo que esto significa y me distraigo pensando: quinientas libras la noche, ¿por esto?

No es una gran habitación. Pequeña, moderna, sin alma, sudorosa, sin aire, ruidosa con el aire acondicionado y el minibar. También tiene escrito "accidente de tren" por todas partes, y por toda ella. Ella viene hacia mí y me sorprende al rodearme el cuello con los brazos. Luego sostiene su cuerpo contra mí y respira despacio, agradecida. La siento tan ligera, tan frágil, tan fría y está temblando un poco. No me esperaba esto. ¿Cómo puede alguien tan pequeño ser tan formidable? Pero olvido que es el alma lo que nos llena, y la suya ha sido perforada.

"Gracias, Richard."

Debería preguntarle qué le pasa, pero no lo hago. Eso no me concierne. Ella me lo dirá si quiere, pero debería preguntar, ¿no? Acabo de conducir seis horas en la oscuridad, después del trabajo, para ir a buscarla, y pensarías que ella diría el porqué, pero no lo hace. Y no me importa. De hecho, en realidad no quiero saberlo.

"¿Tienes equipaje?"

Ella asiente.

"¿Tu coche?"

"Vine en tren."

"Cierto. ¿Y estás... bien?"

Ella no quiere llorar. Traga algo. Aprieta los dientes. Ella no va a llorar. Asiente lentamente.

"¿Necesitas un médico tal vez?"

Niega con la cabeza. Enfática: "Solo necesito... que alguien... me lleve a casa."

Cojo su bolsa, ella me sigue hasta el ascensor. Pulso la tecla del sótano y bajamos juntos. Ella está cerca de mí, pero lo único que pienso es en lo asustada que parece, lo lejos que ha caído desde la última vez que la vi. El terror de esa caída aún está en sus ojos.

No me atrevo a decirle que estoy demasiado cansado para conducir hasta casa. Suena egoísta por mi parte considerarlo siquiera. La puerta se abre al aparcamiento y la llevo hasta mi coche. Ella se acomoda en el asiento del pasajero, lo reclina un poco, gira la cabeza lejos de mí y se sumerge en sí misma. Me acerco, paso el cinturón por sus caderas y lo encajo en su lugar. Ella es tan delgada, tan vacía, tan perdida. Eso me sorprende. Quiero envolverla en un abrazo, consolarla, protegerla, pero ahora ella no registra mi presencia. Cualquier hombre sentiría lo mismo.

Conduzco hasta la rampa de salida, pero el camino está bloqueado por el brazo de una barrera de plástico y una luz me parpadea, ordenándome que inserte mi ficha o que pague una multa de cien libras. No tengo ninguna ficha. Pero tengo un coche que no me importa rayar y la barrera solo requiere un empujón antes de que se doble inútilmente. Luego estoy pulsando el botón de inicio en el dispositivo de navegación y una femenina voz inglesa, fría y tranquila, me dice que gire a la izquierda en el cruce.

Acabo de rescatar a Davinia. No sé de qué exactamente y ella no tiene intenciones de decírmelo. Sin embargo, mi imaginación es tan buena como la tuya y si alguna vez vuelvo a ver a Blinkhorn, no tendré tanta prisa por estrecharle la mano... pero estoy olvidando que él es un hombre que tarda en ofrecerla.

El tráfico aquí es siempre increíblemente rápido, denso y grosero. El

artilugio de navegación indica mis cambios de carril en el último minuto y nunca hay espacio para maniobrar, por lo que debo detenerme a esperar un hueco antes de poder cambiar de carril. Nadie cede nunca, por lo que este puede ser un proceso que requiere mucho tiempo, esperando una brecha lo suficientemente grande. El tráfico se atasca detrás de mí, los ánimos están deshilachados, suenan las bocinas y señalan dedos fálicos. Davinia devuelve la mirada, ojos en blanco, a estos simios incivilizados. ¿Esta gente quiere qué? ¿Castigar mi lentitud con sus penes? ¿O me están diciendo que soy un pene? Oh... ¡el mundo es un lugar tan extraño! Estoy mareado... y tan cansado.

Salgo de la Ciudad, tomo la M1 y conduzco hasta los primeros servicios, lo que hoy en día llaman London Gateway. Aquí me detengo, cierro los ojos y le murmuro a ella que debo descansar un rato. Ella no responde, y me recuerdo a mí mismo que me he equivocado al decirte que Londres sería aburrido; Londres puede ser muchas cosas, pero nunca es aburrido, independientemente de la temporada a la que uno esté sometido.

M1. M6. Cuánto odio esta cinta de carretera rugiente, este perpetuo transportador de muertos vivientes. Hago varias paradas en el camino, dando cabezadas durante media hora aquí, una hora allá. Una parada para ir al baño, otra parada para tomar café, otra parada para pastel de tocino, pero Davinia permanece inmóvil, acurrucada, con los ojos medio cerrados, sin decir nada, solo un medio asentimiento o un giro de cabeza en respuesta a mis preguntas, mis preguntas de si puedo comprarle algo, o si está bien. Por Newport Pagnell capto el mensaje, ella se ha metido en su caparazón y no va a salir.

Capítulo 25

Son las seis de la mañana cuando llegamos a Lancashire. Ha estado lloviendo constantemente durante cuatro horas y el mundo está pintado de negro. He estado conduciendo desde la hora del té del día anterior, toda la noche, y me siento muerto. Se acerca el cruce de Southport.

"¿El apartamento?" Le pregunto.

Ella me responde con un medio asentimiento. He adivinado correctamente que aquí es donde quiere estar. Es su escondite. Nadie más que yo sabe que lo posee. Pero de quién se esconde, yo solo puedo especular. Parece ridículo que Davinia fuera atraída a Londres por el placer irreflexivo de un sórdido político. Yo tenía mis sospechas, por supuesto, pero también imaginé que un caballero tan cortés le habría concedido al menos la pretensión de una seducción glamorosa, en lugar de simplemente consumirla de esta manera grotesca. Quizá Davinia había pensado lo mismo. Ella no merecía menos. Lo que recibí, por supuesto, no se lo merecía en absoluto.

Media hora más tarde, me detengo en el Paseo Marítimo, todavía un poco antes del amanecer, y levanto su maleta desde la parte de atrás, luego acompaño su figura espectral hacia la puerta.

"No viniste," murmura ella mientras busca a tientas su llave.

¿Qué? Oh... se refiere a su invitación antes de Navidad, supongo.
"No, no fui."

"Sabio," me dice. Y luego: "Nadie debe saber nunca nada de esto, Richard."

"Entiendo."

"Todavía estoy en Londres. En una conferencia. No estoy aquí."

"Entiendo, Davinia. Puedes confiar en mí."

"Sí..." parece desconcertada por esto, incluso sorprendida. "Sé que puedo. "

Se abre camino hacia adentro, enciende la luz. "Entra."

"No, necesito dormir. Aún me queda una hora antes de..."

"No puedes ir a trabajar hoy. No puedes conducir ni una milla más, primero debes dormir correctamente. Duerme aquí."

"Estoy bien, de verdad."

"Estás gris de fatiga. Solo duerme y solo... quédate conmigo, un rato. Respira el mismo aire que yo. Por favor." Ella me echa un vistazo. Está desesperada por no quedarse sola y esto es lo más cerca que jamás podrá decirme.

¿Respirar el mismo aire que Davinia? ¿Qué significa eso? Suena mucho a pertenecer, pero yo no le pertenezco. Ella no quiere estar sola por ahora, pero lo superará y luego ya no me necesitará más. Veo una chispa, un escalofrío, como si la sangre pudiera estar volviendo a su rostro, guiada allí por un recuerdo de una época anterior a lo que fuese que la había asustado. La comisura de su boca se contrae un poco, como si estuviera tratando de sonreír.

"Lo siento. De verdad no soy yo misma," me dice.

"Lo sé, pero eres fuerte y te encontrarás a ti misma de nuevo."

"¿Eso crees?"

"Por supuesto que lo harás."

"Pero ni siquiera sé si alguna vez fui alguien. ¿Qué hay que encontrar?"

"Tonterías. Cualquiera de nosotros puede decir lo mismo. Seguimos adelante. Eso es todo."

Todavía estoy en el pasillo. No estamos pensando: otros podrían estar escuchando o podríamos estar molestando para que no duerman. Ella mantiene abierta la puerta, dulzura en los ojos y me

hace señas para que entre una vez más.

"Por favor, Richard. Déjame hacerte café. Luego descansa un rato. Telefona a la buena de Crabby y dile que llegarás más tarde o algo así."

Así que, entro, porque no conozco este lado de ella, y aunque debería preocuparme que haya sido gravemente herida, estoy demasiado cansado para llegar a eso ahora, y todo lo que hay es esta fascinación semilúcida de un lado de ella que no he visto. Esta es Davinia bajo la máscara que usa. Y puede decir mi nombre con mucha dulzura cuando quiere.

El piso está amueblado ahora. Todavía es clínicamente limpio y moderno, todavía desconcertante con su brillo antinatural, y parece tan poco habitado que no puedo imaginar que ella pase mucho tiempo aquí. La cocina es de granito blanco y cromado y negro. Seguramente nunca se usa para algo tan mundano como cocinar. Ella arroja su abrigo sobre un taburete de la barra y hace café, lleva el suyo al cuarto de baño donde prepara un baño. Me dice que necesita remojarse un rato. Así que busco un lujoso sillón de cuero blanco junto a las cristaleras, me hundo en él y me bebo el café. Es fuerte y negro, recién molido y sorprendentemente bueno.

Todavía no hay indicios de luz del día. Estoy mirando mi propio reflejo en un espejo negro, pero más allá de él, en algún lugar se encuentra el mar y el cielo occidental. Normalmente, esta hora pintaría un cuadro lúgubre de cualquier habitación, pero el piso de Davinia devuelve el insulto de la realidad que se acerca y se aferra a su mística de glamour. Pase lo que pase, pienso, Davinia estará bien. Ella no es como yo, no es para ella el endeble escondite en el bosque y la elaboración de hierbas para evitar que sus brazos se le caigan de las mangas. Encontrará su camino y no tendrá miedo de pedir ayuda cuando crea que la necesita. ¿Píldoras? No hay problema, si ella cree que no había nada allí que los productos farmacéuticos pudieran borrar.

Me la imagino acurrucada aquí durante un fin de semana, sudada suavemente, mirando los Jardines Marítimos, el tráfico que pasa, las luces de la tarde y el sol poniente. No hay televisión. Esto no me sorprende, están tan anticuadas con sus telenovelas de pared a

pared y celebridad estos días, y no puedo imaginar que Davinia esté interesada en ninguna de ambas. ¿Entonces qué? ¿Quién es ella? No me gusta pensar en ella sola y solitaria, pero tampoco me gusta pensar en ella tan muerta por dentro que sea incapaz de sentirse sola. ¿Cuál será entonces, Richard?

Ni el café ni el amanecer que se acerca tienen ningún efecto sobre el eclipse cada vez más profundo de mi fatiga, y me voy en minutos, perdido en la negrura de un sueño bendito. Algo me despierta un poco antes de las nueve. ¿Culpabilidad quizá? Una premonición de la señora Crabtree consultando su reloj y haciendo una mueca con sus labios de culo de gato.

El cielo occidental ahora es gris y posee una suavidad de acuarela teñida de azul. Utilizo el teléfono de Davinia para llamar a la escuela, asegurándome de marcar primero el 141 para ocultar su número, luego le explico a Crabby que tengo problemas intestinales, pero que intentaré estar allí más tarde ese día.

Ella da un suspiro deliberado, como si estuviera disgustada conmigo, lo cual está, por llamar tan tarde y por atreverme a estar enfermo en primer lugar. No me gusta nada esta mujer, te la presentaré más tarde. De hecho, me complacería mucho ver a Davinia apuñalarla en el cuello con un tacón de aguja. Corto la llamada, cierro los ojos y el latido de mi corazón me mece de vuelta al sueño. El apartamento ya no me parece nada clínico. Es más un lienzo en blanco, ordenado, que no distrae. Cálido. Creo que está creciendo sobre mí.

La luz se ha endurecido cuando vuelvo en mí, acercándose esta vez al mediodía. Duermo con los ojos entornados, con los párpados bajos. Llevo así un tiempo y, por el rabillo del ojo, veo a Davinia sentada en un sofá, frente a mí.

Lleva un camisón azul oscuro, de raso y encaje, bajo una bata holgada de raso blanco con atrevidas flores lilas. el tirante de su camisón se ha deslizado hacia abajo. Veo su hombro y la curva de un pecho que termina donde la seda cuelga del pezón, revelando una media luna de suave aureola rosa, como un sol pálido que se sumerge en un mar que se oscurece.

La visión podría haber sido erótica, salvo por que también veo moretones en la suave carne de su cuello, como huellas dactilares de una mano con garras. Ella tiene las piernas dobladas bajo ella: uñas rojas de los pies, tobillos delgados. Su cabello está peinado y reluciente. Ella me esta mirando. Abro los ojos por completo para que sepa que estoy despierto. Ella se cubre el hombro y yo sonrío.

"Te ves más brillante," le digo.

Ella no responde, pero sigue mirándome, como si no me hubiera reconocido hasta ahora, y luego dice: "Eres muy amable pero me veo como... bueno..." no puede decirlo. Suspira. "Debes de estar preguntándote qué pasó, pero no quiero hablar de eso. Nunca."

"Entiendo."

"Es... cosa mía lidiar con ello a mi manera."

"Sí."

"No es que sea ingrata contigo... quiero decir... cualquiera tendría derecho a una explicación."

"No me debes una explicación, Davinia. No me debes nada."

"Aunque *estoy* agradecida contigo por venir. Tampoco es que esperara que vinieras, quiero decir, no después de la forma presuntuosa con la que te trato a veces... sólo que esperaba que pudieras... porque me has hecho creer que tú... bueno... piensas amablemente en mí. El caso es que, gracias, Richard."

"De nada, Davinia." Y luego: "Me voy a casa ahora. ¿Quieres que te llame más tarde?"

Ella niega con la cabeza. "Estaré bien, creo."

"Envíame un correo electrónico si necesitas algo. Revisaré mi bandeja de entrada con regularidad."

"Sería más fácil si tuvieras un teléfono."

"Sí, lo sé. Pero los dejé hace mucho tiempo."

"Sin teléfono residencial, sin móvil, eso no es natural."

"Algunos podrían decir eso. Pero tú me conoces, estoy manteniendo el mundo a raya, y hasta ahora no hay ninguna ley que diga que debo tener uno."

"Lo sé, pero me pregunto..."

"¿Qué?"

"Si sólo te estás escondiendo de la vida porque te mordió una vez, o si tienes miedo de que yo te llame y te pida que te unas a ella de nuevo."

"¡Ja! Yo solo estoy abriéndome camino lo mejor que puedo."

"No creo que lo estés. Puedes hacer más. ¿Crees que no veo a través de ti? Te burlas de la ambición, del éxito, del deseo de tomar el control. Crees que has visto la luz. Te llamas romántico, lo que sea que eso signifique. Piensas que todo es solo una cáscara hueca. Pero no lo es. Aquí es donde está sucediendo, Richard, no en un lugar misterioso dentro de tu cabeza. Esto es aquí y ahora. No estoy diciendo yo haya tenido éxito en las cosas, pero sigo creyendo que es posible tener poder sobre la vida de otras personas y ser feliz. Tú no lo crees porque te han dado una patada en las bolas, y eso es todo lo que hay en ello."

"La gente necesita un guía, Richard. No todo el mundo quiere liderar. Preferirían seguir y eso está bien, pero necesitan a alguien a quien seguir, y ese alguien soy yo. También podrías ser tú, si fuese eso lo que quisieras. ¿Liderazgo superficial y egoísta? Entonces no seas ese tipo de líder. Sé noble. Sé un líder de tipo paternal."

Me encojo de hombros descuidadamente, pero es una máscara. Sus palabras han tocado un nervio. Soy incapaz de paternidad. Obviamente. Recojo la chaqueta, luego me dirijo hacia la puerta, pero ella está de pie y trota hacia mí, como si tuviera miedo de haber herido mis sentimientos. Luego toma mi mano y presiona mis dedos con sus labios.

Estoy perplejo.

Davinia me ha besado.

"¿Te veré el domingo?"

"¿El domingo? Oh... ¿en la iglesia? Por supuesto."

No desprecio el liderazgo. Lo temo. No me contento con seguir, pero tampoco tengo el valor de liderar, así que me he retirado a los cínicos márgenes de la vida. Soy un fantasma, moviéndome a través de las tierras de las sombras, con miedo de hacer sentir mi presencia.

Conduzco de regreso a Marsden, aturdido. Estoy increíblemente cansado, sin afeitarse y huelo un poco. No puedo ir a la escuela así. Me detengo frente a la casa en Mill Lane y la miro, preguntándome quién vive en una casa así. ¿Soy yo? El viejo gris del señor Hunter, ¿o se trata de una pareja joven que empieza, como los cachondos de la puerta de al lado? Davinia tenía razón en una cosa: no pertenezco a esta casa. Hay algo falso en mi presencia. No volví a Marsden para esto. No volví para estar en Marsden en absoluto. Regresé para estar... en el bosque de Durlleston.

Capítulo 26

Ahora es febrero. El invierno es más frío, aunque no hemos tenido nada peor que algunas mañanas de heladas. Es la mitad de las vacaciones y estoy cómodo en el vivac al amanecer, una capa de niebla de solo unos centímetros de espesor envuelta por el bosque, uniforme a dos metros del suelo, una quietud mortal que lo impregna todo, penetrada solo por la caída ocasional de una hoja.

Tengo un fuego encendido y una tetera rugiendo en el hornillo.

Las cosas son como siempre han sido.

Davinia ha regresado a la escuela, fresca con palabras de moda, supuestamente extraídas de su conferencia. Las siglas impenetrables aparecen en las pizarras y los exhibidores del vestíbulo. Ella preside fríamente las reuniones del personal y atrae miradas sombrías de los demás cuando está de espaldas. Solo yo puedo ver que está más pálida, que su voz no es tan aguda, que sus ojos están medio vueltos hacia adentro para contemplar algo de lo que no quiere hablar.

Y los domingos ella viste caro y está impecablemente vestida para ir a la iglesia, igual que yo. Allí me siento una hora a su lado. Soy consciente, por supuesto, de que su apariencia es un caparazón, que la Davinia herida está agazapada en algún lugar debajo, que nunca la alcanzaré, que en cualquier caso lo más probable es que sea la dama de hielo de la que me engaño a mí mismo que estoy enamorado, y no quiero que la fantasía se haga añicos haciendo que ella se rompa en grandes sollozos. Si tan solo pudiera hacer eso, podría liberarme de mi apego, que todos sabemos que es estúpido y sin sentido.

Lo que me desconcierta es que ella persiste en la simulación: la señorita Barkwell y su secuaz, el señor Hunter, quienes representan la Escuela Primaria. Lo he oído mencionar recientemente, que la representamos bastante bien. Aunque más que esto, nuestro ejemplo ha tentado a las madres y a sus renuentes descendientes, desde los oscuros márgenes de la condenación secular, a aparecer en los bancos traseros. Los niños han comenzado a aumentar el número de

lo que había sido una escuela dominical cada vez más pequeña, para disgusto del querido anciano que enseña en ella, y había estado esperando dejarla.

O puede que simplemente sientan curiosidad. Es bien sabido que ahora Davinia y yo hemos almorzado, y el pueblo busca sentir por sí mismo, quizá, la tensión sexual entre nosotros. Confío en que estén tan decepcionados como yo. Aún así, todo eso está a punto de cambiar y yo les voy a dar algo de qué hablar.

La tetera burbujea. Justo a tiempo. Lillian no está pisando tan hábilmente esta mañana. La escucho venir a cien metros de distancia. Parece ansiosa, echando pequeñas miradas hacia atrás, como si temiera la mira del cazador sobre ella. Me preparo con dos cuencos en los que ahora vaporiza un té dulce y lácteo, uno para ella y otro para mí. Ella lo va a necesitar.

Se deja caer, sin aliento, junto al fuego, tiritando. Su cabello está mojado y colgando en mechones como colas de rata. Su ropa también está mojada, aunque no usa mucha, solo un camisón de franela rosa empapado y que se pega a sus muslos. Me pregunto si usa algo más atractivo cuando su amo-dueño-amante viene a llamar. Pero todo eso ya ha terminado para ella, así que la pregunta es académica.

"Te has levantado temprano," le digo.

Se abraza para protegerse del frío y asiente, tose un poco y me preocupa que vuelva a estar enferma. "Me molestaron en la casa. Yo... yo... pensé que era él."

"Ah. Pero ¿no lo fue?"

"No. Eran extraños. Dos hombres. Tenían una camioneta. Pensé que vendrían a por mí, pero por la forma en que se agrupaban estoy segura de que pensaban que la casa estaba vacía. Eran... ¿carpinteros? ¡Cambiano las cerraduras! No lo sé. ¡Todavía no ha pagado el alquiler! ¡Sabía que llegaría esto! Nos han echado."

"Bueno, le han echado a él. Tú no existes, ¿recuerdas?"

Está asustada, pero ella misma se lo ha buscado. De hecho, esto es exactamente lo que ha estado pidiendo y me tomo un momento para estudiarla. Hasta ahora, he tenido la sensación de que tiene el control total de su situación, excepto por los medios para lograr su libertad, por supuesto. Pero su esclavitud la ha vuelto ingeniosa y tortuosa, la diferencia entre la verdad y la ficción de su existencia es un área muy gris. Sólo ahora la veo genuinamente insegura, genuinamente asustada. Es su vulnerabilidad lo que estoy tratando de confirmar. Está ahí en su mirada perseguida y lamento haber dudado alguna vez, pero a pesar de todo eso, queda un lado de ella que es calculador. Cualquiera en su situación sería igual y haría bien en ser siempre consciente de ello.

"¿Has escapado entonces?" Pregunto.

"Por la ventana trasera. Nadie me vio, pero tuve que atravesar el río. Estoy empapada... y congelada."

"Te han dado un susto. Lo entiendo. Te estaba esperando, en realidad. Calientate. Toma, te he preparado un poco de té."

Mientras le ofrezco el cuenco, puedo ver por la mirada en sus ojos que lo último que tiene en mente es el té. Son amplios y suplicantes. "¡No sé qué hacer! Esto... esto lo cambia todo."

"Bueno, siempre puedes entregarte a las autoridades. Si no has cometido ningún delito, lo peor que puedes esperar es ser deportada. Puedo acompañarte a la comisaría de policía si lo deseas."

"Ya sabes que no puedo hacer eso."

"¿En serio? Yo ya no veo el atractivo en mi país. No es exactamente el lugar que solía ser, ¿sabes?"

Ella me mira sombríamente. "No has visto lo peor del mundo," dice, "o sabrías lo afortunado que eres." Y luego, con curiosidad: "Estás diferente esta mañana."

"¿Chaqueta nueva?"

"No... otra cosa. ¿estás bien?"

Ella está empapada, tiritando en el frío de una mañana de invierno, y me pregunta a mí si estoy bien.

"Creo que sí."

Ella no me cree. "¿Estás tomando píldoras?"

Me río. "No."

"¿Bebiendo entonces?"

"No."

Ella ha leído algo en mí y está perpleja. Tiene razón en ser cautelosa. He cambiado. "Lillian, ¿puedo preguntarte algo? Si yo supiera dónde está y pudiera ponerte en contacto con él, ¿querrías que lo hiciera?"

"¿Qué?" Ella niega con la cabeza. "No, no me acercaré a él si tengo otra opción. ¿Qué estás diciendo? ¿Que sabes dónde está?"

"¿Y no hay nada de naturaleza emocional entre vosotros dos? ¿Tú solo brindas una especie de... servicio?"

Estoy siendo cruel, pero no innecesariamente. Por supuesto que hay algo entre ellos, de hecho, me hacen creer que tales relaciones pueden ser emocionalmente abrumadoras, pero necesito comprender la profundidad y la amplitud de esta, no por nada de lo que ella dice, porque estoy seguro de que es una mentirosa competente, sino más bien por la mirada en sus ojos cuando lo dice.

"Yo soy su posesión. Él es dueño de mí. No hay nada entre nosotros, Adam, ¿qué es esto? Pensé que lo entendías."

Esto no está ayudando y soy consciente de que solo aumenta su angustia. "Lo siento, Lillian. No sé dónde está. No quise dar la impresión de que sí. Pero tú *sí* tienes una opción ahora."

"¿Qué estás diciendo, Adam?"

"Dales una hora a los carpinteros y luego vuelva a entrar en la casa por donde saliste. No creo que se hayan dado cuenta de una

ventana abierta."

Esto no le parece una gran elección. "¿Cómo voy a volver?"

"Por lo general, supongo que no sería prudente. Pero en este caso, sospecho que el nuevo inquilino de la Cabaña de Durlleston no se preocupará mucho de que estés allí."

Me mira fijamente con la boca abierta y luego dice: "¿Tú?"

"Recojo las llaves esta tarde."

Ella baja los ojos, engulle algo, se cubre con una máscara porque no puede dejarme ver la expresión de su rostro. Aunque yo ya lo he visto y no es ni gratitud ni alivio, más bien es una especie de triunfo, que quizá sea peligroso pero con el que estoy dispuesto a vivir.

"Entonces te pertenezco a ti ahora." dice casi con orgullo.

"No exactamente. Todavía no."

Le toma un momento pensar en esto. Ella frunce el ceño. "No estás contento con esto, Adam."

"Hay una inevitabilidad en ello, Lillian, así que no importa si estoy contento por esto o no."

"Eres muy extraño, ¿sabes?"

"Sí... tú también. Pero sería un error que pensaras que no tengo ningún propósito en lo que estoy haciendo. Un error también es creer que no sospecho que tú tienes un propósito muy propio, un propósito que sin duda pretendes ocultarme."

Ella asiente. "No cometeré ese error, Adam."

Ahora me mira con torpeza, sin palabras, como si esperara algo más. Ella se pasa el dedo especulativamente bajo el cuello.

"¿Puedo cortarte eso?" Le pregunto.

Ella asiente con entusiasmo.

"No estoy seguro de cómo se supone que deben ir estas cosas. ¿Quizá esperas algún tipo de ritual?"

Ella se encoge de hombros. "Si te gusta."

"Bueno." Tomo aire, luego me dirijo a ella más secamente de lo que estoy acostumbrado a hablar con nadie. "Ponte en pie, por favor."

Ella obedece enseguida, y me asombra porque como profesor estoy acostumbrado a la sensación de que nadie me está escuchando, y mucho menos haciendo lo que digo. Se me ha dado un vistazo a su mundo y me pregunto hasta qué punto puedo dominarla, y aún espero tan tonta obediencia. ¿Realmente haría ella algo? ¿Cualquier cosa?

Huelo la tierra y las hojas muertas de hace mucho tiempo, y el humo de leña, y veo a esta criatura húmeda y asustada parada sumisamente ante mí, su destino en mis manos. Y aunque tiembla de frío esta mañana de febrero, le digo: "Quítate la ropa."

Ella levanta el dobladillo empapado de su camisón, se lo quita por la cabeza para revelar un cuerpo color marrón dorado lastimosamente delgado, con senos pequeños, puntiagudos y de cumbres oscuras. Luego veo las tobilleras negras, las muñequeras negras y unas bragas finas y baratas.

"Toda la ropa," le digo.

Sin un murmullo, ella se baja las bragas.

"Ahora tíralas al fuego. También el camisón."

Ella obedece y sus cosas húmedas chisporrotean al desprender vapor, y el fuego las consume. Su entrepierna está bien afeitada, supongo que a él le agrada, y allí está la cadena que cuelga de su collar tachonado, cayendo verticalmente, entre sus pechos, colgando sobre la circunferencia de su vientre, terminando en la argolla de acero que golpea en su pubis. También hay un gran adorno plateado para el clítoris que brilla en sus íntimos pliegues.

"¿Es suyo ese *piercing*?"

Ella asiente.

"Entonces quítatelo y tíralo."

Suavemente, libera el anillo y lo arroja al bosque.

"Ahora quédate quieta."

Saco el cuchillo del bolsillo, el cuchillo de podar curvo que he afilado hasta una cuchilla en preparación para este momento, y me acerco a ella. Ella no se mueve y mantiene los ojos apartados de los míos. Ella huele a río y a tierra, y está caliente cuando mi dedo se desliza por debajo de su cuello para abrir un hueco. Ella cierra los ojos y toma aire. El cuello y las esposas están remachados juntos, y no puedo más que asombrarme del ritual que esto debe haber involucrado, esta esclavitud simbólica, pero se separan a cuchillo con bastante facilidad. La cadena cae con un pesado eco sordo, entonces tomo sus muñecas.

Las esposas se abren y caen. Luego me muevo para arrodillarme, para poder cortar las correas de los tobillos, pero ella me dice que no puedo arrodillarme ante ella, así que la hago sentarse en las hojas y el barro, luego tomo cada pie y lo levanto para poder llegar a las correas sin comprometer las reglas con las que ella se ha familiarizado. Finalmente sus tobillos están libres y ella está apropiadamente desnuda—su piel ahora fundida con la tierra—y le digo que se levante y camine conmigo.

Ella se mueve silenciosamente, de modo que de vez en cuando debo darme la vuelta y comprobar que sigue ahí. Eventualmente llegamos al río. El Rye tiene normalmente poco más de un pie de profundidad, fácilmente vadeable en Wellingtons, pero de vez en cuando se sumerge en una poza profunda, lo bastante profunda como para nadar, y estos lugares antaño fueron bien conocidos por los niños de Marsden. Pero hoy en día los niños se sientan en sus habitaciones con los ojos pegados a un monitor de televisión, y estos lugares, como la tradición del bosque, se han olvidado. Estamos junto a la orilla del río, donde una cornisa de roca oleosa se adentra en diagonal hacia el río.

"Ve adentro," le digo. "Estará fría, me temo."

Esto es cruel, lo sé, pero ninguno de nosotros tiene nada que decir al respecto ahora. A los dos nos manda algo que ninguno de los dos comprende, algo que se puso en marcha el primer día en que la vi espiándome.

Con cautela, tantea su camino a lo largo de la oleosa cornisa de la roca, luego se lanza y se hunde con un grito ante el brutal impacto del agua. Sale a la superficie, temblando y jadeando, pero también riendo, y mientras se aclimata y comienza a nadar un poco. Dejo mi propia ropa en el banco y salto tras ella.

El impacto me ciega, me deja indefenso en su agarre aplastante, y me cuesta moverme, incluso respirar. Es demasiado lo que estoy pensando: era más joven la última vez que hice esto, y ahora soy demasiado mayor para soportarlo, y no es temporada para nadar en el Rye. Pero poco a poco consigo sacar aire y, aunque sé que estoy bastante loco, empiezo torpemente a nadar, a sumergirme en las turbias aguas marrones, a asimilarla por los poros y sumergirme aún más en las energías del bosque y en esta curva secreta del Rye. Ella me está mirando, interrogativa, le castañean los dientes, respiraciones breves, cortantes y temblorosas, pero parece feliz, parece viva. No hay en ella la misma sumisión de ojos apagados y ahora puede encontrar mi mirada sin apartarse por reflejo.

"Estás chiflado," me dice. "¡CHIIIII!! ¡FLAAAAAA! ¡DOOOOO! ¡Ay! ¡HACE F-F-F-FRÍO!"

Nos levantamos juntos, chorreando sobre el río. Ella entiende que esto ha sido algo más que simplemente quitar el olor de él, o yo no habría sentido la necesidad de entrar en el río. Y mientras estamos allí, el aire que antes parecía repulsivo en su frialdad, ahora parece eléctrico y cálido en nuestra piel. Ella se sube a la cornisa de la roca, un delicado acto de equilibrio, femenino y ligero. Luego le pido que se quede quieta y me mire a los ojos. Y cuando mira, sé que no ve a su amo en mí, que los dos hemos renacido, los dos ahora somos hijos del bosque Durlleston. Tengo la cadena que una vez ella llevó alrededor de su cuello y, como gesto de despedida, la arrojo al río. El Rye acepta la ofrenda y el desafío.

"Nos vamos a morir de frío," dice.

Pero sospecho que ambos fuimos a ese lugar en particular hace mucho tiempo.

Capítulo 27

Desciendo hasta la casa al caer la noche con solo un saco de dormir y una muda de ropa en una mochila. No llevo el coche, prefiero esperar hasta que amanezca antes de pasar por el sendero por primera vez. Todavía tengo un mes para ejecutar el contrato de arrendamiento de la casa en Marsh Lane, por lo que hay tiempo para entrar con cautela en la Cabaña de Durlleston y en presencia de Lillian.

Encontré al agente de alquiler en una rancia oficina de Middleton, un cuartucho encima del de un abogado. La Cabaña de Durlleston había sido una espina clavada en su costado durante años. Era imposible de volver a alquilar, por ser demasiado remota, demasiado tosca y demasiado solitaria para el gusto moderno. La soledad y la lejanía tienen sus atractivos, pero solo si cuentan con calefacción central, recepción vía satélite y conexión de fibra óptica de banda ancha. La casa necesitaba modernización, pero ahora no era el momento de invertir en propiedades, especialmente cuando esa inversión probablemente implicaba demolición y reconstrucción. Y el inquilino era difícil, esquivo, sospechosamente duro e intimidante. Y luego este tonto entra con una mirada soñadora y dinero para gastar, incluso ofreciéndose para cubrir los atrasos, si puede mudarse de inmediato.

La oscuridad de Durlleston por la noche es difícil de describir. La negrura tendrá que bastar. Es peligroso: un sendero desigual lleno de piedras, raíces de árboles y ramas invisibles hasta el último momento. Me muevo más en mi imaginación que a través de un paisaje de realidad tangible. También hay un olor industrial desconocido: humo de leña, papel, plástico, productos químicos. Ella ha estado quemando cosas.

Por fin veo el resplandor ámbar e imagino que son los restos de una hoguera, pero no... ella ha encendido una lámpara y la ha colocado en el rellano. Esta me guía hasta la puerta principal, donde meto la llave en la cerradura y entro.

"¿Lillian? Soy yo."

"Aquí dentro, Adam."

Sus ojos son lo más brillante de la sala de estar. El brillo cereza del quemador de leña es apagado en comparación con el brillo halógeno de esos ojos. Ella está sentada en un cojín, acurrucada en medio del suelo, y parece llevar una sábana de satén color marfil que se envuelve sobre sí misma como un sari. Esto le da una apariencia extraña y mítica. Yo le entrego un trozo de cadena con llaves adjuntas.

"Esta es la única cadena que te daré."

Ella toma la cadena con sus llaves y se la cuelga pasándola sobre la cabeza. "Gracias," dice ella.

"Escucha, debemos tener claro esto. Ahora eres libre. Si él viene a por ti, trataré de protegerte. Si necesitas dinero, tengo un poco. No tengas miedo de pedírmelo. Pero no espero nada de ti a cambio. No es eso a lo que he venido aquí. Duermes donde lo hacías antes y yo dormiré en cualquier habitación que quede libre."

"De acuerdo."

"Tampoco debes temer que te vaya a traicionar a las autoridades. Pero si te encuentran, debes entender que no podré protegerte de ellas. Yo no soy nada en este país. No tengo... influencia."

"Entiendo. No tengo miedo de ellos, ni de él."

"Una mujer que vive sola... se va a hablar de ella. Sabemos que te han visto. Pero como esposa, novia o bien de un hombre, eres más fácil de explicar en la mente de las personas. Así es la historia que contaré si alguien me pregunta, ¿de acuerdo? Aunque debes confiar en mí cuando digo que no siento eso por ti."

"¿De qué manera no sientes eso por mí? ¿Esposa, novia o bien?"

"Eso son sólo etiquetas. Dejemos que otros las elijan. Mientras tanto, seamos nosotros mismos."

"¿Que es?"

"¿Hmm?"

"¿Qué somos nosotros mismos, por favor?"

"Descubramos eso a medida que avancemos, ¿de acuerdo?"

Un hombre es más fácil de controlar por una mujer cuando está ligado por el sexo a ella, y me pregunto si ella está pensando en ello. Pero yo no he venido a hacerle el amor. He venido a vivir aquí.

"De acuerdo, Adam. Pero soy tu esclava ahora. Me agrada pensar de esa manera. ¿Entiendes? No debes tener miedo de ordenarme, como... como lo hiciste esta tarde."

"Entonces quítate esa sábana que estás llenando y abre las piernas para mí."

Parpadea, tal vez no se esperaba esto, pero busca el extremo de la sábana para desenvolverla. Es reluciente, creo, pero no me deja verlo. ¿Qué es esto? ¿Me agradecería ser tu esclava, Adam, pero no me ordenes que lo sea?

"De acuerdo. Puedes parar."

"¿Adam?"

"¿No lo ves? Esto no es lo que quiero. Si me aprovechara de ti, no sería mejor que los bastardos que te condujeron a esta trampa en primer lugar."

"Pero no te estarías aprovechando de mí. Sería un placer. Tuyo y mío."

"Entonces, ¿por qué dudabas hace un momento ?"

"¿Lo hice? Perdóname, Adam... yo... me tomaste un poco por sorpresa, eso es todo. Pero si no es eso, entonces ¿qué quieres de mí? Es un riesgo para ti. ¿Por qué estás tú aquí?"

"Redención por hechos pasados."

"¿Eso es nuevo? No había escuchado eso antes."

Ella se acerca de repente. Por un momento creo que está siendo tierna, pero hay algo urgente en la forma en que sus dedos se clavan en mi brazo. "He visto una luz," dice.

"¿Qué?"

"Hay un coche bajando por la pista. Estoy segura."

"Yo no he visto nada."

Ella se pone de pie y se acerca a la ventana, pero solo hay un reflejo de sí misma en ella. Luego ve un destello reflejado contra los árboles, bastante débil, pero tiene razón: hay un automóvil acercándose a la casa.

"Él viene hacia aquí," dice ella.

"Puede que no sea él."

"¿Quién más podría ser a estas horas? Nadie conduce aquí abajo... nunca."

"La agencia de arrendamiento debe de haberle escrito; quizá haya venido a buscar sus pertenencias."

"No hay nada aquí. Él no deja nada, ningún rastro de sí mismo... sólo a mí."

"Entonces ha venido por ti."

"Pero yo ya no soy suya."

"Aún tenemos que explicarle esa parte."

"Él ya no existe para mí. Lo siento mucho, Adam. No esperaba esto. Pensé que podríamos haber tenido al menos esta noche."

"Ya está hecho, ¿hay algún arma que pueda usar? ¿Un palo quizá?"

"Tengo un cuchillo de cocina."

"Bueno, eso quizá sea un poco exagerado, mira, no importa. Quizá sea razonable." Pero conociéndolo como lo conozco, lo dudo mucho. "Hablaré con él..."

"Sí." Ella me aprieta el brazo. "Pero no corras riesgos con él. Él podría suponer que me he escapado. Déjale que lo crea."

"¿Y si sabe que no lo has hecho, que todavía estás aquí?"

"Entonces se va enfadar mucho. Pero él no me tomará, Adam."

Capítulo 28

Menos mal que no salgo blandiendo nada ni remotamente parecido a un arma. Mi visitante viste un mono de granjero y botas de agua. No puedo distinguir su coche, pero es pequeño, creo que es un viejo jeep Suzuki. Es William. Las noticias viajan rápido y ha venido a estrecharme la mano, darme la bienvenida y descubrir qué demonios cree que está haciendo un hombre de palmas blandas como el señor Richard Hunter alquilando un lugar viejo y rudo como este.

Le invito a pasar, mi inmenso alivio traducido quizá en exceso de familiaridad, pero él se disculpa por el estiércol en su mono. "Solo he pasado a dar la bienvenida," dice. Él estaba revisando las zanjas en su prado superior, explica, y estaba a solo unos minutos de distancia, por lo que pensó en bajar y saludar. Esto es mentira, por supuesto. Solo está siendo entrometido. "Lo encontrará un poco tranquilo aquí abajo, pero yo estoy a sólo una milla por la carretera si necesita algo."

"Es muy amable de tu parte, agradezco la visita."

"¿Hay mucha madera en el cobertizo?"

"No lo he comprobado todavía, esta es mi primera noche, ¿sabes? ¿Estás seguro de que no quieres entrar?"

"No... está bien, gracias. Puedo dejarle algo de madera si quiere... ponerle en marcha."

"Te lo agradecería... gracias."

"No es mal lugar este, lo único que siempre necesitó fue un poco de limpieza."

Ya hemos hablado de esto antes. Es medianoche. ¿Qué es lo que quiere?

"Sí... planeo hacer eso."

"Ese otro tipo. No se sorprenda si encuentra un alijo de drogas o armas o de eso." William se ríe. Me entusiasma su buen carácter, a pesar de su curiosidad.

"Será mejor que tenga cuidado entonces," le digo.

"¿Está solo aquí abajo, no?"

Ah, ahora estamos llegando a eso. "Em... bueno... menos solo, ¿eh?"
Le guiño un ojo.

Él se toca la nariz y asiente con complicidad. De hombre a hombre, más o menos, lo que significa que se lo contará a su esposa antes de la hora de la cena y mañana estará por todo el pueblo: ¡el señor Hunter vive con una mujer en la Cabaña de Durlleston y enseña en una escuela de la *iglesia* y todo! Habrá recorridos por el bosque, todo Marsden se quedará boquiabierto y se maravillará de tal audacia.

Pensarán que soy un viejo idiota, y cuando se den cuenta de los orígenes orientales de Lillian, asumirán que es una novia de Internet o algo así. Es un riesgo, por supuesto, pero esto es Inglaterra y nadie pensará en pedirle los papeles, al menos no hasta que el ayuntamiento envíe sus formularios de registro anual. Mentiré, por supuesto. Puede que me salga con la mía durante uno o dos años, pero eventualmente nos descubrirán. Me sorprende que en realidad no me importe nada de esto. Ya me he dado cuenta de que con Lillian no hay mañanas.

"¿No va a padecer?," pregunta él. "Quiero decir, ¿sin un ordenador? Pensé que todo se hacía en ordenadores estos días, ¿incluso enseñar?"

"Bueno... me han dicho que hay suficiente electricidad para hacer funcionar un ordenador. Me atrevo a decir que me las arreglaré."

"La mejor de las suertes entonces..."

Cuando vuelvo a entrar, ella ya no está en la sala de estar. La llamo por su nombre y ella responde desde arriba, así que subo los escalones y la encuentro sentada con las piernas cruzadas en la

hamaca, con un cuchillo de cocina en las manos. La sábana está debajo de ella, está desnuda y es hermosa, pero encuentro esto inquietante. ¿Y si hubiera sido él? ¿Quería cortarse las venas tranquilamente?

La hamaca se balancea suavemente bajo su peso y ella parece suspenderse en el aire mientras toca la hoja con el pulgar. Una media luna brillante se ha deslizado desde debajo de las mantas azul medianoche y arroja una luz plateada y fría a través de las ventanas sin cortinas. No hay expresión de alarma en sus ojos.. ni alivio.

"¿No era él entonces?" me pregunta. Suelta el cuchillo, por lo que este cae al suelo traqueteando. Hay sangre fría en ella.

"Era William, vino a echar un vistazo. Le he dicho que no estoy solo aquí."

"Te has comprometido entonces... conmigo."

"Eso parece."

"No tengo miedo, Adam."

"Deberíamos ser discretos de todos modos. Pronto se olvidarán de nosotros."

"Eso no importa. Estoy feliz. Ahora tendremos al menos esta noche."

"Lillian, no quiero acostarme contigo."

Ella sonrío. "Sí que quieres. No hay ningún otro lugar, no hay habitación libre. De todos modos, no pasa nada, siempre hemos sido amantes, Adam."

"Ya has dicho eso antes. No lo entendí entonces y no lo entiendo ahora."

"Ves algo en mí, algo de incluso antes de que nacióramos."

"Ya tengo una mujer, Lillian."

Ella sonríe. " Tu novia otra vez? Hmm.  Qu  va a decir ella de todo esto? Me pregunto. Pero ella no es tu amante, Adam. Y de todos modos, t  no la *tienes*." Se recuesta en la hamaca, apoya la cabeza en una mano y me sonríe. "Hay un edredón en la caja. No lo quem  todo. Perdóname. Tr elo. Acuéstate conmigo. Esta es tu cama, yo soy tu sierva y solo la calentar  para ti."

" Sierva? Pareces más el ama aquí, Lillian."

"Entonces ord name.  Ves? No puedes. Primero debo enseñarte a darme órdenes."

" No has tenido suficiente... sexo en esta casa?"

"Sí. Y la casa llora por mí. Pero ahora me trae un hombre que quiere ser mi amante. Adam, aquí no hay futuro. Ambos lo sabemos. Puede que ni siquiera haya un mañana. Lo  nico que tenemos es el ahora. Ya no necesitas sentarte en tu tienda en el bosque.  No has tenido ya suficientes decepciones?  Mujeres que te rechazan, te malinterpretan, mujeres como tu novia que ni siquiera sabe tu nombre? Yo no será tan decepcionante para ti. Con tan solo orden rmelo."

Saco el edredón de la caja y se lo lanzo encima. Ella se ríe y mueve la cabeza para liberarla. La hamaca se mece suavemente y en la oscuridad produce una sensación de vértigo, como si fuese la habitación la que se mueve, mientras ella permanece quieta.

"A veces, Lillian, hablas demasiado."

" S ?"

" Aguantar  ese chisme a los dos?"

Ella asiente y yo me desvisto mientras ella mira, y luego, con mucho cuidado, me acomodo a su lado. No estoy preparado para el impacto de su tacto. Ella es, de pies a cabeza, un bálsamo de calidez y suavidad y tersura. "Cuando dijiste acostarnos juntos, supongo que no hay posibilidad de que en realidad quisieras decir estar acostados juntos."

"No seas tonto, Adam."

Se dobla a mi alrededor, apoya la cabeza en mi pecho, desliza su pierna sobre mi estómago, sujetándose cómodamente a su lado. Escucho los labios húmedos separarse y giro la cabeza para encontrarme con su beso. Ella inhala profundamente, luego exhala y, con la muerte de su exhalación, comienza a hacer el amor.

Comienza en su vientre, un movimiento lento y circular, en espiral hacia arriba y entrelazándonos a ambos de ternura. Se oye el crujido de la hamaca mientras nos mece y el sonido del Rye lamiendo suavemente fuera de la ventana, y Lillian gimiendo mientras se deshace de años de mi soledad y abandono. Requiere horas, pero se abre camino dentro de mí hasta un lugar húmedo y resbaladizo, donde ella me hace creer de verdad que siempre la he amado.

Con una mezcla de vergüenza y anhelo, le ofrezco mi sexo y ella se recuesta, aceptándolo profundamente, agradecida, cariñosa, agarrándose y guiando mi lujuria para que esta golpee el yunque de su propia excitación. Su clímax es el clamor de un recuerdo, de una época en la que amar era una cosa suave, y el mío es un gemido que seguramente nunca antes había conocido tanta ternura como esta, y que tener a esta mujer completa una parte de mí que yo ni siquiera sabía que me faltaba.

Capítulo 29

Ha quemado cada puntada de su ropa. Encuentro sus restos en la hoguera que ha hecho en el jardín trasero. Ahora solo quedan fragmentos calcinados. Reconozco trozos del vestido que llevaba cuando se presentó por primera vez ese día junto al haya. También hay hebillas ennegrecidas, trozos de cuero, cadenas, plástico: las suelas de los zapatos, ahora frías, mojadas por la lluvia durante la noche, y todo flotando de una niebla escalofriante. Estoy impresionado por la fuerza de su determinación, pero ahora esto nos presenta un problema muy particular.

Ella está detrás de mí mientras contemplo el significado en el patrón de estas cosas. Está desnuda y con la piel de gallina, aunque se mantiene en una pose digna que desafía la incomodidad. No ha escapado a mi espeluznante imaginación que podría tomar posesión de ella ahora, vestirla como mi propio maniquí sumiso, elegir el tipo de ropa interior con el que me gustaría verla, el estilo de su ropa, diseñar la apariencia a la que me gustaría hacerle el amor. Sin duda, hay algo erótico en estos pensamientos, pero me recuerdo a mí mismo que he venido a liberarla y, al hacerlo, liberar una parte de mí.

"Puedo prestarte unos pantalones y una camisa," le digo. "Luego daremos un paseo por la ciudad esta tarde y podrás comprar ropa nueva."

"No tengo dinero, Adam."

"Yo te daré el dinero. Ya te lo he dicho. Entiende que el dinero no significa nada para mí. No tienes la obligación de devolverlo, no tienes ninguna obligación conmigo. Yo podría quemar cada centavo que tengo tan fácilmente como tú has quemado estas cosas de aquí."

"Entonces te doy las gracias. No voy a... aprovecharme de tu generosidad."

"No me lo agradezcas. No me debes nada. Es un misterio por qué estamos juntos. Pero lo estamos. Y eso es todo."

Ella parece abatida. "¿No estás muy complacido conmigo esta mañana?"

Yo aparto la mirada. Estoy hablando de asuntos prácticos con una especie de voz práctica. Me ha mostrado tanta calidez y tengo miedo de perderla... miedo de que nunca haya otra noche como la de anoche. Ella me ha tocado muy profundamente. Pero hay una oscuridad en eso, en ella, un peligro en su tacto. ¿No ha sido siempre así?

Extiendo mi brazo hacia ella y ella se agacha para ponerse debajo. Al principio parece como si estuviera temblando, pero noto que está llorando. Entonces yo también lloro. No sé qué significa esto.

"No dejaré que nada te haga daño. ¿Entiendes?"

"Sí... Sí..."

Ambos sabemos que mis palabras son bien intencionadas, pero por lo demás, vacías.

Por la tarde me encuentro en el mercado de Middleton con una mujer tranquila con ropa holgada y zapatillas de deporte que obviamente son demasiado grandes para ella. Pero a pesar de todo eso, llamamos muy poca atención. Middleton se ha empobrecido y hay otros que parecen incluso más desaliñados que nosotros.

Ya sabes que no me gustan las ciudades y me encuentro paranoico y desconcertado por el nivel de vigilancia con cámaras. No hay ningún lugar, ni siquiera en una tranquila ciudad de provincias donde uno pueda ir estos días sin estar a la vista de alguna autoridad invisible, sin embargo, estos mirones tuertos vigilan valores que no tienen sentido, vigilan una ciudad que no se hace más próspera, sino cada vez más flaca y en mal estado. Son para nuestro propio bien, nuestra protección, pero nuestras ciudades son más peligrosas ahora que nunca. Las cámaras barren inútilmente las paredes arrasadas de grafitis y alumbran con su ceguera rincones de calles inmundas de basura.

Y a pesar de su eficiencia robótica, al parecer son incapaces de frenar la marea de pequeños asaltos, atracos y vandalismo

degradante. Quizá estos crímenes se consideran poco importantes en la actualidad y ya no justifican la intervención de ninguna autoridad genuina. Es Lillian quien es el enemigo más peligroso: su misterio, su *otrocidad* debe ser negada a toda costa.

Hay menos cámaras oteando el mercado cubierto. Aquí estamos intermitentemente oscurecidos esta tarde húmeda y llovizna, bajo los toldos chorreantes de sus ruinosos puestos.

No me interesa lo que ella elige, simplemente le doy el dinero y miro desde la distancia mientras ella explora los puestos. Antaño ella fue una rueda inteligente que giraba en la maquinaria de nuestra capital, ahora ha sido reducida a la condición de fugitiva. Mi dinero es limpio y compra ropa limpia. El de él era inmundo. Ella desaparece brevemente en los baños de mujeres y reaparece en una forma que ella misma ha definido: vaqueros azules, top negro, botas de montaña y una chaqueta impermeable. La chaqueta es como la que llevaba antes, a prueba de espinos, con capucha, como un monje. Lleva ropa de recambio en una mochila, también un par de zapatillas baratas sin marca, y todo lo extraordinario sobre ella parece haber desaparecido. Al verme, alza la vista y hace algo inexplicablemente conmovedor: sonrío, sin malicia. Creo que hay en ello una gratitud genuina. Mientras tanto, me engaño pensando que le he permitido volver a sentirse limpia. Me permito sumergirme en la nobleza de esto, pero ninguna cantidad de ropa barata arreglará el mal que ella ha sufrido.

Hemos entrado en la ciudad por la pista que conduce a la Cabaña de Durlleston. Este es un camino sin construir, a lo largo del cual los frágiles y modernos suburbios de Middleton invaden año tras año. Bordea el borde del valle y los detritos de estos desarrollos de viviendas parecen encontrar formas cada vez más ingeniosas de contaminar el bosque y las aguas del Rye: bolsas de plástico, latas de cerveza, botes de pintura, excrementos de perro. Al regresar por este camino, cien metros más allá de la última casa, nos encontramos con los restos aún humeantes de un Vauxhall Astra. Estamos a dos millas de la casa, así que no tememos por la profanación de nuestro santuario, pero hay algo en la muerte obviamente violenta de este vehículo que nos sacude.

El hedor es repugnante y puedo ver las llamas reflejadas en sus ojos

mientras ella lo contempla en silencio. No es nada, evidencia de jinetes alegres, niños salvajes, una cosa trivial, pero también es una fealdad monstruosa, sin espíritu, sin alma, y me hace cuestionar el punto de mi tenacidad para aferrarme a la vida en un mundo como este. Pasarán semanas incluso antes de que se despeje el siniestro y su desorden: los fragmentos de cristal de vidrio, los charcos de plástico fundido y los trozos de fascia, y toda la mancha oscura de lo que hemos presenciado tardará años en desvanecerse.

La ventana trasera está rota y sobre el estante hay un oso de peluche, con su piel sintética frita hasta convertirse en un feo deshecho negro. Me sorprende que este objeto fuese una vez la atención del amor de un niño, pero el amor fue insuficiente para evitarle esta indignidad. Es un mal presagio.

Cuando vives dentro de tu mente tanto como yo, puedes convencerte de que todo es verdad, de que el amor y la fe en la magia y en el espíritu de lugares como este siguen siendo una moneda valiosa, pero de vez en cuando el planeta mundano dispara un tiro a través de sus arcos para recordarte su fragilidad y la futilidad de tus sueños, frente a una marea abrumadora de cinismo y suciedad. Lillian se estremece y seguimos caminando. Ella me toma del brazo. No decimos nada. Pero ambos sabemos lo que piensa el otro.

"Voy a traer el coche mañana," le digo. "Y algunas otras cosas, mi ordenador, algo de ropa, eso es todo lo que tengo."

"¿No traerás tu suite de tres piezas y tu cama de doble diván, entonces?"

"Ja... no. Me gustan las cosas como están... me gusta la forma en que vives aquí."

"No hay Internet."

"Puedo usar un móvil."

"¿Un teléfono?"

"No. Una cosa que se conecta al ordenador."

"Ah... ¿un periférico? ¿Te sorprende con mis conocimientos? Ya te lo dije. No siempre he vivido así."

"Me sorprendes todos los días, Lillian. También necesitaré... herramientas. Para el jardín."

"Hay algunas en la casa, creo."

"Y tendré que llamar a alguien para que baje con un volquete para limpiar toda la chatarra y la basura. ¿Eso te molestará?"

"No. Yo no soy nada. Me esconderé en tu sombra. Tienes razón, no me notarán ahora. Soy tu bien. Bueno, ¿te vas a instalar entonces?"

"Sí. Y te haré una promesa. Para el verano habrá un bonito jardín en la Cabaña de Durlleston, y un césped verde y liso que se extenderá hasta el Rye, y habrá una mesa y sillas, y tú y yo nos sentaremos, tú con un sombrero de paja y un bonito vestido, y tomaremos limonada mientras se pone el sol."

"Lo haces sonar tan encantador, Adam. Pero recuerda, no debemos pensar tan lejos. Lo único que tendremos siempre es hoy."

Yo no quiero que sea así. Ahora tengo una visión que me hace feliz y quiero aferrarme a ella. "Dijiste que querías que lo hiciera. Tú me mostraste el jardín. Me preguntaste si lo haría."

"Sí, porque pensé que eso te atraería hacia mí. No esperaba que lo hicieras, pero me gustará. Y hace tanto tiempo que no me pongo un bonito vestido."

"Está arreglado entonces."

Pero tiene razón: todo lo que habrá para nosotros es hoy, este momento, ahora. No me engaño a mí mismo pensando que esto puede terminar de cualquier otra manera que no sea mal, y tengo miedo de eso, miedo también de su falta de miedo. Ella sabe que no tengo poder, pero confía, y si todo sale mal, ella simplemente saldrá de esta vida para siempre.

"¿Eso es tu religión?" Le pregunto.

Ella está intrigada. "¿Es qué mi religión? Pero Adán, yo soy como tú, no tengo religión."

"No puedo entender cómo podrías enfrentarlo con tanta calma, quitarte la vida, a menos que estés segura de renacer. ¿Es eso lo que está pensando?"

Ella sonrío y niega con la cabeza. "Como tú, confío en que esto no es todo, Adam. Que podría haber algo que seguir. Pero igualmente, no sería prudente dar eso por sentado."

"Aún así... quiero decir..."

"Silencio ahora... todo estará bien. Y esta tarde, empiezo."

"¿Empiezas?"

"A enseñarte cómo controlarme."

"Ya te lo dije. No quiero."

"Pero debes," dice, "o te abrumaré."

Capítulo 30

Mis camisas ya no están planchadas, porque no hay medios para hacerlo en la cabaña, ciertamente no hay suficiente electricidad para hacer funcionar una plancha. Lavar la ropa es posible, pero tedioso, y prefiero llevarla a la ciudad y luego sentarme una hora a contemplarla tranquilamente en la lavandería. Presento, por tanto, una apariencia ligeramente arrugada cuando regreso a la escuela, después del medio trimestre de febrero. También un par de zapatos embarrados, pero este es un pequeño precio a pagar por la impactante serenidad repentina de mi vida.

Davinia observa. Ella presiente el cambio y siente curiosidad. Me halaga que se dé cuenta. La serenidad es algo maravilloso. Te otorga la tranquilidad de sentir las cosas, de ver las cosas a las que de otro modo estarías ciego. Mientras tanto, la escuela me abrumba con imágenes de una vida pasada.

Hay un pasillo aquí entre el vestíbulo y la sala de profesores. Es uno de los lugares que no han sido tocados por la renovación: medio panelado y luego enlucido hasta el techo. Tiene un timbre, de modo que cuando los niños salen de su reunión a veces me sorprende encontrarme a mí mismo como un adulto, y no uno de ellos yendo a clase en los años sesenta. Luego está el olor del polvo y de los propios niños sobrecalentados, que levantan recuerdos con cada respiración.

Son más de las cinco y los niños se han ido a casa. Sólo está Davinia, enzarzada en una profunda conferencia con un fornido constructor sobre los pares de marcos de ventanas. Yo debería estar pensando en irme a casa, pero vi un rayo de sol que entraba oblicuamente por una ventana hacia el pasillo de la escuela, y lo seguí para sentarme en el estante dorado que pinta sobre las tablas. Estoy con las piernas cruzadas, en mangas de camisa, y en mi mente estoy mirando a una chica de hace treinta y cinco años. Veo todo sobre ella, cada poro, cada suave pestaña, y siento que mi corazón se acelera ante la magia de su sonrisa. El sol está en su cabello y motas de polvo giran en espiral a nuestro alrededor como

luciérnagas. Quiero preguntarle si puede perdonarme.

Davinia está en la puerta. Su reunión ha terminado, el constructor ha sido despachado a sus órdenes.

"¿Richard?"

Sonrío, respiro profundamente el recuerdo, luego la miro. Ella tiene un parecido con Lillian, estoy pensando; la antigua Lillian, quiero decir: alta, esbelta, cabello rubio de ángel. Esto me confunde por un momento. Me pregunto si ella está bien. Davinia, quiero decir. Cielos, cómo bailan mis afectos estos días.

"¿Si?"

"¿Qué diablos estas haciendo?"

"Oh, pues aquí sentado en este charco de luz. ¿Te dije que solía venir aquí cuando era niño?"

Ella entra, tacones rojos haciendo clic en las tablas, y se sienta delicadamente al final de un banco de ejercicios. "¿En serio? ¡Qué horrible para ti!"

Si.

¿Cómo sabe ella eso?

Sufrí todo tipo de pesadillas y humillaciones aquí: las incomprensibles regañinas de los maestros psicopáticos, una paliza por algo que otro había hecho, la sensación de estar equivocado, el miedo a no encajar, el miedo a la extrañeza, a *ser* extraño... y la angustia inquietante de haberle fallado a Lillian.

Pero todo esto fue hace tanto tiempo.

He crecido.

Soy viejo.

Aunque todo sigue igual.

"Vete a casa," me dice ella.

Pero no estoy escuchando. Estoy perdido dentro de mi cabeza, desenredando un hilo de angustia existencial. "¿Por qué estoy aquí, Davinia?"

No espero que ella tenga la respuesta.

"No me hables así," dice.

"¿Oh?"

"No puedo hablar así. Sabes que no puedo."

"¿Conmigo, quieres decir?"

"Con cualquiera. Eres un soñador, Richard. Eres un romántico, ¿recuerdas? Eres Samuel Taylor Coleridge, y lo que dices me hace preguntarme si vas colocado de algo. Pero en realidad, no hay respuestas para las preguntas que haces y es una tontería fingir que las hay."

"Pero ¿no podría haber algo en ello? Si lo vieras no tendría sentido hacer la pregunta, ¿por qué íbamos a estar en posesión de los medios para hacerlas?"

No hemos hablado desde la mañana en que la dejé en el piso; no hemos hablado de lo que no sucedió, aunque yo la he observado día a día sacudiéndose la suciedad de aquello. Ella brilla ahora bastante a la manera anterior, pero sigue pensando en aquello.

"¿Richard...?" Capto el signo de interrogación en su tono, pero ella no termina. "Nada," dice. "Vete a casa."

Y ahora es domingo. Principios de marzo. Los primeros narcisos han comenzado a asomarse y Davinia me sigue desde la Iglesia. Hemos compartido un banco, pero no intercambiamos más que un gesto de reconocimiento profesional. Ella nota de estoy sin mi coche y me pregunta si me gustaría que me llevara a casa.

"Es muy amable de tu parte, pero ya no vivo en Mill Lane. Renuncié al contrato de arrendamiento hace un tiempo. Vivo en otro lugar

ahora."

Ella sonríe. Se ve impecablemente immaculada con un largo abrigo de lana azul. Lleva un perfume... algo fresco, a limón. "Me alegra oír eso," me dice. "Vivir all  nunca te convino."

Estoy seguro de que ella pensaría que Durlleston me convendría aún menos.

" Quieres mantenerlo en secreto entonces?" ella pide.

" Hmm?"

"Parece que no tienes prisa por decirme adónde te has mudado."

"No es lejos, todavía en el pueblo, algo así. Es solo que est  fuera de los caminos trillados. Por un largo camino embarrado. Sería una imposición considerable, y me va bien caminar, de verdad."

Aunque extraño viajar con ella en el Jaguar.

"Est  bien," dice ella. "Pero tengo curiosidad."

Est  a punto de despedirse de mí, cuando se gira y dice al despedirse: "Richard, espero que no te importe que te lo diga, pero haz algo con tus camisas,  quieres? Estos días parece como si siempre durmieras con ellas. De verdad, no es propio de ti."

"Lo har ... s ."

Est  a punto de irse, pero luego se detiene una vez más, como si acabara de reunir el valor para preguntarme algo más personal: "No has estado durmiendo con ellas,  verdad?"

"No no,"

" Y est s bien?"

"Perfectamente."

Ella asiente, aunque no est  convencida y sospecha. La veo alejarse.  Ir  a su piso?, me pregunto. La imagino acurrucada en aquel sillón

junto a la ventana, con los periódicos dominicales a su alrededor, una taza de café en el regazo mientras mira hacia afuera. A veces parece perdida. ¿Para quién se viste? ¿Para quién la sonrisa, la ternura? No, Richard, Davinia es todo menos tierna, estás fantaseando de nuevo. Pero aún así, tengo la sensación de haber vislumbrado algo, que he sentido—si no exactamente *visto*—sus cicatrices, que la entiendo un poco. E incluso si ella no puede ser tierna en su trato con el mundo, no puedo evitar sentirme protector hacia ella.

Es una hermosa mañana, el primer toque de un sol cálido. Será de corta duración, lo sé, una noche clara y una fuerte helada en la mañana, pero siento la llegada de la primavera. Respiro alegremente, luego giro mis pasos hacia Durlleston y hacia Lillian. Me siento estúpida y delirantemente feliz, porque ya no hay mañana, como no hubo ayer. Es profundamente liberador, pero totalmente inadecuado para vivir como todos debemos vivir hoy.

Y sé que no durará.

No puede.

Ella está esperando en el bosque, escondida como una niña detrás de un abedul plateado. La localizo con facilidad, pero finjo sorpresa cuando brinca y salta sobre mi espalda. Es tan liviana, parece no haber nada en ella, y se ríe. Yo la bajo con un balanceo, pero la mantengo sujeta a mi cintura y caminamos juntos de regreso a la cabaña. Amo la sensación de ella, amo la seguridad de sus pasos y su energía al rojo vivo.

La cabaña se ve muy diferente ahora y la luz del sol, que entra en haces a través del dosel, la mejora aún más, pintándola con dedos de luz y haciendo que el enmohecimiento blanco parezca más brillante de lo que realmente es. Toda la chatarra y la basura ha desaparecido, cada mota de ella y, poco a poco, la maleza invasora ha sido talada, arrancada y quemada, los límites del jardín restablecidos. Tengo callos en las manos y dolor de espalda como testigo, también el olor omnipresente de Bálsamo Tigre que Lillian frota tan sensualmente en mis músculos doloridos por la noche. También me estoy volviendo más delgado, más en forma. Pensaba que el tiempo corría en un solo sentido desde aquí hacia la vejez,

pero siento que me han devuelto una década. Y todas las noches me acuesto con esta mujer, y ella me abre la puerta a un cielo con el que yo solo había soñado.

Estoy aislado de las noticias del mundo, y eso está bien para mí. Escucho a las chicas en la sala de profesores hablar sobre las cosas que han sucedido, pero no les presto atención y mi vida es la misma. Tengo Internet y supongo que podría consultar noticias, pero deliberadamente no lo hago y reservo su uso para mi trabajo escolar, para enviar mis planificaciones y mis informes a Davinia.

En el mundo hay una guerra, una guerra que no es una guerra, y en medio de ella está mi hijo, esquivando balas y esquivando granadas de un enemigo sin rostro que parece la caricatura de la crueldad. ¿De verdad puede estar tan perdido para mí que no temo por él cada segundo de cada día? ¿Puede la indemnización ser tan definitiva, tan completa? No, claro que no. Pero él no piensa en mí. El mundo tenía más atractivo para él, entonces, ¿qué debo hacer?

¿Es esta la definición de soledad: el miedo a la vejez, a que puedas llegar a una etapa de tu vida en la que ya no quede nadie que piense en ti? Lillian piensa en mí. Quizá Davinia también piensa en mí, un poco, estoy seguro de eso. Creo que hay algo pragmático en el hecho de que nos reservamos para aquellos que piensan en nosotros, al menos que piensan con bondad en nosotros.

"¿Estaba tu novia allí esta mañana?" me pregunta Lillian.

"Sí."

"¿Qué te dijo ella?"

"Que mis camisas están arrugadas."

Ella ríe. "Bueno, *lo están*, Adam. ¿Te castigará por eso?"

"Conociéndola, podría. Hay un lugar en la ciudad que plancha cosas. Puedo dejarlas allí."

"Ah, pero ¿no *preferirías* que ella te castigara?"

"No. Recuerdo la última vez que lo hizo. Puede ser muy severa."

"Oh... ¡pero la dicha de su bondad después! ¿No has pensado en eso?"

A salvo en el silencio de la cabaña, toma mi abrigo y mis zapatos. Hay algo cocinándose en el Aga. Superé mi remordimiento y atrapé un conejo gordo ayer, y Lillian ha robado algunas verduras del campo de William. Ella encuentra que hay un placer culpable en ello. No vivimos así todo el tiempo y yo voy al supermercado como todos los demás, pero de vez en cuando es bueno volver a la tierra por este camino, aunque veo que tendré que empezar a cultivar verduras, en caso que alguien la descubra. William ya es generoso y nos trae leña para partir. Él está en términos de asentimiento con Lillian ahora y hay una creciente sensación de normalidad aquí que me pone nervioso, porque seguramente nada puede ser normal de verdad. Entrar en Durlleston es dejarse tragar por el mito, formar parte de él.

He hecho un baúl, como el cofre de un marinero, y todo lo que he elegido retener en la vida va dentro. Lo que no encaja, lo tiro. Me pongo los pantalones y la chaqueta, un cambio a vaqueros, luego me siento en el salón con las piernas cruzadas sobre los cojines, como un sultán, y Lillian trae el té. Se arrodilla ante mí y deja el té como una ofrenda a los dioses, pero ella se esfuerza por ocultar una sonrisa. Le complace servirme así.

En los primeros días, su servidumbre no encajaba bien conmigo, aunque yo sabía que era fingida. Pero ella me dijo que si yo sabía que le complacía ser así y, sin embargo, se lo negaba, ¿no era eso más cruel que permitirle jugar el juego? Y ella sabía que yo no la ordenaría con crueldad, dijo, porque si lo hacía eso la haría infeliz, y yo la había hecho creer que eso era lo último que yo quería. Así, la hembra se encuentra con el macho y lo controla aparentando ceder.

Creo que ahora entiendo esto. Creo que también entiendo que al negarle la oportunidad de servirme, una parte de mí dice que no soy digno de la corona, que negar cuando se ofrece tal devoción es menospreciarme deliberadamente, apartar a un lado el cáliz y evitar así mi propio regreso a la ecuanimidad dada por Dios. *¿Y no es eso en sí mismo un pecado, Adam?* Se lo preguntaría al reverendo, pero dudo de que él supiese de lo que estoy hablando.

Mientras hay luz del día, continúo mi trabajo en el jardín. Despejo el límite, descubro pieza por pieza la vieja pared y empiezo a repararla. Descubro postes caídos de cincelada piedra de molino y los coloco en posición vertical. Traigo una puerta nueva del comerciante de madera en Middleton, la pinto, la coloco de buena manera y esta se cierra con un clic aceitoso. Pinto la puerta de la casa y repaso con esmero el jardín, cada parcela de césped, aunque me concentro en el tramo que baja hasta el Rye, donde esparzo semillas.

Y cuando la luz se apaga, o cuando hace demasiado frío para trabajar y la casa se estremece, hago mi trabajo escolar con el ruido y el hedor a diésel del generador. Luego saco mi camisa planchada de la parte superior de mi baúl y la dejo lista para la mañana, para que Davinia no esté disgustada conmigo, y me retiro a mi hamaca, donde Lillian ya ha calentado las mantas y está esperando para calentarme a mí también.

Capítulo 31

La noticia por fin alcanza el pueblo y se vierte lentamente en los oídos de los gobernadores de la Escuela Primaria I. de I. de Marsden, quienes consultan al vicario, quien me mira con extrañeza durante algunos domingos. Conozco bastante bien la naturaleza de sus pensamientos por la sensación de ansiedad en su palma cuando me despido de él en la puerta de la iglesia.

Sin saber cómo abordar el tema, él habla con Davinia y le pide que me sondeé. Davinia se muestra reacia porque se trata de un asunto personal, pero también le sorprende e insiste en que el vicario y Grizelda se unan a ella en el interrogatorio.

Así es, soy buscado por una señora Crabtree de aspecto presumido que parece disfrutar de un aceitoso placer al invitarme a la oficina de Davinia una noche. Ella también ha oído los rumores y huele sangre. Así es como me encuentro sentado ante una inquisición de aspecto gélido, y siento que mi mundo está a punto de dar un giro cuya dirección tendré que juzgar ahora por el asiento de mis pantalones.

Davinia abre la reunión. Se siente incómoda y repetidamente se enrolla el cabello entre los dedos, un tic nervioso que ha adoptado recientemente y que me preocupa. Su incomodidad no se debe al rumor en sí, creo, porque ambos nos miramos a los ojos y ambos sabemos que esto no es asunto de nadie. Su malestar es entonces tener que fingir que cree que me he portado mal.

"Richard, ¿te importa si tenemos unas palabras contigo?"

No puedo evitar sentir placer en atormentarles. "¿Serían palabras de puerta abierta o palabras de puerta cerrada?"

Ella se mesa el cabello y cierra los ojos con exasperación. "Cierra la puerta, Richard y siéntate, por favor."

Me asombra la presencia de Grizelda. Yo había creído que ahora éramos amigos, o al menos habíamos dejado de ser enemigos desde

mi fracaso en convencer a la psicóloga de que su nieta no era apta para dejarla suelta entre los otros niños. Pero por su expresión de ojos saltones, puedo ver que ella también ha olido sangre y esto anula todos los demás factores. Siempre será un tiburón hambriento de la deshonra de los demás.

El reverendo Whitman preferiría no estar allí. Es como si hubiera descubierto que soy un demonio disfrazado y hubiera defecado sobre toda su inocente fe en mí. Ahora no puede mirarme a los ojos y yo lo lamento por ello.

Davinia comienza: "Parece haber cierta... em... incertidumbre... con respecto a tu..." suspira como si no pudiera creer que esté a punto de decirlo: "tu... situación personal, Richard. Estoy segura de que podremos aclararla muy rápidamente."

"Por supuesto. Eso espero. ¿Es mi cambio de dirección? Lamento si tardé en informar a la escuela. Aunque le pasé los detalles a la Sra. Crabtree hace algunas semanas."

"No se trata de tu cambio de dirección."

"¿Oh?"

"Richard..."

Con qué fuerza se está tirando del pelo. ¿Estás bien, Davinia? Blinkhorn no te habrá molestado de nuevo, ¿verdad?

"Circulan rumores de que estás... cohabitando con alguien."

"¿Hay rumores?"

Grizelda interviene, el lápiz de labios rojo brilla como la herida sangrienta que sin duda le gustaría hacerme en el cuello: "¿Lo niegas?"

Intento parecer desconcertado, lo cual no es difícil porque estoy realmente sorprendido por la dirección en la que va la conversación. Seguramente, no pretenderán reprenderme oficialmente por vivir con una mujer, ya sea coordinador de E.R. o no. Eso parece... victoriano.

"No entiendo. Esto es un asunto personal y no tiene nada que ver con la escuela ni, con el mayor de los respetos, con ninguno de ustedes. Pero, ya que lo mencionas, no lo niego."

El reverendo exhala. Sus peores temores se hacen realidad. "Pero esto nos pone en una posición muy difícil, señor Hunter." Su voz casi me suplica, pues seguramente, ¿cómo he podido haber sido tan estúpido para no darme cuenta?

"¿Cómo es eso, Reverendo?"

"Debemos ser vistos como moralmente irreprochables."

¿De verdad ha querido que saliera así? ¿No importa que seamos moralmente *reprochables* siempre y cuando no seamos sorprendidos? Me cae muy bien el reverendo. Es tanto un caballero como un hombre gentil, pero me sorprende que su mentalidad no haya evolucionado. ¿De verdad piensa construir el muro de piedra de la moral victoriana, evidentemente corrupta incluso en su apogeo? ¿Debo recordarle que solo la mitad de los niños que asisten a esta escuela pueden realmente nombrar a sus padres?

"¿Debo entender que siente que he decepcionado a la escuela de alguna manera?"

Él hace una mueca y claramente no quiere decir más de lo que absolutamente tiene que decir.

Continúo: "Les aseguro que nunca haría eso a propósito. ¿Ha habido alguna queja?"

Grizelda se pavonea. "Solo buscamos evitar toda crítica a su conducta."

Está siendo demasiado directa. Lo veo en los ojos del reverendo. Davinia también. Un destello de alarma. Grizelda no posee un nivel-A en niebla diplomática.

En mi turno pienso: "¿Mi *conducta*? Lo siento, pero debo admitir que estoy algo... perplejo. Tendrá que ser más explícita, me temo. ¿Esto es porque ella es... extranjera? "

Un golpe bajo, Richard, lo sé. Pero para mi sorpresa descubro que por sus protestas en sentido contrario, ¡me he apuntado un tanto! ¡Dios mío! Solo Davinia es lo suficientemente cortés como para permanecer desconcertada mientras los demás retroceden en una exagerada exhibición de horror, que seguramente los condena a todos como intolerantes.

El reverendo devuelve la andanada. "Ciertamente no, Sr. Hunter... es simplemente... la cuestión del matrimonio..."

"¿Y qué cuestión es esa?"

Grizelda finge exasperación. "Vaya, pues la *ausencia* del mismo, Sr. Hunter."

"Pero ¿quién está diciendo que no estoy casado? Eso solo puede ser una suposición, ya que no he hablado abiertamente al respecto."

¡Confusión! ¿El señor Hunter está casado? ¿Eso es lo que está diciendo? Grizelda está cabizbaja, el reverendo aliviado y desconcertado, pero más bien aliviado... me refiero a aliviado ante la posibilidad de que yo *podiera* estar casado. Siente que debería continuar con el asunto para aclararlo, pero no, ya es suficiente. Es más seguro dejarlo reposar.

Solo Davinia es lo bastante inteligente para leer esto como la declaración de un hecho espurio, que estoy dejando que los demás saquen sus propias suposiciones de ello. Ella se pregunta a qué estoy jugando. Yo podría decirle que solo estoy pensando en retrasar un poco más su solicitud de que renuncie. No espero que caigan en la trampa, pero al parecer lo han hecho. Descubro que en realidad estoy decepcionado por su falta de inteligencia.

Grizelda no está contenta de que esté a punto de salirme de rositas tan fácilmente, pero el reverendo se contenta con dejarlo estar. Me está mirando de nuevo, aunque no puedo saber si esto significa que somos amigos otra vez o si está tratando de decidir si estoy mintiendo.

Davinia toma aire y busca controlar la situación. "Bueno," dice ella. "Creo que todos estamos de acuerdo en que esta reunión ha

terminado." Grizelda levanta el dedo, tal vez con la intención de pedir una copia de mi certificado de matrimonio, pero Davinia la interrumpe con una mirada. "No te detendremos más, Richard. Gracias por ser tan paciente con nosotros."

"Todo está perfectamente bien, Davina. Lamento cualquier malentendido."

Sus ojos brillan. Es como si estuviera tratando de evitar reírse. El único malentendido es el que acabo de crear. Pero ella me ha defendido. ¿Por qué?

Ahora estoy en el aula guardando el ordenador portátil. Los demás se han ido. Tenía la esperanza de evitar a Davinia, porque tendré que ser más honesto con ella, pero ella bloquea mi escapada.

"¿Qué estás haciendo, Richard?"

"Solo estoy recogiendo mis cosas..."

"No me refiero a eso. Tú no estás casado con esa chica."

"Como dije allí, ¿cómo puedes saberlo?"

"Porque te conozco. Esto es ridículo. Dime, ¿cuándo se consumó este romance de cuento de hadas?"

"¿Consumó? Em... en febrero."

"¿Febrero?"

"A mitad de trimestre. Yo... me fui al extranjero. Hemos... llevamos manteniendo correspondencia durante un tiempo."

"¿Estás tratando de decirme que ella es qué? ¿Una novia de Internet o algo así? Oh, Richard, basta. Ni siquiera tienes pasaporte."

"Lo tengo. ¡Por supuesto que sí! ¿Por quién me tomas?"

"¡Por favor! Estás quedando en completo ridículo."

"No hay daño. Muchos hombres mayores como yo entablan amistad

con chicas guapas del extranjero."

"No me refiero a eso y, si esa es la verdad, entonces buena suerte a los dos, pero pensé que éramos amigos."

¿Amigos? Eso es nuevo. E interesante: ¿desde cuándo hemos sido amigos, Davinia y yo? "Me halagas."

"Está bien... amigos no entonces, pero... algo. Pensé que podía confiar en ti. Y ahora me estás mintiendo, ¡es imposible que puedas estar casado con esta chica! Puedes engañar a los demás todo lo que quieras, pero a mí no me engañas."

"Está bien, está bien. Pero puedes confiar en mí. Yo nunca te defraudaría, Davinia. A ti no."

"¡Ya lo has hecho!"

"No... a la escuela tal vez, a los gobernadores y su peculiar moral del siglo XIX... pero no a ti. A ti nunca. Mira, hay una generación en este pueblo abandonado de Dios que nunca ha conocido un día de trabajo. Y mientras hablamos hay chavales no mucho mayores que los que enseñamos aquí pillando drogas en la parte de atrás de la estación de tren. Yo lo sé. Tú lo sabes. Todos en Marsden lo saben, salvo la policía, aparentemente, que parece más interesada en si mi luz de freno funciona o no. Y hay más chavales que vienen a esta escuela sin lavar, con olor a orina y llenos de piojos que en mil novecientos sesenta y cinco. ¿Y me estás diciendo que la escuela está más preocupada por los chismes provocados por el Sr. Hunter que vive en una casa en el bosque, con una chica de piel morena? "

"¿Has terminado ya?"

"Lo siento, sé que tú no eres así. No es mi intención incluirte... lo sabes..."

"¡Richard!"

"Perdón... sí, he terminado."

"Deberías oírte a ti mismo cuando te sale humo por las orejas."

"No quise perder los estribos. Lo siento mucho."

"No... es impresionante. Y no los has perdido. Te has controlado. Fuiste energético y coherente; no todos pueden hacer ambas cosas. Deberías hacerlo más a menudo."

"No... odio hacerlo. La ira es inútil. Es un desperdicio de energía, y en este momento de la vida necesito toda la energía que pueda conseguir. Me he sentido muy relajado últimamente. No sé qué la ha invocado."

"Sí, es contagioso, tu estilo Zen, me refiero. Teniendo en cuenta el desastre que eras cuando nos conocimos, realmente has dado un cambio en redondo. Ojalá pudiera pedirte prestado un poco."

"¿Sí? Pensarías de manera diferente si pudieras ver el mundo desde mi interior."

"Qué idea tan intrigante. Pero ¿no has notado lo fácil que es tu clase estos días?"

"Se han calmado un poco, supongo."

Ella sonríe, luego se recuerda a sí misma por qué está aquí. "Dime por qué no debería exigir pruebas de que estás casado con esa chica. Debería quedar registrado. Ella es tu pariente legal más cercano, después de todo."

"Bueno, para empezar ella no es una chica. Es tan mayor como tú. Vale, eso la hace aún un poco joven para mí, pero no más allá de los límites de lo posible. En cuanto a la prueba... puedes pedirla. Adelante. No hay pruebas. Registrado. Oficial. Pariente más cercano. Legal. Eso solo son palabras para mí, Davinia. Me he caído del borde del mundo... y ya no me importan un comino las palabras así."

"Bueno... al menos ella ha restaurado algo de tu espíritu. Y también parece que te plancha las camisas."

"¿Eh? Oh... no... hay un local en la ciudad que hace eso por mí. No es esa clase de relación."

Se apoya en mi escritorio, acomodándose, su curiosidad burbujea, ahora el hielo está roto y parece estar de humor para saborear más de mis indiscreciones, pero yo quiero que se vaya. Ella me hace sentir... vulnerable. Pero ¿vulnerable a qué? ¿Al ataque o meramente a la verdad?

Ella suspira. "Podrías haber tenido *no esa clase de relación* conmigo, ¿sabes?"

"Y eso nos hubiera puesto a los dos en el mismo lado de la mesa allí dentro, Davinia, con el vicario y Grizalda, alquitrán y plumas para los dos."

"¿Me habría importado? ¿Te crees muy rebelde, no? ¿Cuántos años tienes? ¿Es que estás despertando al hecho de que el mundo está completamente loco y tú eres la única persona cuerda en él? Yo lo sé desde que tenía dieciséis años. Pero no puedes romper sus reglas o te aplastarán. Tienes que conocer las reglas, Richard, conocerlas mejor que *ellos*, solo entonces puedes jugar con ellas en tu propio beneficio."

"Lo sé... tendré cuidado."

"Dijiste que me querías, y, en realidad, *podrías* haberme tenido. Yo no estaba solo provocándote."

"Ya sabes por qué no podía estar contigo. Quiero decir... no de la forma que tú querías."

"Sí, Sí." Ella está dando golpecitos con la punta de los pies y enrollando el cabello con fuerza de nuevo, sus ojos se deslizan hacia afuera. "No tiene sentido insistir en eso ahora, ¿verdad?"

"Davinia, mira, sé que este no parece el momento adecuado, pero... ¿te encuentras bien?"

"¿Qué? No... por supuesto que no. Este es un trabajo estresante... y tú no estás facilitando las cosas con esas historias de tu aventura en el bosque extendiéndose por todo el pueblo."

"No es eso. A ti te encanta este trabajo. Vives para ello. Es otra cosa."

"Está bien, lo sé, pero... no hagas."

"¿No hagas qué?"

"No intentes ser... ya sabes... empático... conmigo."

"Nadie puede ver tu yo verdadero, ¿verdad?"

Ella me lanza una advertencia. "¡No vayas por ahí, Richard!"

"Llevas jugando con sus reglas durante demasiado tiempo. Intenta inventarte algunas propias para variar. No es malo sentirse triste. No es malo sentir compasión por los demás. No es malo sentir y ser... tierno."

"Sí... bueno. Creo que hemos dicho suficiente. Me parece que no tienes idea de lo que estás haciendo, pero claro, difícilmente puedo yo afirmar tener el monopolio del sentido común, ¿verdad? Te debo... mucho... y te protegeré tanto como pueda."

¡Ella lo dice en serio!

"Em... gracias."

Ella se muerde el labio ahora. "Sin embargo, aún te espero en la iglesia... ¿vas a traer...?"

¿Intentando pescar un nombre, Davinia? "Estaré allí, por supuesto. Pero no, no la traeré."

Su pie está golpeando más fuerte ahora. Ella parece no darse cuenta de ello. Y me sorprende: *él aún te está molestando, ¿no?*

"Te veré entonces. Y, Richard, trata de llegar antes, ¿vale? Has estado entrando en el último minuto últimamente."

Capítulo 32

Primavera. Un momento para actuar o para ser actuado por ella. Es cuando el curso del año se afianza y ya no puede desviarse de su propósito. No sé cuál es su propósito y siento una creciente inquietud mientras espero el terrible conocimiento del mismo.

Estoy seguro de que no he vuelto a mi país, a Durlleston, para vivir así. Si hubiese vuelto para vivir, para vivir de verdad, seguramente habría elegido otro camino, me habría tomado más en serio mi trabajo, habría pagado un depósito por una casa adecuada con comodidades modernas y me habría encontrado con una mujer cuyo apellido no representara un peligro, una mujer cuyo nombre podría haber sido inscrito impunemente en el Registro Electoral. Pero Lillian es un secreto. Ella es algo que no es del todo real. Un secreto ya contado, ya expuesto a escrutinio. ¿Cómo puede terminar bien esto? Debo recordarme constantemente a mí mismo que solo puedo caminar por este camino rehusando considerar los finales, rehusando pensar más allá del hoy, más allá del *ahora*.

Estoy reflexionando sobre todo esto mientras me siento con mi padre. Chelsea trae té. Ahora comprendo el ritual de la taza de té y el platito. Ella hace esto no para burlarse de mí, por supuesto, sino porque me valora. Ella me honra, como suele hacer Lillian, con una taza de té y un platito. Es algo simple, pero al hacerlo Chelsea dice que soy digno de ello. Está mal hacer del ego una virtud, está mal pensar que somos especiales por encima de todos los demás, pero está igual de mal pensar que estamos por debajo del desprecio. Cada uno de nosotros tiene que encontrar la manera de mirarnos al espejo y estar en paz con nosotros mismos.

"¿Cómo se siente estos días, señor Hunter?" me pregunta ella.

"Un poco mejor, gracias."

"¿Ha visto al médico?"

"Lo hice, sí."

Chelsea es una chica anticuada. Nada le gustaría más que cuidar de un hombre, cocinar para él, plancharle las camisas y volverse dulcemente sumisa a la primera señal de sus necesidades carnales. Y ella haría esto con mucho gusto a cambio de su protección, su bondad y su amor. Aún hay chicas así, pero que tal vez se sienten avergonzadas de admitir, incluso a sí mismas, que así es como quieren ser. Y los hombres también están confundidos, pensando que ya no deberían pensar en las chicas de esa manera, sin saber que algunas chicas podrían querer que lo hicieran.

Estoy pensando que si ella fuese un poco mayor, Chelsea podría ser el alma gemela sin complicaciones que un hombre magullado y confundido como yo podría necesitar en sus últimos años. Alguien que le ayudara a reconstruir poco a poco los fragmentos de su autoestima. Cada vez que la veo, pienso en un edredón limpio y calefacción central, un suelo de cocina impecablemente limpio, un baño blanco reluciente y una suavidad reconfortante, como una almohada en la que un hombre podría hundir la frente cansada por la noche. Chelsea sería una mujer para la que vivir, y verla me recuerda que yo no he vuelto a Durlleston para vivir.

He vuelto para morir.

Mi padre parece perdido, no meramente introspectivo, sino absorbido tan profundamente dentro de sí mismo que su cuerpo yace apoyado en la silla como un títere al que se le han cortado los hilos: la piel de su rostro y sus manos es tensa y transparente sobre los huesos.

Chelsea ha dispuesto la partida de ajedrez, como de costumbre, pero ahora el juego parece confuso. Esta no es una partida de su libro de torneos clásicos, más bien una parodia. Varias piezas están expuestas a captura en ambos lados. De hecho, ambos lados parecen estar preparados para una aniquilación inadvertida durante varios movimientos. Un solo momento de sentido común, de claridad, limpiaría el tablero, pero quién sería el vencedor aquí va más allá de mí. Esto antaño habría agitado a mi padre, pero ahora él se sienta pasivamente. Yo amenazo una torre con un peón, un sacrificio para provocar la matanza, pero mi padre no parpadea.

"Parece tan lejos esta noche."

"Sí," me dice ella. "Puede estar así durante horas y luego regresar tan brillante como un botón."

"¿Puede oírnos?"

"No lo sé, señor Hunter. Creo que tal vez pueda, pero ya no de una manera que tenga sentido para él."

Ella me acompaña a la puerta, como es su costumbre, y compartimos un momento de tranquilidad en el fresco del porche. Lluve un poco y esa frescura me restaura.

Me giro y le muestro una sonrisa. "¿Crees que tardará mucho ahora?"

"No, no mucho."

"¿Semanas? ¿Meses?"

"Semanas, creo."

"Eres muy amable, Chelsea."

"Es mi trabajo, Sr. Hunter."

"Siempre dices eso, pero uno no puede fingir la bondad ni la compasión. Si quieres saber mi opinión, tus años en la Escuela Beacon Middleton no fueron en vano."

"Es muy amable de su parte decirlo, pero lo fueron."

Salgo a la noche y cruzo mi camino sobre la grava que antaño vio los Rolls-Royce de los magnates del algodón. Había una gran disparidad en aquellos llamados días de gloria, y algo parecido al trabajo esclavo en los molinos que enriquecía a sus dueños. ¿Pero era su mundo peor que en el que vivimos ahora? Había una gran pobreza, pero hoy en día, cuando tienen el dinero para vivir cómodamente, nuestros jóvenes lo malgastan en baratijas y otros opiáceos, como si salvados del dolor de su estómago hambriento, quisieran esconder la mente en alguna otra distracción antes que afrontar el significado de sus vidas.

Subo al coche y lo enciendo, sintiéndome infantilmente seguro, acogedor y superior mientras arranca. El tanque muestra que está medio vacío. Los precios de la gasolina están en un récord, aunque el crudo está en un mínimo histórico. De repente, se habla de nuevo de coches eléctricos y energía solar, pero suena como una solución tan endeble y a medio hacer que volver a los caballos y a las lámparas de aceite me inspiraría más confianza.

Bajo por la pista hasta la casa y mis faros captan los reflectores de un todoterreno embarrado. Es un poco después del anochecer. ¿Es William? No. Sé quién es y aprieto alarmado los frenos. Es su hora, ¿ves? Oscuridad. Siempre viene en este momento, al menos en las raras ocasiones en las que viene.

No ha vuelto en meses, por supuesto, y el mundo entero ha girado sobre su eje, ha entrado en una zona diferente, pero él espera que todo sea igual. Ella podría haberse muerto de hambre. ¿Qué clase de descerebrado imbécil arrogante podría tratar a una mujer de esa manera? ¿Qué clase de hombre?

Lillian. ¡Dios mío! Lillian.

Él está ahí. Una sombra, moviéndose desde la parte trasera de la casa, un destello de luz separando la oscuridad. Tiene curiosidad por los cambios que se han producido. Y ahora me ve. Bajo un poco la ventanilla y me pregunto si me reconoce.

"¿Puedo ayudarle?" Pregunto.

Es casi gracioso. Recuerdo que esta fue la primera frase que me dijo no hace mucho. Resuelvo ser infinitamente más educado de lo que él fue entonces o como supongo que será ahora.

Me muestra los mismos ojos muertos, escalofriantes en su vacío. "¿Quién coño eres tú?" Aún el tono propietario, observo. No me reconoce dentro del coche. Cree que soy otra persona, alguien más rico, quizá más poderoso que un solitario hombre a pie con un bastón.

"Vivo aquí. ¿Quién es usted?"

Él mira a su alrededor, calcula los cambios e ignora mi pregunta. "¿Desde cuándo?"

"Desde enero."

El lugar parece diferente. He trabajado mucho aquí, limpiando, cavando, ordenando. Está transformado. Con suerte pensará que lo he barrido todo, incluida Lillian, que no queda nada de él aquí.

"He venido por mis pertenencias."

Es obstinado. Quizá también un poco estúpido.

"No entiendo."

"Tenía algunas pertenencias aquí y las quiero recuperar."

"Si usted es el inquilino anterior, solo puedo sugerirle que hable con el agente de arrendamiento. Le aseguro que la casa estaba vacía cuando me mudé. Sin muebles, sin nada en absoluto."

Sus ojos muertos son hipnóticos, sin párpados, ofídicos. Me está leyendo, olfateando la verdad y encontrándose digno de sus sospechas. "De acuerdo. Pero si encuentras algo aquí. Es mío. ¿Entendido?"

"¿Qué está buscando exactamente? ¿Hay algo específico?"

"Ya me has oído... cualquier cosa. Lo que sea que trajiste contigo es tuyo. Lo que sea que encontraste aquí es mío. ¿Correcto?"

"Pero no había nada."

"Eso lo dices tú."

"Si pudiera decirme..."

"Ya te lo he dicho. ¡Cierto!"

Y hay un final en ello. Me pregunto si podría matarle, o al menos evitar que él me matara. A él no le importaría desperdiciar algunos miles de libras contratando a un detective privado para husmear

por aquí. Y si Marsden está ahora palpitante con la noticia de la asombrosa amante del señor Hunter, incluso un pies planos poco competente debería descubrirlo en unas pocas horas. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que una instantánea de dicha belleza se envíe a su antiguo Dom? *Tendré* que matarle. O huir. ¡Pero Lillian no querrá huir! Puede que él venga a buscarnos mañana. Sí... ¡el mañana existe de nuevo! Calma, quietud... serenidad... son solo sueños ahora.

Me quedo en el vehículo mientras él se aleja, luego observo cómo sus faros parpadean a lo largo de la pista y por fin desaparecen. Me parece que puede haber cierto subterfugio en ello, así que le sigo de regreso al lugar donde la pista se une a la carretera de circunvalación hacia Middleton. No hay ningún lugar en el que pudiera haber salido y estar esperando, pensando quizá en dar la vuelta y sorprendernos a mí ya Lillian juntos. ¿Se ha ido de verdad, entonces? ¿Nunca volverás? Lo dudo. Solo se ha ido por ahora. Preocupado, regreso a la cabaña.

"¿Lillian?"

El lugar esta vacío. Ella lo ha visto venir, ha reconocido su camioneta por el sonido. ¿Cuánto tiempo habría tenido para hacer la distinción entre su vehículo y el mío? ¿Cuestión de segundos? ¡No hay mucha advertencia! Ha debido de salir volando por la puerta trasera, a esconderse junto al río. Cojo una lámpara de la cabaña y me dirijo a la espectral oscuridad de Durlleston.

"¿Lillian?"

¿Cómo podía ella ver en esta oscuridad? Sus ojos no son mejores que los míos, y sin la lámpara estoy ciego.

"¿Lillian?"

Poco a poco, soy atraído por el vientre del bosque y aquí es donde la encuentro, abrazándose las rodillas en el vivac. Su cara está arañada y sangrando por las ramas con las que ha tropezado.

"¿Adam?"

"Sí. Ya se ha ido. No volverá. Estás a salvo."

"Volverá. Siempre vuelve. Crees que estás libre de él y aunque eso signifique que vas a morir de hambre, no te importa, porque la libertad lo es todo... y luego regresa y todo es como fue."

Entro y la rodeo con los brazos, pero el calor se ha ido. Está fría y rígida de miedo. "No. Todo es diferente ahora."

"¿Lo es? No, para él no lo es."

"Él sabe que la casa ya no es suya. Asumiré que huiste, que escapaste..."

"No le conoces. Nadie le quita nada. Estas personas son muy primitivas. No como nosotros, Adam. No como la gente normal."

"Lillian, Lillian.... ¿Qué estamos haciendo? Podemos terminar con esto."

"¿Cómo?"

"Declararnos a las autoridades. Cumplir con sus reglas. Lo sé, probablemente te deportarán, pero yo iré contigo y nos casaremos en tu país. Entonces podremos volver aquí legalmente. Y nadie podrá volver a tocarnos."

Ahora está llorando y riendo al mismo tiempo. "Adam, nosotros estamos tan lejos de las reglas..."

"No... nosotros podemos usar las reglas."

"¿Me estás proponiendo matrimonio?"

"Sí."

"¿Quieres etiquetarme como tu esposa ahora?"

"Esas son sus reglas. Podemos ser lo que quieran que seamos. Si estamos juntos, ¿qué importa?"

"Adam, eso es muy noble de tu parte, pero yo no puedo."

"Es solo un subterfugio..."

"Ya estoy casada."

¡Últimas noticias!

"Em... ¿Podrías explicarme eso?"

"Así es como se organizaron mis papeles. Estoy casada con alguien, un inglés."

"¿Con él?"

"No, no... no sé quién era. Nunca lo había visto antes, y no lo he visto desde... que se fue, con mis papeles, mi pasaporte, y había un coche esperándome, otro hombre me dijo que había habido un problema y que recuperaría mis papeles, pero primero tenía que hacer una cosa. Y una cosa llevó a otra y a otra y, de pronto, me convertí en una esclava, pasé de un lugar oscuro a otro y sabiendo en mi corazón que nunca volvería a ver mis papeles, mi vida, mi libertad, de nuevo."

"Entonces no estás casada de verdad, Lillian... Mira, *tenemos* que ir a la policía, habrá otras chicas como tú..."

"Adam, Adam... hay policías y oficiales entre ellos. ¿En cuáles confiamos? ¿De qué otra manera crees que esas cosas pasan desapercibidas? Sí, hay chicas como yo... muchas... y de vez en cuando se encuentran a una en un callejón trasero con la garganta cortada por negarse a tragar. Somos baratas. Y no existe eso que llaman protección."

"No es así. Tú misma lo dijiste, mi país no es así."

"La parte en la que vives, sí. Yo la vi una vez. Era un lugar encantador, pero me temo que nunca volveré a verlo. La parte en la que vivo es igual que cualquier otro infierno en la tierra."

"Te he dicho que intentaría protegerte."

"Y yo sé que *quieres protegerme* de corazón, tengo fe en ti, pero tú nunca te has encontrado con el mal. Estas personas son demonios,

son capaces de cualquier cosa. Están todos condenados a un final violento porque ese es el infierno en la tierra en el que eligen vivir, pero también condenan a cualquiera que tocan, a cualquiera sobre los que sus ojos muertos permanecen más de un momento. Estoy condenada. Ten cuidado de que tú no lo estés también."

"Creo que es demasiado tarde para eso. He vuelto para morir. Moriremos juntos."

"Palabras, Adam. No te conoces a ti mismo. Tú no volviste para morir." Me sonrío. "Todo va a ir bien." Me acaricia la mano en la oscuridad. "¿Cuánto tiempo antes de que crezca el césped?"

"¿Qué? Oh... unas semanas más, creo."

"Entonces mañana debes llevarme a la ciudad y darme un poco más de dinero."

"Vale."

"Mejor aún, ¿me confiarías tu tarjeta de crédito y tu número de PIN?"

"Por supuesto."

"Es hora de que elija mi vestido de verano. Me gustaría que fuese uno bueno."

"De acuerdo. Pero más allá de eso... sin mañanas."

Ella asiente. "Sin mañanas. Los tomo y los desecho todos."

Intento sacarla del vivac, pero ella niega con la cabeza. "No. Apaga la lámpara. Durmamos aquí y demostremos a los fantasmas de la noche que ya no les tenemos miedo."

Capítulo 33

Davinia está incrementalmente distraída. Cuando la conocí por primera vez, se aferraba a las palabras del vicario como si cada sílaba fuese una epifanía. Sé que esto era una actuación por nuestro mutuo ateísmo, pero era una afectación calculada, a diferencia de esta reflexión interior de ahora, que es genuina y preocupante. Es como si ella escuchara voces en su cabeza y nosotros, en el mundo real, fuésemos meras distracciones.

Ahora llego más temprano a la Iglesia, como ella me ha pedido, aunque aún no sospecho el motivo. Sin embargo, esta mañana es diferente. Entro solo. Ella aún no ha venido y me asombra ver a Blinkhorn, muy apuesto, de pie en la entrada. Él no se acuerda de mí, y lee mi mirada como la adulación de unos ojos estrellados, tal vez, pues me honra con una sonrisa aceitosa. Hay dos caballeros con trajes similares a su lado, impecablemente arreglados y de rostro pétreo, con las manos entrelazadas sobre sus genitales como si esperaran ser pateados por su asociación con él.

Pero ahora no estoy pensando en Davinia. Estoy pensando en Lillian, aterrorizada de que el diablo se la lleve mientras yo no estoy. Estuvimos cerca de una pelea esta mañana. Yo no veo el sentido de abandonarla para venir a este lugar y ella insiste en que vaya porque se es lo que se espera de mí, y me asegura que ella estará bien. Que se esconderá en el vivac. Le ordeno que me permita quedarme, pero ella sonrío desafiante. Ella es solo mi esclava cuando quiere serlo.

Me siento en el banco vacío y, poco después, me acompaña Grizelda, quien parece ir vestida para una fiesta en el jardín o una boda, completa con un sombrero. ¿Está loca? Ella se sienta a mi izquierda, el ala de su sombrero invade mi espacio y su aroma floral es abrumador. Ese es el lugar de Davinia, pero parece una tontería mencionarlo. Después llega Davinia. Su entrada se anuncia con una exagerada carcajada masculina desde el fondo de la iglesia y un intercambio de bonhomía tan falso que hasta Grizelda gira la cabeza y frunce el ceño con desdén. Los pasos de Davinia son

apresurados y, cuando se sienta a mi derecha, puedo ver su blusa aleteando de manera alarmante mientras su corazón intenta autodestruirse. Sus ojos se deslizan de un lado a otro como los de un animal perseguido.

"¿Se encuentra bien, señorita Barkwell?"

No hay tiempo para responder.

Blinkhorn se desliza en el banco junto a ella. Hay otra sonrisa aceitosa, parece ser su marca registrada, que ella esquivo y yo terminé atrapando. El ambiente es tenso. Uno de los caballeros de rostro pétreo toma asiento a la derecha de Blinkhorn, por lo que todos debemos movernos un lugar. El otro caballero de rostro pétreo se sienta detrás. Casi me temo que esto pudiera ser un golpe de la mafia, salvo por que Blinkhorn es miembro del parlamento, ¿verdad?

Davinia me agarra del brazo. "Cámbiame el sitio, Richard."

Obedezco de inmediato, me encuentro brevemente en contacto más próximo con ella de lo que nunca antes había estado, la desventaja es que ahora estoy incómodamente aplastado cerca de nuestro honorable miembro. Sigue un momento de confusión cuando el caballero de rostro pétreo al final se pone de pie para permitir que Blinkhorn se deslice lejos de mí, y el caballero de rostro pétreo ocupa su lugar. Es una farsa, y en cualquier momento espero oír a la congregación detrás de nosotros riéndose de nuestra actuación. El caballero de rostro pétreo empuja un poco hacia mí para hacer más espacio, y algo debajo de su chaqueta me golpea dolorosamente en las costillas, por lo que me alejo aún más.

¿Lleva una pistola?

Supongo que no es un criminal, y supongo que, por tanto, debe de ser una especie de policía. Levanto las cejas hacia él con horror, pero él mira al frente y me ignora. Si me hubiera molestado en estar al día con las noticias, podría haber oído que Blinkhorn acababa de ser invitado a unirse a la mesa principal del gobierno y, por tanto, como tal, ahora califica para tener protección armada. Perdonarás mi cinismo si te digo que parece ansioso por mostrar su protección

esta mañana.

Davinia niega con la cabeza como si se sintiera mareada. Yo tomo su mano con alarma cuando ella se desploma en mi hombro, aunque sé que en realidad no se ha desmayado. Grizelda se despierta ante el potencial de los chismes y le pregunta si se encuentra bien. Davinia la ignora, vuelve a tomarme del brazo y me susurra al oído.

"¡Sácame de aquí!"

Así que adopto a Grizelda como improbable cómplice y, entre ambos, salimos por la izquierda y alejamos a la inestable Davinia. Grizelda, para su crédito, es una aliada incondicional en la preservación de la dignidad de Davinia y la abraza como si hubieran sido amigas desde la escuela. Después estamos al aire libre, el órgano suena detrás de nosotros y Grizelda me mira como diciendo que esto es asunto de mujeres ahora y que puedo irme, pero Davinia la mira como diciendo que no, y los tres estamos ahí parados en una especie de punto muerto, así que Davinia dice que se siente un poco mejor y que tal vez caminará un poco para tomar aire. Grizelda regresa al interior y, sin saber las intenciones de Davinia, yo hago ademán para seguir a Grizelda, pero Davinia me agarra del brazo y me retiene, luego se dobla y vomita copiosamente sobre la pared de la iglesia.

Ahora me mira, avergonzada de que la haya visto vomitar. Le ofrezco mi pañuelo y le doy la espalda para que recupere su dignidad, y me sorprende ver que hay un caballero con cara pétrea mirándome ahora. Yo sonrío estúpidamente porque encuentro su presencia surrealista.

"No pasa nada," le digo. "Mi colega ha descubierto recientemente que sufre... una severa alergia."

Davinia me toma del brazo, me aleja y caminamos juntos por la acera. Ella respira de forma extraña, profunda, como si intentara evitar otro ataque de vómitos. Yo no sé qué hacer, qué decir, así que simplemente camino con ella. Hay una salpicadura de vómito en su falda y ella trata de ocultarme esto acortando su paso. Quiero decirle que soy un anciano casado y que he sujetado más de una

cabeza mientras se arrojaban tripas a un retrete, que estas cosas no me importan. Pero le importan a Davinia. Y yo debo respetar eso.

Ella se detiene bruscamente, respira hondo, luego se gira y caminamos hacia la otra dirección.

"Seguramente," le digo, "no irás a volver a entrar."

Ella niega con la cabeza violentamente.

"¿Volver al piso?"

Ella asiente.

"¿Sabías que él iba venir?"

Otra negación de cabeza. "Tenía una nota, él... insinuó que podría... en algún momento."

"¿Sabe él siquiera lo mucho que te asustó?"

Ella se eriza: él *no* me asustó, no me hizo daño, está diciendo. Aquello no sucedió. Soy invulnerable.

"Davinia... tiene policías con él. Llevan armas."

"¿Qué?"

"No importa... estoy un poco confundido por todo el asunto."

"¡Estas confundido!"

"Vuelve al piso."

"Está bien. ¿Vienes conmigo?"

"¿Qué? Em..."

Tengo a una mujer esperando en el bosque con un brillo fatalista en los ojos mientras aprieta con un pulgar el filo de un cuchillo. No puedo ir a ninguna parte.

"Lo siento," dice ella, cabizbaja. "Estoy olvidando que... tienes otras

responsabilidades ahora. Está bien. Puedo arreglármelas. Fue una estupidez de mi parte."

¡Está avergonzada, avergonzada de pedirlo! ¿Podría ser que debajo de los aires de fantasía, en realidad piensa muy poco de sí misma? ¿Podría ser que exige cooperación porque teme buscarla, teme que otros piensen que no es digna de su cooperación? ¿De su amor? ¿Su ternura?

La acompaño al coche y le abro la puerta, todo bajo la atenta mirada del caballero de rostro pétreo que ahora hace guardia junto a la iglesia por si a los residentes de Marsden se les ocurre montar un asalto.

Ella se marcha conduciendo.

La contemplo un rato, atormentado por esta sensación de... querer ayudarla, ayudarla a ver que es bueno tener miedo... pero no puedo. No puedo comprometerme con ella. Somos demasiado diferentes, nuestros destinos están demasiado separados.

No puedo volver a Durlleston todavía porque he dejado mi abrigo Mackintosh en el banco, pero no quiero perturbar el servicio entrando a buscarlo. Respiro hondo, luego camino y me paro junto al caballero de rostro pétreo, y ninguno de los dos dice una palabra. Ahora entiendo por qué Davinia me quería en la iglesia temprano. Quería asegurarse de que yo siempre estuviera entre ella y Blinkhorn si él aparecía alguna vez. Debe de haber estado temiendo esa posibilidad durante semanas.

Tengo la impresión de que estos caballeros están encargados de cubrir el inútil pellejo de Blinkhorn. Lillian vale diez como él, pero no es elegible para ninguna forma de protección, ni siquiera de caridad, al parecer. Decido que puedo vivir sin el Mackintosh, así que subo el cuello de la chaqueta y me dirijo a casa con el estómago revuelto por el asco.

Capítulo 34

Ya no le tengo miedo al bosque por la noche. Lillian me ha convencido de que los únicos fantasmas aquí son los que llevamos dentro de la cabeza y que hacemos de ellos lo que queremos. Empezamos a vagar por allí después del anochecer, ella y yo, para llegar a conocerlo tanto de día como durante el vacío negro en el que los sonidos de la noche son fuente de maravilla: tejones, murciélagos, zorros... y ciervos. Llevamos una lamparita con nosotros con la mecha baja para que apenas emita luz y, a medida que los días se vuelven más cálidos, tenemos la intención de nadar en las aguas del Rye.

Bueno...

Ahora estoy sentado junto al río en una cálida noche de primavera y Lillian está a punto de levantarse el dobladillo del vestido. Me encanta verla hacer esto, porque ella es muy hermosa. Viste bien estos días, eligiendo para ella prendas que delatan una femenina sofisticación y un encanto delicado. También algo desvergonzadamente sexy.

De pronto, ella vacila e inclina el oído como un gato ante los sonidos bajo el umbral del oído humano. Me mira y se baja el vestido. Sus ojos se mueven de un lado a otro. Yo también lo siento. Hay un flujo desconocido en el aire. Es frío y hormigueante. Tengo la extraña sensación de que me están observando.

Ella se agacha y hace un gesto con la mirada hacia la lámpara. Me acerco y la apago. Ella viene a mí y, juntos, nos tumbamos boca abajo en la hierba, nuestras narices entre las campanillas, y escuchamos. Lo único que podemos oír es el río. Pongo la mano sobre su espalda caliente, le hago un gesto para que me siga y nos arrastramos hacia la oscuridad más profunda del bosque, pisando con los laterales de las suelas para minimizar el ruido de nuestro paso, flexionando con cuidado las ramas en nuestro camino, para no romperlas. Así, como una sombra, nos alejamos del río en silencio para poder escuchar correctamente la noche.

Ahora no hay nada. Pero estamos acurrucados juntos, abrazados para que yo pueda ver por encima de su hombro y ella por encima del mío, y en medio nuestros corazones colisionan apavorados por la alarma del otro.

"Ese no era un fantasma amistoso," dice ella susurrando en mi oído.

"No ha sido nada."

"Tú lo sentiste. Ha sido *algo*."

Su aliento es cálido y dulce. Sus manos están acunando mi cabeza. Hay ansiedad en su tacto, la sensación de que quizá nuestros días están contados, incluso más ahora. Nos hundimos una vez más en la tierra, en su aroma, donde nos abrazamos y no nos movemos ni un centímetro hasta que el amanecer llega temblando. Si voy a morir, no puedo pensar en otra persona con quien preferiría hacerlo.

Tan pronto como hay luz suficiente para ver, reviso el vivac. Tenemos frío, la ropa mojada por el rocío, el pecho espeso de agua, de modo que tosemos y nuestras voces son pesadas. Los dos somos demasiado viejos para jugar a esta clase de juegos.

¡El hilo de aviso está roto! Y los fantasmas no rompen hilos.

"Un ciervo," le digo, pero su expresión es grave. Ambos sabemos que no ha sido un ciervo.

"Sabén que estoy aquí," dice ella.

Se lleva la mano a la garganta y me recuerda que ha empezado a llevar mi cuchillo con ella, y no por defensa propia. Un rápido movimiento de la hoja curva a través de su garganta terminaría con las cosas muy pronto.

"Podría haber muchas explicaciones, Lillian. Podría haber sido William."

El cuchillo cuelga de su cuello, enrollado en un trozo de cuerda para que se acomode en su pecho. Ella lo toca para asegurarse de que sigue allí. Esto me asusta porque sé en lo que ella está pensando cada vez que hace eso.

"William es un granjero de botas grandes y un perro que ladra," me recuerda. "Lo que sentimos anoche fue el cruce entre un hombre y una serpiente."

Me estremezco al pensar en Durlleston poseído por demonios, pero el antiguo Dom de Lillian no es un hombre sigiloso. Tiene ojos de serpiente pero no el sigilo de una serpiente, aunque supongo que siempre se pueden contratar esas habilidades. Me pregunto lo rápido que ella puede sacar el cuchillo, abrirlo y deslizarlo por el cuello. ¿Lo ha practicado? Yo no tendría el coraje, ni siquiera si mis torturadores me arrastraran a una servidumbre indeciblemente vil o a una bala en un callejón oscuro. Yo siempre esperaría, y la esperanza es el enemigo de ese último recurso en particular. Aunque Lillian lo haría. Estoy seguro de eso.

"¿Puedo sugerir un baño caliente?"

Ella sonrío. "Adam, eres tan inglés."

"Y cuando el día se caliente un poco. ¿Por qué no te pruebas el vestido?"

Ella se ilumina. "De acuerdo."

"Solo intento sacar lo mejor de las cosas... eso es todo. No sé qué otra cosa hacer."

"Sacar lo mejor de las cosas. Sí, esa es una buena expresión."

Un sol pálido se inclina en rayos amarillos a través de la niebla que ahora se cierne sobre el Rye. Cada pisada es deliberada mientras regresamos a la casa y, una vez más, nos vemos obligados a saborear cada momento de lo que podría ser nuestro último día, nuestra última hora, nuestro último segundo, porque cualquiera de las sombras de aquí podría revelarnos al cazador, mitad hombre, mitad serpiente que nos llevará.

Su cabello brilla con el fértil lustre de una mujer mucho más joven. Es lujosamente espeso y oscuro, este cabello que ha enviado escalofríos de placer recorriendo mi cuerpo mientras me ha rozado la piel estas pasadas, largas y amorosas noches.

Conseguimos llegar hasta la casa.

La hierba es demasiado fina todavía para dar siquiera la ilusión de un césped verde y exuberante. Lo hará con el tiempo, pero ese tiempo parece increíblemente lejano, así que tengo la seguridad de que ahora solo los futuros inquilinos de esta extraña casa disfrutarán de la visión de lo que una vez hemos soñado aquí.

Lillian se pone su vestido de verano. Es muy fino y mientras ella camina hacia el río puedo ver a través de la prenda el contorno de su cuerpo. Ella mantiene el sombrero en su lugar contra la brisa, sosteniéndolo con una mano presionada ligeramente en la parte superior de la cabeza. En realidad no necesita el sombrero porque el sol todavía es demasiado débil para hacernos sentir la necesidad de sombra. Por ahora debemos imaginarnos el calor del pleno verano. Es nuestra única defensa contra el escalofrío de esta temporada repentinamente inmadura.

Yo me retraso porque quiero observarla. Esperamos que llegue el verano y nos conceda de verdad ese momento, pero por ahora debemos afrontar la verdad de que este ensayo es lo mejor que jamás haremos. Ella se sienta a la mesa vieja. He puesto cojines en las sillas podridas para no estropear el vestido. Como tanto de lo que hacemos aquí, esto parece un acto de desafío. ¡La mirada de ella! ¿Qué es? Tan encantadora, tan delicada, tan decente... ¡tan romántica! Es como si con este acto quisiéramos ahuyentar a los demonios haciendo brillar la luz de la bondad sobre ellos, para que se asusten de nuestra inocencia y se alejen encogidos.

El sol nos honra con un rociado de oro sobre las aguas pardas del Rye. Yo me siento al lado de ella y le pregunto cómo se siente.

"Adam, esto es tan encantador."

"Tú mereces algo mejor."

"¿Que podría ser mejor?"

"Una vida normal. Una bonita casa. Más tiempo."

"Tenemos una bonita casa. En cuanto a lo normal, ¿qué es normal?"

"Más tiempo pues..."

Toma mi mano y la aprieta tiernamente. "Si tuviéramos más tiempo, solo lo desperdiciaríamos."

Hay algo de verdad en ello.

"Un marido. ¿Bebés?"

"Ahora me estás tomando el pelo." me dice. "Soy demasiado mayor para ambas cosas."

"No lo eres."

"Además, ya tengo marido. Lo sabes."

"Uno real, quiero decir."

Sonríe con timidez, pero ella no me quiere como marido. Una brisa se mueve por el bosque. Las ramas crujen y Lillian debe agarrar de pronto el sombrero para evitar que se le escape. Yo escucho, pensando que es más el sonido del otoño que la suavidad de la primavera. Las ramas se tensan como huesos secos y viejos. Espero escucharlos romperse.

Ella me mira, me lee, no me comprende... De repente asustada, me aprieta la mano: "¿Adam?"

"¿Hmm?"

"¿No es suficiente cómo yo... te complazo?"

"¿Por favor? Me llenas, Lillian. Gran parte de mi vida estuvo vacía antes. Tenías razón cuando lo dijiste: puede que creyera que yo no quería esto, pero lo necesitaba. Luego sí, sí. Es suficiente."

Ella sonríe. "En realidad no creí que te quedarías conmigo. Parecía demasiado esperar que pudiera ganarte, cuando puedo ofrecerte tan poco. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué viniste?"

"Te decepcioné una vez, hace mucho tiempo. Quería mostrarte que no lo volvería a hacer."

Ella está perpleja. "¿Estamos hablando de una vida pasada, ahora?"

"Algo así."

"Bueno, sea lo que sea, te perdono por ello."

Mientras tanto, algo flota río abajo: una bolsa de supermercado. Se desliza sobre las ondas como una llamativa medusa y, en mi mente, sigue un rastro de corrupción. Presenta a Durleston cansado y viejo, los toscos restos de un lugar que debería haber muerto hace mucho tiempo, ya no es la reliquia heroica de alguna Arcadia perdida... sino simplemente ridículo.

No debería estar así en mayo, no cuando hay alfombras de campanillas azules y se abren las cabecitas estrelladas de ajos de oso picantes, pero ahora me pregunto si la primavera volverá sin más a ser otoño y si Durleston morirá de nuevo por última vez. Ella me está observando mientras yo examino el bosque. Llevo haciéndolo durante algún tiempo.

Ella me acaricia el brazo y apoya la cabeza en mi hombro, luego me dice suavemente: "No lo verás venir, Adam."

Capítulo 35

La señora Crabtree tiene sesenta y dos años. Tiene una cara que quiero llamar pellizcada, aunque si fuera particularmente vulgar diría que se parece más a un culo abofeteado. Ella se relaja naturalmente de un modo que transmite disgusto. Chasquea la lengua y suspira, gestos que nosotros entre el personal leemos como impaciencia por lo que ella ve como nuestras maneras inferiores. Descubro que no estoy de humor para psicoanalizarla. Si tiene vulnerabilidades que la hacen de esta manera, me alegro de no tener que ir a examinarlas.

Las chicas la insultan a sus espaldas, pero en su cara son deferentes y vergonzosas. Ella chasquea la lengua hacia mí y luego suspira. Tiene importantes minutas que escribir y yo estoy de pie en su escritorio pidiendo una placa con mi nombre en ella. Esto es ridículo, pero sin mi placa, los procedimientos de la escuela dictan que yo no debería estar en las instalaciones, porque podría ser un extraño peligroso disfrazado con una máscara de goma y deseando secuestrar a los niños. Me he dejado la placa en casa, ¿ve usted?

"Pero no debería haberla llevado a casa, señor Hunter."

Eso es cierto. Los procedimientos me lo dirían, supongo, aunque yo no los he leído. Consisten en varios miles de hojas A4 y realmente no tengo tiempo ni ganas de memorizarlas. Me pregunto si se espera esto de nosotros. Me pregunto si Davinia me las puede citar con los ojos vendados.

Debería haber dejado mi placa en el estante que la señora Crabtree tiene junto a su escritorio. Así ella sabe quién está y quién no antes de que la llamen con excusas humillantes. Normalmente yo sonreiría y soltaría una disculpa, pero no estoy de humor para la señora Crabtree esta mañana. Lillian está esperando en la casa sola a que el diablo se la lleve. Mientras tanto, la Sra. Crabtree está creando un drama con nimiedades.

"¿Me va a hacer una nueva placa o no?" Mi voz tiene un filo, como el cuchillo que Lillian esconde en su seno. Mi impaciencia nos

sorprende a ambos.

Se tarda diez segundos en imprimir una hoja de papel con mi nombre y una foto, y meterla en la fundita de plástico con el clip. Pero su manera obstinadamente engreída me dice que no lo hará, no de inmediato, y ciertamente no a mi voluntad.

"Tendré que hablar con la señorita Barkwell," me dice.

Ojalá lo hiciera, porque entonces podría ser recompensado con el tan prometido espectáculo de Davinia apuñalándola en el cuello con el tacón de su estilete.

La señora Crabtree espera.

Yo espero.

"¿Va a hablar con ella o no?" Pregunto.

"Tan pronto como ella cuelgue el teléfono."

Me siento enojado y humillado, así que tomo un trozo de papel de su escritorio, escribo mi nombre en él, dibujo una gran cara con el ceño fruncido al lado, doblo la parte superior del papel y me lo cuelgo en el bolsillo del pecho.

"¿Quizá podría informarme de la decisión de la señorita Barkwell más adelante?"

Nunca antes le había mostrado dos *peinetas* a la señora Crabtree. Normalmente lo considero por debajo de mí, pero lo hago ahora, metafóricamente hablando, por supuesto. En realidad, nunca le mostraría los dos dedos en alto a ninguna mujer.

Los niños encuentran divertida mi placa.

También lo hace Davinia, lo cual es extraño porque yo siempre había supuesto que ella no tenía sentido del humor.

Estoy en el patio de recreo. Es la hora del almuerzo y la lluvia se ha secado. El aire se llena con los chillidos de varios cientos de chavales en su tiempo libre, ensuciándose los zapatos al chapotear

en los charcos. No tengo corazón para detenerlos a pesar de que las señoras de la cena me han advertido que habrá un infierno que pagar en casa cuando los padres vean el estado de su descendencia. Pero lo único que quieren estos infantes es chapotear en los charcos y me siento tentado a levantar mi espíritu de manera similar, uniéndome a ellos.

Tengo frío, mi mente alterna entre los chavales a mi cargo y la idea de una mujer tendida en un charco de sangre cuando yo regrese a casa. Además de la idea de una hija perdida por una vida de pecado en algún remanso urbano infernal y un hijo pisando un cable trampa que le arrancará las piernas, sin una buena razón que yo pueda ver. Puede que ya haya sucedido, entonces, ¿de qué sirve reconectar con él? Seguramente es mejor no saberlo.

Dios mío, ¿qué me está pasando? ¿Cuándo me he vuelto tan... pasivo?

"Me temo que es un pobre parecido, señor Hunter." Davinia me ofrece una taza de té. Esto también es inesperado.

"¿Un pobre parecido dice?"

"La cara con el ceño fruncido," explica ella.

"Oh... Yo había pensado que era el parecido perfecto de un depresivo."

"Para nada. Las caras fruncidas son generalmente quejidos inútiles. Habría sido mejor dibujar los labios con una línea recta. Inescrutable. Incognoscible. Blindada. Entonces podría haberle reconocido al instante. Pero esto..." ella gesticula hacia la placa. "Este no es usted para nada. Usted es gruñón y taciturno, Sr. Hunter. La Sra. Crabtree se ha quejado de que fue usted abusivo con ella. Si no estuviese tan impresionada, tendría que regañarle por ello."

"¿La señora Crabtree? No me tiene."

"Te he estado observando, Richard."

"Eso es un cambio."

"¿Ves? ¡Qué gruñón eres! Cualquiera pensaría que ya no me amas."

¿Fue eso el indicio de una sonrisa? ¿Ella está... burlándose de mí?

"Señorita Barkwell, los niños tienen orejas grandes y lenguas sueltas."

"Sí... pero una inocencia tan deliciosa, ¿no crees?"

"Dime, ¿llevas mucho tiempo enseñando?"

"Te preguntaré esto solo una vez, tampoco espero que respondas con sinceridad."

"¿Oh?"

"¿Estás en algún problema?"

"Por supuesto que no."

Ella asiente. "Eso me dice todo lo que necesito saber."

"Mira, lo siento si me he... retrasado recientemente. Es cierto, tengo cosas en la cabeza. Intentaré mejorar."

Davinia quizá esté pensando que las cosas no están saliendo tan bien como yo esperaba con mi novia de Internet. ¿Está contenta por esto? Y si está contenta, ¿qué significa? Descubro que me gustaría hablar con ella, confesarle todo el asunto, que de alguna manera me salve a mí y a Lillian de lo que seguramente se avecina. Esta es una loca idea y muy peligrosa, así que la borro de mi mente inmediatamente.

"Me disculparé con la Sra. Crabtree, por supuesto."

Ella da un descarado sorbo de la taza antes de entregármela. "Ni te atrevas," me dice, luego se aleja andando.

En ese momento, Rufus Donnoley y Lizzy Sitwell colisionan. Se golpean las cabezas, luego Lizzy cae y se raspa la rodilla. Davinia da un paso a su alrededor, me mira intencionadamente y yo intervengo. Noto que Davinia no se aleja como podía haberlo hecho

añaño tras delegar la responsabilidad, sino que se mantiene rígidamente distante y mira incómodamente.

Lizzy está aullando. Rufus está al borde de eso, su mugriento rostro a punto de arrugarse. No está herido, solo está deprimido por haber hecho daño a otra persona. ¿En qué momento, me pregunto, crecerá él y superará esto? Quizá Davinia tenga razón. Hay algo amoral en las formas de los niños, pero debajo de eso una inocencia a la que yo desearía que pudiéramos aferrarnos a medida que crecemos.

Si fuese mi rodilla, presionaría el pañuelo contra ella, pero no puedo tocar a Lizzy sin exponerme a ridículas acusaciones de abuso. Lo único que puedo ofrecerle son reconfortantes tópicos mientras espero a que venga el socorrista designado, quien de manera similar no podrá hacer otra cosa que esperar a que la cosa deje de sangrar por sí sola mientras yo decido si merece o no una ambulancia Medovac hacia Middleton A + E. Y mientras esperamos, Davinia se acerca, se arrodilla ante Rufus y me sorprende con su sonrisa, porque hay una simpatía en ella luchando por abrirse paso, pero una simpatía de todos modos.

"No pasa nada, Rufus," le dice ella. "Fue un accidente."

Rufus parpadea, inseguro, y claramente tan desconcertado como yo al escuchar tanta dulzura proveniente de los labios de la señorita Barkwell. ¿Es un truco? Ella es consciente de nuestra consternación y se levanta de un salto, avergonzada, como si esperara que rompiéramos a reírnos de ella. Noto cómo su largo cabello roza el rostro de Rufus. Él está sorprendido por ello, tal vez piensa haber oído la voz de los ángeles y haber sido tocado por sus alas.

Mientras tanto, yo me estremezco y me pregunto en qué momento debería decirle que Rufus tiene más piojos de los que se pueden alojar en su desaliñada y mugrienta cabeza y que, a estas alturas, un buen número de ellos ya se habrán enganchado a Davinia. No importa lo brillante que luzcamos nuestra imagen, ¿ves? Siempre terminaremos empañados por la vida.

Le pediré disculpas a la Sra. Crabtree. Ella lo verá como una debilidad, pero yo no puedo ayudarla con eso. Para mí hay una mayor dignidad en ello y las pequeñas cosas son importantes ahora.

Parece una pequeña cosa también que Davinia me llame a su oficina a media tarde y envíe a un asistente de enseñanza para cubrir mi clase. Ella tiene el teléfono en la mano. Lo está presionando contra la frente y parece estar luchando nuevamente con oleadas de emoción.

Alza la vista cuando entro, se muerde el labio: "Richard. Es el hogar de ancianos, tu padre..."

Tomo el teléfono.

"¿Hola?"

Un suave vórtice viene de un punto en el tiempo, muy distante, se abre a un futuro de vacío incierto y me golpea la sensación de que ya no hay una generación entre mí y mi propia muerte. Escucho la voz en el teléfono explicando los hechos del asunto. Es la matrona, aunque yo esperaba que fuese Chelsea. Tomo asiento sin ser invitado, pensando que Davinia perdonará mi familiaridad esta vez. Ella me mira con incómoda, preguntándose tal vez si voy a llorar. No lo haré. No con ella. Lloraré más tarde, en Durlleston, junto al haya, con el brazo de Lillian alrededor de mí, con su rostro acurrucado en mi cuello. Le devuelvo el teléfono.

"Mi padre ha fallecido." Le digo.

"Sí."

"Será mejor que yo..."

"Por supuesto... sí."

"Vuelva a mi clase."

"¿Qué? No, Richard... Vete a casa."

"Estoy bien. No hay nada que pueda hacer ya."

"Vete a casa..."

Asiento, le doy las gracias y hago ademán para irme, sin saber adónde me lleva mi camino desde aquí. Ella rodea el escritorio en

un instante y me agarra la manga. Durante un momento de confusión, creo que ella está a punto de abrazarme. No sé si estoy encantado con la perspectiva o horrorizado, pero ella se queda ahí, tratando de leerme.

"Richard, ¿por qué no lo dijiste?"

"¿Decir el qué?"

"Que tu padre estaba tan enfermo. Ahora lo entiendo... lo siento. Ve... vete. Pero deberías haberlo dicho."

Mientras camino a casa, me embarga la sensación de que ser reconfortado por Davinia es como estar envuelto en papel de lija. Ella no puede saberlo, pero algo *ha* cambiado en ella. Se ha vuelto consciente de sí misma, que es el primer paso para desear poder ser algo diferente de lo que uno es. ¿Es mejor sacar fuerzas de una engañosa versión de ti mismo o colapsar de debilidad ante tu inevitable fragilidad? Lo único seguro en la vida es que al final te atraparé, y parece que todos los asuntos intermedios no son más que un juego de inútiles imposturas. No importa cómo lo juegues, siempre y cuando descubras una manera de engañarte a ti mismo de que eres feliz mientras tanto.

Capítulo 36

Estoy en el patio de la iglesia en la I. de I. de Marsden, traje oscuro, camisa blanca y corbata negra. Chelsea me pone la mano en el brazo al despedirse. No hay lágrimas de ella, más bien una imagen de serenidad y comprensión. Ella ha visto todo esto antes y lo aborda con una madurez más allá de sus años. Ella tiene ¿cuántos, veintiuno, veintidós? Yo era un crío a esa edad. Ella es una mujer.

"Cuídese, ahora. Sr. Hunter." Ella lo dice en serio.

"Y tú Chelsea."

Sigo desconcertado por el significado de esta adorable joven, porque ahora estoy más convencido que nunca de que todos los encuentros con los demás son personalmente significativos. Lamento no volver a visitar Marsden Hall, que probablemente no volveré a verla nunca más.

¡Significado!

¿De que estoy hablando?

Hay vida y hay muerte. Hay una renovación constante y lo antiguo no importa un ápice. Y yo estoy envejeciendo. Lo que soy, a nadie le importa ni sabe... Soy el autoconsumidor de mis infortunios. ¿Quién dijo eso? Ah... Clare—la hierba abajo sobre el cielo abovedado. El naufragio de la estima de mi vida... y todo eso. Hubo un hombre que entendió la vacuidad y ¿quién soy yo para pensar que las cosas son diferentes? Creemos que somos los primeros en caminar este camino, ¿no? Pero siempre hay alguien que se ha ido antes. De todas formas.

Hay muchos viejos feligreses aquí, caras arrugadas, como fotografías de personas que recuerdo vagamente pero que arrugué y tiré hace mucho tiempo, y que ahora he excavado del fondo de la papelera una última vez. Vienen hacia mí como viejas reliquias horribles, cáscaras de lo que fueron, *ghouls* de mi pasado, torturados y casi destruidos por sus propias vidas. Vienen con simpatía,

algunos por curiosidad, otros simplemente para mirar boquiabiertos a Lillian.

Yo no había pensado que ella vendría, ni siquiera había pensado en preguntarle hasta que volvió a pedirme prestada mi tarjeta de crédito para comprar un atuendo adecuado. Le gustaría venir, me dijo, si eso me parecía bien, que quería hacerlo. Ella quería estar conmigo, dijo, porque a pesar de toda la extrañeza de nuestra relación, ella era mi amante, mi mujer y solo por esas razones debería estar allí.

Es significativo que ella también esté aquí de otras formas, significativo cómo se mantiene a un lado, casi oculta por los rododendros. La gente la mira de reojo, pero mantiene la distancia y ella devuelve la mirada sin miedo. Ella es como un guijarro lavado y oscuramente reluciente en las orillas de este pequeño lugar, confiada en que no necesitará hacer amigos porque la marea la lavará pronto.

Todos van, uno por uno, siendo el reverendo Whitman el último. Él sabe que hay algo en mí ahora que está más que feliz de no descubrir: una creencia en algo que no encaja del todo bien con sus propias convicciones. Y sus convicciones no son lo suficientemente flexibles para adaptarse a las mías. Las lecturas del servicio de la iglesia nunca transpiraron y yo no le culpo. Si se saliera con la suya, yo no sería Coordinador de R.E. durante mucho tiempo, probablemente ni siquiera sería profesor.

Él sonrío, me ofrece su insignificante simpatía: no conocía a mi padre y esta tarde habrá olvidado su nombre, aunque lo acaba de pronunciar con mucha ternura. Las palabras que ha leído sobre mi padre eran vagas, arreglos de talla única, palabras que ha usado antes cientos de veces. Pero eso no importa y yo no veo vergüenza en ello. Mi padre ya no está aquí...

Me giro hacia Lillian ahora. Ella toma mi brazo y comenzamos a salir del cementerio. Estamos junto a la puerta y, al mirar atrás, me sorprenden las hileras de lápidas, entre ellas la tierra fresca de la tumba de mi padre. Hay tanta vejez aquí... tanta que parece no encajar ni importar más. Los recuerdos que tengo de él, de Durlleston y del arma, ¿qué son para ti? ¿Por qué creo que es

importante que te hable de estas cosas? Son metáforas, sueltas y revoloteando como sombras a través de la moteada luz del sol del bosque. Debes hacer de ellas lo que puedas, pero *son* importantes si no hay ninguna otra razón para que estés leyendo este libro y este sea el único contacto entre nosotros, y todos los contactos entre las personas son importantes. Sí... lo son, tienen que serlo, ¿o sino qué?

"Adam, ¿qué pasa?" pregunta ella.

"No lo sé, Lillian... es solo..."

"Dime."

"¿Qué se supone que debo haber hecho con mi vida? Asumo que debe haber algo, pero no puedo verlo, y me siento como un fracasado porque no consigo resolverlo, y todo lo demás que he tocado ha resultado un desastre."

"Oh... Adam. El amor, la bondad y la inocencia. Estas son las únicas cosas que importan. Son lo mejor de lo que somos capaces. Pero las subestimamos y nos desgastamos persiguiendo sus sombras, sin darnos cuenta de que las hemos poseído todo el tiempo."

"Ven conmigo. Lejos de Durlleston, lejos de Marsden... no hay nada aquí para nosotros."

Ella sonrío con indulgencia. "Suena tan encantador, pero tú sabes que es demasiado tarde."

"Podemos desaparecer. He estado pensando en ello."

"Ya hemos hablado de esto. Le pedí ayuda a un demonio una vez y él exigirá su precio. Respiraré el aire de Durlleston todo el tiempo que pueda... pero no dejaré que me lleve. Tu padre está muerto. Tu propósito aquí está cumplido. Puedes dejarme si lo deseas. No pensaré mal de ti. Aún podrías hacer algo con tu vida, ¿sabes? Depende de si quieres o no."

¿Puedo? ¿Es siquiera posible que en esta etapa tardía pueda hacer algo útil de mí mismo? ¿No soy ya útil entonces? ¿Cómo se mide la utilidad humana? Oh, dale un descanso, Richard. Lillian tiene razón: amor, bondad e inocencia: estas son las mejores cosas a las

que podemos aspirar.

"Recuerdo mirarte una vez," le digo. "Éramos niños, sentados en un charco de sol en esa escuela de allí. Sentí algo en aquel momento. Había toda la vida en él, pero lo tiré porque era un cobarde. Te traicioné, pero no lo volveré a hacer."

"No era yo, Adam. Y de todos modos, aunque lo fuese, y estamos hablando de nuevo con acertijos metafóricos, ya te lo dije entonces, te perdono por eso."

Ahora estamos en el coche conduciendo de regreso a Middleton, donde tomaremos la pista que conduce a las sombras de Durlleston. Parece una extravagancia, toda esta gasolina. Nos dicen que deberíamos usar cada vez menos de todo, haciéndonos sentir culpables por destruir un país que no es culpa nuestra. Podríamos haber paseado desde la casa hasta el patio de la iglesia en veinte minutos, pero no queríamos mancharnos de barro los relucientes zapatos, porque era el funeral de mi padre y él se merecía unos zapatos relucientes.

Tomo el camino más largo y conduzco despacio, disfrutando del hecho de su presencia. Su ropa la hace parecer casi normal: un traje oscuro bajo un abrigo de lana negro. Ella podría ser cualquiera de los ciudadanos comunes de mi país: ingeniosa, inteligente, trabajadora, sexy. Pero estar con ella hace que el mundo parezca irreal, como algo jugado en la realidad virtual del parabrisas de mi coche.

Ella aún me llama Adam, y esto me recuerda que nos involucramos en un nivel de puro ser, que nuestras etiquetas no son lo esencial. Estar con Lillian es hundirse en un sueño. Es involucrarse en su abrazo y ser lastrado hacia las profundidades por su suave y seductor peso.

Bajamos la pista lentamente. Durlleston es donde vivimos, pero también es donde aún sigo morbosamente convencido de que vamos a morir. La casa es lamentablemente vulnerable a un furtivo diablo con un cuchillo o una pistola... o una cerilla y gasolina. No sé por qué estoy pensando esto ahora. Ninguno de los dos lo admite, pero el silencio entre nosotros habla de ello de todos modos. Y cuando

nos acercamos a la casa, como un presentimiento, hay un coche con un hombre apoyado en el capó, esperando. Lillian toma aire y busca el cuchillo. Pero soy más rápido que ella y lo tengo en mi puño antes de que ella haya tenido la oportunidad de abrirlo.

"¡Adam! Suéltalo." Me está arañando el puño, golpeándome el brazo. "¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!"

Me sorprende su furia, pero se relaja eventualmente. Siento que se torna flácida, y luego se limita a mirarle mientras él le devuelve la mirada. No hay nada en los ojos de Lillian, ni odio ni la confusión de sentimientos que uno podría experimentar por un antiguo amante. Sus ojos parecen tan muertos como los de él.

Ya no hay que fingir. Él sabe que ella está aquí.

"Lillian, ¿sabes conducir?"

"¿Qué? sí..."

"Pues pasa detrás del volante cuando yo salga y conduce volviendo por el sendero hasta la carretera de circunvalación. Espera a ver su coche y luego regresa hasta mí. Si estoy muerto, el futuro depende de ti... pero al menos dame la oportunidad de razonar con él."

"No voy a ir a ninguna parte, Adam. Si alguien va a morir, no serás tú. Y no se puede razonar con él. No entenderá ni una palabra de lo que digas. Él habla otro idioma, se llama pura inmundicia."

"Está bien... pero salgo del coche ahora. Prométeme que no harás nada hasta que haya hablado con él. ¡PROMÉTEMELO!"

Ella se aparta por reflejo, asiente, yo suelto el cuchillo, de nuevo a su cuidado, y me deslizo fuera para encontrarme con él.

Hay cierta presunción en él. "Me mentiste," me dice.

"No mentí."

"Te pregunté si tenías algo que me pertenecía y dijiste que no."

"Ella nunca fue suya en primer lugar."

Lo piensa por un momento: "Te lo pondré fácil," dice. "Ella sube a mi coche, yo me voy y nunca me vuelves a ver."

"¿Y la alternativa?"

"No hay ninguna."

"Siempre hay una alternativa. Para empezar, como trates de llevártela, y quiero decir si das un paso en esa dirección, ella se matará. Y créeme: lo dice en serio."

Está desconcertado y esto me sorprende. Le había considerado incapaz de dudar. "¿Por qué iba ella a hacer eso?" me pregunta.

"Obviamente porque preferiría morir antes que irse contigo."

Él se recompone. "No sé lo que te ha dicho, pero todo son mentiras," dice. "Yo la amo... tú no sabes ni la mitad."

Esto es una revelación... me refiero a que una criatura como esta pueda pronunciar la palabra *amor* sin atragantarse con ella. "A mí me parece una especie de amor superficial," le digo.

"¿Y qué sabes tú al respecto? No se puede creer una palabra de lo que dice. Se inventa cosas... tiene más caras que una baraja de cartas. Así es como es, te lo aseguro; nunca sabes dónde estás con ella."

"A diferencia de ti, por supuesto. ¿Supongo que estás siendo muy abierto y honesto conmigo?"

"¿Qué? Mira, lo sé todo sobre ti, *Sr. Richard Hunter*. Eres un maestro de primaria en el pueblo. Te la has estado follando durante meses y le has dicho a todos que la conociste por Internet. Eres un peso ligero y un perdedor, y no tienes la menor idea de en qué te estás metiendo aquí."

"A decir verdad, no creo que me conozcas en absoluto. En cuanto a en qué estoy metido, estoy seguro de que no veo la imagen completa, pero tengo una idea clara. Y si fueras tan inteligente, también sabrías que la policía ha estado aquí preguntando por ti."

¿Había sido eso un destello en esos ojos muertos? ¿Me cree? ¿Puede permitirse no tomarme en serio? Me muestra una sonrisa burlona, pero no es demasiado convincente. "Oh, ¿y por qué sería eso entonces?"

"No me lo dijeron. Pero tenían tu foto. Querían saber si te había visto. Les dije que sí, y en cuanto te hayas ido, los llamaré para decirles que te he vuelto a ver."

Ahora me descubre. Quizá Davinia tenga razón: se me ponen rojas las orejas cuando miento, y nunca antes había apostado tanto por una mentira como esta.

"¿De verdad?" dice: "¿Y cómo les explicaste a *ella* entonces?"

"No tuve que hacerlo. No la estaban buscando a ella. Te estaban buscando a ti."

"Oh, pero estoy seguro de que a ellos les gustaría saber dónde está."

"¿Por qué? ¿Porque no tiene papeles?"

"¿Eso es lo que te ha dicho? Eres más estúpido de lo que parece."

"¿Por qué quieres que vuelva? ¿Porque la amas? ¿Porque ella vale dinero para ti o porque quieres matarla?"

Parece genuinamente confundido. "¿Qué?"

"¿O es una especie de anticuado asunto de honor?"

"Mira, idiota, si la quisiera muerta, parece que lo único que tendría que hacer es dar un paso y ella haría el trabajo por mí, ¿verdad? Luego me marché todo inocente y te dejé a ti en la mierda tratando de explicar una mujer muerta sentada en el coche. Entonces, si la quisiera muerta y a ti empapelado, ¿por qué sigo aquí de pie, todo cortés e inofensivo?"

Tiene razón y yo no sé la respuesta en realidad. Estoy confundido. Tampoco tengo tiempo de resolverlo porque una sombra emerge del bosque y veo el brillo de una escopeta. Estoy a punto de soltar las tripas al pensar que el viejo idiota se ha traído a alguien con él,

pero me doy cuenta de que es William. El arma está quebrada, la recámara abierta. Casualmente, él mete un par de cartuchos.

"¿Va todo bien, señor Hunter?"

"Em... bien, gracias. Este caballero se ha perdido. Solo le estaba indicando el regreso a la carretera principal."

William asiente con cautela. "Sí... se sabe de gente que ha desaparecido aquí abajo."

Mi némesis—no sé cómo llamarle—parpadea y parece estar a punto de retroceder. Agradezco la intervención de William, pero también temo por él y no estoy seguro de que esto vaya a terminar bien.

"Sé dónde vives," dice ojos muertos. "Y volveré, al caer la noche, al amanecer, cuando menos te lo esperes. Y la próxima vez, no me iré sin ella."

"Ella nunca volverá a llevar tus cadenas."

"Sí, lo hará. Y lo hará porque yo le diré que lo haga. Y ella estará encantada de hacerlo porque ella es así. Tú... un hombre como tú. Tú no le sirves a ella para nada. No durarás ni cinco minutos."

¿Un hombre como yo? Recuerdo haber pensado algo similar hace un tiempo, pero parece que me las he arreglado para durar más de cinco minutos después de todo. ¿Cómo lo he logrado? ¿Fue el aferrar o el soltar?

Él se aleja. Me siento aliviado, por supuesto, pero sé que esto no ha terminado y lo único en que puedo pensar es que solo hemos ganado una noche más juntos. William saca los cartuchos de la escopeta y se para junto a mí mientras vemos el vehículo subir a bandazos por la pista.

"Si no le importa que se lo diga, Sr. Hunter. Creo que debe andarse con cuidado."

"Sí, probablemente tengas razón, William. Gracias."

"¿No le dije que era un cabrón?" Él suspira. "¿Sabe?, he estado

pensando en ello, esa pista es un poco peligrosa en realidad. Todos esos charcos profundos y surcos. Quiero decir que podrías pinchar o cualquier cosa, ¿no?"

¿Qué quiere decir con esto? "Supongo que podrías, sí."

"Solo se necesitaría un trozo de linóleo con un clavo fuerte, digamos... ¿como esparcir algunos de ellos?"

"¿Sería?"

"Sí. Mejor no arriesgarse a bajar por ese camino. En caso de pinchazos, quiero decir. Es más fácil subir por la granja. Llevo un tiempo queriendo sugerirle esto."

"Eso es muy... decente de tu parte."

"Y esa chica suya... debe de sentirse sola para bajar aquí durante el día, cuando está usted fuera. Sé que le gusta la tranquilidad, pero siempre será bienvenida en la granja, ¿sabe? Quiero decir, si le apetece un cambio. Mi esposa se alegraría de poder charlar con alguien de vez en cuando."

"De nuevo, eso es muy decente de tu parte. Yo... lo sugeriré."

"Me pondré en camino entonces."

"Gracias y... William."

"No se preocupe, Sr. Hunter. Es mejor guardarse algunas cosas para nosotros, ¿eh?"

"Em, bastante."

"Vaya por la sombra."

Le observo alejarse, un salvador inesperado. Pero no siento consuelo. Él puede clavetear la pista, como estaba insinuando, y yo puedo conducir cruzando la granja, pero necesitamos un plan mejor que ese. Creo que sé lo que tengo que hacer. Me giro hacia Lillian. Ella parece tranquila, sentada allí en el coche, pero sabe como son las cosas y me pregunto qué estará pensando mientras me mira tan

intensamente. Me pregunto si puede leer mis pensamientos, y también me pregunto... si alguna vez me perdonará por lo que estoy a punto de hacer.

Capítulo 37

Estoy viendo a Davinia. Es la asamblea de la escuela, lunes por la mañana. Hemos tenido la oración y el insoportable recital de flauta dulce, y Rachel Watkins le ha tirado del pelo a Mandy Phelps porque es su cumpleaños. No sé cómo este ritual ha logrado resucitarse, pero no está haciendo nada por mis nervios. Quedé embargado por la ansiedad más terrible cuando Mandy, con huecos entre los dientes y risitas, gritó el nombre de Rachel—en caso de que Rachel no estuviera allí.

Lillian y yo no hemos dormido en días y estoy muerto de cansancio, profundamente reflexivo e irracional. Nos vemos abrazados todas las noches mientras la hamaca nos mece en vano. Los dos esforzando la audición por encima del murmullo del Rye en busca de sonidos que pudieran traicionar al diablo de afuera que viene a vengarse. Han pasado semanas ahora. William ha llenado de clavos la pista. He ido a inspeccionar su obra, pero a pesar de todo su ingenio y su curioso deseo de protegernos, estamos indefensos.

Davinia se rasca la cabeza. Ella está pensando que es su champú. Se enfadará cuando descubra que no lo es. Las apariencias lo son todo para ella. La verdad es que para alguien a quien le gusta presentarse a sí misma como urbana, es bastante anticuada, un poco victoriana en su rigidez.

Ella me pilla mirándola y alza una desafiante ceja. Yo aparto la mirada y me concentro en el lunar en la nuca de la señorita Grimshaw mientras ella toca el piano. Ella siente un estremecimiento y se ajusta el cuello de la bata para que yo no pueda ver más. No tengo donde posar los ojos; parece que perturbo todo lo que veo estos días, que lo presiono hasta causar un movimiento vertiginoso.

Mientras tanto, la señorita Grimshaw de dientes partidos aporrea un himno discordante al piano. Recuerdo haber cantado con este mismo piano hace cuarenta años, con los acordes cotidianos de otra señorita Grimshaw: traje de lana, caderas robustas y dedos

igualmente de plomo. ¿De verdad puede ser el mismo piano? ¿Este mismo instrumento infernal? ¿Cómo pudo haber sobrevivido intacto a los años, para batir con sus superficiales melodías mientras que tantas otras cosas que eran dignas de eterna preservación en la tierra estival de mi mente ahora yacen arrasadas, destruidas y en pedazos?

Me retiro a mi interior, me sumerjo en el aroma imaginado de Durlleston, el aroma de la tierra y el río... y Lillian. Recuerdo la tierna seriedad de su toque cuando hacemos el amor, pero el recuerdo es ahora una metáfora más de la terrible impermanencia de las cosas. Es verano ahora y Durlleston abruma los sentidos, sofoca toda la frescura de la razón con su calor soporífero. Su energía adormecedora se espesa, se vuelve pegajosa a medida que el dosel adquiere un tono verde más profundo y sus sombras hacen menos denso todo sentido de la realidad.

He decidido que debo traicionarla.

Porque quiero salvarle la vida.

Será como caer en una máquina. La deportarán, pero tengo dinero y puedo ir con ella. Sé que ella se enojará y eso destruirá todo lo que hemos soñado aquí... este sueño sin mañanas, esta última resistencia, este clavado de colores, pero siento que esto es lo correcto, que en algún momento tenemos que despertar. ¡No tenemos que morir, Lillian! Podemos regresar al mundo con dignidad y honor. Ella dijo que no lo veríamos venir. Quizá sea cierto, pero igualmente, creo que sería mejor que no esperáramos, que lo pilláramos por sorpresa.

A eso.

Al destino.

Son las cinco y Davinia me está mirando a través de la puerta de mi aula. Debería regresar con Lillian. He tratado de animarla a que se haga amiga de la gente de la granja de Lomax, a que pase tiempo allí, pero ella se niega con calma y, en cambio, se sumerge más profundamente en sí misma. Me he quedado esta noche porque estoy investigando el estado de mis finanzas en mi ordenador

portátil y no quiero que Lillian me vea haciéndolo, o podría preguntar por qué. No tengo una fortuna que dejar a mis hijos y probablemente ellos se la gastarían en un fin de semana de todos modos, pero creo que es suficiente para hacer lo que tengo que hacer.

Davinia entra para ver más de cerca. "¿No tiene un hogar al que ir, señor Hunter?"

"¿Hmn?"

"¿Visita online al Banco? ¿No es eso un poco moderno para ti?"

"¿Moderno? Te haré saber que trabajé en el equipo que escribió el software que usa este banco."

"¿En serio? Pero eso debe de haber sido hace mucho tiempo."

No estoy de humor para el esgrima con ella ahora, pero algo tiene en mente, y así es como ella hace el calentamiento. Echa un vistazo a lo que estoy haciendo.

"Claramente te pagan demasiado."

"Davinia, por favor."

"No estarás pensando en saltar fuera del país, ¿verdad?"

"¿Eh?... no seas boba. Solo estoy haciendo balance. De todos modos, no tengo pasaporte, ¿recuerdas?"

Ella aparta la mirada. "Lo siento... eso ha sido entrometido por mi parte." Hace una pausa, se muerde el labio y luego: "¿Fuiste a la iglesia el domingo?"

"Em... sí. Noté que tú no fuiste, ni la semana anterior."

Ella arquea la ceja, pero hay algo divertido en ella. "¿Es una reprimenda, señor Hunter?"

"Difícilmente. Yo... te echo de menos, eso es todo."

"¿En serio?" Ella sonríe. "Qué galante de tu parte. Pero ya que lo mencionas, ¿no es eso un poco... inapropiado?"

¡Me está provocando! Ahora puedo saber cuándo lo está haciendo: un espasmo casi imperceptible de su ceja y un movimiento en la esquina de su boca como si estuviera retirando la sonrisa antes de que yo tenga oportunidad de descubrirla. Por lo demás, su tono es sereno y un espía casual podría pensar que ella habla en serio.

"Todo lo que he sentido por ti, Davinia, es inapropiado. Pero ya sabes a lo que me refiero."

"¿Tú... sabes por qué no he ido... a la Iglesia?"

"Puedo suponer... no le he... visto allí. ¿Te sigue molestando?"

Ella niega con la cabeza, pero no sé si esto es para negarlo o una señal de que todavía no quiere hablar de ello.

"Bueno," dice ella. "Estoy pensando en abandonar la I. de I. de Marsden permanentemente. Así que tendrás que acostumbrarte a arreglártelas sin mí."

"¿Abandonar la iglesia? ¿Es prudente? Serás como una atea a los ojos de los que importan aquí." Entonces lo entiendo y siento un terrible hundimiento de mi ánimo. "Ah... quieres decir que te vas. ¿Dejas la escuela?"

Ella se sonroja. "Me ofrecieron un puesto en el Condado. Un rol de asesoría."

"¿Asesoría?"

"Sí... y en caso de que te lo estés preguntando, no tiene nada que ver con... ya sabes... él. Nadie me suavizó el camino con esto."

"No me lo estaba preguntando."

"Da igual, yo *quería* que lo supieras."

"Y... ¿estarás dando vueltas poniendo el temor de Dios en lugares como este?"

"¿Crees que me ajusto bien al papel?"

"Sí, lo creo. Serás muy buena en eso."

"¿Poner el temor de Dios en la gente? Supongo que sí." Ella frunce el ceño. "Aunque no es un gran epitafio, ¿verdad?"

"Bueno, si te sirve de consuelo, no los atemorices a todos."

"¿A ti, quieres decir? Obviamente no estoy esforzándome lo suficiente estos días."

"Es cierto, parece que te has vuelto un poco suave conmigo."

Ella chispea. "Sí, lo he hecho. Richard... lo siento."

"¿Lo siento?"

"Por no ser lo que tú querías que fuera."

"Oh... eso. No fue culpa tuya. Yo estaba... menopáusico... o algo así. Lamento haber exagerado tanto el asunto."

"Suenas desdeñoso... como si quisieras dejarlo atrás."

Eso es cierto. Quiero dejarlo atrás, pero una parte de mí desea que no tenga que ser así.

"Si sirve de consuelo," dice, "creo que... bueno, que eres un hombre decente."

"¿Lo crees? Bueno, eso ya es algo, supongo." Y de repente pienso, ¿qué ha provocado esto? Davinia, ¿estás bien?

Ella toma aire y me pregunta: "¿Qué vas a hacer?"

"¿Hacer?"

"Me preocupa que... sin que alguien te vigile, hagas algo... tonto." Ella vuelve a fruncir el ceño. "También tengo una sensación en los huesos de que quizá ya lo hayas hecho."

"¿Hecho qué?"

"Algo tonto."

"No."

"¿Por qué te casaste con ella? ¿Con esta... chica?"

"No estamos casados. Tú sabes que no lo estamos. Y ella no es una chica."

"Está bien, pero..." Me mira como si estuviera esperando más, esperando que yo le diga, no sé qué. Que le permita entrar *dentro* de mí. Y yo me *siento* tentado, pero mis adentros son muy blandos y no es realmente un lugar para alguien tan abrasivo e indigerible como Davinia.

"¿Richard?"

"¿Hmm?"

"Me preocupas."

"Lo sé... ya lo has dicho."

"Pero me preocupa más que me preocupes. Hay algo en ti que admiro, de verdad, algo heroico en un curioso sentido, pero también tienes una vena autodestructiva, como si estuvieras empeñado en aplastarte contra las rocas cuando se podría navegar fácilmente rodeándolas."

"Todos los románticos terminan así. Y tú *eres* un romántico. Pero viven vidas cortas y terminan consumiéndose en una neblina de opio, dejando atrás tanto escándalo como es humanamente posible... "

"Em..."

"Bueno," continúa ella, avergonzada ahora. "Todo esto es es un «por cierto». Yo había venido a decirte otra cosa."

"¿Otra cosa?" Pero ella ya me ha dicho demasiado. De hecho, no creo que hayamos hablado tanto como ahora antes.

Ella sonríe cortésmente, pero baja la mirada—est  recogiendo carrete, enviándonos a asuntos más mundanos. "He arreglado la cobertura para tu clase mañana."

" S ?"

"Hay un seminario sobre el papel de la Escuela de la Iglesia en la Sociedad Secular.  No te envi  un correo electrónico al respecto?"

"S ... lo recuerdo. Lo ignor . Sonaba tan *fascinante*. Em...  eso es mañana?"

"S . Pero no te preocupes. Ya he escrito tu nombre. Te ver  fuera de la sala de conferencias a las nueve."

" Me verás?"

"Yo también voy."

"Y eso era...  d nde?"

"Southport, Richard...  recuerdas?  En la sala de conferencias?  En el Paseo Marítimo? En serio, tienes que prestar más atención,  sabes?"

La comisura de su boca se contrae. Est  disfrutando con esto—no del todo seria, pero tampoco bromeando. Un día con Davinia siempre será entretenido, y Dios sabe que necesito un cambio, excepto que cada segundo del día estar  con un nudo en el estómago pensando en Lillian, quien espera en Durlleston mi regreso con un cuchillo en la mano.

Podría decir que no, decirle que tengo problemas personales, pero no puedo porque soy un cobarde y de pronto anhelaba la fría luz del día.

Capítulo 38

Southport a las nueve, en una cálida mañana de verano. Hay un cielo amplio y suave, el grito de las gaviotas y un silencio temprano y sin aire en el Paseo Marítimo. Soy consciente de que no estoy lejos del piso de Davinia. Probablemente pueda verlo desde el centro de conferencias. Me pregunto si lo está alquilando. Espero que no porque es difícil pensar en alguien aparte de ella viviendo en él.

Ella está esperando fuera de las puertas de vidrio, a la entrada del centro de conferencias, su figura esbelta reflejada en ellas: traje azul oscuro, falda corta, cabello largo y rubio, cepillado y colgando por la espalda, lo ha dejado crecer más, noto yo, una no muy buena idea cuando tienes una escuela tan llena de piojos como la nuestra. Tiene el iPhone pegado a la oreja y hace gestos rotundos y enfáticos con la mano libre mientras le explica a alguien del otro lado qué es lo que ella espera de ellos.

Llego temprano, pero ella hace que sienta que llego tarde. También me pregunto qué estoy haciendo allí ahora. Estas cosas son invariablemente una pérdida de tiempo y ciertamente no vale la pena el gasto de un maestro suplente para cubrir mi clase, aunque no me desagrada estar libre de esos pequeños bastardos por un día.

"Buenos días, Richard. ¿Entramos?"

Tiro al abrir la puerta y me hago a un lado para que ella entre, un gesto estúpido de una época pasada, de cuando los hombres les abrían las puertas a las mujeres sin temor a ser ridiculizados. Ella me mira intencionadamente, preguntándose quizá si estoy siendo irónico, y entra. Creo que a ella le gusta. Puedo ver por qué. Descubro que me gusta también.

Nos registramos en el mostrador y recibimos nuestras credenciales de plástico. Sujeto la mía obedientemente a la solapa mientras Davinia sujeta la suya a la correa de su bolso, para no estropear el aspecto de su traje. Ocupo mi lugar a su lado en el teatro. Ella se sienta erguida, consulta el teléfono para ver los últimos mensajes,

con las piernas cruzadas, su pie elevado balanceándose arriba y abajo, provocándome con el escote de los dedos de los pies. Sus tacones son afilados y metálicos. Sus labios, un corte rojo, sus ojos de glotón brillan intensamente. Una ligera media sonrisa y un movimiento de su ceja me dice que sabe lo que está haciendo y está disfrutando el efecto que está teniendo en mí. ¿Qué está haciendo? ¿Flirteando? ¿Voy a ser mortificado, avergonzado, incomodado? ¿O disfruto con ello?

"Es usted una chica traviesa, señorita Barkwell."

Ella hace un puchero en señal de aprobación.

Yo llevo un traje gris pálido. Me pregunto si ella nota que es a medida. También llevo una camisa de Saville Row, pulidos zapatos Oxford y una corbata de seda. Y, como siempre, parece que cuando estoy con ella, el disfraz se arrastra dentro de mí y me siento mejor de lo que realmente estoy. Estoy más lejos de mí mismo, abrazando esta máscara, esta persona de importancia personal. ¿Y es eso tan malo? ¿No es mejor consolarse en la vida, en la luz y en la fantasía de la realidad, que en el sueño y la oscuridad, en el rechazo obstinado de todo lo tangible? Es como si Durlleston me hubiese robado la voluntad de vivir al hacer que la perspectiva de la muerte pareciera... ¿qué? ¿Como irme a dormir, como ir a casa, como desconectarme de la locura, como descansar mis cansados huesos?

Las luces se apagan y se enciende la primera de las diapositivas de Powerpoint. La primera palabra de la primera diapositiva es "Sinergia" y sé entonces que nos espera un largo día. Es una palabra espantosa, del tipo de sostenerse la cabeza entre las manos y llorar. Por un momento estoy de vuelta a Estados Unidos, de vuelta a una presentación corporativa con un chaval trajeado parlotando sobre cosas que parece entender, y esto me preocupa porque siento que en algún momento debí haberme perdido la parte vital de la información que haría coherentes sus parloteos.

Hay una pausa para el café a las 11:00. Salgo en busca de la mesa de servicio, mientras Davinia escanea a la multitud y comienza a establecer contactos. Regreso con su café justo cuando ella está entablando una conversación con un hombre de cabello gris y coleta. Viste impresionantemente casual con vaqueros y una camisa

de estampado de flores. Davinia me lo presenta y nos damos la mano. Ella da un sorbo al café justo cuando el hombre de la trenza me pregunta si estoy disfrutando de la conferencia. Está siendo educado. No le conozco y no tengo ninguna razón para pelear con él, pero le pregunto si cree que hay alguna posibilidad de que se mencione a Dios antes de la hora del almuerzo.

Davinia se atraganta y tose, luego se ríe. El caballero de la trenza objeta y Davinia le dice que no debe hacerme caso, que me tomo todo demasiado en serio. Luego me conduce aparte y yo creo que me van a regañar, pero ella apenas puede mantener la cara seria.

Estoy confundido. "No me digas que era el asesor principal de E.R.. para todo el país."

"No tengo idea de quién era, Richard."

"Lo siento... no quise ser tan ... "

"¿Qué? ¿Honesto?... pero siempre debemos ser honestos, ¿no es así? Aunque eso nos haga impopulares. De lo contrario, ¿cómo va a saber la gente qué es lo que defendemos?"

"¿Honesto? ¿Como tú, quieres decir?"

"¿Detecto un tono sarcástico? Pero seguro que conmigo lo que ves es lo que obtienes."

"¿Y me llamas sarcástico a *mí*?"

"Creo que el término adecuado para mi tono sería irónico; en serio, vosotros los tipos de la industria a menudo tenéis un dominio del inglés tan de segunda clase."

Ella brilla, esgrimiendo conmigo. Yo me divierto con ello por un tiempo, pero sería poco caballeroso presionar para obtener ventaja y ella aprecia que yo no lo intente.

"Aunque, en serio, Davinia, lo siento. Prometo portarme bien de ahora en adelante."

"No debes," dice ella. Luego extiende la mano de manera bastante

íntima, quita la placa de mi solapa y la desliza dentro de mi bolsillo. Luego alisa el fruncido de mi solapa con la yema del dedo. Por lo general, esto me preocuparía, no fuese que la gente estuviera mirando, porque seguramente solo los amantes usarían ese lenguaje corporal, pero descubro que eso no podría importarme menos. Llegará un momento en el que ya no volveré a ver a esta mujer y quiero disfrutar de cada sutil matiz del tiempo que nos queda.

"Vamos," dice, "te dejaré que me invites a un helado."

"No creo que sirvan ninguno."

"Aquí no. En el muelle o donde sea."

"Pero creo que vamos a empezar en cinco minutos."

"Bueno, tú puedes quedarte si quieres, pero yo me salto la clase. Ya llevamos aquí el tiempo suficiente. Y como no se habla de Dios, como tuviste la audacia de señalar, no veo por qué deberíamos permanecer para ser insultados con palabras como apalancamiento."

"¿Han mencionado el apalancamiento? Eso me lo he perdido."

"Varias veces, apalancando esto, apalancando aquello. ¿No estabas prestando atención?"

"Mi mente debió de haberse distraído. ¿También a ti te molesta esa palabra? Pero esa es del tipo de palabras que te oigo decir."

Ella me muestra una estrecha sonrisa. "Te perdonaré eso, pero ahora también me debes el almuerzo. Bueno, ¿vienes o no?"

Afuera, el aire es fresco, salado, cálido. Puedo oler patatas fritas. La gente se pasea en pantalones cortos y camisetas: las niñas están en bikini, los niños brincan con helados y el cielo está salpicado de cometas danzantes. No está a veinte millas de Durlleston, pero es un mundo diferente, no tan glutinoso... el alivio es tangible. Ojalá pudiera encontrar una manera fácil de traer a Lillian a este mundo, pero incluso un acto tan simple como este: caminar por el maldito muelle, ¡parece increíblemente lejano para nosotros!

Davinia me aconseja que me quite la corbata, diciendo que me hace

parecer menos el fugitivo de una conferencia. No sé si está bromeando o no.

"Davinia, esto parece un poco..."

"¿Qué?"

"Un poco... travieso."

"Lo sé. ¿Delicioso no? Me sorprende que te preocupe, un rebelde como tú."

Pido un par de refrescos y helados en el café-bar al final del muelle, y nos sentamos juntos a contemplar el vasto plano de la playa, el mar de Irlanda, una línea imaginaria que se estremece entre la bruma a una milla de distancia. Ahora ella lleva gafas de sol y la chaqueta cubre el respaldo de la silla. No sé cómo me mira porque no puedo verle los ojos, y comprender a Davinia se basa en poder verle los ojos.

Hay mucho espacio aquí, las amplias arenas abiertas, figuras como puntitos, lejos en la orilla, y luego está el cielo... esta gran cúpula de cielo. Puedes ver tus pensamientos viniendo hacia ti desde muy lejos aquí, no como en Durlleston, donde se agolpan sobre ti, todos susurrando en tu oído al mismo tiempo.

"¿Richard?"

"¿Hmm?"

"Es como si estuvieras con las hadas a veces."

"Lo siento, Dee."

"¡Espera! ¿Me acabas de llamar Dee?"

"Em... creo que sí. No tengo idea de dónde ha salido eso. Lo lamento también. Fue un poco... demasiado familiar, supongo."

"Sí... sí lo fue... no es que me importe, por supuesto."

"¿No?"

"No, creo que en realidad me gusta. ¡Dee! Sí, creo que me queda bien." Ella ríe. "¿Sabes?, me gusta un hombre que es capaz de reflexionar profundamente, principalmente porque yo soy totalmente incapaz de hacerlo. Pero en serio, a veces tienes la mirada de alguien ahogándose en sus propios pensamientos."

"Puedo estar un poco ensimismado, lo sé."

"Aunque ninguno de nosotros tiene razón, quiero decir, la forma en que tratamos con el mundo."

"¿No?"

"¿Cuál es nuestro propósito, Richard? ¿Toda tu autorreflexión, qué te dice?"

"No me dice nada."

"¿Pero adónde pertenecemos, crees tú?" Hace un gesto a la multitud de veraneantes estivales que se pulula alrededor, toma aire y admira la ilimitada vista de la playa. "¿Aquí fuera?" Luego se golpea un lado de la cabeza. "¿O aquí dentro?"

¿De verdad estoy discutiendo la naturaleza de la existencia con Davinia Barkwell? Tomo una respiración.

"La evidencia sugeriría aquí fuera," le digo. "Aunque solo sea porque pasamos un montón de tiempo ahí, y eso nos causa un montón de dolor y confusión a todos. Lo otro, aquí dentro, supongo que es para que podamos reflexionar sobre nuestras vidas y nos preguntemos si estamos haciendo lo correcto viviendo como lo hacemos. Necesitamos ambas formas de ver el mundo. La respuesta simple a tu pregunta es que pertenecemos a ambas al mismo tiempo, si podemos gestionarlo."

Ella parece ansiosa por un momento, una serie de turbulentos pensamientos revolotean por su mente. "Ahí estamos entonces," dice. "Yo tengo que meter la mano y sacarte la cabeza de la superficie de tus pensamientos o te ahogarás. Y tú tienes que estirar la mano y tirar de mí, enseñarme a nadar un poco."

"¿Nadar?"

"Sí... o me volveré loca. ¿Crees que no hay sentimiento detrás de esta máscara?"

"Muy al contrario, sé que lo hay."

"Bueno, entonces... ahí estamos. Lo único que nos detiene a ambos es la cuestión de si confiamos o no el uno en el otro. Yo confío en ti, Richard. Confío en ti con mi vida."

"No digas eso."

"Es verdad. Pero tú... no confías en nadie, y menos en mí."

"Sí que confío en ti."

"¿Por qué habrías de hacerlo? Solo tienes que hacer mella en mi orgullo un poco y te arrastro a una trampa para que quedes como un idiota."

Me río del recuerdo. "Sí, lo hiciste, pero sin resentimientos. Era diferente entonces... y me lo merecía... y de hecho confío en ti."

Ella se acerca, coloca la mano momentáneamente en mi manga y dice. "Entonces dime qué está pasando."

Me descubro tomando aire, luego mirando fijamente mi café mientras le digo: "Mencionamos ayer lo de hacer algo apresurado..."

Ella se inclina hacia delante para escucharme mejor, escuchar mi confesión. "La palabra que usé fue *tonto*," dice.

"Tonto entonces."

"Continúa."

"Estoy... a punto de hacer *algo*. Pero no es algo tonto, no es precipitado, aunque pueda parecerlo para alguien que no comprende mis motivos. Quiero que sepas eso. No quiero que pienses que me he descarriado o algo así. He estado pensando en ello durante mucho tiempo. Probablemente va a causar un poco de revuelo y *tendré* que dejar la escuela, probablemente irme al

extranjero durante un tiempo."

"Dijiste que no estabas en ningún problema."

"Lo sé... es... complicado..."

"Tiene algo que ver con ella, ¿no? Por supuesto que sí. Lo siento, ni siquiera sé su nombre."

"Ni yo."

"¿Qué?"

"Yo la llamo Lillian... pero ese no es su nombre real."

Lo piensa un momento, luego suspira, se acomoda en su silla y se levanta las gafas de sol. Sus ojos están calmados, interrogantes, abiertos... me está regalando este momento.

"Richard... ¿hay algo que quieras contarme sobre Lillian?"

"Sí, Dee, creo que lo hay."

Se lo cuento todo, al menos todo lo que creo saber. El rostro de Davinia está inmóvil ahora. Sus labios firmemente apretados podrían estar o bien contra a mí o bien en concentración mientras ella escucha. Y no sé por qué le cuento todo esto porque no hay una maldita cosa que ella pueda hacer. Solo que ella es la única persona en la tierra que he elegido... la única persona que quiero que entienda la verdad de lo que estoy a punto de hacer.

Cuando he acabado, ella piensa durante un rato, dando golpecitos en la taza con la cuchara. Luego me recuerda lo del almuerzo, que no tengo otra opción que ir con ella porque ya ha reservado la mesa y porque, dice, sé que quiero, pero que primero deberíamos volver a su apartamento para que pueda cambiarse de ropa.

Todo esto es una distracción, por supuesto. Ella no esperaba mi confesión. Esta la ha alterado y ella siente la necesidad de ocultarlo mientras piensa en ello. Mientras caminamos lentamente de regreso al Paseo Marítimo, con las tablas del muelle tintineando con el sonido de sus tacones, ella gira hacia mí y desliza la mano por mi

brazo.

"Dios mío, Richard," dice. "Siempre pensé que había profundidades ocultas en ti, pero esto es más de lo que esperaba."

Ahora me avergüenza habérselo dicho y tengo miedo de sus ideas, miedo de su juicio, que anticipo tan frío como sensato. No quiero que ella se apresure demasiado. Quiero desviarla de expresar cualquier opinión. Entonces ella se rasca la cabeza y decido que este podría ser un buen momento para hablarle de los piojos.

La mirada en sus ojos es reveladora. Ella se hace a un lado, me mira, sus fosas nasales se ensanchan. Luego se sonroja y sonrío de autorreprobación. Hay una vulnerabilidad ahí. La cáscara dura y pulida de Davinia no está protegiendo algo sin valor.

"Como se lo digas a un alma te corto las bolas," dice.

"Sí, señorita Barkwell. Se lo habría mencionado antes, pero... estas cosas son personales, ¿no es cierto? Y pensé que no apreciaría que yo lo supiera. Pensé que bien podría descubrirlo usted misma."

"¿Estabas tratando de preservar mi... qué... mi dignidad?"

"Supongo que sí... sí."

"Richard, ¿qué te pasa? Soy una engreída perra de corazón frío y hambrienta de poder. Cualquier otra persona habría tenido el placer de restregármelo por las narices."

"Em... bueno, es que me gusta que tengas dignidad... hay tan poco de eso estos días. Algo digno de preservar, creo."

Se une a mí de nuevo, desliza su brazo en el mío y caemos en el paso una vez más.

"¿Entiendo que no vas a alquilar el piso entonces?" Pregunto.

"No. No podría soportar pensar en otra persona viviendo allí. Voy a vender la casa, mudarme aquí permanentemente." le da un tirón a mi brazo. "Será mejor que busquemos una farmacia," dice. "Si te doy el dinero, ¿entrarás y me lo comprarás?"

"¿El qué?"

"El champú herbicida. Me sentiría demasiado avergonzada."

"Oh, claro."

"Y, ¿Richard?"

"¿Hm?"

"De veras me gusta que me llames Dee."

Está riendo ahora, el pelo recogido en una toalla, sentada junto a la ventana de su apartamento. Lleva la bata de satén estampada, sus piernas son largas, bronceadas y hermosas. Se ha despojado de su armadura y es en momentos desprotegidos como este que ella parece bastante infantil; sospecho que incluso podría ser capaz de mostrar frivolidad.

Mientras se frota el cabello, me mira a los ojos y dice: "Lo que estás haciendo... con Lillian... es lo correcto."

"Entonces, ¿por qué me siento como si estuviera traicionando una confianza?"

"Bueno... porque *estás* traicionando una confianza. Pero también estás intentando salvarle la vida."

"Aunque una confianza es sagrada y me pregunto si ella me perdonará por ello. Quiero decir, ¿lo harías tú?"

"Por supuesto que no, pero lo superaría."

"Supongo."

"Pero también creo que te estás engañando a ti mismo si crees que eres su última esperanza. Es muy noble de tu parte, muy romántico, pero también, me pregunto si estás viendo el cuadro completo."

"¿Oh?"

"Una mujer así, la describes como oscura, misteriosa... pero no estás

más enamorado de la verdadera ella de lo que pensabas que estabas de mi verdadero yo. En realidad, no la *conoces*, ¿verdad? Ni siquiera sabes su nombre real. Entonces, ¿cómo funciona eso? ¿La traicionas con la gente de inmigración, luego te vas con ella a su país? ¿Entonces qué? ¿Te casas con ella y la traes a casa contigo?"

"Ese es un tosco esbozo del plan, sí."

"¿De verdad harías todo eso por una mujer que básicamente no conoces?"

"Pero *sí* la conozco. La conozco desde hace un año. A veces parece más tiempo, como toda mi vida. No es el nombre de una persona lo que importa, ni una dirección ni una tarjeta de crédito. Es lo que hay dentro, cómo *se conecta* contigo y lo que llega a significar para *tú*. Tú sabes esto. Yo sé que lo sabes."

"De acuerdo. Pero perdona que la realista que hay en mí te diga que vas a despertar una mañana y descubrir que ella ya no está ahí. Pero tú sabes *esto*. Yo sé que lo sabes."

"De acuerdo. Quizá. Pero eso no importa. Sólo quiero ponerla de nuevo en el lado correcto de la ley, el lado correcto de la vida."

"Y... ¿estar con ella?"

"Mientras ella esté feliz de estar conmigo, sí."

Ella parpadea, un momento de reflexión interior, un momento de decepción, tal vez. Yo también lo siento, pero no sé qué significa.

Ahora ella lleva puesto una blusa de tela fina color vainilla, casi transparente, sobre un corpiño de tiras azul oscuro. Su falda es corta, fluida y veraniega y vacacional. Se siente más fresca, me dice, más renovada. Ella es imposiblemente guapa. Comemos ensalada en el comedor de altos techos del hotel Duque de York. Estoy subyugado y pensando en lo que ella ha dicho.

Traicionar a Lillian para salvarle la vida es lo noble; hay cierto honor en ello, pero Davinia tiene razón. No confío en que, habiendo renunciado a todo, no me despertaré un día para encontrar que se ha ido. Pero si no podemos hacer la vista gorda ante esto, si no

podemos dar todo por amor, o al menos por la idea del amor, entonces estoy de vuelta al pasillo de la escuela traicionando a Lillian de nuevo, sin importar cuántas veces me diga que me ha perdonado por ello.

"Estabas equivocado, ¿sabes?" dice ella.

"¿Acerca de?"

"Cuando me preguntaste esa vez, qué vendría después y me dijiste que no habría nada."

"¿Después de qué?"

"No seas evasivo. Sabes a lo que me refiero. Si tú y yo hubiéramos... bueno... ya sabes. En Nochebuena, como yo quería que hiciéramos. Dijiste: ¿entonces qué? Estuviste impresionantemente frío y tranquilo y analítico, como un balde de agua fría. Dejaste implícito que no habría nada que seguir, nada digno al menos. Solo estoy diciendo que tal vez sea una suerte que no hayas venido. Puede que eso te hubiese complicado aún más las cosas de como son ahora."

"Eso lo dudo."

"¿Eso crees? Estás equivocado. No habría sido solo una vez, Richard."

Oculto mi incomodidad tras una sonrisa. "¡Y me lo dice ahora!"

"Tenías miedo," dice ella.

"Bueno, por supuesto que sí."

"No de la forma en que estás pensando."

"¿Oh?"

"Tenías miedo de pensar que alguna vez pudiera interesarme por un hombre como tú, no como tú querías que yo fuera, sino como realmente soy. No tenía nada que ver con que tuvieras miedo de la breve aventura que podrías haber tenido... o que hubiese sido un insulto a la nobleza de tus sentimientos y todas esas otras bobadas

románticas. ¡Tenías miedo de lo contrario! Tenías miedo de que eso te pudiera cambiar, de que te sacara de ese lugar oscuro en el que has estado escondiéndote durante todos estos años, de que te arrastrase hacia la luz. Tenías miedo de que yo pudiera mostrarte lo que es realmente el amor. Físico, brillante, hormigueante... emocionante... Lillian te está adormeciendo, Richard. Conmigo, te lo aseguro, nunca podrías pegar ojo."

Me sonrojo y ella sonrío dentro de su copa de vino, muy complacida por el efecto que está causando. Pero esto no tiene sentido y ella no sabe lo que está diciendo porque el vino la ha dejado chispada, así que trato de distraerla llamando al camarero y pidiéndole la cuenta. Creo que eso cambiará el tema y nos hará discutir sobre quién va a pagar, pero no funciona tan grandiosamente como espero. En cambio, el camarero espera con una desdeñosa expresión mientras yo hurgo cada vez más en mi billetera para buscar mi tarjeta de crédito. Pero no está ahí.

Davinia me ahorra la vergüenza y le da su tarjeta al culo pomposo, luego me ofrece su teléfono para que pueda cancelar la mía. Pero yo no sé a quién llamar y le digo que no se preocupe, que probablemente la he dejado en mi otra chaqueta.

Caminamos de regreso al Paseo Marítimo, ahora en dirección a su apartamento y mi coche.

"Lo siento, Davinia. Esto no ha salido tan bien como pensaba."

"¿Café entonces?"

"Em... "

"¿Cine? ¿Espectáculo?"

"No... mejor que no."

"Pero han pasado años desde que fui al cine y odio ir sola."

"¡Davinia!"

"Lo sé... estoy siendo traviesa de nuevo. Hora de irse a casa, Sr. Hunter. Puede retirarse. Lo acompañaré a su coche. ¿Cuándo lo

hará, cree usted?"

"¿Cuándo lo haré?"

"¿Traicionarla?"

"Ah."

Hay algo brutal en su tono. Quiere intimidarme quizá, ponerme a prueba, ver si realmente tengo la intención de hacerlo. Pero yo ya me estoy desanimando. Lo está haciendo de nuevo, haciéndome sentir avergonzado, queriendo que sea débil.

"Mañana, creo."

Partimos por el Paseo Marítimo. Los botes de vela roja se inclinan a través de la brisa, tallando estelas espumosas sobre las aguas azul cobalto. Algo me hace tomar a Davinia de las manos y presionarlas. A ella no le importa, aunque no entiende lo que lee en mí.

"¿Richard?"

"Es solo que... tengo la sensación de que nunca te volveré a ver."

"No seas bobo, me verás mañana."

"No... quiero decir así. Como estás ahora. Mañana serás... bueno... esa severa directora de nuevo y pronto seguirás adelante... y Dios sabe donde terminaré yo. Siento que esto es un adiós, eso es todo. Un adiós a lo que sea que fracasamos en conocer."

"¿Crees que este es el final?"

El sol se está moviendo hacia el atardecer. Parece como un final. "Sí," le digo. "No tiene sentido negarlo."

"¿Y?"

"Y me hace sentir... triste, creo."

Ella planta su palma directamente en mi pecho, como si quisiera alejarme, pero la mantiene allí durante un momento, sobre mi

corazón.

"Vete a casa Richard. Habrá un mañana. Y yo te veré en él."

Conduzco despacio, consciente del sol girando detrás de mí, muy consciente de que será una hermosa noche en la costa y de que me estoy perdiendo algo al no ser testigo de ello. También estoy pensando en mi tarjeta de crédito, pero eso no me preocupa, porque sé quién la tiene. Me siento aliviado, no porque no la haya perdido, porque eso no me importa, me siento aliviado porque soy un cobarde y odié la idea de traicionar a Lillian. Mucho mejor esperar... hasta que ella me traicionara a mí.

Capítulo 39

William está esperando fuera de la casa. Es como un presagio de malas noticias. Él no es un hombre feliz, como explica, pero yo ya tenía una premonición, así que me parece una vieja noticia. Lillian apareció en la granja esa mañana, me dice, pidió que la llevaran a Middleton, a la estación de tren, y dijo que habíamos tenido una pelea. Iba elegantemente vestida, traje y chubasquero largo, con una mochila, y parecía que se iba por un tiempo. Lo siente, me dice, aunque tiene una mirada en los ojos que también dice que cree que estoy mejor fuera de ello.

Yo ignoro esto, por supuesto, porque él no lo entiende. Y lo que yo estoy pensando es que ella ha tenido todo el día, que podría estar en cualquier lugar, que había planeado esto desde hacía mucho tiempo. Fue para ganarse mi confianza y el acceso a mi tarjeta de crédito, pero esa es la versión de mira estrecha. No puedes ganarte la confianza de una persona y no quedar tocado por ella, a menos que seas un estafador desalmado, y esa no es Lillian.

Habrá algunos miles de libras en la tarjeta de crédito y un billete de tren a una ciudad lejana. La tarjeta aparecerá en el correo dentro de una semana aproximadamente. Siempre supe que ella la cogería, desde el día en que me preguntó si le confiaba mi número PIN. Mi tarjeta de crédito la protegerá mejor que yo mismo. Ella puede dejarme limpio si quiere y aún sería un pequeño precio a pagar a cambio de lo que ella me ha devuelto. Parecía haber muy pocas opciones abiertas para nosotros. Mi traición hacia ella era una, por supuesto, pero esta era otra. Yo simplemente cerré los ojos a su posibilidad.

William se va por la cuesta, se siente mal, se siente torturado, pero nada de esto es culpa suya. Yo voy dentro pensando que podría haber una nota, pero no hay rastro de ella y la casa suena vacía, así que camino hacia el vientre del bosque, la mitad de mí atreviéndose a esperar que ella estará esperando en el vivac, pero no hay ni rastro de ella. Hiervo agua en la tetera, pensando en una infusión de algunas hierbas, como en los viejos tiempos, pensando que mientras

tanto ella saldrá caminando del bosque tan descarada como te plazca y se sentará a mi lado.

Pero ella se ha ido y Durlleston se siente vacío sin ella. También se siente viejo, gastado y feo, porque el Romántico que hay en mí ya no puede *sentirlo*. Hay una bolsa de supermercado atrapada en lo alto de las ramas de un pino. La oigo aletear y golpear con la brisa. Es como el estandarte de un ejército invasor y es imposible ignorar el hecho de que Durlleston era una causa perdida antes de que yo volviera a él. Así, ahora el bosque cae en la posesión de una imaginación menos sensible, bajo cuyo descuidado mando morirá, y debo dejarlo ir, debo volver mis ojos y mi corazón hacia otra parte, desde el pasado hacia el futuro, antes de que me desgarre miembro a miembro.

Pienso en ella. Y pienso en ella. Y pienso en ella. Recuerdo que una vez me dijo que nunca se aprovecharía de mi generosidad. Entonces yo no lo había entendido. Ella había estado parada desnuda ante mí, libre, inmaculada, desencadenada, renacida... y lentamente se había remodelado a sí misma, se había revestido, desde la cutre inmundicia que había llevado antes hasta algo nuevo... Se había convertido en ella misma.

Me siento tentado, por supuesto, de pensar que lo único que ella quería de mí era un fácil acceso a mi cuenta bancaria; es posible que tú estés pensando lo mismo. Pero estarías equivocado. Eso sería ignorar todo lo que habíamos compartido, todo lo que ella me había devuelto. Ella tomaría lo que tuviera que tomar, pero ni un penique más.

De pronto me encuentro dejando escapar un poderoso rugido. No puedo evitarlo. No es propio de mí, pero pongo todo mi aliento, todas mis fuerzas en él. Los pájaros vuelan y todo Durlleston parece agitarse en simpatía, y termino con la cabeza entre las rodillas, sintiendo algo dentro de mí, algo que antes no estaba, algo elevado y bueno, y verdadero... aunque ya no estoy seguro de quererlo.

Regreso a la casa y me siento junto al Rye, preguntándome cómo podría vivir en este lugar sin ella. Durlleston se vuelve más silencioso a medida que se acerca el anochecer. Aparecen fantasmas y rozan con sus manos mi mejilla en simpatía. Parece que les gusta

el jardín. Yo me alegro. Serán una buena compañía para quien venga a vivir aquí cuando yo me haya ido. Mientras tanto, tengo informes que escribir, y así me distraigo tecleando en mi ordenador portátil sobre la mesita al aire libre, escuchando el suave rumor de las aguas de turba, recordando las veces que he estado en los brazos de Lillian estas últimas noches, hambriento de sueño, pero también vivo para el momento de una manera que nunca había conocido. Pero no puedo concentrarme durante mucho tiempo. Estoy tratando de comprender este sentimiento dentro de mí, tratando de comprender qué es lo que siento. Y lo único que puedo decir es que me siento... fuerte. Me siento seguro.

Luego me giro, medio consciente de algo, y hay una figura parada junto a la casa, transparente en las crecientes sombras de la noche, pero ganando sustancia gradualmente a medida que me enfoco. Parece inseguro, perdido quizá. No lo conozco y estoy desconcertado por lo que es otro giro extraño. Preguntándome si es otro fantasma que busca transmitir sus condolencias, pero no estoy de humor ahora. Solo Lillian servirá esta noche, y estoy luchando contra las lágrimas, porque nunca la volveré a ver, pero al mismo tiempo agradezco a Dios que ella sea más fuerte que yo.

Hay una dureza en él, este hombre: bronceado, musculoso, rubio. Tiene una cicatriz reciente en la sien. ¿Ha venido a asesinarme entonces? ¿Es un matón contratado? No habrá diferencia si le digo que Lillian se ha ido. Los cojones, entonces. Me pregunto, en serio, si el bastardo quiere una taza de té primero. Será mejor que lleve un arma encima si quiere terminar con esto rápidamente, porque mi cabeza está en un lugar muy oscuro de repente y yo estoy deseando una pelea.

"¿Papá?"

Mi corazón palpita. "¿Ches?"

Él tampoco me reconoce. Da un paso hacia mí, vacilante... asustado. "Yo... oí lo del abuelito," dice.

"¿Abuelito?"

"Siento no haber estado en el funeral."

Pero mi hijo no le conocía, estoy pensando. Él solo había visto a mi padre una vez. Pero se habían estado escribiendo, me dice, escribiendo para tener noticias de Inglaterra... noticias mías. ¡Es Ches de verdad, mi hijo!

"Es lo que haces," me dice, "entre horas, entre patrullas. Descansas, comes, escribes cartas."

¿Cómo me ha encontrado? "Pregunté por ahí," dice. "Tuve un pinchazo en el camino. Tuve que caminar la última media milla."

Me río, su acento americano me recuerda la mayor parte de mi vida, una parte que dejé atrás, de la que huí. Pero descubro que puedo enfrentarla ahora, como soy, quienquiera que sea ahora.

"¿Cómo está mamá?" le pregunto.

"Bien," dice. "Ella y este tipo... bueno... parece bastante serio. Ella tal vez esté pensando que sería bueno arreglar las cosas, ya sabes, entre tú y ella."

"¿Divorcio, te refieres?"

Parece abatido. Confuso. Ha visto tanto, ha pasado por tanto. Sin embargo, esta simple reunión requiere cada gramo de su coraje.

"¿Te han disparado?" le pregunto.

Asiente, se pasa los dedos por la lívida cicatriz de la sien. "No está tan mal. A otros les ha ido peor."

"Lo sé. Dile a mamá que se ponga en contacto. Te daré mi dirección de correo electrónico. Esto es genial... de verdad. Lo que ella quiera me parece bien. ¿Qué hay de Sis? ¿Sabes algo?"

"En rehabilitación... eso es todo lo que sé."

"¿Crees que lo logrará esta vez?"

Se encoge de hombros. Le ofrezco un asiento y él se deja caer en él, cansado. "Un lugar chulo el que tienes aquí."

"Oh... creo que ambos hemos visto días mejores."

"Un poco remoto."

"Como yo entonces."

"Justo eso." Su incomodidad está desapareciendo ahora, sus hombros se relajan. La última vez que lo vi era un niño, estúpidamente orgulloso de su uniforme, mostrándome el dedo. No puedo creer la transformación en él. No puedo creer la transformación en mí mismo cuando le miro.

"Bueno, ¿qué estás haciendo estos días, papá?"

"Em... enseñando."

"¿Sí? Genial. ¡Nunca te hubiera imaginado haciendo eso!"

Él parece mucho mayor. Muy parecido a un hombre. "Lo sé. Yo tampoco. Extraño, ¿eh?"

"Aún así... parece que lo tienes todo resuelto aquí."

"¿Oh? ¿Qué más te dijeron en el pueblo?"

Se sonroja. "Bueno... que estabas con alguien. ¿Es eso cierto?"

"Lo estuve, por un tiempo, sí. No... ya no, parece. ¿Tú?"

Se encoge de hombros. "Nada serio al menos."

"Ches..."

"Mira, papá... solo me quedan un par de días ahora. Me llevó un tiempo localizarte, ¿vale? Pero me gustaría... escribirte, ¿sabes? ? Ahí fuera: cartas, casa, amigos, estar conectado, es muy importante para un tío, eso es todo. Quiero estar conectado, no solo con mamá, sino contigo también."

"¿Conectado? Sí. Entiendo. Por supuesto."

"Sé que las cosas no han ido muy bien entre nosotros. Está claro que fui un idiota, pero..."

"Tú *no fuiste* un idiota, Ches. Eras un niño, un niño valiente, y yo estoy orgulloso de ti."

Él da un suspiro. No recuerdo las últimas palabras que nos dijimos. Eso me parece hace mucho tiempo ahora, pero ¿eran realmente tan malas como sugiere su expresión? ¿Le acabo de decir que estaba orgulloso de él? ¿Qué diferencia supone eso en el esquema de las cosas, en la escala de las cosas que él ha visto y hecho? Al verlo ahora, me doy cuenta de que no puedo vaciarme de esa sensación de pérdida por la partida de Lillian, pero también hay algo muy extraño en esto: que mi hijo haya regresado, cruzado el vacío, se haya extraído de las profundidades de un infierno en la tierra, buscando para reconectarme con el mundo, mientras Lillian se hunde en la memoria y la imaginación, como un duende o un demonio que nunca existió en absoluto.

"Por supuesto que te escribiré, Ches. Pero... te quedarás conmigo un rato ¿eh?"

"Claro, no tengo ningún otro lugar."

"Bien. Eres bienvenido. Aunque es un lugar un poco extraño."

"Lo parece."

"Vamos, será mejor que vayamos a ver ese pinchazo."

"Vale."

"¿Y eso es todo lo que dijeron en el pueblo? ¿Que yo estaba *con* alguien?"

Él ríe. "No, eso no es todo lo que dijeron." Y luego, mientras subimos por la pista hacia su coche: "¿Estás bien, papá?"

"Estoy bien... complacido de verte, eso es todo."

Capítulo 40

Davinia toma las flores con una tensa sonrisita. Para ser la antigua directora de una escuela primaria, últimamente ha descubierto una extraña aversión a ser el centro de atención. El salón de la escuela resuena con aplausos. El viejo cascarrabias que le acaba de regalar el ramo piensa por un momento, preguntándose si debería osar y arriesgarse a darle un beso en la mejilla, decide sabiamente no hacerlo y vuelve a entrar en las filas.

Estoy al frente de la sala junto al escenario, algo inusual para mí, lo sé. Más a menudo se me encontrará merodeando por la salida. Aplauzo fuerte y sinceramente. De hecho, creo que soy el único que lamenta genuinamente que ella se esté marchando.

Es el último día del trimestre, las vacaciones de verano se nos echan encima, una pausa de seis semanas. Iré a Middleton mañana, a la agencia de viajes, y reservaré el primer avión que salga de Manchester. Dos semanas bajo el sol deberían ser suficientes; aparte de eso, no soy quisquilloso con donde voy, mientras esté lejos.

Davinia parece haber tenido suficiente y solo quiere que todo esto termine, toda la insoportable ceremonia. Solo tiene que soportar el poema ahora, algunas estrofas cursis sobre partir, tanto escritas como leídas por Mandy Becket, con—hay que decirlo—una sinceridad bastante conmovedora y solo un poco de ayuda de la tuya propia. Es durante la lectura que Davinia capta mi mirada y se aferra a ella como a un salvavidas. Yo sonrío y su tensa sonrisita se relaja, se amplía y se suelta, de modo que puedo ver el blanco perla de sus dientes. Verla sonreír de esa manera profundiza mi sensación de bienestar, y entre nosotros se expande una sensación de secreta calidez.

Sí, lo sé. *¡Déjà vu!*

Media hora después, la escuela está vacía, su escritorio está despejado y ella está en la parte de atrás, tirando el inconveniente ramo a la papelería, limpiándose las manos del sentimiento. Da un saltito satisfactorio cuando nota que yo la estoy mirando.

"Hay gratitud para ti," le digo.

"¡Richard!" Se endereza la falda, se alisa las mangas de la chaqueta, recupera el equilibrio. "La tarjeta decía: *con sinceras bendiciones y amor*. ¡Puaj! ¡Quiero decir, te lo pedí a ti!"

"Lo sé, la escribí yo."

"Oh, ¿en serio?"

"No, solo estoy bromeando. Creo que fue Crabby quien la escribió."

"Hice lo correcto entonces. Sé que todos están contentos de verme la espalda."

"No todos."

"No... bueno. Richard, oí... lo de tu hijo... "

"Sí... hemos pasado algo de tiempo juntos."

"Eso es bueno, ¿no?"

"Sí. Un poco inesperado, para ser honesto. Ahora está de regreso con su unidad, Dios sabe dónde. No siempre puede decírmelo. Pero nos mantenemos en contacto."

"Debes de estar preocupado."

"Sí... es el precio de estar conectado. Mira, ahora hasta tengo un teléfono móvil." Le muestro el teléfono y ella finge estar impresionada, pero hay más en su mente y tengo que dejar que ella trabaje en ello. "Bueno, ¿cómo te enteraste, lo de mi hijo? Pensé que nadie te hablaba."

"Fue Grizelda," explica. "Nos hemos convertido en las mejores amigas ahora, desde que vomité por toda la pared de la iglesia. Solo porque ella está convencida de que hay algo entre tú y yo, especialmente ahora que tú y... bueno, ahora que tu *novia de Internet* se ha escapado con todo tu dinero."

"¿Es eso lo que están diciendo? Eso explicaría algunas de las

miradas que he estado recibiendo, en algún lugar entre la lástima y te tiene bien empleado."

"Bueno, a Grizelda le gusta dejar caer estas bombas de vez en cuando para ver cómo reacciono."

"Lillian cogió un par de miles y devolvió la tarjeta. No tengo idea de dónde está ella. Pero tenías razón, fue idiota pensar que yo era su última oportunidad. Ella sabía lo que estaba haciendo desde el principio."

"¿Sin resentimientos?"

"No... le deseo lo mejor. La echo de menos, pero... ella tenía razón, yo nunca podría haberla protegido. Te iba a explicar todo esto, pero..."

"Lo sé... he vuelto a ser esa severa directora y ambos hemos estado posponiendo enfrentar esto, como si fuese una cita con el dentista o algo así."

"¿Lo hemos hecho?"

"Por supuesto que sí. Bueno, no tuviste que traicionarla al final. Ella tenía otro plan. ¿Te he dicho ya que te lo dije?"

"Creo que lo acabas de hacer, sí."

"¿Y de verdad no estás enojado con ella?"

"No espero que los demás lo entiendan. Pero solo conocerla por un tiempo... me salvó."

"Eso ya es algo entonces, ¿no?" Suspira, juguetea con el pelo. "Richard... yo no iba a marcharme en el coche sin más, ¿sabes? Quiero decir... sin venir a verte."

"¿No?"

"Quiero decir... sin un adiós. No era eso. Iba a decir... que no debes preocuparte, ¿sabes?, por Lillian, porque estoy segura de que ella puede cuidarse sola. Y que... *me alegra* que ya no estés con ella."

"¿Dee?"

"Porque... mira, no sé cómo llamar a esto, solo sé que no quiero perderte, quiero decir, perder el contacto contigo... o perder la esperanza de alguna vez... tocarte. Eso es todo. De hecho, me preguntaba... esperaba, quiero decir... si te gustaría hacer una maleta y conducir hasta mi apartamento para pasar el fin de semana."

"Pero... Dee... no puedo."

"¿Oh? "

¿Es eso una lágrima? Demasiado tarde, se ha ido, limpiada rápidamente.

Ella me dice que lo entiende, pero no lo entiende y yo solo estoy empeorando las cosas al no explicarme adecuadamente.

"Quiero decir, no puedo *conducir*. Vendí el coche, ¿sabes? En realidad no lo necesitaba y sólo compré el maldito chisme para impresionarte."

Se está secando más lágrimas, emborronando el rímel, pero también riendo. "Richard, eso es patético."

"Lo sé."

"Bueno, yo sólo te llevé al hotel Duque de York para impresionarte."

"No."

"Sí, yo soy más de restaurante acogedor, con luces suaves y violín, en realidad."

"Venga ya."

"Ponme a prueba."

"Dee... "

"Yo... esperaba que pudiera quedar algo," dice. "Quiero decir, de ese

hombre que una vez compró un coche para impresionar a una mujer, y que una vez quiso... ponerle el dedo entre los dedos de los pies."

"Oh, eso." Me estoy sonrojando. "Bueno... ¿qué hay de esa mujer que no esperaba a que los hombres tomaran la iniciativa?"

"Aún lo hago."

"Me he dado cuenta. Bueno... siempre está el tren."

"¿Qué?"

"Que usaré el tren."

"¿Vas a venir? ¿En serio?"

"Por supuesto que sí. Iré esta noche."

Ella se ilumina, siente su brillo, luego lo cubre, pero no antes de que yo haya visto cuánto significa este momento para ella. Y eso lo significa todo, significa el mundo para mí. Ella sella el trato con un casto besito en la mejilla, que parece casi cómico, pero luego se inclina hacia mí y siento el calor y el anhelo en ella. Luego saca un Biro de su bolso y escribe su número en el dorso de mi mano.

"Estaré esperando entonces," dice.

Cuando se ha ido, miro los viejos edificios a mi alrededor y los siento liberándose. Puede que siga trabajando aquí, porque a medida que me he hecho más fuerte, he crecido para disfrutarlo más, pero el lugar ya no me atormentará, ya no tendrá cautivo mi futuro, porque tu futuro está donde están tus pensamientos, y los míos están con una mujer de cabello rubio que conduce hacia la costa, hacia el aire libre y la ancha luz del día.

Mis pensamientos todavía están con ella cuando hago las maletas y más tarde aún, cuando camino por ese sendero embarrado, saliendo del eterno crepúsculo de Durlleston hacia la estación de Middleton. Me la imagino ahora con un jersey suave, mirando por la ventana de su apartamento mientras el sol prende fuego al cielo, prometiendo una noche que me tiene mareado de expectación, y un

amanecer que trae frescura y un nuevo camino. Y mientras camino, saco el teléfono, marco su número, siento la bendición en el sonido de su voz cuando contesta y le digo que estoy en camino.

FIN

Extras

Sobre el Autor

Michael Graeme nació en el noroeste de Inglaterra. Escribe ficción literaria, romántica, mística y especulativa.

La siguiente entrevista fue publicada originalmente en inglés el 29 de noviembre de 2019 en [Smashwords](#).

*Se presenta aquí en castellano con permiso de **Michael Graeme**.*

___oOo___

¿Cuándo empezaste a escribir?

Descubrí el poder interno de la escritura creativa cuando estaba en la escuela secundaria (así lo llamábamos a finales de los setenta). Empecé a escribir mis primeras novelas desesperadamente ingenuas y de amor abandonado a la edad de 17 o así.

¿Dónde creciste y cómo influyó esto en tu escritura?

Crecí en el noroeste de Inglaterra. Me baso en mi propia experiencia cuando escribo, aunque no en un sentido autobiográfico, solo utilizo aquellos escenarios que me son familiares, por lo que las ciudades y el campo en mis novelas son la Inglaterra que conozco.

¿Cómo ha contribuido Smashwords a tu éxito?

Si hablamos materialmente de fama y fortuna y todo eso, no lo ha hecho y no lo hará. Dicho esto, Smashwords es una plataforma brillante que nos permite exponer nuestro trabajo y encontrar lectores. Estirpa el inexpugnable laberinto bizantino destructor del alma de los editores y agentes. En ese sentido, Smashwords me ha salvado la vida, manteniéndome en marcha como escritor. Si te complace llamar éxito a eso, y yo lo hago, entonces ha contribuido enormemente.

¿Qué te motivó a convertirte en autor independiente?

Necesidad. Tuve un pequeño éxito colocando ficción más corta en revistas, pero intentar atraer a un editor (y por lo tanto a los lectores) para mis novelas fue imposible, y lo intenté durante veinte años. Fue asfixiante. Convertirse en autor independiente y descubrir lectores en línea fue como respirar aire fresco de nuevo.

¿Cuál es la historia detrás de tu último libro?

Explorar una librería benéfica en una antigua ciudad del mercado inglés, un lugar que se ha convertido en un desastre desde el colapso de 2008. Todos somos un poco pobres, desanimados, vestidos de manera barata, los más afortunados simplemente se las arreglan, el resto duerme a la intemperie y mendiga de puerta en puerta. Te giras y vislumbas a una hermosa joven, finamente vestida, elegante, la aparición de una belleza extraña. Todo eso es un hecho, lo que sucede después lo puedes leer en mi novela "Saving Grace", que por supuesto es ficción.

¿Cuál es la mayor alegría de escribir para ti?

No saber nunca adónde va. Comienzo con una escena de apertura y algunos personajes, quizá también un plan aproximado para el camino a seguir, pero en cuanto esos personajes comienzan a hablar, terminan dirigiendo ellos la historia a su manera. A partir de entonces yo solo tomo notas. Y su camino siempre es más interesante. Escribo principalmente para mí, para mi propio placer. Si otros pueden disfrutarlo también, mucho mejor.

¿Quiénes son tus autores favoritos?

Del pasado diría que Hardy, Orwell, Conrad y Mary Webb son los que he devorado en su totalidad. Del presente, Niall Williams, John LeCarre, Sebastian Faulks, Sebastian Barry, Louis De Bernieres, Partic Harpur, JG Ballard, Kurt Vonnegut y una docena de otros a los que aún no he conocido.

¿Cuál es tu lector electrónico preferido?

Mi *smartphone* Android con la aplicación Moonreader. Si estoy en casa, uso el iPad por la pantalla más grande, pero el *smartphone* siempre está conmigo, donde quiera que vaya, lo que significa que también lo está mi biblioteca. La gente dice que el ordenador está matando la lectura, pero yo ahora leo más que nunca.

Describe tu escritorio.

No tengo. Compartir casa con la familia requiere cierta flexibilidad, por lo que uso un ordenador portátil y trabajo de manera itinerante, instalándome con el ordenador allá donde puedo.

¿Cómo abordan el diseño de la portada?

Juego con ideas para un gráfico a medida que avanza la historia, luego pruebo cosas en Paintshop. Prefiero hacer mis propias portadas, esto está relacionado con mi amor por el dibujo y la pintura, y se suma a la experiencia creativa de mis historias.

¿En qué estás trabajando a continuación?

Se llama "Inn at the Edge of Light" (Posada en el Borde de la Luz). Dije que me iba a tomar un año libre de escribir ficción después de "Saving Grace" (Salvar a Grace), pero aquí estoy ya con el primer borrador clavado y rodeado de un elenco de personajes fascinantes. Se está mostrando una vista previa en Wattpad en este momento, pero como siempre, el trabajo final pulido irá a Smashwords.

¿Cómo es tu proceso de escritura?

Empiezo con una escena de apertura, un puñado de personajes y una sensación sobre hacia dónde quiero que vaya la historia. Más allá de eso, no tengo ningún plan. Luego empiezo a escribir y la historia comienza a desarrollarse por sí sola: el diálogo y las situaciones se desarrollan por sí mismos. Redacto un par de capítulos así, luego vuelvo y reescribo el borrador. Esto cobra impulso para llevar la historia un poco más lejos y volver a reescribirla después. Reescribir. Reescribir.

¿Qué técnicas de marketing de libros te han resultado más

eficaces?

No hago anuncios, más allá de publicar enlaces a mis cosas en mi blog. Intenté *twittear* y publicar en mi página de Facebook, pero descubrí que eso no es efectivo en realidad, probablemente porque no tengo muchos seguidores y la vida es demasiado corta para perseguirlos. Aún así, los lectores encuentran mis libros y, a veces, me envían correos electrónicos para decírmelo. No pretendo ser un autor de renombre con esto. Solo me gusta escribir.

¿Qué lees por placer?

Tengo mucha ficción en movimiento en todo momento. Leo cualquier cosa, alta o baja. Busco en las tiendas de caridad donde los libros son baratos y los agrego a mi "pila de libros para leer" semanalmente.

¿Qué te inspira a levantarte de la cama todos los días?

El grato recuerdo de la voz de mi madre diciendo: "Levántate, Michael, uno se muere en la cama". Ella tenía razón.

¿Cómo descubres los libros electrónicos que lees?

Debo confesar que no leo muchos libros electrónicos originales. En su mayoría son basura autoindulgente. ;) Más a menudo busco un título oscuro del siglo XIX y descubro que lo tienen en Internet Archive como un epub o algo así.

¿Recuerdas la primera historia que leíste y el impacto que tuvo en ti?

Sí. "Ivanhoe" de Sir Walter Scott. Lo gané como premio de la Escuela Dominical cuando tenía diez años (¿en qué estaban pensando?). Logré acabar algunas páginas, pero me aburrió hasta la muerte y todavía no lo he terminado medio siglo después. Lo siento, pero algunos libros tienen ese efecto en mí.

___oOo___

Puedes saber más sobre Michael y su obra en su blog: michaelgraeme.wordpress.com y twitter: [@michael_graeme](https://twitter.com/michael_graeme)

Otras Obras del Autor

Todas estas obras son gratuitas y puedes descargarlas en idioma inglés, y en varios formatos, desde el [perfil de Michael en Smashwords](#)

___oOo___

- Love is a Perfect Place, 1999
- Lively Custard, 2004
- The Choices, 2006
- The Free Indie Reader #1, 2006
- The Road From Langholm Avenue, 2007 ([traducida en Artifacts Libros](#))
- The Singing Loch, 2007 ([traducida en Artifacts Libros](#))
- The Lavender and the Rose, 2007
- The Man Who Could Not Forget, 2008
- Push Hands, 2008
- Walking on the Sunny Side of Strange, 2010
- The Last Guests of La Maison du Lac, 2011
- In Durlleston Wood, 2013 ([traducida en Artifacts Libros](#))
- Between the Tides, 2013
- The Price of Being With Sunita, 2015 ([traducida en Artifacts Libros](#))
- Saving Grace, 2018 ([traducida en Artifacts Libros](#))
- Men's Mental Health, 2018
- The Inn at the Edge of Light, 2018 ([traducida en Artifacts Libros](#))
- A Moth On The Moon
- The Sea View Cafe
- The Sea View Cafe - An unusual love
- By Fall of Night

___oOo___

Notas de esta Versión

Capítulo 2

[1] **Ratitas de Cuentos de Sr. Sapo y Tejón, y el hogareño Topo:** Se refiere a los personajes animales de "El Viento en los Sauces" (*The Wind in the Willows*), novela del escritor escocés Kenneth Grahame. Publicada en 1908, su éxito la convirtió muy pronto en un clásico de la literatura infantil en lengua inglesa.

Capítulo 3

[2] **de glotón** (*wolverine* en el original): Se refiere a los ojos del mamífero llamado glotón (*Gulo gulo*), también conocido como carcajú, que debe su nombre a su gran voracidad.

Capítulo 12

[3] **Canuto ordenando que se detenga la marea:** referido a *La historia del rey Canuto y la marea*, apócrifa anécdota que ilustra la piedad o la humildad del rey Canuto el Grande. En la historia, Canuto demuestra a sus cortesanos que no tiene ningún control sobre los elementos (la marea entrante), explicando que el poder secular es vano en comparación con el poder supremo de Dios. El episodio es frecuentemente aludido en contextos en los que se destaca la inutilidad de "tratar de detener la marea" de un evento inexorable.

Capítulo 14

[4] **Leylandii:** referido a la especie *Cupressus Leylandii*, llamado ciprés de Leyland. El árbol alcanza un tamaño de entre 20 y 25 metros de altura. Las hojas se presentan en ramillos con forma de escama, ligeramente aromáticas. Son de color verde oscuro, algo más pálido en el envés. Las semillas se encuentran en conos de unos 2 cm de longitud, con 8 escamas y 5 semillas con diminutas vesículas resinosas. Al ser un árbol híbrido, se multiplica por

esquejes, pues las semillas son estériles.

Capítulo 16

[5] **B + B:** abreviatura de *Bed and Breakfast* (Cama y Desayuno).

Capítulo 17

[6] **MP:** acrónimo de Miembro del Parlamento.